



Víctor Alfieri

# **Su vida, escrita por él mismo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Víctor Alfieri

## Su vida, escrita por él mismo

Conde republicano y tribuno aristocrático, Víctor Alfieri, el trágico incomparable, fustigó por igual a la blasonada plebe y a los tiranos descamisados, y sacudiendo con violencia a la Italia aletargada y caduca, impulsó la a la conquista de su libertad y a su regeneración moral y política. Las condiciones de los tiempos no consentían que empuñase la espada en pro de la grandeza y unidad de su patria; pero empuñó la pluma y escribió obras tan vigorosas, tan maestras de energía, que trocóse en la hermosa realidad de Cavour y Manzoni lo que se consideró utopía del inmenso vate. La Italia nueva puede decirse que es obra de Víctor Alfieri, el cual sacrificó a su patria riquezas, comodidades, gloria y porvenir brillantísimo.

«Es Alfieri -dice uno de sus comentaristas-, como Dante, como Tasso y como Leopardi, uno de esos poetas que son ellos mismos fascinadora obra de arte. Recorriendo sus páginas inmortales, su figura gallarda y pensativa, o triste y elegíaca, está siempre delante de nuestra imaginación; y las particularidades de su poesía, que quisiera ser objetiva, se avivan y coloran al reflejo de la luz que brota de sus ojos, fieros o lacrimosos. En cada expresión acalorada, en cada arranque, aun en cada reticencia, nos parece, y nos agrada, sorprender o adivinar un estremecimiento, un designio o un suspiro del poeta dilecto. En la generosa locura de Saúl, como en la ansiedad temblorosa de Icilio, como en la angustiosa espera de Orestes y como en el ardiente amor y los celos de Don Carlos, reconocemos a nuestro vate que aquellas grandes pasiones

incise col terribile, odiator del tiranni pugnale.

Por eso fue un acierto del profesor Michele Schirillo dedicar la edición, por él cuidada, de la VIDA de Alfieri al ejército combatiente en la cima de los Alpes, en los valles del Adige y del Brenta y en las orillas del Isonzo, es decir, «al miglior fiore delle giovani generazioni d'Italia, gl'Itali redivivi», pronosticados por Alfieri; «a cuantos ofrecían en holocausto de la patria- la vita, gli affetti, l'avenire». Y por eso pudo decir con razón el generalísimo Cadorna, al aceptar agradecido, en nombre del ejército, la patriótica dedicatoria: La Italia nueva quiere ser educada en una literatura viril, clara, toda nervio de acción y de pensamiento, y nadie puede satisfacer mejor el gusto de los jóvenes por las cosas rudas y fuertes que el fiero hijo de Asti que «esculpió» páginas que enseñan a querer.» Víctor Alfieri no escribió SU VIDA para que fuese publicada, por considerarla «prolija y llena quizá de muchas fruslerías, aunque no del todo inútil por lo que concierne a mi arte en particular y al corazón humano en general»; y la ejecutora de su última voluntad, la que fue adorada compañera de su vida más dichosa, la condesa de Albany, respetando escrúpulos infundados, entregó el manuscrito al abate de Caluso, pidiéndole parecer y consejo.

«Conociendo el talento y el ánimo de aquel hombre único escribí a la condesa el entrañable amigo del gran poeta-, esperaba desde luego que habría vencido de un modo u otro la inmensa dificultad de hablar largamente de sí mismo sin fastidiosas naderías y sin mentir; pero ha superado mi esperanza con su franqueza amable y su sencillez sublime. Felicísimo es su estilo, descuidado al parecer, y maravillosamente parecido y fiel es el retrato que deja de sí, lleno de vida y color...Pero a los muchos motivos que tenemos para llorar que la muerte nos lo haya arrebatado tan pronto se une el de que su VIDA, y muchos escritos suyos, haya quedado sin retocar, lo cual hubiera hecho seguramente de haber llegado a los sesenta años, pues a esa edad quería repasarla, corregirla o quemarla. Pero no la hubiera quemado, como no podemos quemarla nosotros, porque tenemos en ella su vivó retrato y el documento único y verdadero de sus dichos y sus hechos. Por eso alabo, señora condesa, su propósito de guardar celosamente el manuscrito, enseñándolo únicamente a persona muy amiga y discreta, para que tome de él los datos necesarios para escribir la historia de aquel gran hombre. Yo no me atrevo a hacerlo, y lo siento; pero nadie puede hacer más de lo que puede, y me limitaré a completar lo mejor y lo más brevemente que me sea posible la narración de mi amigo, interrumpida el 14 de mayo de 1803"»

Más adelante, empero, publicóse íntegra la VIDA de Alfieri, haciéndose innumerables ediciones, muchas de ellas reducidas y espurgadas, para uso de las escuelas; porque este libro, lírico y meditativo a la vez, resulta interesante para los que gustan de la observación íntima de los afectos y amena, animada y animadora para los caracteres en formación.

Para la traducción que ofrece hoy Colección Universal hemos cotejado las más autorizadas, entre otras la de Emilio Bertana (Nápoles, Perrella, 1910), la edición nacional hecha en 1903 con ocasión del primer centenario de la muerte de Alfieri (G. B. Paravia e C.), la reducida por Luigi Ambrosini para uso de la juventud, y en particular la cuidada y eruditamente anotada de Miguel Schirillo (Hoepli, Milán, 1918).

Época primera

Infancia: Comprende nueve años de vegetación

Capítulo I

Nacimiento y familia

Nací en la ciudad de Astí, del Piamonte, el 17 de enero de 1749, de padres nobles, ricos y honrados. Señalo expresamente estas tres cualidades, y con gran placer las especifico, por las siguientes razones. El haber nacido en noble cuna me sirvió para poder, más adelante, despreciar a la nobleza por sí misma, sin ser tachado de envidioso, y poner de manifiesto sus ridiculeces, sus abusos y sus vicios; mas al propio tiempo fue para mí muy beneficiosa su útil y sana influencia, puesto que impidió que mancillase la nobleza del arte que yo profesaba. Las riquezas de mis padres permitieron que me mantuviese libre e incontaminado y que sólo sirviese a la verdad; y por su honradez, jamás hube de avergonzarme de ser noble. Por lo cual, si me hubiese faltado alguna de estas tres cualidades, necesariamente habría faltado también algo a mis diferentes obras y habría sido yo, por ejemplo, o peor filósofo o peor hombre de lo que quizá he sido.

Llamábase mi padre Antonio Alfieri y mi madre Mónica Maillard de Tournon. Era ésta de origen saboyano, como demuestran sus apellidos extranjeros, pero hacía muchos años que su familia residía en Turín. Mi padre fue un hombre de irreprochable conducta; no desempeñó jamás ningún cargo ni tuvo ambiciones desmedidas: así lo he oído decir siempre a quienes le conocieron y trataron. Poseedor de suficientes bienes de fortuna para mantener su rango, y siendo moderados sus deseos, pudo vivir bastante dichoso. Tenía ya más de cincuenta y cinco años, cuando se enamoro de mi madre, la cual, aunque muy joven todavía, era a la sazón viuda del marqués de Cacherano, noble de Asti, que la tomó por esposa. El nacimiento de una niña, acaecido dos años antes del mío, había preocupado a mi buen padre, haciéndole perder la esperanza de tener descendencia masculina; así es que mi venida al mundo le llenó de indecible júbilo. No sé si se alegraría de esto como padre ya viejo o como hidalgo que estima su nombre y desea perpetuar su linaje; me inclino a creer que estos dos afectos entraban por igual en su alegría. Lo cierto es que habiéndome dado a criara una nodriza en un pueblecillo llamado Rovigliasco, distante dos millas de Asti, iba casi todos los días a verme y hacía el camino a pie, porque era muy campechano y de sencillas costumbres. Empero aunque se conservaba sano y robusto, había pasado ya de los sesenta, y aquellas caminatas y el no tener en cuenta el rigor de la estación ni de nada, fueran causa de que, habiendo sudado demasiado en una de las periódicas visitas que me hacía, cogiese una pulmonía que en pocos días le llevó al sepulcro. Yo no había cumplido aún el primer año de edad. Mi madre se hallaba encinta de otro hijo varón, que murió en la infancia. Le quedaban, pues, un niño y una niña de mi padre y dos niñas y un varón de su primer marido, el marqués de Cacherano, cuando, viuda por segunda vez y bastante joven todavía, contrajo terceras nupcias con el caballero Jacinto Alfieri, de Magliano, segundón, de una casa que llevaba mi apellido, pero de distinta rama. Este caballero heredó más tarde todos los bienes de su familia, por haber muerto sin prole el primogénito, y se halló poseedor de cuantiosa fortuna. Mi excelente madre fue muy feliz con su tercer marido, que era aproximadamente de su misma edad, de hermosa figura, distinguidas maneras e irreprochables costumbres; así es que la unión de ambos ha sido muy dichosa y ejemplar, y aun dura mientras escribo mi vida, a los cuarenta y un años de edad; de manera que hace más de treinta y siete años que viven felices estos cónyuges, ejemplo viviente de toda virtud doméstica, respetados y admirados de todos sus conciudadanos, especialmente mi madre,

por la ardiente y heroica caridad con que se ha consagrado por completo a consolar y socorrer al pobre y al desvalido.

En el transcurso de este tiempo ha perdido mi madre el primer varón y la segunda hija del primer marido y los dos únicos varones que ha tenido con el tercero; de manera que sólo le quedan en sus últimos años dos hijos varones, y yo, que, por azares del destino, no puedo estar a su lado, lo cual lamento muy a menudo y lo lamentaría mucho más, hasta el punto de que no podría vivir ni un momento separado de ella, si no supiera que en su fuerte y sublime carácter y en su verdadera piedad halla la compensación de estar privada de la compañía de sus hijos. Perdóneseme esta digresión, quizá inútil, en gracia a una madre estimadísima.

## Capítulo II

### Recuerdos de la infancia

Vuelvo, pues, a hablar de mi edad primera. De aquella estúpida vegetación infantil no conservo otro recuerdo que el de un tío mío paterno, el cual, cuando sólo tenía yo tres o cuatro años, hacía poner en pie sobre un antiguo escritorio y, entre caricia y caricia, me daba exquisitos confites. Háblame olvidado casi por completo, y sólo me acordaba de que usaba unos zapatones de punta cuadrada; pero, muchos años después, la primera vez que vi ciertas botas de fuelle, que tenían también cuadrada la punta del zapato, como los que llevaba mi tío, muerto ya desde mucho tiempo atrás, y al cual no había vuelto a ver desde que tuve uso de razón, despertáronse en mí las primitivas sensaciones que había experimentado al recibir las caricias y los confites de mi tío, de suerte que hasta el sabor de los confites recordé repentina e intensamente. Escribo estas puerilidades porque quizá no serán del todo inútiles para los que especulan sobre el mecanismo de nuestras ideas y la afinidad de los pensamientos con las sensaciones.

Contaba ya unos cinco años de edad cuando la disentería sanguinolenta me puso en los umbrales del sepulcro. Aun conservo un vago recuerdo de aquellos sufrimientos, y no he olvidado que, aun cuando no tenía la menor idea de lo que era la muerte, la deseaba para acabar de sufrir, y porque al morir mi hermanito oí decir que habíase convertido en ángel.

A pesar de los esfuerzos que he hecho con mucha frecuencia para recoger las ideas primitivas, es decir, las sensaciones recibidas antes de cumplir los seis años, sólo he podido coordinar estas dos. Mi hermana Julia y yo, siguiendo la suerte de mi madre, hubimos de pasar de la casa paterna a la de nuestro padrastro, quien se portó con nosotros como un verdadero padre durante todo el tiempo que permanecemos a su lado. La hija y el hijo que

quedaban a mi madre de su primer matrimonio fueron enviados, sucesivamente: uno, al colegio de los jesuitas, y la otra, a un convento de monjas; y poco después también ingresó mi hermana Julia en un colegio de religiosas, pero en Asti. A la sazón tenía yo cerca de siete años. Me acuerdo muy bien de este acontecimiento doméstico, porque fue entonces cuando por vez primera se manifestaron mis facultades sensitivas. Tengo muy presentes el dolor que experimenté y las lágrimas que me hizo derramar aquella separación, que al principio fue sólo de techo, puesto que se me permitía visitarla casi diariamente. Reflexionando después sobre los efectos y síntomas de cariño experimentados entonces, comprendo que son los mismos que sentí más tarde, cuando, en el ardor de los años juveniles, veíame obligado a separarme de una mujer amada o bien de un amigo verdadero, pues he llegado a tener hasta tres o cuatro; suerte de que seguramente no habrán disfrutado otros más merecedores de ella que yo. Y el recuerdo de aquel primer dolor de mi corazón me ha hecho deducir que todos los amores del hombre, por diferentes que sean, tienen el mismo motor.

Siendo yo el único de los hermanos que quedó en la casa materna, fui confiado a los cuidados de un buen sacerdote, llamado don Ivaldi, el cual me enseñó desde las primeras letras hasta el latín, y, al decir de mi maestro, traducía y explicaba bastante bien algunas Vidas de Cornelio Nepote y las consabidas fábulas de Fedro. Pero el pobre cura era muy ignorante, según pude comprender más tarde; y si después de haber cumplido los nueve años me hubiesen dejado bajo su dirección, probablemente no habría aprendido nada más. Mis padres carecían también de instrucción, y más de una vez les oí repetir la máxima usual de nuestros nobles de aquel tiempo: que un señor no es preciso que sea doctor. Sin embargo, yo tenía natural inclinación al estudio, y la soledad en que me hallaba, sin más compañía que la de mi maestro, desde que mi hermana ingresó en el colegio, me ocasionaba honda pena e inducíame al mayor recogimiento.

### Capítulo III

#### Primeros síntomas de un carácter apasionado

Aquí debo consignar otra particularidad bastante rara acerca del desarrollo de mis facultades amatorias. La ausencia de mi hermana habíame dejado muy triste al principio y bastante serio después. Las visitas a aquella hermana querida eran cada vez menos frecuentes, porque estando sometido a un preceptor y debiendo atender al estudio, sólo se me permitían los días de vacaciones y las fiestas, y no todas. Poco a poco se me hizo indispensable, para consuelo de mi soledad, el ir cada día a la iglesia del Carmen, contigua a nuestra casa, y recrearme oyendo música religiosa, viendo officiar a los frailes y tomando parte en todas las ceremonias de la misa cantada, de las procesiones y otros ejercicios del

culto católico. A los pocos meses ya no pensaba tanto en mi hermana, y al cabo de unos pocos más, apenas me acordaba de ella: sólo deseaba que cada mañana me llevaran a la iglesia del Carmen. Diré el motivo. A excepción del de mi hermana, que tenía nueve años cuando salió de casa, yo no veía ordinariamente más rostros de muchachas o de jovencitos que los de ciertos frailecitos novicios del Carmen, que, revestidos de roquete, asistían a las diferentes funciones de la iglesia. Aquellas caritas juveniles, que no eran desemejantes de las caritas femeninas, habían grabado en mi tierno e inexperto corazón la misma huella y casi el dese mismo que había impreso la cara de mi hermana. En resumidas cuentas, esto, aunque bajo tantos y tan distintos aspectos, era amor; así lo comprendí algunos años después, reflexionando sobre el particular, pues en aquella edad nada sabía yo de lo que sentía o hacía; obedecía únicamente al instinto animal. Mas este mi inocente amor por aquellos novicios llegó a tales extremos que pensaba continuamente en ellos y en las ceremonias en que intervenían: ora se me presentaban a la imaginación con velas en la mano asistiendo a la misa, con semblantes compungidos y angelicales; ora con los turíbulo incensando el altar, y absorto en estas imágenes, descuidaba el estudio y toda ocupación o compañía me molestaba. Cierta día que mi maestro había, salido de casa y que me hallaba solo en mi cuarto, busqué en los diccionarios latino e italiano la voz Fraile, y, raspándola como mejor pude, la substituí por la de Padre, creyendo, sin duda, que así dignificaba, o hacía algo por el estilo, a aquellos novicios a quienes veía yo cada día, sin que en ninguna ocasión hubiera hablado con ellos ni supiera realmente lo que quería. El haber oído proferir más de una vez con cierto desprecio la palabra Fraile y con marcado respeto la de Padre fue lo que me indujo a corregir los vocabularios. Hechas estas correcciones, bastante mal, con una navajita y la pluma, tuve buen cuidado de ocultarlas a mi maestro, por temor a que me castigase; pero él, que no podía sospechar nada ni pensar en semejante cosa, no las advirtió nunca. Si se reflexionara un poquito sobre esta nonada, buscando en ella la simiente de las pasiones del hombre, no se hallaría tan risible y pueril como a primera vista parece.

Estos efectos de amor, enteramente desconocidos para mí mismo, pero que, no obstante, tanta influencia ejercían sobre mi imaginación, eran causa, según creo, de la melancolía que poco a poco se iba apoderando de mí y acabó por dominar todas las otras cualidades de mi carácter. Tenía yo siete u ocho años. Un día que me encontraba en estas disposiciones melancólicas, ocasionadas quizá por mi estado de salud, que era bastante delicado, habiendo visto salir a mi maestro y al criado, abandoné mi saloncito, que, situado en la planta baja, daba a un segundo patio, en cuyo derredor crecía la hierba, y empecé a cortarla y tragarla ávidamente, a pesar de su sabor áspero y amarguísimo. Yo había oído decir, pero sin saber a quién, cuándo ni cómo, que existía una hierba venenosa llamada cicuta que mataba al que la comía. Yo no pensaba en morir, ni sabía lo que era la muerte; sin embargo, impulsado por no sé qué instinto natural y por una pena cuya causa no se me alcanzaba, comí con avidez aquella hierba, figurándome que era la cicuta. Empero el amargor y crudeza de semejante pasto me produjo náuseas, y conociendo que iba a provocar, escapé al jardincillo contiguo, donde, sin ser visto de nadie, me libré de casi toda la hierba que había engullido, y volviendo a mi cuarto, me quedé quietecito y callado, experimentando cierto dolorcillo de estómago y de vientre. Entretanto volvió el maestro, que de nada se dio cuenta y a quien no dije una palabra. Poco después nos sentamos a la mesa, y mi madre, observando que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como suelen quedar por los esfuerzos del vómito, quiso saber lo que me pasaba. Aparte el mandato de mi madre, los dolores de vientre, que eran cada vez más agudos y que me impedían probar bocado, me

aconsejaban que dijese la verdad; pero yo no me atrevía a hablar. Obstinábame en callar y disimular los retortijones que sentía, y mi madre empeñábase más y más en preguntarme, amenazándome para que le contestase; hasta que, habiéndome examinado bien, y notando que sufría y que tenía los labios verdosos, pues yo no había pensado en limpiármelos y enjuagarme la boca, se levanta alarmada, se acerca a mí, me habla del color de mis labios, me estrecha a preguntas, y, al fin, vencido por el miedo, acabé por confesar, llorando, lo que había hecho. Inmediatamente me dieron un remedio casero, y aquello no tuvo más consecuencias que varios días de encierro en mi cuarto, a guisa de castigo, y que, por lo tanto, aumentaron mi melancolía.

## Capítulo IV

### Desarrollo de la índole indicado por ciertos hechos

La índole que yo iba manifestando en los primeros años de la naciente razón era: taciturno y plácido, ordinariamente; pero a veces muy locuaz y travieso, y casi siempre tocando en los extremos opuestos; es decir, obstinado e indócil contra la fuerza, muy flexible cuando se me amonestaba con cariño, contenido por el temor de que me reprendiesen más que por cualquier otro motivo; susceptible de avergonzarme excesivamente e irreductible cuando se me llevaba la contraria.

Para mejor dar a entender a los demás y a mí mismo las cualidades primitivas que la Naturaleza imprimió en mi ánimo, referiré dos de los muchos casos que me sucedieron en la niñez, porque los recuerdo perfectamente y porque retratan al vivo mi carácter. De todos los castigos que podían imponerme, el que más me apenaba, hasta el punto de que me hacía enfermar, y por eso sólo dos veces me lo infligieron, era el de mandarme a misa llevando puesta la redecilla de noche, prenda de malla que oculta enteramente el cabello. La primera vez que fui castigado de esta manera -no me acuerdo del porqué- llevóme de la mano mi maestro, poco menos que a rastras, a la iglesia del Carmen, aquella iglesia que estaba tan cerca de casa y tan poco concurrida que rara vez reuníanse cuarenta personas en su vastedad; sin embargo, afligióme de tal modo aquel castigo, que durante más de tres meses observé una conducta irreprochable. Pensando más tarde en las causas que pudieron producir en mí tan grandes efectos, hallé, dos que aclararon por completo mis dudas: primera, la de creer que necesariamente aquella redecilla debía atraer sobre mí todas las miradas; que yo debía estar muy ridículo con aquel atavío, y que todos los que reparasen en mí habrían detenerme por un malhechor, puesto que tan horriblemente me castigaban. La segunda razón era el temor que yo sentía de que me vieses en tal facha los queridos novicios; esto, a la verdad, era en extremo doloroso para mí. Pues bien, lector mío: mira en



el hombrecillo que te presento tu retrato y el de todos los hombres habidos y por haber; pues, bien pensado, todos son siempre niños eternos.

Los resultados de semejante castigo causaron tal alegría a mis padres y al maestro, que a la más leve falta me amenazaban con la dichosa redecilla, y bastaba eso para que yo me enmendara, temblando de miedo. Mas habiendo incurrido al fin en una falta insólita, para excusarme de la cual no hallé nada mejor que mentir descaradamente a mi madre, fui condenado de nuevo a lucir la redecilla, con la agravante de que en aquella ocasión no habían de llevarme a la vecina y desierta iglesia del Carmen, sino a la de San Martín, que se hallaba situada lejos de casa, en el centro de la ciudad, y a la cual concurrían, hacia el mediodía, todos los ociosos del granmundo. ¡Oh, que desesperación la mía al oír la tremenda sentencia! Lloré, supliqué, pataleé, pero en vano. Aquella noche, que creía había de ser la última de mi vida, no pude pegar los ojos; no tengo memoria de que dolor o pena alguna me haya hecho pasar otra noche tan horrible. Llegó la hora de cumplir el castigo: con la redecilla puesta, llorando y chillando, sacáronme de casa: mi preceptor, tirándome del brazo, y un criado, empujándome por la espalda. Así atravesamos dos o tres calles, en las que no tropezamos con alma viviente; pero en cuanto entramos en las vías concurridas próximas a la plaza y la iglesia de San Martín cesé repentinamente de llorar y gritar y ya no fue preciso que tiraran de mí ni me empujaran; por el contrario, eché a andar calladito y a buen paso, muy pegadito a la sotana de don Ivaldi, con la esperanza de pasar inadvertido, escondiendo la cabeza debajo del brazo de mi maestro, aunque apenas si le llegaba al codo. Entré en la iglesia, que se hallaba muy concurrida, llevado de la mano como un ciegucecito, y, en efecto, ciego estaba, puesto que al llegar a la puerta cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que estuve arrodillado para oír la misa, y aun entonces no alcé la vista lo suficiente para mirar a mi alrededor. Y volviendo a hacerme el ciego al salir, regresé a casa con la muerte en el corazón, considerándome deshonorado para siempre. Aquel día no quise comer, ni hablar, ni estudiar, ni llorar. En fin: fue tal la pena y la tensión de ánimo que el castigo me produjo, que durante varios días estuve enfermo de algún cuidado, y en casa no se volvió a nombrar siquiera la redecilla; tanto asustó a mi amantísima madre la desesperación de que di muestras. Por mi parte, en mucho tiempo no volví a decir una mentira, y quién sabe si debo a aquella redecilla el ser uno de los hombres menos embusteros que he conocido.

Otra anécdota. Habíanos visitado en Asti mi abuela materna, señora de alto copete en Turín, viuda de un gentilhombre de la corte, rodeada de todo ese boato que tanta impresión causa a les muchachos. A pesar de que durante su permanencia en casa de mi madre habíame prodigado sus caricias, no pude familiarizarme con ella, pues yo era realmente un salvajillo. Antes de separarse de nosotros me instó para que le pidiese algo, asegurándome que, si estaba en su mano, me lo concedería gustosa. Al principio por vergüenza, timidez, perplejidad, y luego por obstinación y terquedad, respondía siempre con la misma y única palabra: Nada; y por más que todos se esforzaban por arrancarme una respuesta que no fuera aquel invariable y grosero Nada, no hubo medio de hacerme cambiar de parecer. Lo único que consiguieron fue que aquel Nada, rotundo y seco al principio, lo profiriera después, molestando por tanta insistencia, con tono de despecho y voz temblorosa luego, y, por último, entre lágrimas y sollozos. Me arrojaron, al fin, de su presencia, con sobrada razón, por cierto; encerráronme en mi cuarto, para que allí saboreara a mi dichoso Nada, y mi abuela se marchó. Pero, a pesar de haber rechazado con tanta terquedad el regalo legítimo

de mi abuela, pocos días antes, habíale robado de un cofre que dejara abierto un abanico, que escondí cuidadosamente en mi cama. Poco tiempo después lo descubrieron y dije, como así era en efecto, que lo había quitado a mi abuela para regalárselo a mi hermana. Tan grave falta merecía condigno castigo, y fueron muy severos conmigo; pero, aun cuando el ladrón es mucho peor que el embustero, no se me amenazó siquiera con el suplicio de la redecilla; mi buena madre, antes que verme enfermo de pena prefería que yo pasase por un ladronzuelo; de empero que no es muy de temer ni difícil de desarraigar en aquellos que no tienen necesidad de ejercitarlo. El respeto a la propiedad ajena brota y crece rápidamente en todo aquel que posee algunos bienes de fortuna.

A guisa de historieta referiré también mi primera confesión sacramental, hecha antes de cumplir los ocho años de edad. Mi maestro habíame preparado, sugiriéndome los pecados de que debía confesarme, pues suponía que los había cometido, aunque de la mayor parte de ellos no sabía yo ni siquiera el nombre. Hecho este previo examen de conciencia con don Ivaldi, se fijó el día en que iría a depositar mi fardo de pecados a los pies del padre Ángel, religioso carmelita, que era también el confesor de mi madre. Fui a la iglesia, pero no sé lo que dije ni lo que el padre Ángel me dijo; tanta era la repugnancia y el dolor que me causaba el tener que revelar mis más secretos actos y pensamientos a una persona a quien apenas conocía. Creo que el mismo fraile hizo la confesión por mí; lo cierto es que, antes de darme la absolución, me impuso la penitencia, de arrodillarme ante mi madre, el ir a sentarnos a la mesa, y pedirle públicamente perdón de mis pasadas faltas. Esta penitencia era para mi muy dura de cumplir, no porque me repugnase el pedir perdón a mi madre, sino porque el tener que arrodillarme en presencia de todos los que estuviesen allí reunidos era un suplicio superior a mis fuerzas. De vuelta en mi casa, subí, como de costumbre, a la hora de la comida, y al entrar en el comedor observé que todos me miraban con manifiesta curiosidad, por lo que me quedé inmóvil y confuso y la cabeza baja, sin acercarme a la mesa, en tanto que los demás iban ocupando sus asientos; sin embargo, no podía sospechar siquiera que eran conocidos los secretos penitenciales de mi confesión. Armándome de valor, adelanté unos pasos para sentarme; pero entonces mi madre, mirándome con adusto semblante, me preguntó si creía que podía sentarme a la mesa, si había cumplido con mi deber, si no tenía nada que reprocharme. Estas preguntas eran para mí otras tantas puñaladas que me partían el corazón; contestaba por mí la expresión, compungida y dolorosa de mi rostro, pero mis labios no podían articular palabra y no había medio, no ya de hacerme cumplir lo que el confesor me había mandado, sino de decir qué penitencia habíanme impuesto. Mi madre lo sabía de sobra, pero no se atrevía a hacer ninguna indicación, para no vender al traidor confesor. El resultado fue que mi madre no me vio arrodillado a sus pies, como quería, y que yo me perdí la comida de aquel día y tal vez la absolución que bajo tan duras condiciones me dio el padre Ángel. No tuve, empero, la sagacidad de penetrar entonces que el padre Ángel hablase puesto de antemano de acuerdo con mi madre acerca de la penitencia que había de imponerme. Pero el corazón, sirviéndome mucho mejor que la inteligencia, concibió cierto odio hacia aquel fraile, y en lo sucesivo no fui propenso a la práctica de aquel sacramento, aunque en mis ulteriores confesiones no se me impuso jamás ninguna penitencia pública.

## Capítulo V

### Última historieta infantil

Había venido a pasar las vacaciones en Asti mi hermano mayor, el marqués de Cacherano, que desde algunos años atrás se estaba educando en el colegio de los jesuitas de Turín. El tenía más de catorce años, y yo ocho. Su compañía era para mí, a la vez que una alegría, una angustia. Como yo no le había conocido hasta entonces, por ser hermano uterino, verdaderamente no le tenía ningún cariño; mas como se complacía en jugar conmigo, el roce y la costumbre me hubieran hecho quererle poco a poco. Empero mi hermano tenía muchos más años que yo; gozaba de más libertad; le acariciaban más mis padres; disponía de más dinero; habla visto, puesto que residía en Turín, muchas más cosas que yo; había estudiado a Virgilio; en una palabra: era tan superior a mí, que por primera vez conocí lo que es la envidia, si bien ésta no era atroz, porque no me inclinaba a odiar a mi hermano, sino únicamente a desear lo mismo que poseía él, sin pretender quitarle nada. A mi juicio, ésta es una ramificación de dos envidias, una de las cuales infiltra en los corazones perversos un odio implacable hacia los más afortunados y un deseo vehementísimo de privarle por todos los medios de lo que se envidia, aunque no aproveche al que lo hace; y la otra, que sólo anida en pechos generosos, se convierte, bajo el nombre de emulación o porfía, en igual deseo vehementísimo de poseer lo mismo, o más, que posee el individuo envidiado, y ser lo que éste es. ¡Oh! ¡Qué pequeña e invisible es la diferencia que existe entre la semilla de nuestras virtudes y de nuestro, vicios!

Así, pues, ora jugando, ora peleándome con mi hermano, ya sacándole algún regalillo, o bien recibiendo algún pescozón, pasé aquel verano más distraído que de costumbre, porque hasta entonces había estado solo en casa, que es lo más fastidioso para un chiquillo. Cierta día muy caluroso, a cosa de las tres de la tarde, mientras todos los de casa dormían la siesta, nosotros hacíamos ejercicios militares a la prusiana, que me enseñaba mi hermano. En una de las marchas, al dar media vuelta, caí al suelo y di con la cabeza en uno de los morillos que por descuido habían quedado en la chimenea desde el invierno último. Como habían quitado al morillo los pomos de latón que solía tener en las puntas que sobresalían de la chimenea, una de éstas se me clavó en la frente, un dedo más arriba del ojo izquierdo, en medio del entrecejo. La herida fue tan ancha y profunda, que aun llevo, y llevaré mientras viva, una cicatriz muy marcada. Me levanté inmediatamente sin ayuda ajena, recomendando a mi hermano que no dijese nada, pues en el primer momento no sentí ningún dolor, sino vergüenza únicamente de parecer un soldado flojo de piernas. Mi hermano, empero, corrió a despertar al maestro; el ruido que promovió llegó a oídos de mi madre, y todos los de casa se pusieron en movimiento. Entretanto, yo, que ni al caer ni al levantarme había proferido un grito, al dar unos pasos hacia la mesa, al sentir que me corría por la cara un líquido caliente, llevarme la mano a la herida y retirarla llena de sangre, prorrumpí en chillidos. Pero aquellos chillidos debieron ser nada más que de asombro, pues me acuerdo muy bien de que no sentí ningún dolor hasta que llegó el cirujano y empezó a

lavar, sondear y curar la herida, que tardó varias semanas en cicatrizar. Además, tuve que pasar muchos días en la obscuridad, porque, a causa de la inflamación desmesurada del ojo izquierdo, se temieron mayores males. Estando aún convaleciente y con los emplastos y el vendaje puestos, fui contentísimo a oír misa a la iglesia del Carmen, aunque estaba seguro de que aquello me afeaba mucho más que la redecilla de noche, verde y limpia, como las que usan por adorno los pisaverdes de Andalucía, y que yo mismo llevé por coquetería, imitando a éstos, cuando viajé por las Españas. No me importaba, pues, dejarme ver en público con aquel vendaje, bien porque me halagase la idea de haber corrido un serio peligro, o quizá porque a las confusas ideas que rodaban en mi cabecita añadíase la de que aquella herida me reportaba cierta gloria. Y así debía ser, en efecto, pues aun cuando no tengo presentes los movimientos de mi ánimo entonces, me acuerdo muy bien de que si algún transeúnte preguntaba al cura Ivaldi qué me había ocurrido, y éste contestaba que me había caído, añadía yo vivamente: Haciendo la instrucción.

Si se estudiara bien a los niños descubriríanse en sus pechos diversos gérmenes de virtudes y de vicios, pues aquello era indudablemente en mí un germen de amor a la gloria; pero ni el sacerdote Ivaldi ni ninguno de los que me rodeaban hacían semejantes reflexiones. Un año después, poco más o menos, mi hermano mayor, que había vuelto a Turín, al colegio de los jesuitas, contrajo una grave enfermedad del pecho, que, degenerando en tisis, le llevó a la tumba al cabo de algunos meses. Le sacaron del colegio y le trasladaron a Asti, en tanto que me llevaban a la villa para que no le viese; y, en efecto, aquel verano murió en Asti, sin que yo lo hubiese vuelto a ver. Por aquellos días, mi tío paterno, el caballero Pelegrín Alfieri, a quien desde la muerte de mi padre había sido confiada mi tutela, a su regreso de un largo viaje por Francia, Holanda e Inglaterra; pasó por Asti y me vio. Como era hombre de mucho talento, observó, sin duda, que yo no aprendería gran cosa si continuaba sometido a aquel método de educación, y de vuelta en Turín, escribió a mi madre, al cabo de pocos meses, diciéndole que a toda costa quería hacerme ingresar en la academia de Turín. Mi marcha vino, por lo tanto, a coincidir con la muerte de mi hermano, y jamás se borrarán de mi memoria los gestos ni las palabras de mi afligidísima madre, que decía sollozando: «¡Dios me ha quitado a uno para siempre, y éste quién sabe por cuánto tiempo!» Entonces sólo tenía una hija de su tercer marido; mientras estuve en la academia de Turín tuvo dos hijos varones. Su aflicción me causó hondísima pena; pero el deseo de ver cosas nuevas, el pensar que dentro de pocos días viajaría por la posta, precisamente a raíz de haber realizado mi primer viaje a una posesión que sólo distaba quince millas de Asti, en un vehículo arrastrado por dos mansísimos bueyes, y otras ideas infantiles por el estilo que la fantasía lisonjera presentaba a mi mente, mitigaban en gran parte la pena que sentía por la pérdida de mi hermano y el dolor de mi desconsolada madre. Pero cuando llegó el momento de la despedida me sentí desfallecer: me apenaba tanto, por no decir más, dejar a mi maestro don Ivaldi como separarme de mi madre. Sentado casi a viva fuerza en la calesa por nuestro viejo administrador, que debía acompañarme a Turín, a casa de mi tío, adonde debía ir primero, partí finalmente acompañado también del criado puesto con carácter fijo a mi servicio, un tal Andrés, alejandrino, mozo muy despierto y bastante instruido con relación a su estado y al de nuestro pueblo, donde el saber leer y escribir no era entonces cosa corriente. Fue en julio de 1758 -no me acuerdo del día- cuando, a las primeras horas de la mañana, abandoné la casa materna. Lloré durante toda la primera posta; y al llegar, mientras cambiaban los caballos, como sintiese una sed abrasadora, y no queriendo pedir un vaso ni que sacaran agua del pozo para mí, me acerqué al abrevadero, metí en él mi

sombrero de tres picos y apuré hasta la última gota del agua que pude recoger. Avisado por los postillones, acudió mi ayo administrador, que me reprendió con mucha severidad; pero yo le contesté que el viajero se debía acostumbrar a esas cosas y que así bebían los verdaderos soldados. No sé de dónde pude sacar semejantes ideas aquilescas, puesto que mi madre habíame educado con mucha blandura, más aún, con cuidados risibles respecto a mi salud. Aquello, pues, fue también un arranque de mi naturaleza, ávida de gloria, que se manifestaba en cuanto se me permitía levantar un poquito la cabeza del yugo.

Y aquí pondré fin a la época de mi infancia, para entrar en un mundo algo menos circunscrito y poder retratarme mejor y con mayor brevedad, según mi deseo. Este primer período de una vida que a nadie importará tal vez conocer resultará ciertamente inútil a los que, teniéndose por hombres, se van olvidando de que el hombre es una continuación del niño.

## Época segunda

Adolescencia: comprende ocho años de ineducación

### Capítulo I

Salida de la casa materna, ingreso en la academia y descripción de ésta

Corríamos la posta con extraordinaria velocidad, gracias a que, en el momento de pagar la primera, intercedí por el postillón para que nuestro administrador le diese una buena propina, con lo cual me gané la simpatía del otro postillón, que nos conducía con la rapidez del rayo, dirigiéndome de vez en cuando miradas y sonrisas reveladoras de la esperanza de que obtendría para él una recompensa igual ala que alcancé para su compañero. El administrador, que era viejo y obeso, y en la primera posta había agotado todo el repertorio de historietas y cuentos de que disponía para distraerme, dormía como un bendito. La velocidad con que corría el coche me proporcionaba un placer indecible, pues los caballos del carruaje de mi madre, en el que rara vez se me dejaba ocupar un asiento, no salían jamás de un trotecillo desesperante, y, por otra parte, los coches cerrados no permiten

disfrutar de los caballos, mientras que en nuestros calesines italianos le parece a uno que va montado en la grupa de aquéllos y se goza del paisaje. Así que, de posta en posta, y latiéndome apresuradamente el corazón por la alegría de correr y la novedad de los objetos que veía, llegué finalmente a Turín a la una o las dos de la tarde. Era un día espléndido, y la entrada de aquella ciudad por la Puerta Nueva y la plaza de San Carlos, hasta la Anunciata, en cuyas inmediaciones vivía mi tío, me arrebató de tal modo, que estaba medio loco de contento, pues realmente todo aquello es grandioso, soberbio. No pasé tan alegre el resto de la tarde y la noche, pues al hallarme en mi nueva morada, entre personas desconocidas, sin mi madre y sin mi maestro, y sin ver más cara amiga que la de mi tío, que no me pareció tan amable y risueña como la de mi madre, apoderáse de mí una tristeza infinita y el deseo vehementísimo de todo lo que había abandonado el día anterior. Lloré mucho; pero al cabo de algunos días, habiéndome acostumbrado a mi nueva vida, recobré la alegría y la vivacidad en mayor grado de lo que hasta entonces había demostrado, de suerte que a mi tío le pareció demasiada; y como era yo un diablejo que le revolvió la casa y perdía lastimosamente el tiempo, por falta de maestro que me ocupase en algo, en vez de esperar el mes de octubre para ponerme en la academia, según lo convenido, me enjauló el 1 de agosto de 1758.

A los nueve años y medio me encontré trasplantado de pronto en medio de personas desconocidas, lejos de mis padres, aislado, abandonado a mí mismo, por decirlo así, ya que aquella especie de educación pública -si educación podía llamarse-, sólo por los estudios, y sólo Dios sabe cómo, influía en el ánimo de los muchachos. No se nos podía dar máximas ni enseñanza alguna de la vida, por la sencilla razón de que nuestros educadores no conocían el mundo teórica ni prácticamente.

Era la academia un inmenso edificio dividido en cuatro cuerpos, en medio de los cuales había un patio vastísimo. Los educandos ocupábamos dos de los pabellones, y los otros dos, el teatro Real y los archivos del reino.

Frente a éstos se hallaban situados los destinados a nosotros, llamados segundo y tercer departamentos, y frontero al teatro, el primero, del que hablaré más adelante. El corredor alto de nuestro pabellón se denominaba tercer departamento, y estaba destinado a los niños y a las escuelas inferiores; el del primer piso, llamado segundo, destinábase a los mayores, de los cuales, la mitad o un tercio hacían sus estudios en la Universidad, situada muy cerca de la academia, y el resto preparábase en esta última para las carreras militares. Cada corredor contenía, por lomenos, cuatro salas con once alumnos cada una, vigilados por un cleriguillo llamado asistente, por lo común un villano con hábito talar que no percibía salario y prestaba sus servicios a cambio de la comida y el hospedaje, lo cual le permitía seguir sus estudios de Teología o de Leyes en la Universidad; o bien, en vez de estudiantes, eran viejos, ignorantes y rústicos sacerdotes. La tercera parte, por lo menos, del que he llamado primer departamento estaba ocupada por unos veinte o veinticinco pajes del rey, totalmente separados de nosotros, en el ángulo opuesto del vasto patio, y contiguo a los citados archivos.

De manera que los estudiantes nos hallábamos situados entre un teatro, al que sólo asistíamos cinco o seis veces durante el Carnaval; entre pajes que, por servir en la corte y tomar parte en las cacerías y en las cabalgatas, nos parecía que gozaban una vida más libre

y divertida que nosotros; y, finalmente, entre los forasteros que ocupaban el primer departamento, casi con exclusión de los paisanos, pues allí los había de todas las, naciones, especialmente ingleses, rusos, tudescos y de los otros Estados de Italia; en una palabra: aquello no era un colegio, sino una posada, puesto que no estaban sujetos a ningún reglamento ni tenían otra obligación que la de retirarse antes de media noche. Nada ni nadie les impedía que frecuentasen los salones y los teatros, y buenas o malas compañías, con entera libertad. Y para mayor tormento de los infelices del segundo y tercer departamentos, la distribución del local nos obligaba cada día, al ir a las clases de baile y de esgrima, a pasar por los corredores del primer departamento y, por lo tanto, a ver continuamente la desenfrenada e insultante libertad de aquellos individuos; ¡triste comparación con la severidad de nuestro régimen, al que solíamos llamar de presidio! El que hizo semejante distribución debía ser un tonto o un loco y desconocedor en absoluto del corazón humano, puesto que no se percató de la perniciosa influencia que necesariamente ejercería en los niños y jóvenes la vista continua de tanto fruto prohibido.

## Capítulo II

### Primeros estudios pedantescos y mal hechos

Me colocaron en el tercer departamento, en la saja llamada del centro, confiado a los cuidados de mi criado Andrés, el cual, convertido en amo y señor mío, porque, no teniendo yo ni madre, ni tío, ni pariente alguno que le cortara los vuelos, trocose en diablo desencadenado. El dichoso criado me tiranizaba, a su capricho en todo lo referente al trato doméstico; y lo mismo hacía el asistente, conmigo como con los otros, en lo concerniente a los estudios y a la conducta. El día siguiente al de mi ingreso en la academia, dos profesores examinaron mi capacidad para los estudios y me juzgaron tan adelantado en la clase cuarta que con sólo tres meses de asidua aplicación podría pasar a la tercera. En efecto: me puse a estudiar con ahínco, porque, en competencia con otros condiscípulos míos que tenían más años que yo, conocí por primera vez cuán útil es la emulación; y, previo otro examen en noviembre, pasé a la clase tercera. El maestro de ésta era un tal don Degiovanni, sacerdote menos ilustrado quizá que mi buen Ivaldi, y que además no me trataba con tanto cariño y solicitud como mi preceptor, puesto que tenía que atender, bien o mal, a los quince o diez y seis alumnos de que se componía su clase.

En aquella escuela de mala muerte, en la que era yo un asno entre asnos dirigidos por otro asno, se estudiaba a Cornelio Nepote, algunas églogas de Virgilio y otras cosas por el estilo; y hacíanse unas composiciones tan simples y descabelladas, que en cualquier colegio un poco mejor dirigido aquella clase tercera hubiera sido, todo lo más, una pésima clase cuarta. Yo no era nunca el último; la emulación me espoleaba de continuo hasta que

adelantaba o igualaba al primero; pero en cuanto lo conseguía me faltaba el estímulo y caía en la pereza. Esto se explicaba fácilmente, pues no es posible imaginar nada tan fastidioso e insulso como aquellos estudios. Traducíamos las biografías de Cornelio Nepote; pero ninguno de nosotros sabía, y quizá el propio maestro no lo sabía tampoco, quiénes habían sido aquellos hombres cuyas vidas traducíamos, ni dónde habían nacido, ni en qué tiempos y en qué naciones vivieron, ni qué era una nación. Todas nuestras ideas eran circunscritas, falsas o confusas; ningún objeto se proponía el que nos enseñaba, ningún atractivo tenía aquello para el que aprendía. No se huía más que perder miserablemente el tiempo nadie se interesaba por nosotros, y el que lo hacía no sabía qué traía entre manos ¡Qué daño tan irreparable se ocasiona así a la juventud!

De esta manera pasé todo el año 1759, y en noviembre fui promovido al estudio de Humanidades. Nuestro profesor, don Arnatis, era un sacerdote de mucho talento y sagacidad y bastante culto, y a su lado pude sacar mayor provecho, puesto que adelanté en latín todo lo que me permitía aquel mal entendido método de enseñanza. La competencia con un joven que hacía tan bien como yo, y a veces mejor, los ejercicios escritos excitó nuevamente en mí la emulación, sobre todo en las lecciones de memoria, porque en tanto que mi competidor recitaba de un tirón, y sin equivocarse en una sílaba, seiscientos versos de las Geórgicas, de Virgilio, yo a duras penas llegaba a cuatrocientos, y no siempre bien; lo cual me apenaba mucho. Reflexionando ahora sobre lo que pasaba en mi alma en aquellas batallas pueriles, me parece que yo no era de mala índole; porque si bien en el momento de ser vencido por aquellos doscientos versos de más se apoderaba de mí la ira y a veces prorrumpía en llanto o en atroces injurias contra mi rival, no es menos cierto que, bien porque él fuese mejor que yo, o porque me calmase sin saber cómo, no disputamos ni vinimos a las manos jamás, aunque ambos éramos de la misma fuerza, y nos portábamos como amigos. Supongo que mi ambicioncilla quedaba satisfecha y compensada de mi falta de memoria con el premio que se otorgaba en los concursos de composición en latín, y que casi siempre me correspondían a mí. Además, yo no podía odiarle porque era un muchacho precioso, y la belleza de los hombres, de los animales y de los objetos me han subyugado siempre, sin segundos fines, desde luego, pero de tal suerte, que a veces me hace apasionado en el juicio, con detrimento para la verdad.

En todo aquel curso de Humanidades conserváronse mis costumbres inocentes y puras, si bien la propia Naturaleza, sin que yo lo advirtiese, las iba perturbando. Aquel año cayeron en mis manos, sin saber cómo, las obras de Ariosto, en cuatro tomos. Seguramente no las compré porque no tenía dinero, ni las robé, porque me acuerdo muy bien de todo lo que me he apropiado indebidamente; tengo, pues, una idea de que las fui adquiriendo tomo por tomo, de algún compañero que me los cedía a cambio del medio pollo que solían darnos a cada uno los domingos. Si fue así, la posesión de las obras de Ariosto me costó un par de pollos en cuatro semanas. Pero no puedo asegurarlo, y a fe que lo siento, porque me gustaría saber si bebí los primeros sorbos de poesía a costa del estómago, privándome del mejor bocado que nos daban. No sería aquél el único cambio que hiciera, pues me acuerdo perfectamente de no haber probado el medio pollo de los domingos en seis meses seguidos, porque lo cedía a trueque de ciertas historias que nos contaba un tal Lignana, el cual era un glotón y aguzaba el ingenio para llenarse la panza, y no admitía en su auditorio a quien no le retribuyese con algo de comer. No importa, empero, cómo lo adquirí: lo cierto es que yo tuve un Ariosto. Lo leía a trozos y sin método, quedándome en ayunas de la mitad de la



lectura, porque no lo entendía. Imagínese, pues, lo que serían los estudios que había hecho hasta entonces y cuáles mis adelantos, ya que, a pesar de ser el príncipe de aquellos humanistas y de traducir en prosa italiana las Geórgicas, que son más difíciles que La Eneida, me hacía un lío leyendo al más claro y sencillo de nuestros poetas. No olvidaré nunca los esfuerzos que hacía, infructuosos todos, para entender bien en el canto de Alcina los hermosísimos pasajes que describen su belleza sin par. Los dos últimos versos de la estancia

Non cosí strettamente edera preme

me era imposible entenderlos; y consultando a mi competidor en la clase, que no los entendía mejor que yo, perdíamonos ambos en un mar de conjeturas. El asistente acabó con aquella lectura furtiva y comento del Ariosto; pues habiendo advertido que en cuanto aparecía él escondíamos vivamente un libro que teníamos siempre en las manos, no paró hasta dar con él, y obligándonos a darle los otros tres tomos, entregó la obra completa al subprior; de manera que los poetas en ciernes quedamos burlados y privados, pobres ciegos, de toda guía poética.

### Capítulo III

A qué parientes míos de Turín fue confiada mi adolescencia

En el transcurso de los dos primeros años de academia aprendí muy poco, pero mi salud se resintió muy mucho, a causa de la diferencia de las comidas, del excesivo trabajo y de no dormir lo suficiente; un cambio de vida totalmente opuesto a la que llevé hasta los nueve años en la casa materna. No crecía apenas, y parecía un muñequito de cera delgadísimo y muy pálido. No fueron pocos ni de escasa monta los males que me sobrevinieron. En primer lugar, llenóseme la cabeza de granos purulentos y fétidos, acompañados de tal dolor, que las sienes se me ennegrecieron, y la piel, que parecía socarrada, se me caía a pedazos, y en distintas veces cambié por completo la de las sienes y la frente. Mi tío paterno, el caballero Pelegrín Alfieri, había sido nombrado gobernador de la ciudad de Cuneo, donde residía lo menos ocho meses al año; así es que en Turín no me quedaban más parientes que los de la línea materna, la casa Tornone, y un primo de mi padre, el conde Benito Alfieri. Era éste primer arquitecto del rey, y vivía en una casa contigua al teatro Real, que él mismo había ideado con elegancia y maestría y dirigido las obras. Algún día que otro iba a comer

con él, y de vez en cuando sólo a visitarlo. Esto dependía del capricho de mi criado Andrés, que mandaba en mí despóticamente, alegando siempre órdenes y cartas de mi tío de, Cuneo.

El conde Benito -un caballero dignísimo y dotado de excelente corazón que me quería y mimaba mucho- era apasionadísimo de su profesión, de carácter sencillito e ignorante de todo lo que no fuese bellas artes. Una prueba de su pasión por la arquitectura tenía yo en el hecho de que a pesar de mi corta edad, de mi ignorancia absoluta en materia de arte, hablábame a menudo y con entusiasmo de ella y del divino Miguel Ángel Buonarrotti, a quien no nombraba jamás sin inclinar la cabeza o descubrirse con un respeto y veneración que no podré olvidar jamás. Había pasado la mayor parte de su vida en Roma y estaba poseído de la belleza antigua; no obstante, en sus obras prevaricó del buen gusto para amoldarse a la arquitectura moderna. De esto da fe su curiosa iglesia de Carignano, construida en forma de abanico. Estas pequeñas tachas las borró empero muy bien con el citado teatro, la admirable y atrevidísima bóveda de las caballerizas reales, el salón de Stupinigi y la sólida y severa fachada del templo de San Pedro en Ginebra. A su talento arquitectónico sólo faltaba para desarrollarse plenamente unas arcas más llenas que las del rey de Cerdeña, como así lo demuestran los diversos y grandiosos planos que dejó al morir y fueron recogidos por el rey; entre otros, proyectos admirables y variadísimos para el embellecimiento de Turín y la reconstrucción de la ruinosa muralla que separa la plaza del Castillo del Palacio Real; muralla que llaman, no sé por qué, el Pabellón.

Me complazco ahora muchísimo en hablar de aquel tío mío que tanto sabía, porque sólo ahora puedo apreciar su valer. Mas cuando yo estaba en la academia, a pesar de lo cariñoso y bueno que era conmigo, me resultaba bastante fastidioso. Lo que sobre todo me molestaba más de él -¡oh la perniciosa influencia de las máximas falsas y de los erróneos juicios!- era el dichoso acento toscano que había adquirido durante su permanencia en Roma y que nada hizo después para perderlo, aunque el hablar el italiano es un verdadero contrabando en Turín, ciudad anfibia. Tanta es, empero, la fuerza de la verdad y de la belleza, que los mismos que se burlaban del acento toscano de mi tío cuando éste volvió a su patria, percatándose después de que él hablaba un idioma verdadero, en tanto que ellos mascullaban una bárbara jerga, cuando conversaban con él, esforzábanse para balbucir el toscano, especialmente los señores que querían remendar sus casas para darles apariencias de palacios; obras fútiles en las que, gratuitamente y por amistad, aquel excelente hombre malgastaba la mitad de su tiempo complaciendo a unos y a otros y disgustando, según le oí decir muchas veces, a sí mismo y al Arte. Las viviendas de los primates de Turín por él embellecidas o ampliadas con atrios, escaleras, pórticos y aposentos interiores quedarán como monumento de su fácil benignidad para servir a sus amigos, o que por amigos suyos pasaban. Este tío mío había hecho un viaje a Nápoles en compañía de mi padre, su primo, un par de años antes de que éste se casara con mi madre, y por él supe algunas anécdotas de la vida de mi padre. Me contaba que habiendo ido a ver el Vesubio, mi padre no cejó en su empeño de bajar hasta la superficie del cráter interior, que era muy profunda, lo cual se verificaba deslizándose por una cuerda que manejaban unos hombres desde la cima. Unos veinte años después fui a aquel mismo lugar por primera vez y lo hallé todo cambiado; el descenso al cráter era imposible. Pero ya es hora que vuelva al asunto.

## Capítulo IV

### Continuación de aquellos mal llamados estudios

No teniendo a nadie de mi familia que cuidase verdaderamente de mí, iba yo perdiendo los mejores años de mi vida y perjudicando de día en día mi salud, hasta el extremo de que, estando siempre enfermo y lleno de granos o llagas, era blanco de las burlas de mis compañeros, que medaban el nobilísimo título de cadáver, al que los más graciosos y humanos añadían el epíteto de podrido. Mi estado de salud me ocasionaba hondísima melancolía, por lo que cada día arraigaba más en mí el amor a la soledad. El año 1760 no cursé más que la Retórica, porque mis males me dejaban estudiar algo y esa asignatura exigía poco esfuerzo. Mas como el profesor no era tan competente como el de Humanidades, aunque nos explicaba La Eneida y hacíanos componer algunos versos latinos, yo atrasaba en vez de adelantar en el conocimiento del latín, y como yo no era el último de clase, deduzco de ello que mis condiscípulos no hacían tampoco grandes progresos. Durante aquel supuesto curso de Retórica recuperé mi Ariosto, robándolo tomo por tomo al subprior, que habíalo colocado entre sus libros en un estante que estaba a la vista. Para efectuar el robo aprovechábame de la ocasión en que los privilegiados iban a su habitación para asistir desde sus ventanas a las partidas de balón, porque, estando situadas en el centro de la cancha, veíase mejor que desde las ventanas de nuestras salas, que estaban en los lados. Tenía yo buen cuidado de juntar los otros libros en cuanto quitaba uno de los míos, para que no me delatase el hueco, y en cuatro subtracciones sucesivas, recuperé mis tomos de Ariosto, de lo que tuve un gran contento, pero guardándome muy mucho de comunicarlo a ninguno de mis compañeros. Repasando ahora en la memoria aquellos tiempos recuerdo que apenas los leí desde que los recuperé, entre otras razones, aparte de mi poca salud, que era la principal, por la dificultad de entenderlos, dificultad que aumentaba en vez de disminuir -¡valiente retórico!-, y además por el continuo truncamiento de las historias, que a lo mejor nos dejan con la miel en los labios, lo cual me fastidia ahora también, porque es contrario a la verdad y destruye el efecto producido antes. Y como yo no sabía dónde podría hallar la continuación de los hechos, acababa por dejar el libro. De Tasso, que habríase adaptado más a mi carácter, no conocía siquiera su nombre. Por entonces cayó en mis manos, no se cómo, La Eneida, de Aníbal Caro, y la leí muchas veces con avidez, apasionándome en extremo por Turno y Camila. Al propio tiempo recurría al hurto para la traducción de los temas que nos señalaba el profesor; de manera que cada día atrasaba más en el latín. No conocía a ninguno de nuestros poetas, salvo algunas obras de Metastasio, como el Catón, Artajerjes, la Olimpíada y algún libreto de ópera cuando asistía al teatro en los Carnavales. Estos me deleitaban extraordinariamente, excepto cuando los cantantes interrumpían el desarrollo de las emociones precisamente en el momento en que iba penetrando el asunto, pues entonces experimentaba un disgusto más vivo aún que el que me ocasionaban los truncamientos de Ariosto. Leí también algunas comedias de Goldoni

que me prestaba mi profesor, y me divertían muchísimo. Pero el genio dramático, latente quizá en mí, se extinguió en seguida por falta de alientos, de estímulo de todo. Mi ignorancia y la de quien me enseñaba y el descuido de todos no podían dar otros frutos.

En los largos y frecuentes intervalos en que por motivos de salud no podía yo asistir a clase, un compañero mío, mayor que yo, más fuerte que yo, y también más burro que yo, pedíame que le hiciera sus trabajos, consistentes en traducciones, amplificación o composiciones en verso, etc., y para decidirme empleaba los siguientes argumentos: «Si me haces el trabajo te doy dos pelotas» y me las enseñaba, bonitas, de cuatro colores, de buen paño, perfectamente cosidas y que botaban muy bien. «Y si no quieres hacérmelo te daré dos pescozones» -añadía levantando su prepotente mano sobre mi cabeza-. Yo tomaba las pelotas y le hacía el trabajo. Al principio hacía el trabajo tan fielmente y con toda la perfección de que era capaz, de suerte que el maestro se asombraba de los inesperados adelantos de aquel discípulo suyo que siempre había sido un topo. Guardaba yo escrupulosamente el secreto, no sólo porque era de carácter poco comunicativo, sino también, y principalmente, por el miedo que le tenía a aquel Cíclope; pero, al fin, después de haberle hecho muchas composiciones, harto de pelotas, cansado de tanto trabajo y de que aquel individuo recibiese galardones que me pertenecían, fui poco a poco descuidándome y acabé por intercalar algunos solecismos, como, por ejemplo, potebam y otros por el estilo, que provocan la rechifla de los condiscípulos y acarrear los azotes del maestro. Aquel sujeto, viéndose desenmascarado en público y revestido por fuerza con la piel de asno que le era natural, no se atrevió a tomar venganza de mí; limitóse a no hacerme trabajar más para él contenido por el temor de que le descubriese y su oprobio fuese mayor. No lo hice jamás; pero reí de muy buena gana cuando mis condiscípulos me contaron, sin que sospecharan que era obra mía, lo que había sucedido en la clase a causa de aquel potebam. Por mi parte, creo que me mantuve en los límites de la discreción, porque creía ver levantada siempre sobre mi cabeza aquella manaza amenazadora que podría tomar el desquite de tantas pelotas mal empleadas para ser blanco de las burlas generales. Entonces aprendí que el miedo recíproco es lo que gobierna al mundo.

Entre estas insulsas y pueriles vicisitudes, enfermo a menudo y delicado siempre, terminé el curso de Retórica, y, previo el examen de rigor, me pasaron al de Filosofía. Los estudios filosóficos no se hacían en la academia, sino en la cercana Universidad, adonde íbamos dos veces al día: por la mañana, para la clase de Geometría, y por la tarde, para la de Filosofía, o sea de Lógica. Así es que a los trece años de edad, no cumplidos, me convertí en filósofo. Este título me envanecía tanto más cuanto que casi me colocaba en la sala llamada de los Grandes; aparte de la agradable tontería de salir dos veces al día de la academia, lo cual nos permitía una que otra escapada por las calles de la ciudad, pretextando cualquier necesidad para abandonar la clase. Era yo el más pequeño de todos los que ocupaban la sala del segundo departamento, al que me habían trasladado, y precisamente esa mi inferioridad de estatura, de edad y de fuerzas era lo que me impulsaba a poner el mayor empeño en distinguirme. En efecto: al principio estudié con ahínco para tomar parte en las repeticiones que por la noche hacían en la academia nuestros repetidores académicos, y respondía a todas las preguntas tan bien como mis compañeros, y a veces mejor que ellos. Seguramente esto no era más que fruto de la memoria, porque, a decir verdad, yo no entendía jota de aquella filosofía pedantesca, insípida de suyo, y estudiada en latín, con el que también tenía que luchar y vencerlo a fuerza de diccionario. Tocante a la Geometría, hice todo el curso, o

sea los seis primeros libros de Euclides, sin haber entendido la cuarta proposición mejor de lo que la entiendo ahora, porque he tenido siempre horror a la Geometría. La clase de Filosofía peripatética que nos daban después de la comida nos hacía dormir en pie. En la primera media hora escribíamos los apuntes que nos dictaba el profesor, y los tres cuartos de hora restantes, mientras el catedrático explicaba la lección en un latín deplorable, nosotros, los escolares, envueltos en nuestros mantos, dormíamos como leños. En el aula no se oía más que la voz desfallecida del profesor, que a su vez dormitaba, y los ronquidos de los estudiantes de Filosofía, que con sus altos y bajos formaban un divertido concierto. Además del poder irresistible de aquella papaverácea filosofía, contribuía no poco a hacernos dormir a los alumnos de la academia -que ocupábamos lugar preferente en la clase, a la derecha del profesor- el levantarnos por la mañana demasiado temprano. Esto era la causa principal de todos mis achaques, porque el estómago no tenía tiempo de digerir la cena en la cama. Afortunadamente, los superiores comprendieronlo así y me concedieron la gracia de que durante el curso de Filosofía me levantase a las siete, en vez de las seis menos cuarto, a cuya hora debían estar los demás, no ya levantados, sino listos para bajar al salón, rezar las primeras oraciones y ponerse en seguida a estudiar hasta las siete y media.

## Capítulo V

Varias insulseces sobre el mismo tema

En el invierno del año 1762 volvió a Turín, por algunos meses, mi tío, el gobernador de Cuneo, y viéndome tan flacucho y enfermizo obtuvo para mí algunos pequeños privilegios, como el que se me diera de comer un poco mejor, es decir, alimento más sano; lo cual, unido a la distracción que me proporcionaba el salir dos veces al día para ir a la Universidad, y, en los días festivos, a comer a casa de mi tío, y el sueñecito periódico de tres cuartos de hora en la clase, contribuyó a que recobrará algunas fuerzas, y empecé a desarrollarme y crecer. Mi tío decidió también, en su calidad de tutor nuestro, de llamar a Turín a mi hermana Julia, la única que tenía yo de doble vínculo, y colocarla en el convento pensionado de Santa Cruz, sacándola del de San Anastasio, de Asti, donde se hallaba desde hacía seis años, confiada a los cuidados de una tía nuestra, viuda del marqués de Trotti, que habíase retirado a aquel monasterio. Julieta no adelantaba en aquel colegio más que yo en la academia, pues había llegado a dominar por completo a mi tía, que la quería y mimaba demasiado. Rayaba a la sazón en los quince años, puesto que tenía dos más que yo, y en nuestra tierra esa edad no suele ser muda; por lo contrario, habla ya de amor al fácil y tierno corazón de las muchachas. Uno de esos amorcillos que se pueden tener en un colegio de monjas, puesto en un joven dignísimo que se hubiera podido casar con ella, disgustó del tal manera a mi tío, que le determinó a llevarla a Turín y confiarla a una tía nuestra materna, religiosa del convento de Santa Cruz. La presencia de aquella hermana, a la que, como ya

he dicho, quería yo con ternura, y cuya belleza había aumentado tanto con los años, me llenó de júbilo, y, confortando a la vez el corazón y el espíritu, me restituyó la salud. Y su compañía, mejor dicho, el verla de vez en cuando, me era mucho más grato, porque me parecía que la consolaba de sus desgraciados amores, ya que tan bruscamente habíanla separado de su novio, con el que a toda costa quería casarse. Con permiso de mi guardián Andrés, iba yo a visitar a mi hermana todos los jueves y domingos, que eran nuestros días de asueto, y a menudo pasaba todo el tiempo de mi visita llorando a lágrima viva con ella; y como aquel llanto parecía que me sentaba muy bien, volvía siempre al colegio más aliviado, aunque no contento. Portándome como filósofo que era, esforzábame para consolarla y darle ánimos, excitándola a no renunciar a sus amores, asegurándole que a la larga nuestro tío, que era el que más resueltamente se oponía, acabaría por ceder. Pero el tiempo, que ejerce su acción hasta en los pechos más fuertes, no tardó en cambiar el corazón de aquella jovencita: la ausencia, los obstáculos, las distracciones y, sobre todo, la nueva educación, que era infinitamente mejor que la que recibiera de nuestra tía paterna, la curaron y consolaron al cabo de algunos meses.

En las vacaciones de aquel año de Filosofía me tocó en suerte asistir por vez primera al teatro Carignano, donde actuaba una compañía de ópera bufa. Fue aquello un señalado favor que quiso hacerme mi tío el arquitecto, en cuya casa hube de pasar la noche, porque la hora de la función no se podía combinar con el reglamento de la academia, que se cerraba, lo más tarde, a media noche, y sólo podíamos asistir al teatro Real, al que íbamos colectivamente una sola vez durante el Carnaval. La ópera bufa a cuya representación asistí -gracias al piadoso subterfugio de mi tío, quien dijo a los superiores que me llevaría a pasar un día y una noche en su quinta- titulábase «El mercado de Malmantile» y fue cantada por los mejores bufos de Italia: Carratoli, Baglioni y sus hijas. El autor de la música era uno de los más célebres maestros. El brío y la variedad de aquella música divina me causaron una profundísima impresión, dejándome, por decirlo así, un surco de armonía en los oídos y en la imaginación, agitando de tal suerte mis fibras más recónditas, que durante varias semanas estuve sumido en hondísima melancolía, que no tenía nada de desagradable; una melancolía que a la vez que me producía desgana y repugnancia por los estudios que hacía, excitaba de tal manera mi imaginación que, si hubiese sabido hacer versos, habría podido expresar bellísimos y elevados conceptos; pero, desgraciadamente, yo me conocía mejor que aquellos que se llamaban mis educadores. Fue aquélla la primera vez que pude observar el efecto que la música me causaba, y quedó grabado en mi memoria porque hasta entonces no había experimentado una emoción más intensa.

Recordando más adelante las funciones de Carnaval y las pocas representaciones de obras serias a las que pude asistir en aquel tiempo, y comparando aquellas emociones con las que ahora experimento cuando vuelvo al teatro después de una corta temporada de ausencia, encuentro que no hay nada que agite tanto mi corazón y exalte tanto mi alma y mi inteligencia como los sonidos, el canto, especialmente las voces de contralto y de mujer. Nada despierta en mí afectos tan diversos y terribles, y casi todas mis tragedias las he ideado durante una sesión musical o pocas horas después.

Habiendo terminado el curso en la Universidad con gran aprovechamiento según decían los repetidores, no sé con qué fundamento-, obtuve permiso de mi tío para ir a pasar a su lado quince días del mes de agosto. Como el corto viaje de Turín a Cuneo, a través de la

fertilísima y risueña llanura del hermoso Piamonte, era el segundo que hacía en mi vida, me llenó de contento y fue muy beneficioso para mi salud, porque el movimiento y el aire libre han sido siempre para mí elementos de vida. Pero aheleó la alegría de aquel viaje la manera de efectuarlo, pues hube de hacerlo en carricoche, yo, que cuatro o cinco años antes, en mi primera salida de casa, había corrido tan velozmente las cinco postas que había desde Asti a Turín. Parecíame que con los años había retrocedido en vez de progresar, y considerándome humillado por la innoble y fría lentitud del paso del caballejo que tiraba del vehículo, al pasar por Carignano, Racconigi, Savigliano, y hasta por la más insignificante aldehuela, encogíame cuanto podía en el fondo del carricoche y cerraba los ojos para no ver ni ser visto, como si todo el mundo supiese que yo había corrido la posta con tanto brío y quisiese burlarse de mí. ¿Era aquello el movimiento de un alma fuerte y sublime, o la manifestación de un carácter ligero y vanidoso? No lo sé; se podrá juzgar por lo que más adelante he de referir. De lo único que estoy seguro es de que, si hubiese tenido a mi lado una persona conocedora a fondo del corazón humano, habría podido sacar mucho partido de mí con los poderosos resortes del amor a la gloria y a la alabanza.

Durante mi corta permanencia en Cuneo compuse el primer soneto, que no puedo llamar mío porque era un refrito de versos robados enteros o en parte a Metastasio y Ariosto, únicos poetas italianos a quien había leído algo; pero creo que no tenía las debidas consonancias ni estaba bien distribuido. Lo único que sé, es que lo escribí en elogio de una señora a la que mi tío hacía la corte y que a mí también me gustaba mucho. De todos modos, aquella señora, que no era entendida en la materia, y otras personas que en poesía no estaban más enteradas que ella, alabaron extraordinariamente mi composición; por lo cual llegué a creer que yo era poeta. Pero mi tío, militar, severo, muy instruido en Historia y ducho en política, desdeñaba la poesía y no alentó mi naciente musa; por el contrario, desaprobó mi soneto, y, burlándose de mi vena, me desalentó de modo que no volví a escribir un verso hasta los veinticinco años cumplidos. ¡Cuántas buenas o malas poesías ahogó mi tío juntamente con mi soneto primogénito!

Al estudio de la bestial Filosofía sucedió el curso siguiente, el de la Física y la Ética, distribuida las clases lo mismo que en el precedente, es decir, la primera, por la mañana, y la otra, para echar la siesta. La Física me gustaba algo; pero la lucha incesante con el latín y mi ignorancia casi absoluta en Geometría eran obstáculos insuperables a mi adelanto endicha ciencia. Así es que, para eterna vergüenza mía y en honor a la verdad, debo confesar que, a pesar de haber estudiado la Física un curso teniendo por catedrático al célebre padre Beccaria, no me acuerdo de una sola definición ni sé absolutamente nada de la electricidad, en la que tantos y maravillosos descubrimientos se han hecho, pese a las prolijas explicaciones de mi sabio profesor. Me sucedió aquel curso lo mismo que en el de Geometría: que, gracias a mi felicísima memoria, repetía de corrido las lecciones, mereciendo por ello de los repetidores más elogios que censuras. Tanto es así, que el invierno de 1763 mi tío quiso recompensar mi aplicación con un regalo, cosa que no había hecho jamás. Tres meses antes me anunció el regalo, con énfasis profético, mi criado Andrés, diciéndome que sabía de muy buena tinta que me lo harían, si continuaba portándome bien; pero no me indicó siquiera en qué consistiría.

Esta esperanza indeterminada, agrandada por mi imaginación, alentóme a perseverar en mi aplicación al estudio, o, mejor dicho, a repetir las lecciones como un papagayo. Finalmente,

el camarero de mi tío me enseñó el famoso regalo: era una espada de plata bastante bien labrada. Me enamoré de ella, y esperaba con ansiedad que me la ofrecieran, pues estaba seguro de haberla merecido; mas esperé en vano: el regalo no vino jamás. Según supe, o deduje después de lo que oí decir, quería mi tío que se la pidiese; pero la índole de mi carácter, que tantos años atrás me impidió ceder a los ruegos de mi abuela para que le pidiese algo, me cortó la palabra y no hubo medio de hacerme pedir la espada a mi tío, por lo que me quedé sin ella.

## Capítulo VI

Debilidad de mi complexión. -Enfermedades continuas e incapacidad para todo ejercicio, especialmente para el baile, y sus causas

Pasó también del mismo modo que los anteriores el curso de Física, y el verano se dispuso mi tío a partir para Cerdeña, de donde había sido nombrado virrey. En septiembre marchó, al fin, dejándome recomendado a los demás parientes o agnados que me quedaban en Turín, renunciando a la administración de mis bienes y asociándose en la tutela a un caballero amigo suyo. Desde entonces pude gastar con mayor libertad, gracias a que mi nuevo tutor me señaló una pensión mensual; disposición justísima que, contra razón, no quiso mi tío adoptar jamás. Aunque sospecho que quien más se oponía era mi criado Andrés, pues sabía el muy ladino que gastando por mi cuenta -y por la suya a la vez- le resultaba más cómodo enviar notas sin temor a reparos, y al propio tiempo me tenía más sujeto al despótico poder que ejercía sobre mí. El tal Andrés se daba aires de príncipe, y lo parecía tanto como otros muchos que se ven en nuestros tiempos sin ser más ilustres que él. A fines del año 62, cuando había pasado ya a los estudios de Derecho canónico y civil, que en cuatro cursos conducen al estudiante a la cumbre de la gloria, al doctorado en leyes y al ejercicio de abogacía, tuve la misma enfermedad que padecí dos años antes, o sea toda la caída de la piel del cráneo, ocasionándome dolores tan atroces que no podía retener en la memoria más definiciones, digestos ni nada de lo referente a las elecciones de ambos Derechos. No podría comparar el estado físico exterior de mi cabeza con nada mejor que con la tierra abrasada por el Sol que cruje y se resquebraja por todas partes, esperando la benéfica lluvia que la ha de consolidar; sólo que de las grietas de mi cabeza salía un humor viscoso tan abundante, que por aquella vez no pude librar a mi cabello de las odiosas tijeras, y al cabo de un mes curé de aquella repugnante enfermedad, pelado a rape y con peluca. Aquel accidente fue uno de los más dolorosos de mi vida, no tanto por la pérdida del pelo como por tener que llevar la dichosa peluca, que desde el primer momento me hizo blanco de las burlas de todos mis petulantes compañeros. Al principio quise hacerles frente; pero comprendiendo en seguida que no podría de ninguna manera salvar mi peluca del desbordado torrente que por todas partes la envolvía, y con ella corría el riesgo de perderme



yo también, cambié de táctica y tomé el partido más cómodo y seguro: el de quitarme yo mismo la peluca antes que los otros me la quitaran, y tirarla al aire como si fuera una pelota, para evitar que mis compañeros hicieran otra cosa algo peor. El resultado fue excelente, pues al cabo de algunos días nadie se acordaba de mi peluca, que era la más respetada de las tres o cuatro que había en mi corredor. Entonces aprendí por experiencia que es mejor dar espontáneamente lo que no podemos impedir que nos sea quitado.

Aquel año me pusieron dos maestros más: uno de piano y otro de Geografía. En esta última asignatura, a la que se añadía un poco de Historia, especialmente antigua, adelanté bastante, porque me gustaba estudiar en los mapas y en la esfera celeste y armilar. El profesor, que explicaba sus lecciones en francés porque era natural de Aosta, me prestaba algunos libros franceses, que ya empezaba yo a entender en el idioma original, entre otros el Gil Blas, que me gustó lo indecible; fue aquél, después de La Eneida, de Caro, el primer libro que leí desde la primera a la última página y que me divirtió más que todos los otros. Entonces me aficioné a las novelas, y leí Casandra Alinachilde, etc., y las más tiernas causábanme más dulce impresión. Les Mémoires d'un homme de qualité las leí lo menos diez veces. En cuanto al piano, a pesar de mi pasión por la música y de que no me faltaban condiciones para aprenderla, sólo conseguí recorrer el teclado con soltura; la música escrita no me entraba; yo no tenía más que muy buen oído y memoria. Atribuyo mi absoluta ignorancia en notas musicales, y creo estar en lo cierto, a la inoportunidad de la hora en que se daba la clase, que era inmediatamente después de comer. En esos momentos, lo sé por la experiencia de toda mi vida, no he podido hacer nunca el más ligero ejercicio mental, ni siquiera fijar por un instante la atención en un escrito o un objeto cualquiera. Por eso, las notas musicales y sus cinco rayas, tan juntas y paralelas, me bailaban ante los ojos, y cuando me levantaba del piano no veía nada y quedaba como enfermo y atontado para todo el resto del día.

Asimismo no adelantaba nada en las salas de esgrima y de baile porque la excesiva debilidad de mi constitución me impedía ponerme en guardia y ejecutar todos los movimientos de ese arte. Por añadidura, las clases se daban también después de la comida, y a menudo dejaba el piano para tomar la espada. Respecto al baile, añadíase a la aversión que siempre he sentido por la danza el hecho de que fuese el profesor un francés recién llegado de París, el cual, con su ridículo empaque, cortésmente descortés, y sus movimientos, tan risibles como sus palabras, centuplicaba el aborrecimiento que siempre me ha inspirado este arte de volatineros. Así es que, después de algunos meses de infructuosas lecciones, abandoné la clase sin haber podido aprender ni a medias el Minué. Desde entonces, esta sola palabra me ha hecho siempre reír y estremecerme al mismo tiempo; y el mismo efecto me ha producido toda mi vida los franceses y todo lo que es francés: el de un continuo y mal bailado Minué. Atribuyo a aquel profesor de baile el sentimiento desfavorable, y tal vez exagerado, que ha quedado en el fondo de mi corazón hacia la nación francesa, a pesar de las muchas cosas buenas y deseables que ésta tiene. Las primeras impresiones que se graban en esa edad no se borran jamás, y difícilmente se esfuman con el transcurso de los años: la razón las combate, pero la lucha ha de ser incesante para juzgar con desapasionamiento, y a veces ni aun así se consigue. Repasando ahora los recuerdos de mis primeros años, acuden a mi memoria otros dos hechos que desde entonces me hicieron antigalo: uno fue que, hallándome en Asti, en mi casa paterna, antes que mi madre contrajera terceras nupcias, pasó por aquella ciudad la duquesa de Parma,

francesa de nacimiento, que iba o venía de París. Los colorettes que llevaban ella, sus damas y sus doncellas, moda exclusivamente francesa que no había yo visto nunca en las mujeres italianas, me causaron tal impresión, que hablé de ellas varios años, sin que se me alcanzara la necesidad o conveniencia de un adorno tan extraño y ridículo, pues cuando por enfermedad o embriaguez salen a la cara esos colores, el que los tiene se apresura a esconderse para evitar burlas y compasiones. Aquellos rostros embadurnados de las damas y doncellas francesas me produjeron un efecto desagradable, haciéndome sentir repugnancia hacia las mujeres de aquella nación. El otro hecho que motivó mi aversión contra los franceses fue el siguiente: Estudiando Geografía, y examinando los mapas, pude hacerme cargo de la gran diferencia que, respecto a superficie y población, existía entre Inglaterra, Prusia y Francia, y habiendo oído decir al mismo tiempo que los franceses sufrían continuas derrotas por mar y por tierra en las nuevas guerras, relacioné estas noticias con las que ya tuve en mi niñez referentes a la dominación francesa en Asti, de donde al fin fueron ignominiosamente arrojados, dejando en nuestro poder de seis mil a siete mil prisioneros, los cuales se entregaron cobardemente sin combatir, pese a sus baladronadas y a su proceder tiránico durante la ocupación. Reunidas todas estas particularidades y colocadas en la cara de mi maestro de baile, de cuya caricatura y ridiculidad he hablado antes, dejáronme en el corazón un profundo sentimiento de desprecio y aversión hacia aquella fastidiosa nación. Indudablemente, el que buscase en sí mismo, ya en la edad madura, las causas radicales de los odios o amores hacia los individuos, las colectividades o los pueblos, hallaría quizá en su niñez los primeros ligerísimos gérmenes de esos sentimientos, y no muchos mayores ni distintos de los que he alegado. ¡Qué pequeño es el hombre!

## Capítulo VII

Muerte de mi tío paterno. -Mi primera liberación. Ingreso en el primer departamento de la academia

Mi tío falleció a los diez y seis meses de estar en Cagliari. Contaba sesenta años, pero su salud era bastante delicada, y antes de salir para Cerdeña me dijo que no le volvería a ver jamás. No le profesaba yo mucho cariño, pues sólo contadas veces le había visto, y siempre habíase mostrado conmigo severo y poco amable, aunque nunca injusto. Fue un hombre estimable por su rectitud y por el valor que demostró en la milicia; poseía un carácter inflexible y reunía todas las cualidades necesarias para ejercer el mando. Tenía también fama de estar dotado de mucho talento, pero sólo lo manifestaba con una erudición desordenada, vasta y locuacísima en Historia, tanto antigua como moderna. No me afligió mucho su muerte, acaecida lejos de mí y ya prevista por todos sus amigos, aparte de que con ella adquiría yo casi completamente mi libertad y entraba en posesión de mi

patrimonio, aumentado con la herencia nada despreciable de mi tío. Las leyes del Piamonte libran de la tutela al pupilo a la edad de catorce años, sometiéndole únicamente a un curador, el cual ha de entregar al menor las rentas de sus bienes e impedir que enajene los inmuebles. Al verme, a los catorce años de edad, dueño de mí mismo y de lo que me pertenecía, se me subieron los humos a la cabeza y comencé a construir castillos en el aire. Entretanto, mi nuevo tutor había despedido a mi ayo Andrés, y haciéndolo así procedió con entera justicia, pues el dichoso criado habíase dado desenfrenadamente a la bebida y las mujeres, tornándose pendenciero, y sujeto nada recomendable a causa de su constante ociosidad y de no tener nadie que le vigilase. Hábiame tratado siempre muy mal, y cuando estaba borracho, lo cual sucedía cuatro o cinco días por semana, llegaba a pegarme. Durante las frecuentes enfermedades que padecí, servíame la comida y se marchaba en seguida, dejándome encerrado en mi cuarto, a veces hasta la hora de la cena, lo cual impedía que recobrase más pronto la salud y aumentaba la negra melancolía que era peculiar de mi temperamento. Sin embargo, ¿quién lo hubiera creído?, lloré y gemí por espacio de varias semanas la pérdida de Andrés; y no habiendo podido oponerme a quien justamente le despedía y quitábale de mi lado, durante varios meses fui a visitarle todos los jueves y domingos, puesto que se le había prohibido terminantemente que pusiera los pies en la academia.

En mis visitas le proveía de dinero, dándole todo el que podía, que no era mucho. Finalmente, habiendo entrado él al servicio de otro señor, y estando yo distraído con el cambio de escena promovido por la muerte de mi tío, dejé de visitarle y acabé por olvidarlo. Después he reflexionado mucho sobre la sinrazón del cariño que profesaba a un sujeto tan miserable; y si quisiera alabarme diría que procedía de la generosidad de mi carácter; pero no era ésta por entonces la verdadera causa, si bien más adelante, cuando con la lectura de Plutarco empecé a inflamarme de amor a la gloria y a la virtud, conocí, apreció y aun lo ejercí cuando pude, el agradabilísimo arte de devolver bien por mal. El afecto que sentía por Andrés ocasionábalo en parte el roce, el haberle visto siempre a mi lado desde los siete años, que era la edad que yo tenía cuando lo pusieron a mi servicio, y la simpatía que me inspiraron algunas de sus bellas cualidades, como, por ejemplo, la sagacidad para comprender, la prontitud y destreza para obrar, la gracia con que me contaba historietas y cuentos preciosos, por el ingenio que revelaban y la belleza de las imágenes, con todo lo cual volvía a ganarse mi favor en cuanto me pasaba el coraje por los malos tratos y vejaciones de que me hacía objeto. No acierto, empero, a explicarme cómo pude acostumbrarme al yugo de aquel individuo, yo que siempre me he sublevado contra todo género de imposición. Esta reflexión me ha hecho después compadecer a ciertos príncipes que, no teniendo nada de tontos, se dejaban guiar por quienes se apoderaron de su voluntad en la infancia; edad funesta por los resultados de las impresiones que durante ella se reciben.

La primera ventaja que me reportó el fallecimiento de mi tío fue la de poder aprender a montar a caballo, lo que hasta entonces me había estado prohibido, contrariando mis más vivos deseos. Enterado el prior de la academia de lo aficionado que era yo a la equitación, quiso aprovecharse de ello en beneficio mío, y a guisa de premio a mi aplicación me prometió solemnemente, que satisfaría mis deseos si me decidía a recibir en la Universidad el primer grado del doctorado, llamado el Magisterio, para lo cual había de someterme a un examen público de los dos cursos de Lógica, Física y Geometría. Accedí sin vacilar, y con

la ayuda de un repetidor que me busque para que me enseñase las mal aprendidas definiciones de aquellas materias, en quince o veinte días de asiduo estudio estuve en condiciones de responder a las preguntas que me hicieron los examinadores, pues para ello bastaba con la media docena de períodos latinos que pude grabar en mi memoria. Así es que en menos de un mes me encontré, sin saber cómo, maestro matriculado en Artes y a horcajadas por primera vez en los lomos de un caballo; arte en el que llegué a ser en poco tiempo un verdadero maestro. A la sazón era yo bajo de estatura y estaba muy flaco y no tenía fuerzas en las rodillas, que es la base de la equitación; no obstante, la voluntad y la pasión suplieron a la fuerza, y en contados días adelanté muchísimo, especialmente en el manejo de la brida y en conocer y adivinar los movimientos y la índole de la cabalgadura. No cabe duda que soy deudor a este agradable y noble ejercicio de la salud, que recobré por completo; del crecimiento, de la robustez que a ojos vistas fui adquiriendo, y de haber entrado, por decirlo así, en una nueva vida.

No es fácil imaginar lo orgulloso que me hice una vez muerto y enterrado mi tío, convertido el tutor en curador y yo en maestro en Artes, libre del yugo de Andrés y montado sobre un magnífico caballo. Dije lisa y llanamente al prior y al curador que los estudios de Leyes me aburrían, que estaba perdiendo el tiempo y que no queda continuarlos de ninguna de las maneras. El curador se entrevistó entonces con el director de la academia y convinieron ambos en pasarme al primer departamento, donde, según he dicho en otro lugar, se disfrutaba de completa libertad.

Ingresé en el susodicho departamento el 8 de mayo de 1763 y pasé en él casi solo todo el verano; pero me desquité en el otoño, pues se me fue llenando de extranjeros venidos de todas partes menos de Francia; Inglaterra dio el mayor contingente. Gran mesa, señorialmente servida, muchas diversiones, muy poco estudio, bastantes horas de sueño, continuos paseos a caballo y el hacer en todo mi santa voluntad, me restituyeron, duplicada, la salud y diéronme vigor y atrevimiento. Habíame crecido el pelo, y libre ya de la peluca, comencé también a vestirme a mi gusto, gastando mucho en trajes, para desquitarme de los cinco años que tuve que llevarlos negros, en virtud del reglamento por el que se regían los alumnos de tercero y segundo departamentos de la academia. Mi curador no cesaba de clamar contra los gastos que me ocasionaban tantos y tan ricos trajes; pero como el sastre sabía muy bien que yo tenía con qué pagar, me fiaba cuanto yo quería, y hasta creo que él se vestía a mis expensas. Recibida la herencia y disfrutando de libertad, no me faltaron amigos ni compañeros para todas mis empresas, ni aduladores; tuve, en fin, todo lo que se obtiene con el dinero y que con el dinero fielmente se va. En medio de aquel torbellino nuevo y ardiente, y a los catorce años y medio de edad, no era yo, empero, tan díscolo y calavera como hubiera querido y debido ser. De vez en cuando sentíame impulsado a estudiar y experimentaba cierto horror y aun vergüenza por mi ignorancia, pues sobre este particular no me engañé nunca a mí mismo ni traté de engañar a los demás; pero no sintiendo inclinación a ninguna clase de estudio, sin tener quien me dirigiera, y no conociendo bien ninguna lengua, no subía a qué dedicarme y cómo hacerlo. La lectura de las novelas francesas -italianas no hay una siquiera que valga la pena de leerlas-; mis frecuentes conversaciones con extranjeros y el no haber tenido nunca ocasión de hablarlo ni oír hablar, hacíanme olvidar poco a poco el toscano que aprendí en los dos o tres años de bufonescos estudios de Humanidades y de Retórica bestial. En cambio, tenía tal facilidad para el francés, que en dos o tres meses de ahincado estudio durante el primer año de

permanencia en el departamento primero tuve suficiente para entender muy bien la Historia eclesiástica, de Fleury, obra compuesta de 36 tomos, que leí casi todos con afán y de los que hice unos resúmenes en francés, llegando hasta el tomo 18; trabajo estúpido, fastidioso y risible, realizado, empero, con tanto empeño y agrado como poca utilidad. Aquella lectura me hizo desconfiar desde entonces del clero y de todo lo que esté relacionado con él. Pronto, sin embargo, dejé a un lado a Fleury y no volví a acordarme de él.

Los resúmenes que hice, y que no arrojé al fuego hasta hace poco tiempo, me divertieron muchísimo cuando los hojeé unos veinte años después de haberlos escrito. De la historia eclesiástica a las novelas, y releí muchas veces la misma, especialmente *Les mille et une nuit* .

Entretanto, habiendo estrechado relaciones de amistad con varios jovencitos de la ciudad, de quienes cuidaban todavía sus ayos respectivos, nos veíamos cada día, y jinetes en caballos de alquiler, hacíamos las mayores locuras, a riesgo de rompernos la crisma, como, por ejemplo, bajar a galope desde el Exemo, de Camaldoli hasta Turín, por una cuesta empinadísima que parece cortada a pico y que por nada del mundo la habría bajado, yo, estando en mi cabal juicio, con magníficos caballos; o bien atravesar los bosques situados entre el Po y el Dora corriendo como cazadores en persecución de mi criado, que unas veces, cabalgando sobre un rocín, hacía las veces de ciervo y otras, dando rienda suelta a su montura, nos perseguía chillando, restallando el látigo y obligándonos a saltar fosos muy anchos y profundos, a rodar por ellos o a vadear con frecuencia el Dora cerca de su desembocadura en el Po. En fin: hacíamos tales disparates, que nadie quería alquilarnos caballos, aunque pagásemos por ellos más de lo que valían; pero esas mismas locuras fortalecían mi cuerpo y despejaban mi mente, preparándome para merecer, apreciar, y, llegado, el momento, hacer uso de ella, mi libertad, tanto física como moral.

## Capítulo VIII

En completa ociosidad. Contrariedades sobrevenidas y valientemente soportadas

No tenía nadie que se cuidase de mí, salvo el nuevo criado que me había puesto el curador para que me acompañase a todas partes como un ayo; pero como aquel pobre diablo era un infeliz y muy interesado, pronto hallé el medio de cerrarle los labios con dinero y de hacer cuanto me viniese en gana. Con todo, el hombre es descontentadizo de suyo y yo quizá más que ningún otro; así es que en seguida empezó a fastidiarme aquella ligera sujeción y el llevar a todas partes el criado corno si fuera mi sombra. Semejante servidumbre me resultaba tanto más penosa y humillante cuanto que era una excepción en contra mía: de todos los que ocupaban el primer departamento, yo era el único que estaba sometido a la

vigilancia de un criado; yo era el único que no podía salir y entrar libremente de la academia cuando lo tuviera a bien. No me convenía la razón que me daban de que yo era todavía un chiquillo puesto que aún no tenía quince años; así es que, obstinado en querer salir y entrar solo, como hacían todos los demás, sin decir nada a mi ayo ni a nadie, hice algunas escapatorias. La primera tropecé con el director de la academia y volví en seguida; la segunda vez que fui descubierto encerrandome en mi habitación; pero en cuanto me soltaron al cabo de varios días, volví a las andadas. Estos arrestos y escapatorias se repitieron durante un mes, pero inútilmente aumentaban el rigor del castigo. Hasta que, cansado al fin de tanto encierro y persecución, manifesté sin rodeos que si querían tenerme sujeto no debían volver a ponerme en libertad, porque en cuanto me viese libre saldría una vez más solo y para ir donde me pluguiese; que rechazaba todo lo que, en bien o en mal, me distinguiese de mis compañeros; que semejante detención era injusta y odiosa, y hacíame blanco de todas las burlas; que si le parecía al señor director que yo no tenía aún bastantes años para alternar con los del primer departamento y hacer lo mismo que ellos, que me trasladase al segundo, y otras arrogancias par el estilo, que me acarrearón un encierro de más de tres meses, por lo que no pude asistir ni tomar parte en ninguna de las fiesta del Carnaval de 1764. Me obstiné en no pedir que me libertasen, y así, rabiando y persistiendo, creo que allí me habría podrido, pero sin doblegarme. Dormía casi todo el día, y cuando me levantaba, por la tarde, hacía extender un colchón delante de la chimenea, sobre el suelo, y tendido junto al fuego hacía polenta u otros puches y guisados por el estilo, porque no quise probar bocado de la comida de la academia, que me servían en mi propia habitación. No me dejaba tampoco peinar ni me vestía, por lo que asemejábame aun muchacho salvaje. Se me había prohibido terminantemente salir de mi cuarto, pero dejaban que me visitasen a menudo mis fieles compañeros de carreras de caballos. Mas yo parecía sordomudo, Y, como cuerpo inanimado, estaba siempre inmóvil y tendido, sin escucharlo que decían ni contestar a las preguntas que, me hacían mis amigos. Así permanecía horas enteras, con la mirada fija y con los ojos preñados de lágrimas, pero sin llorar.

## Capítulo IX

Casamiento de mi hermana. -Recobro mi libertad y privilegios. -Mi primer caballo

El enlace matrimonial de mi hermana con el conde Jacinto de Cumiana me libró, al fin de aquella vida de animal. La boda se celebró el 1 de mayo de 1764. No olvidaré nunca la fecha, porque habiendo ido con el séquito nupcial a la magnífica quinta de Cumiana, situada a diez millas de Turín, pasé allí más de un mes con la alegría propia del que disfruta nuevamente de libertad después de haber pasado todo un invierno en la cárcel. Mi cuñado intervino para que me fuese levantado el castigo, y no sólo lo consiguió, sino que obtuvo también el reconocimiento a mi favor de los derechos inherentes a mi condición de

pensionista del primer departamento de la academia y el de los privilegios que gozaban mis compañeros, a lo cual habíame hecho acreedor con el prolongado encierro que sufrí por espacio de varios meses. Con motivo de la boda se me concedió carta blanca para gastar, y después no hubo medio legal de ponerme cortapisas. Así fue como pude comprar el primer caballo de silla para mi uso: un magnífico animal de raza sarda, pelaje blanco, de formas elegantes y esbeltas, especialmente la cabeza, el cuello y el pecho. Le cobré un cariño loco, y cuando pienso en él experimento una viva emoción. Mi pasión llegó a ser tan exagerada, que perdía la tranquilidad, el sueño y el apetito cuando me parecía que sufría alguna indisposición, lo cual sucedía a menudo, porque, aparte de que el noble animal era al mismo tiempo fogoso, robusto y delicado, en cuanto lo montaba le molestaba y aun le maltrataba de lo lindo, pese al cariño que le tenía, si no obedecía prontamente a lo que le mandaba con la brida. La delicadeza de aquel precioso caballo me sirvió de pretexto para comprar otro en seguida; después, un buen tronco para el coche; luego, otro de tiro para el calesín, y, por último, dos más de silla; de suerte que en menos de un año adquirí ocho caballos, a despecho de las protestas de mi avaro curador, a quien dejaba yo que protestara cuanto quisiera, sin hacerle caso. Roto así el dique que me oponía el capricho y la parsimonia del mencionado curador, no reparé ya en gastos y derroché a manos llenas mis rentas, especialmente en el vestir, según he indicado anteriormente. Entre mis compañeros había varios ingleses que gastaban mucho, y no queriendo yo ser menos que ellos, procuraba igualarlos y aun logré a humillarles. Mas, por otra parte, aquellos mis amigos de fuera de la academia, con los cuales convivía yo más que con los forasteros de dentro, sólo disponían de poco dinero, porque todavía estaban sujetos a la patria potestad; vestían con riqueza y elegancia y no carecían de lo necesario ni aun de lo superfluo, puesto que pertenecían a las más distinguidas familias de Turín, pero tenían que limitar mucho sus gastos particulares. A propósito de estos mis amigos, la verdad me obliga a confesar ingenuamente que practiqué, por deferencia a ellos, una virtud que era en mí natural e invencible: la virtud de no querer ni poder ser más que otro que pareciera, a mi juicio, o lo fuera realmente, inferior a mí en fuerzas corporales, en talento, en generosidad, en índole o en riquezas. En efecto: cada vez que estrenaba un traje cargado de bordados y encajes, telas o pieles, y me lo ponía para ir a la corte o a comer con mis compañeros de academia, que rivalizaban conmigo en tan necias vanidades, me apresuraba a quitármelo en cuanto me levantaba de la mesa, porque a esa hora solían visitarme mis amigos y yo no quería que lo viesan; por el contrario, lo escondía, avergonzado y confuso como si hubiese cometido algún delito. Y realmente parecíame un delito imperdonable el poseer, y sobre todo hacer gala de ellas, ciertas cosas que mis amigos e iguales no tenían. Asimismo, después de haber vencido a fuerza de altercados la tenacidad de mi curador, que se negaba rotundamente a comprarme un elegante coche de paseo -lo cual era no sólo inútil, sino también ridículo tratándose de un muchacho de diez y seis años y de una ciudad tan microscópica como Turín-, cuando lo tuve, apenas lo utilizaba, porque como mis amigos no poseían coche, tenían que andar siempre a pie. En cuanto a mis caballos de silla, nada tenían que reprocharme, puesto que podían disponer de ellos como si fueran suyos; aparte de que cada cual tenía uno propio, cuyo mantenimiento corría a cargo de los padres respectivos de mis camaradas. Por esta razón deleitábame este lujo más que ningún otro, sin que sintiera el menor remordimiento, toda vez que con él no podía ofender ni molestar a mis amigos.

Examinando desapasionadamente y sin otra guía que la verdad mi primera juventud, me parece notar, en medio de las faltas de una edad ardiente, ineducada, ociosa y desenfrenada,

cierta inclinación natural a la justicia, a la igualdad y a la generosidad de ánimo, que son, a mi juicio, los elementos de un ser libre o digno de serlo.

## Capítulo X

### Primer viaje.-Ingreso en el ejército

Invitado por dos hermanos, que habían sido mis mejores amigos y compañeros de cabalgatas, pasé con su familia una corta temporada y supe por vez primera lo que era el amor, porque me enamoré perdidamente de la cuñada de mis camaradas, esposa del hermano mayor de éstos. Era una señora joven, morena, lozana, garrida y maliciosa, que me atraía irresistiblemente. Los síntomas de aquella pasión, cuyas vicisitudes y tormentos he conocido después en toda su fuerza, aplicada a otros objetos, se manifestaron entonces en mí por medio de una tristeza profunda y obstinada; por correr incesantemente en busca del objeto de mi amor y esquivarlo en cuanto lo encontraba; por no saber qué decirles si por casualidad tenía ocasión de cambiar con ella algunas palabras -a solas, nunca, porque estaba demasiado vigilada por sus suegros-; por el vagar continuo, cuando regresó a Turín, por todas las calles, impulsado por el deseo de verla pasar o tropezar con ella en los paseos públicos del Valentino y la Ciudadela; por no poder oír sin estremecerme que se hablase de ella o se la mentara siquiera; en fin: por todas y cada una de las emociones y sentimientos tan docta y admirablemente esculpidos por Petrarca, el divino maestro de esta pasión divina; emociones y sentimientos que sólo comprenden y experimentan los que están por encima de lo vulgar en todas las artes humanas. Esta mi primera llama de amor no tuvo jamás consecuencia alguna, pero tampoco se extinguió del todo en mi corazón, y en los largos viajes que emprendí algunos años después, sin quererlo, y casi sin advertirlo, era la norma íntima de mis actos, como si una voz secretame dijera: «Si haces esto o aquello; si adquieres tal o cual mérito, a tu regreso le gustarás más a ella, y cambiadas las circunstancias, quizá podrás dar cuerpo a esta sombra».

En el otoño de 1765 hice un pequeño viaje a Génova, acompañado de mi curador, donde permanecí diez días. Aquélla fue la primera vez que salí de mi patria. La vista del mar arrobó mi alma; no me cansaba de contemplarlo. Asimismo, la magnífica y pintoresca posición de la gran ciudad exaltó sobremanera mi fantasía, y si entonces hubiese sabido yo algún idioma y tenido a mano algunas obras poéticas, seguramente habría compuesto algunos versos; pero, desgraciadamente, en los dos últimos años no había abierto más libros que algunas novelas francesas y ciertas prosas de Voltaire que me gustaban bastante. De paso para Génova me detuve en Asti, con objeto de abrazar a mi madre y visitar mi ciudad natal, de donde hacía siete años que faltaba; siete años que a esa edad representan siete siglos. Y cuando regresé a Turín estaba orgulloso, como si hubiera realizado una gran



empresa y visto mucho mundo. Envanecíame de ello con mis amigos de fuera de la academia -aunque no mucho para no mortificarlos-, pero no ante mis compañeros de internado, que procedían de lejanos países -ingleses, alemanes, polacos, rusos, etc.-, a quienes mi viaje a Génova parecía un corto paseo. Este desdén encendía en mí el deseo de viajar y recorrer las naciones de que eran originarios.

Entregado a la ociosidad y a las diversiones, pasaron muy pronto los últimos diez y ocho meses que estuve en el primer departamento. Habíame hecho inscribir en la lista de aspirantes a la milicia, y al cabo de tres años -pues me alisté en mayo de 1776- fui incluido, con otros 150 jóvenes, en una promoción general. Aunque hacía ya más de un año que se había enfriado mi entusiasmo por la carrera militar, tuve que aceptar el cargo, por no haber retirado mi solicitud, y fui nombrado abanderado del regimiento provincial de Asti. Había solicitado que me destinasen a Caballería, por mi pasión innata por los caballos; pero cambié luego de parecer y modifiqué la instancia, contentándome con pertenecer a uno de esos regimientos provinciales que en tiempos de paz sólo se movilizan un par de veces al año y por pocos días, dejando a sus componentes en libertad para no hacer nada, que era precisamente lo que yo me había propuesto hacer. Con todo, hasta ese servicio militar tan descansado me contrariaba muchísimo, sobretodo porque me obligaba a abandonar la academia, donde a la sazón me hallaba tan a gusto como disgustado estuve todo el tiempo que pasé en los otros departamentos y los primeros diez y ocho meses que estuve en el pensionado. Pero tuve que resignarme y dejar para siempre aquella academia donde había permanecido unos ocho años. En septiembre empecé a prestar servicio en mi regimiento en Asti; y si bien cumplí fielmente los deberes de un empleo que aborrecí desde el primer momento, no pude amoldarme de ninguna de las maneras a esa dependencia graduada que se llama subordinación, y que, siendo el alma de la disciplina militar, no lo podía ser de igual manera de un futuro poeta trágico. Cuando salí de la academia alquilé un elegante pisito en la misma casa que habitaba mi hermana, y allí sólo me ocupé en gastar más de lo que podía en caballos, y superfluidades de todo género y en dar comidas a mis amigos y ex compañeros de academia. Aumentaba desmesuradamente mi manía por los viajes con las conversaciones y trato continuo con extranjeros, y no pude resistir a la tentación, tan contraria a mi carácter, de solicitar licencia por un año para dar una vuelta por Roma y Nápoles.; y como era muy natural que por razón de mi edad -contaba poco más de diez y siete años- me fuese denegada, me ingenié para que un ayo inglés, católico, que debía acompañar en la misma excursión por mí ideada a un flamenco y a un holandés, que habían sido mis compañeros de academia, se encargase también de mí y los cuatro juntos hiciéramos el viaje.

Tanto hice ya tales mañas, recurrí, que los dos jóvenes extranjeros pusieron el mayor empeño en satisfacer mis deseos, y por conducto de mi cuñado obtuve licencia del rey para ausentarme, confiado a los cuidados y vigilancia del, ayo inglés, hombre respetable por su edad y su buena reputación. Finalmente, se fijó la fecha de la partida para los comienzos de octubre de aquel año. Fue aquél el primero y, en lo sucesivo, uno de los pocos viajes que realicé, poniendo la mayor obstinación y empleando todo género de astucias para persuadir al ayo, a mi cuñado, y, sobre todo, a mi avaro y fastidioso curador. Logré mi objeto, pero me avergonzaba e irritaban los ambages y rodeos, las simulaciones y las artes humillantes a que tenía que recurrir para vencer tanta resistencia. El rey, que en nuestro pequeño Estado

se inmiscuye en las cosas más insignificantes, no se mostraba propicio a consentir que sus nobles viajasen, y mucho menos un mozalbete que acababa de salir del cascarón y que revelaba cierto carácter. Fue preciso, por lo tanto, que me doblegase y humillase demasiado mi temperamento; pero, por suerte mía, esto no impidió que pudiese erguir la frente muy pronto.

Y aquí pondré fin a la segunda parte de mi vida, en la que me he detenido a relatar minucias más insulsas quizá que las referidas en la primera, por lo que el lector haría bien en leerlas a la ligera, o pasarlas por alto, sin ojearlas siquiera, puesto que esos ocho años de mi adolescencia se pueden resumir en estas palabras: enfermedades, ocio e ignorancia.

## Época tercera

Juventud: abarca unos diez años de viajes y disipación

### Capítulo I

Primer viaje: Milán, Florencia, Roma

La mañana del día 4 de octubre de 1766, con indecible júbilo, y tras de una noche de insomnio empleada en trazarlos más fantásticos proyectos, salí de Turín para emprender el tan deseado viaje. Los dos jóvenes de que ya he hablado, el ayo inglés y yo, íbamos en un carruaje, llevando dos criados en el pescante; nos seguían otros dos en una calesa y, a guisa de correo, cabalgaba mi ayuda de cámara. No era éste, empero, como se podría suponer, el vejete que tres años antes pusieron a mi servicio en funciones de ayo, pues lo dejé en Turín, sino un excelente sujeto, llamado Francisco Elía, que a la muerte de mi tío, el virrey de Cerdeña, a quien había servido por espacio de unos veinte años, pasó a mi casa. Acompañando a mi tío había viajado por Cerdeña, Francia, Inglaterra y Holanda. Hombre listo, ingenioso, de una actividad nada común -valía él más que los otros cuatro criados juntos-, será desde ahora el primer personaje de la comedia de mis viajes, de los que fue el único y verdadero guía y patrón del que realizábamos, dada la absoluta incapacidad de los ocho viajeros, que eramos chiquillos o viejos convertidos en chiquillos.

Hicimos la primera etapa en Milán, donde nos detuvimos quince días. Como yo había visto a Génova dos años antes y estaba habituado a la magnífica situación topográfica de Turín, la de Milán no podía ni me debía gustar poco ni mucho. Lo que había digno de verse, o no lo vi, o lo hice de prisa y corriendo, puesto que, siendo muy ignorante en materia de arte útil o agradable, desdeñaba todo lo que con el mismo se relacionaba. Me acuerdo que, visitando la biblioteca Ambrosiana, el bibliotecario me presentó un manuscrito de Petrarca y lo rechacé despectivamente, como un alóbroge, diciendo que no me interesaba. Y hubiera podido añadir que Petrarca me era odioso porque, algunos años antes, cuando yo estudiaba Filosofía, cayó en mis manos una obra de aquel vate, y por más vueltas que le di, leyéndola en todos sentidos y deletreando las palabras, no pude entender nada ni desentrañar el significado; por lo que, imitando a los franceses y a todos los ignorantes presuntuosos, tiré el libro con ánimo de no volver a cogerlo jamás. Petrarca era entonces, para mí, un poeta pesado y fastidioso, oscuro y atrabiliario, y por eso desprecié sus preciosos manuscritos.

Por otra parte, como para aquel viaje, que había de durar un año, no llevé conmigo más libros que unos referentes a viajes por Italia, y escritos en francés, por añadidura, adelantaba a pasos de gigante hacia la total, perfección de mi ya avanzadísima barbarie. Con mis compañeros de viaje hablaba siempre en francés, y en francés también nos hablaban en algunas casas milanesas que visitamos, por lo que con andrajos franceses vestía yo lo poquísimo que iba concibiendo; en francés escribí mis primeros ensayos literarios; en ese idioma redacté las ridículas memorias de aquellos viajes, y todo muy mal, porque como había aprendido esa lengua extranjera por casualidad, no podía recordar reglas que no había estudiado; y como tampoco sabía italiano, recogía el fruto de la desgracia de haber nacido en un país anfibio y de la deplorable educación literaria que había recibido.

A los quince días de permanencia en Milán abandonamos aquella ciudad. Como muy pronto hube de corregir, arrojándolas al fuego, las desdichadas Memorias que escribí de aquel viaje, no me detendré a registrar pueriles particularidades, sobre todo tratándose de ciudades tan conocidas; aparte de que, profano en bellas artes, pasé por ellas como un vándalo; hablaré, pues, únicamente de mí, ya que este desgraciado asunto es el que me he propuesto desarrollar en la presente obra.

Pasando por Plasencia, Parma y Módena se llega en pocos días a Bolonia. En Parma sólo nos detuvimos unas horas, y en Módena un día, sin que, como de costumbre, viésemos nada notable, o precipitadamente y mal lo que en ellas había digno de verse. El mayor, o, mejor dicho, el único placer que me proporcionaba aquel viaje era el de correr la posta por los caminos reales y ejercer de vez en cuando de correo, al galope de mi caballo. Bolonia, con sus pórticos y sus frailes, no me gustó; y de sus cuadros nada puedo decir. Acuciado por la impaciencia de visitar otras poblaciones, no dejaba en paz un momento a nuestro viejo ayo hasta que le obligaba a reanudar la marcha. A fines de octubre llegamos a Florencia. Desde que salimos de Turín, aquélla fue la primera ciudad que me gustó, por su situación topográfica, pero no tanto como Génova. Nos detuvimos allí un mes, e impulsado por la fama de aquellos lugares visité la galería, el palacio Pitti y varias iglesias, pero todo de mala gana, sin ninguna sensación de lo bello, especialmente en pintura; mis ojos no sabían apreciar los colores. Sólo me gustaba algo la escultura y un poquito más la arquitectura, tal

vez porque había en mí algo de mi excelente tío el arquitecto. El sepulcro de Miguel Ángel en la iglesia de Santa Cruz fue una de las pocas cosas sobre que recayó mi atención, haciéndome reflexionar un poquito sobre la memoria de aquel hombre tan famoso, y desde ese momento comprendí que sólo resultaban verdaderamente grandes los poquísimos hombres que dejan alguna cosa estable hecha por ellos. Pero semejante reflexión, aislada en medio de la inmensa disipación mental en que vivía yo continuamente, venía a ser, como suele decirse, una gota de agua en el mar. De las muchas necedades juveniles de que tengo que avergonzarme y arrepentirme no es ciertamente la última la de haberme empeñado en aprender el inglés durante mi corta detención en Florencia, que no pasó de un mes, tomando lecciones de un maestrillo británico, en vez de haber aprovechado la ocasión para perfeccionarme en la hermosa lengua toscana, que balbucía bárbaramente cuando en ella quería hacerme entender, y por lo cual procuraba emplearla lo menos posible. Avergonzábame de mi ignorancia, y mucho más vergonzoso hubiera debido ser para mí el no poner los medios para aprenderla. No obstante, logré desterrar en seguida de mi pronunciación la horrible u lombarda o francesa, que siempre me había disgustado sobremanera, no sólo por su triste articulación, sino también porque la mueca que es preciso hacer para pronunciarla recuerda la de los monos cuando parece que hablan entre ellos. Y si bien ahora, en los cinco o seis años que llevo en Francia, tengo los oídos llenos y forrados de esa dichosa u, no puedo menos de reír cuando me doy cuenta de ello, sobre todo en las representaciones teatrales o de salón -aquí se recita constantemente-, en las que los labios contraídos parece que soplan la sopa hirviendo, principalmente al proferir la palabra nature.

Como en Florencia no hacía más que perder el tiempo, viendo muy poco y no apreciando nada, pronto me cansé y tomé a acuciar a nuestro mentor para que de nuevo nos pusiéramos en camino. El 1 de diciembre salimos para Lucca, pasando por Prato y Pistoia. En Lucca nos detuvimos un día, que me pareció un siglo, y continuamos hasta Pisa. El cementerio de esta última ciudad me gustó mucho, pero también me pareció interminable el día que pasamos en ella. En seguida nos trasladamos a Liorna. Esta ciudad me agradó bastante, no sólo porque se parecía algo a Turín, sino también y principalmente por su mar; elemento que no me cansaba nunca de contemplar. Allí nos detuvimos ocho o diez días, empeñado yo siempre en chapurrear bárbaramente el inglés y cerrando los oídos al toscano. Buscando después la razón de tan necia preferencia, hallé que era un falso amor propio individual lo que a ello me impulsaba, sin que yo lo advirtiera. Habiendo vivido dos años con ingleses, oyendo ponderar en todas partes su poder y sus riquezas; viendo cuán grande era su influencia política, y viendo, al mismo tiempo, cuán pobre y muerta estaba Italia, y a sus hijos divididos, débiles, envilecidos y esclavos, me avergonzaba de ser y, parecer italiano, y nada que fuera privativo de ellos quería saber ni practicar.

Abandonarnos a Liorna para ir a Siena. La situación topográfica de esta última ciudad no me gustó mucho; pero es tal la fuerza de la verdad y la belleza, que sentí como si un rayo vivísimo iluminase de pronto mi mente y una dulzura inefable al oír, hasta a las personas de más baja condición, hablar tan suavemente y con tanta elegancia, propiedad y concisión. Con todo, no nos detuvimos en ella más que un día: el tiempo de mi conversión literaria y política estaba aún lejano; era preciso que saliese de Italia para conocer y apreciar a los italianos. Partí, pues, para Roma palpitándome el corazón con inusitada violencia, durmiendo muy poco durante la noche y pensando sin cesar en San Pedro, el Coliseo y el

Panteón, de los que con tanta admiración había oído hablar siempre, y no poco en algunos pasajes de la historia romana, la cual, sin orden y precisión, tomada en conjunto, conocía yo bastante, por ser la única historia que estudié con afición en mi adolescencia.

Finalmente, en diciembre de 1766 vi la suspirada puerta del Pueblo; y si bien la horridez y miseria de la comarca de Viterbo habíanme causado penosa impresión, la vista de aquella magnífica entrada me llenó de gozo. En cuanto descendimos en la plaza de España, donde estaba nuestra posada, dejamos al ayo que descansara de las fatigas del camino, y los tres jóvenes aprovechamos el resto del día para dar una vuelta por la ciudad y visitar de pasada el Panteón. Mis compañeros mostrábase más admirados que ya de lo que veíamos. Cuando, algunos años después, visitó sus respectivos países comprendí que su estupor tenía que ser mucho mayor que el mío. Nos detuvimos únicamente ocho días, que empleé en correr de una parte a otra para calmar mi impaciente curiosidad. Prefería, empero, volver dos o tres veces al día a San Pedro, donde siempre veía algo nuevo. Confieso que aquel admirable conjunto de cosas sublimes no me impresionó a primera vista tanto como hubiera deseado; pero poco a poco mi admiración fue aumentando, hasta el punto que no pude conocer y apreciar verdaderamente el valor de tantas maravillas hasta mucho tiempo después, cuando, cansado de la mísera magnificencia tramontana, pasé en Roma varios años.

## Capítulo II

Continuación de los viajes. Prescindo también del ayo

El invierno se nos echaba encima y yo no cesaba de instigar al pesadísimo ayo para que nos llevase a Nápoles, donde nos proponíamos pasar el Carnaval. Partimos al fin de Roma en calesas de alquiler, no sólo porque los caminos de Roma a Nápoles dejaban mucho que desear, sino también porque mi ayuda de cámara, Elía, había caído bajo el caballo de posta en Radicofani, rompiéndose un brazo, y recogido en nuestro carruaje, había sufrido atrozmente con el traqueteo del vehículo hasta que llegamos a Roma. En aquella desgraciada ocasión dio nuestro hombre admirable muestras de valor, serenidad y fortaleza de ánimo, pues levantándose por sí solo, tomó la brida del rocín y continué a pie hasta Radicofani, del que nos separaba todavía una milla de distancia. Allí mandó llamar un cirujano y, mientras llegaba, descosióse la manga de la chaqueta, examinóse el brazo y, cerciorado de que estaba dislocado, rogó que le tirasen con fuerza de él, entretanto que con la otra mano, la derecha, se hizo por sí mismo una cura tan perfecta, que cuando se presentó el cirujano, cuya llegada coincidió con la nuestra, no tuvo que hacer más que vendárselo; de manera que una hora después pudimos reanudar el camino, llevando en nuestro carruaje al herido, quien se esforzaba por disimular lo mucho que sufría. Al llegar a Acquapendente se

rompió la lanza del coche. En semejante apuro no sabíamos qué hacer ninguno de los viajeros, y seguramente ni el viejo ayo, ni los cuatro estúpidos criados que llevábamos, ni nosotros mismos, que éramos tres muchachos inexpertos, habríamos salido del atolladero a no ser por el valiente Elía, que, con el brazo en cabestrillo, tres horas después de habérselo dislocado, trabajó activamente y dirigió tan bien la compostura de la lanza, que en un par de horas estuvimos en condición de llegar hasta Roma en el mismo vehículo.

Me complazco en relatar minuciosamente este episodio porque revela el carácter de un hombre valeroso y sereno, superior a lo que de su humilde condición se hubiera podido esperar. Y me complazco mucho más en alabar y admirar esas sencillas virtudes en individuos como Elía, porque es de lamentar que los pésimos Gobiernos no sepan apreciarlas y las desdeñen, las teman o las persigan.

Llegamos a Nápoles el segundo día de Pascua de Navidad, con un tiempo casi de primavera. La entrada por Capo di China, los Estudios y la calle de Toledo me ofreció el espectáculo de la ciudad más alegre y populosa que hasta entonces hubiera visto. La impresión que recibí no la olvidaré jamás. No fue, empero, tan grata la que me produjo la mísera posada adonde fuimos a parar, situada en una oscura y sucia callejuela; pero no teníamos dónde escoger, porque todas las fondas estaban llenas de forasteros. Semejante contrariedad amargó mi estancia en Nápoles, porque la situación de la vivienda ha ejercido irresistible influencia sobre mi pueril cerebro hasta la madurez de mis años.

Por mediación de nuestro ministro fui introducido en varios salones; y el Carnaval, tanto por los espectáculos públicos como por las fiestas particulares y la variedad de ociosos esparcimientos, me resultó mucho más agradable y divertido que los que había pasado en Turín. No obstante, en medio de este nuevo, continuo y alegre bullicio, enteramente libre y dueño de mis actos, con bastante dinero, a los diez y ocho años de edad y no mal parecido, embargábame el hastío, la saciedad y el dolor. Mi más vivo placer era el que me producía las representaciones de óperas bufas en el teatro Nuevo; pero hasta esos sonidos musicales, con ser en extremo deleitables, me dejaban un eco de profunda melancolía; agolpábanse en mi mente mil ideas funestas y lúgubres, y complacíame en acariciarlas, paseando solo y triste por las rumorosas playas de Chiaja y Portici. Trabé relaciones con varios jóvenes napolitanos, pero no de amistad, porque mi carácter retraído me impedía estrecharlas; y como lo llevaba impreso en el rostro, nadie trataba de intimar conmigo. Era yo muy inclinado por naturaleza al bello sexo; pero sólo me agradaban las mujeres modestas, y yo sólo agradaba a las desenvueltas y atrevidas; por lo que ninguna interesó mi corazón. Aparte de que mis deseos vehementísimos de viajar allende nuestros montes hacíame evitar todo peligro de caer en las redes del amor, y en aquel mi primer viaje no me aprisionaron esos lazos. Pasaba la mayor parte del día visitando, en los curiosos calesines que allí se usan, las cosas y lugares más lejanos, no por el placer de verlos, puesto que de nada entendía, sino por la necesidad de correr, aunque en seguida me hastiaba.

Presentado en la corte, aunque el rey Fernando IV sólo contaba quince o diez y seis años, le encontré parecidísimo, por el aire y empaque, a los otros soberanos que hasta entonces había visto, o sean mi óptimo rey Carlos Manuel, viejo ya; el duque de Módena, gobernador de Milán, y el gran duque de Toscana, Leopoldo, que también era muy joven, por lo que saqué en consecuencia que todos los príncipes tienen el mismo aspecto y que

todas las cortes no eran más que una sola antecámara. Durante mi estancia en Nápoles comencé a gestionar, por mediación del ministro de Cerdeña, el necesario permiso de Turín para prescindir de mi ayo y proseguir solo mi viaje. Aunque nosotros los jóvenes estábamos en la mayor armonía y el ayo no me ocasionaba la menor molestia, como para ir de una ciudad a otra teníamos que ponernos previamente de acuerdo, y el buen viejo era indeciso, mudable y temporizador, me irritaba semejante dependencia. Así es que tuve que decidirme a rogar al ministro que escribiese en favor mío a Turín certificando mi buena conducta y asegurando que me consideraba capaz de gobernarme por mí mismo y de viajar solo. Logré mi objeto y contraí una gran deuda de gratitud con el ministro, el cual me había cobrado cariño y me aconsejó que hiciese los estudios necesarios para ingresar en la carrera diplomática. Me agradó la idea, porque me pareció que aquélla era la menos servil de todas las servidumbres, y me propuse realizarla, pero sin hacer nada por el momento. Guardé mi deseo como un secreto, sin comunicarlo a nadie, limitándome a observar una conducta muy ordenada y seria, acaso superior a mi edad. Mas esto era obra de mi carácter más que resultado de mi voluntad, pues siempre fui grave y recto, sin imposturas, y ordenado, por decirlo así, en el desorden, pues casi nunca cometí una falta sin saberlo.

Yo vivía entretanto sin conocerme a mí mismo; no me consideraba con capacidad para nada; no sentía impulsos hacia algo determinado, a no ser la melancolía; no hallaba nunca paz y tranquilidad, y no sabía jamás lo que quería. Obedeciendo ciegamente a mi naturaleza, no podía conocerla ni estudiarla, y hasta muchos años después no eché de ver que la causa de mi desdicha no era otra que la necesidad absoluta de tener lleno el corazón de un amor digno y la mente ocupada en alguna obra noble; y cada vez que me faltó una de estas dos cosas no pude hacer la otra; por lo que volvía a sumirme en el hastío, la tristeza y el dolor.

Con objeto de comenzar a hacer uso de mi nueva independencia, en cuanto pasó el Carnaval decidí marchar solo a Roma, en vista de que el viejo ayo, so pretexto de que esperaba carta de Flandes, no se resolvía a fijar fecha para la partida de sus pupilos. Yo, que estaba impaciente por abandonar a Nápoles y volver a Roma, y más impaciente aún por verme libre y dueño de mis actos en un camino real, a más de trescientas millas de la prisión nativa, no quise aguardar ni un día más y me separé de mis compañeros. E hice bien, porque pasaron en Nápoles todo el mes de abril y no pudieron llegar a tiempo a Venecia para la fiesta de la Ascensión, a la que por nada del mundo hubiera querido yo faltar.

### Capítulo III

Continúan los viajes. -Mi primera tacañería

Llegado a Roma, adonde había mandado delante a mi fiel Elía para que me preparase alojamiento, encontré, al pie mismo de la escalinata de la Trinidad de los Montes, un pisito alegre y limpio que me consoló del sucio y sombrío cuarto que ocupé en Nápoles; pero en seguida volvió a embargarme el mismo tedio, la misma tristeza y la misma manía de emprender otro viaje. Y lo que es peor, la misma ignorancia de cosas que avergüenzan a quien no las conoce, y mayor insensibilidad ante las bellezas y grandiosidades que encierra Roma, limitándome a cuatro o cinco de las principales, que volvía siempre a ver. Visitaba diariamente al conde de Rivera, ministro de Cerdeña, dignísimo anciano con quien me gustaba conversar, a pesar de su sordera, el cual me daba muy buenos y luminosos consejos. Cierta día le encontré sentado ante una mesa, hojeando La Eneida, de Virgilio. Al verme entrar, el buen viejo me hizo seña de que me acercara, y empezó a declamar con entusiasmo los hermosísimos versos que Marcelo hizo tan famosos y que son tan conocidos.

Como quiera que yo apenas los entendía, a pesar de haberlos estudiado, traducido y aprendido de memoria, me sentí tan avergonzado y confuso, que durante muchos días estuve meditando sobre mi oprobio y no volví a comparecer por casa del conde. Empero la espesa capa de moho que había ido formándose en mi cerebro, y que cada día era más densa, necesitaba un cincel más cortante para hacerla desaparecer que aquel pasajero bochorno; así es que pronto se disipó mi pesadumbre, sin dejar huella alguna, y en varios años no volví a leer a Virgilio ni libro alguno en ninguna lengua.

Durante mi segunda estancia en Roma fui presentado al Papa reinante, que lo era a la sazón Clemente XIII, un viejecito muy simpático y lleno de veneranda majestad, lo cual, unido a la magnificencia del palacio de Montecavallo, hizo que no me causara excesiva repugnancia la acostumbrada postración y el beso del pie, aunque yo había leído algo la Historia y conocía el verdadero valor de aquel pie.

Por conducto del conde de Rivera, como antes por mediación de nuestro ministro en Nápoles, solicité de la corte de Turín que me fuese ampliada por un año la licencia de que disfrutaba, con objeto de poder realizar un viaje por el extranjero: me proponía visitar Francia, Inglaterra y Holanda, nombres que sonaban a maravilla y deleite a mi juventud inexperta. Se accedió a lo que pedía, y, por consiguiente, me creí en absoluta libertad para pasar todo el año 1768 corriendo mundo. Pero surgió una pequeña dificultad que me contrarió bastante. Mi curador a quien nunca habla pedido que me rindiese cuentas y que jamás habíame dicho clara y exactamente a cuánto ascendían mis rentas, sino que, por el contrario, me daba o denegaba el dinero que le pedía con frases ambiguas-, con motivo de la prórroga del permiso regio me escribió diciéndome que sólo podía poner a mi disposición 1.500 cequías, a pesar de que para el primer año de licencia no me había dado más que 1.200. Esto, como he dicho, me contrarió mucho, pero no me desalentó. Yo había oído hablar de lo cara que era la vida en los países que me proponía visitar, y me resultaba muy penoso no disponer de suficiente dinero y verme obligado a hacer un papel poco airoso; mas, por otra parte, no me atrevía a escribir, en los términos que merecía, a mi tacaño curador, por temor a que la criada me saliera respondona y me contestara en nombre del rey, que en Turín se inmiscuía hasta en los más íntimos asuntos domésticos de las familias nobles, y que, haciéndome pasar por díscolo e irrespetuoso, me obligara a volver a



mi patria. No quise, por lo tanto, tener rencillas con mi curador, y tomé el prudente partido de ahorrar cuanto pudiese de los 1.200 cequíes que me habían asignado para el primer año, con objeto de aumentar los 1.500 que me concedían y que no me parecían suficientes para viajar cómodamente durante un año por países tramontanos. Así es que, en vez de mantenerme en un justo medio y reducir mis gastos, me porté como un verdadero avaro. Prescindí de visitar las curiosidades de Roma, para no dar propinas, y escatimando cada día más lo que daba a mi fiel y querido Elía, llegué a negarle lo que le correspondía por salario y manutención; de suerte que el excelente hombre se vio obligado a protestar, diciendo que tendría que robar para comer. Entonces le pagué, a regañadientes, lo que le debía.

En el estado de ánimo que es de suponer, a primeros de mayo salí para Venecia, y, llevado de mi tacañería, tomé un coche de alquiler, aunque aborrecía aquel paso, más propio de mula que de caballo, porque era mucha la diferencia de precio entre la posta y aquel medio de locomoción. Yo dejaba a Elía que ocupara la calesa y montaba en un rocín, que a cada instante tropezaba, por lo que tenía que hacer a pie la mayor parte del camino, entretenido en ajustar cuentas y contar por los dedos lo que me costarían aquellos diez o doce días de viaje y un mes de estancia en Venecia; cuánto habría ahorrado, al salir de Italia, cuánto podría gastar, y así por el estilo, torturándome la mente y el corazón con semejante sordidez.

Yo había contratado al calesero hasta Bolonia; pero al llegar a Loreto no pude soportar más aquella molestia, y, sobreponiéndose a mi fría avaricia mi ardiente carácter y las impacencias juveniles, me negué en redondo a continuar el viaje a paso de carreta. En consecuencia, pagué al calesero casi todo lo que habíamos estipulado por el viaje hasta Bolonia, y, plantándole en Loreto, tomé la posta con ánimo tranquilo, pues mi avaricia hablase trocado en ordenada economía.

Bolonia me gustó muy poco al pasar y mucho menos al regreso; Loreto no me inspiró ningún sentimiento religioso, y como mi único deseo era llegar cuanto antes a Venecia, de la que había oído contar desde mi niñez tantas maravillas, sólo me detuve un día en Bolonia y proseguí mi camino por Ferrara. Pasé por esta última ciudad sin acordarme siquiera de que era cuna y sepulcro del divino Ariosto, cuyo poema había leído en parte y cuyos versos fueron los primeros que cayeron en mis manos. Mi inteligencia dormía entonces profundísimo sueño y enmohecíase cada día más respecto a las Letras; pero no era menos cierto que cada día más también iba adquiriendo, sin advertirlo, la ciencia del mundo y de los hombres, gracias a los cuadros morales que constantemente se ofrecían a mi vista y observación.

En el puente de Lagoscuro tomé el barco-correo de Venecia, en el que me encontré en compañía de algunas bailarinas de teatro, una de ellas hermosísima, a pesar de lo cual, aquella travesía, que duró dos días y una noche, hasta Chozza, me resultó excesivamente aburrida, porque las tales ninfas se las daban de Susanas y yo no he podido soportar jamás la virtud fingida.

Llegué, finalmente, a Venecia. Los primeros días, aquella ciudad, tan diferente de las demás, me llenó de sorpresa y alegría; hasta me gustó la jerga que hablaban sus habitantes, quizá porque desde niño había acostumbrado mi oído a ella, asistiendo a las

representaciones de las comedias de Goldoni. La muchedumbre de forasteros, el gran número de teatros y la infinidad de diversiones y festejos que, además de las corrientes en la feria de la Ascensión, se daban aquel año en honor del duque de Wurtemberg, que era huésped de la ciudad, y sobre todo las grandes regatas, entretuvieronme en Venecia hasta mediados de junio, pero no me entusiasmaron. La melancolía, el tedio, el desasosiego, la impaciencia por marcharme, volvían a invadirme en cuanto perdía para mí su carácter de novedad lo que se ofrecía a mi vista. Pasé muchos días en Venecia enteramente solo, sin salir de casa, y asomado a ratos a la ventana, desde la que hacía señas a una señorita que vivía enfrente, con la que cambiaba también algunas palabras; mas, por lo general, permanecía horas y horas dormitando, pensando en no sé qué, y con frecuencia llorando sin acertar el motivo, no encontrando nunca paz ni sosiego y sin investigar ni sospechar siquiera la causa de todo aquello. Muchos años después, examinándome un poco mejor, me convencí de que era un acceso periódico que me acometía cada año por la primavera, unas veces en abril y otras en junio; acceso más o menos duradero según que estuviesen mi mente y mi corazón más o menos vacíos y ociosos. Asimismo observé después, comparando mi entendimiento con un barómetro, que yo tenía más o menos ingenio y capacidad para componer, según el mayor o menor peso del aire; completa estupidez cuando soplaban grandes vientos solsticiales y equinocciales infinitamente menor perspicacia por la noche que por la mañana, y bastante más imaginación, entusiasmo e inventiva en pleno invierno y en pleno verano que en las demás estaciones del año. Esta mi constitución física, que supongo es en gran parte común a todos los hombres de delicada complexión, fue eclipsando y anulando con el tiempo el orgullo de lo poco bueno que hacía a veces, de la misma manera que ha disminuido bastante la vergüenza y el remordimiento por lo mucho malo que seguramente he hecho, sobre todo en mi arte; porque estoy plenamente convencido de que entonces no podía yo obrar de otro modo

## Capítulo IV

Final de mis viajes por Italia. Visito París por primera vez

Como la estancia en Venecia me resultaba aburridísima y el afán por ver países tramontanos no me dejaba vivir, no saqué mucho provecho de aquella visita, puesto que no vi ni la décima parte de los tesoros que en pintura, arquitectura y escultura encierra Venecia: baste decir, para eterna vergüenza mía, que ni siquiera estuve en el Arsenal. No me informé, ni aun a la ligera, de la organización de aquel gobierno, tan diferente de los demás, y que, si no bueno, fuerza era diputarlo por raro, ya que ha subsistido tantos siglos en medio del mayor lustre, prosperidad y paz. Pero, ayuno como estaba yo en materia de bellas artes, no hacía otra cosa que vegetar en todas partes. Finalmente, abandoné a Venecia mucho más gustoso, como siempre, que cuando entré en ella. Padua me desagradó bastante;

no conocía a ninguno de los famosos profesores que algunos años después deseé conocer, ni hice nada por verlos, porque entonces hasta los nombres de profesor, estudio y universidad me crispaban los nervios. No me acordé -verdad es que no podía acordarme porque ni siquiera lo sabía- que a pocas millas de Padua descansaban los restos mortales de nuestra segunda lumbrera: Petrarca. ¿Ni qué podía importarme a mí, que no lo había leído ni oído apenas, hablar de él, y que arrojé, enojado, por no-entenderlo, el libro de sus versos la primera vez que vino a mis manos? Incesantemente agujoneado y perseguido por el hastío y el ocio pasé por Vicenza, Verona, Mantua y Milán, y a prisa y corriendo volví a Génova; ciudad que, a pesar de haberla visitado de paso algunos años antes, habíame dejado grato recuerdo. Llevaba cartas de recomendación para casi todas las ciudades mencionadas, pero por lo regular no hacía uso de ellas, y si las presentaba no volvía a dejarme ver, a menos que me buscasen con insistencia; lo cual, como era natural, ocurría muy raras veces. Semejante salvajez obedecía en parte al orgullo e inflexibilidad de mi carácter ineducado, y en parte también a una repugnancia natural y casi invencible a ver caras nuevas, como si fuera posible cambiar de población y aun de Estados sin que cambien las personas. Sin embargo, yo hubiera querido convivir siempre con la misma gente, pero en distintos países.

Como Cerdeña no tenía entonces ministro en Génova, y sólo conocía a mi banquero, no tardé en aburrirme, y ya había fijado mi partida para fines de junio, cuando, habiendo ido a visitarme el susodicho banquero, que era hombre de mundo y muy amable, viéndome tan sola, adusto y triste, quiso saber en qué empleaba mi tiempo. Yo no tenía libros ni amistades, y pasaba las horas muertas asomado al balcón o recorriendo sin rumbo las calles de Génova, cuando no tomaba un bote para dar vueltas por la costa y el puerto. Compadecido el buen banquero de mí y de mi juventud, no cejó en su empeño hasta que me hubo presentado a su amigo el caballero Carlos Negroni. Este señor había pasado gran parte de su vida en París, y al saber que yo tenía vivísimos deseos de visitar aquella gran ciudad, me habló con entera franqueza dándome buenos consejos; pero yo no presté fe a sus palabras hasta algunos meses después, cuando vi realizado mi ensueño. Entretanto, aquel amable caballero me introdujo en las principales casas de la ciudad, y con ocasión del famoso banquete que se suele dar al nuevo dux, me sirvió de introductor y compañero. Allí estuve a punto de enamorarme de una graciosa señorita que me pareció muy simpática e insinuante; pero mi manía por correr mundo y abandonar a Italia me impidió caer en las redes del amor, aunque en mucho tiempo no pude olvidar aquella criatura encantadora.

Cuando, por último, embarqué en una falúa para ir a Antibes parecióme que iba a realizar un viaje a las Indias. En mis paseos marítimos sólo me había alejado de la costa unas cuantas millas, muy pocas; pero en aquella ocasión supe por experiencia lo que era viajar por mar, ya que el viento, favorable al principio, arreció de tal modo e hizo tan peligrosa la navegación, que de arribada forzosa hubimos de echar el ancla en el puerto de Savona y permanecer allí dos días hasta que amainó el temporal. Este retraso me enojó sobremanera y no salí de casa ni siquiera para hacer una visita a la celeberrima virgen de Sayona: yo no quería ver nada de Italia ni oír hablar de ella; así es que cada instante que pasaba parecíame una cruel usurpación de los goces que me aguardaban en Francia. Fruto éste de mi desordenada fantasía, que agrandaba desmesuradamente los bienes y los males antes de experimentarlos, de lo cual resultaba que en el momento preciso no podía apreciar ni los unos ni los otros, especialmente los bienes.

Cuando, al fin, desembarqué en Antibes creí que renacía a una vida nueva al oír otro idioma y ver otros usos, otras caras, otros edificios; y aunque el cambio era más bien desfavorable, la variedad que notaba me encantaba. Salí en seguida para Tolón, y apenas puse el pie en esta ciudad, cuyo aspecto me desagradó muchísimo, la abandoné, sin ver nada de ella, con rumbo a Marsella. Muy distinta fue la impresión que me causó Marsella: su aspecto risueño, sus calles rectas, modernas y limpias; su hermosa alameda, su puerto, más hermoso aún, y sus lindas y pizpiretas mujeres, me gustaron de tal modo que resolví detenerme allí un mesecito para dejar pasar entretanto los calores de julio, que son poco agradables para viajar. En la fonda donde me hospedaba había diariamente mesa redonda, por lo que, hallándome siempre acompañado en la comida y la cena, sin verme obligado a intervenir en las conversaciones -lo cual no he podido hacer nunca sin violentarme, a causa de mi carácter taciturno-, pasaba satisfecho las restantes horas del día. Mi taciturnidad, originada en parte por cierta timidez al hablar, que aun no he logrado vencer por completo, aumentaba en la mesa a causa de la constante garrulidad de los franceses, mis comensales, en su mayoría militares o comerciantes. Con ninguno de ellos trabé amistad, ni mucho menos intimé, porque nunca he sido expansivo; les escuchaba con mucho gusto, aunque no aprendiese nada con ello, porque el escuchar no me ha aburrido nunca, ni aun tratándose de las más estúpidas charlas, en las que sólo se aprende lo que no se ha dicho.

Una de las razones por la que más ardientemente deseaba ir a Francia era la de poder asistir cada día al teatro. Dos años antes había actuado en Turín una compañía de cómicos franceses, y puede decirse que no falté a una sola representación, por lo cual me eran conocidas las más célebres comedias y tragedias; pero, en honor a la verdad, debo añadir que ni en Turín, ni en Francia, ni en el primer viaje, y en el que hice dos años después, me pasó siquiera por las mientes que algún día había yo de escribir para el teatro.

Yo escuchaba con mucha atención aquellas obras, pero sin ninguna intención, sin sentir ningún impulso creador; es más: me gustaban más las comedias que las tragedias, aunque por naturaleza me sentía más inclinado al llanto que a la risa. Reflexionando después sobre el particular, comprendí que una de las principales razones de mi indiferencia por la tragedia era la de que en casi en todas las tragedias francesas había escenas enteras, y a veces actos completos, en las que se introducían personajes secundarios que enfriaban mi entusiasmo porque alargaban sin necesidad la acción, o, mejor dicho, la interrumpían. Añádase a esto que, pese a mi manía de no querer ser Staliano, mi oído servíame admirablemente para advertirme de la pesadísima e insulsa versificación francesa, tan trivial en la forma y tan desagradable por los sonidos nasales; de aquí que, a pesar de ser aquellos actores excelentes, comparados con los nuestros, que eran pésimos; y a pesar de que las obras por ellos representadas eran insuperables en cuanto al asunto, a la trama, a la sublimidad de pensamientos y a la fuerza emotiva, yo iba experimentando poco a poco una frialdad que no me dejaba satisfecho. Las tragedias que más me gustaban eran Fedra, Zaira, Mahoma y algunas otras.

Aparte el teatro, mi más grata distracción en Marsella era bañarme cada tarde en el mar. Había encontrado un paraje delicioso, situado en una punta de la costa, a mano derecha, apartado del puerto, donde, sentado sobre la arena y apoyada la espalda contra un escollo, lo bastante alto para ocultarme de las miradas de los que pasaban por detrás, sólo veía ante

mí y en torno mío el mar y el cielo. Y entre aquellas dos inmensidades, embellecidas por los rayos del Sol que se hundían en las aguas, pasaba yo ratos inefables, dejando vagar mi fantasía; y seguramente habría compuesto muchas poesías, sí hubiese sabido escribir en verso o en prosa en alguna lengua.

Pero también me resultó aburrida la estancia en Marsella, porque todo aburre muy pronto al, ocioso, y presa de loco frenesí por llegar a París, salí de aquella ciudad marítima, caminando de día y de noche, más como fugitivo que como viajero, sin parar hasta Lyon. Ni Aix, a pesar de su magnífico y alegre panorama; ni Aviñón, sede pontificia en tiempos pasados y tumba de la famosa Laura; ni Vauoluse, donde residió tantos años el divino Petrarca: nada podía impedir que volase derecho como una flecha hacia París. El cansancio me obligó a detenerme en Lyon dos noches y un día; y partiendo de allí con el mismo furor, en menos de tres días llegué a París, siguiendo el camino de Borgoña.

## Capítulo V

### Mi primera estancia en París

No me acuerdo bien del día, pero me parece que fue del 15 al 20 de agosto, una mañana nubosa, de lluvia y fría. Yo, que acababa de dejar el cielo hermosísimo de Provenza y de Italia y que jamás habíame visto envuelto en nieblas tan sucias y densas, y mucho menos en agosto, al entrar en París por el misérrimo barrio de San Marcelo y penetrar en una especie de sepulcro fétido y fangoso del barrio de San Germán, donde debía hospedarme, sentí tal angustia, que no recuerdo haber experimentado en mi vida causa tan pequeña impresión tan dolorosa. ¡Tanto apresurarme, tanto anhelar y tantas locas ilusiones de mi exaltada fantasía para ir a sumergirme en aquella inmundicia cloaca! Cuando entré en la posada, ya estaba completamente desengañado, y a no haber sido por temor de que se burlaran de mí, en aquel mismo instante habría desandado el camino hecho. Y a medida que después fui recorriendo las calles de París aumentaba más y más mi desengaño. La sencillez de aquellas construcciones, que nada tenían de clásicas y severas; la risible y mezquina pompa de ciertos edificios con pretensiones de palacios; la suciedad y «goticismo» de las iglesias; la bárbara estructura de los teatros de entonces, y tantos y tantos objetos desagradables que se ofrecían a mi vista y, sobre todo, las caras de facciones irregulares y embadurnadas de colorete de feísimas mujeres, producíanme tan dolorosa impresión que no bastaban para mitigarla ni la belleza de tantos espléndidos jardines, ni la elegancia de los estupendos paseos públicos, ni el buen gusto ni el número infinito de lujosos trenes, ni la sublime fachada del Louvre, ni las innumerables y casi todas buenas representaciones teatrales, ni otras cosas por el estilo.

Continuaba entretanto, con increíble tenacidad el mal tiempo, hasta el extremo que en más de quince días del mes de agosto ni siquiera una vez pude saludar al Sol. Y mis juicios morales, mucho más poéticos que filosóficos, dictados por la fantasía más que por la razón, resentíanse bastante de la influencia de la atmósfera. La primera impresión que me causó París grabóse de tal manera en mi mente, que aun hoy, los decir, veintitrés años después, perdura en mi imaginación, a pesar de que en gran parte la razón se combate y condena.

Como a la sazón la corte se hallaba en Compiègne, donde había de pasar todo el mes de septiembre, y el embajador de Cerdeña, para quien llevaba cartas de presentación, estaba ausente, me encontré sin amistades ni relaciones, salvo la de algunos forasteros a quienes había conocido en diversas ciudades de Italia; y como éstos tampoco frecuentaban la alta sociedad parisiense, malgastaba el tiempo en teatros, paseos y el trato de mujerzuelas, pero sufriendo siempre, hasta que en noviembre volvió el embajador de Fontainebleau, donde se encontraba. Introducido entonces en las principales casas, especialmente en las salones diplomáticos, por primera vez en mi vida me senté ante una mesa de juego, en la embajada de España, donde imperaba el faraón. Mas, aunque ni perdí ni gané cosa que valiera la pena, pronto me cansé también del juego, como de todo pasatiempo en París, y me decidí a marchar a Londres en enero, hastiado de aquella ciudad -de la que, dicho sea de paso, sólo conocía las calles-, y muy calmada mi fiebre por ver cosas nuevas, pues las había encontrado inferiores, no ya a lo que mi fantasía había creado, sino a los mismos objetos reales que viera en distintas localidades de Italia; de suerte que en Londres pude acabar de aprender, conocer y apreciar lo que valían Nápoles y Roma, Venecia y Florencia.

Antes de salir para la capital de Inglaterra, me propuso el embajador presentarme a la corte en Versalles, y acepté, picada mi curiosidad por ver una corte más importante que todas las que hasta entonces había conocido, a pesar de que de todas estaba desengañado.

Y me presentó, en efecto, el 1 de enero de 1768, día más interesante que cualquier otro por el ceremonial que suele observarse. Aunque habíanme advertido previamente que el rey no hablaba con los extranjeros particulares, y a pesar de que ello me importaba un bledo, no pude por menos de sorprenderme desagradablemente ante la actitud de Júpiter olímpico de Luis XV, quien, examinando de pies a cabeza al individuo que le era presentado, permanecía impasible, sin que se alterase un solo músculo de su rostro. En cambio, si a un gigante se le dijera: «Te presento una hormiga», el gigante, mirándola, sonreiría y acaso murmurase: «¡Qué animalejo tan pequeño!»; o lo diría al, menos la expresión de su semblante, supuesto que guardara silencio. Pero aquel desdén del monarca francés no me mortificó más desde el momento que vi que el rey repartía la misma limosna de sus miradas indiferentes entre personas de mucho más viso que yo. Después de rezar una corta oración, colocado entre dos prelados, uno de los cuales, si mal no recuerdo, era cardenal, dirigióse a la capilla, a cuya puerta aguardaba el preboste de los Mercados, primer magistrado de la municipalidad de París, quien balbució las felicitaciones de rigor en día de año nuevo. El taciturno monarca le contestó con un movimiento de cabeza, y volviéndose luego hacia uno de los cortesanos que le seguían, le preguntó dónde se habrían quedado los echevins, que solían ser los acólitos del preboste. Entonces, una voz cortesana, salida de entre la multitud de palaciegos, contestó jocosamente: *Ils sont restés embourbés*. Rieron todos el chiste, el rey se dignó también sonreír, y entró en la capilla para oír misa.

La inconstante suerte quiso que, unos veinte años después, viese yo, en el mismo París, que otro rey, llamado también Luis, recibía más benignamente un cumplido muy distinto de aquél, proferido por otro preboste, denominado maire entonces, el 17 de julio de 1789. En aquella memorable ocasión los que quedaron embourbés fueron los cortesanos al volver de Versalles a París, a pesar de hallarse en pleno verano, porque el fango habíase hecho perpetuo en aquel camino. Y alabaría yo a Dios por haberme permitido ver aquello, si no temiese y estuviese convencido de que los efectos e influencia de esos reyes plebeyos han de ser para Francia y para el mundo entero más funestos que la influencia y la actuación de los reyes capetos.

## Capítulo VI

### Viaje a Inglaterra y Holanda. Primer enredo de amor

Salí de París a mediados de enero, en compañía de un caballero paisano mío, joven de bellísimo aspecto, diez o doce años mayor que yo, dotado de cierto talento natural, tan ignorante como yo, pero menos reflexivo y más amante del gran mundo que conocedor e investigador de los hombres. Era primo de nuestro embajador en París y sobrino del príncipe de Masserano, embajador de España en Londres, a cuya casa iba a parar. Aunque no me gustaba unirme a nadie para viajar, como se trataba únicamente de ir a un lugar determinado, en aquella ocasión acepté de buen grado. Mi nuevo compañero era de carácter alegre y locuaz, y con recíproca satisfacción yo guardaba silencio y escuchaba mientras que él hablaba, colmándose de elogios. Estaba muy pagado de sí mismo porque tenía gran partido entre las mujeres, y me refería con orgullo sus conquistas amorosas; relato que yo oía con gusto, pero sin envidia. Por la noche, en la posada, mientras nos preparaban la cena echamos varias partiditas de ajedrez, y las perdí todas, porque siempre he sido pésimo jugador. Dimos un gran rodeo por Lilla, Douay y Saint-Omer para llegar a Calais. El frío era tan intenso que, a pesar de que el carruaje en que viajábamos estaba atestado, provisto de cristales y de un hacha encendida en el interior, una noche se nos heló el pan y el vino. Aquel exceso me alegraba, porque nunca me han gustado las cosas a medias.

En cuanto dejamos las costas de Francia y desembarcamos en Douvres, el frío disminuyó casi por mitad y apenas vimos nieve entre Douvres y Londres. La primera impresión que me causó Inglaterra, y especialmente su capital, fue tan agradable como mala la que me produjo París. Las calles, las posadas, los caballos, las mujeres, el bienestar general; la vida y actividad de aquella isla; la limpieza y comodidad de las casas, demasiado pequeñas; el no encontrar mendigos; el movimiento continuo del dinero y de la industria, igual en provincias que en la capital: todas estas dotes, verdaderas y únicas de aquel afortunado país, me encantaron desde el primer momento, y los dos o tres viajes que he realizado después

no me han hecho cambiar de parecer, porque es demasiada la diferencia que media entre Inglaterra y el resto de Europa en lo referente a las diversas ramificaciones de la felicidad pública, debida a los buenos gobiernos; pues aunque entonces no estudié a fondo la constitución, madre de tanta prosperidad, supe observar y apreciar sus divinos resultados.

Como en Londres hay mayores facilidades quien París para ser introducido en sociedad, yo, que no quise humillarme a intentar vencer los obstáculos que hallé en la capital de Francia, porque no me cuidó de ello cuando no me ha de reportar beneficio, me dejé ganar por aquella facilidad y arrastrar por mi compañero de viaje en el torbellino del gran mundo Contribuyó no poco a hacerme perder mi natural adustez y hurañía la cortés y paternal amabilidad del príncipe de Masserano, embajador de España, excelente anciano que se desvivía por servir a los piemonteses, ya que el Piemonte era su verdadera patria, aunque su padre se hubiera trasplantado a España desde muchos años atrás. Pero notando, al cabo de unos tres meses, que tantas veladas cenas y fiestas me fastidiaban más de lo justo, y en cambio no me enseñaban nada, troqué los papeles, y en vez de actuar en los salones opté por servir de cochero, y di en la flor de pasear en carruaje por todas las calles de Londres, al hermoso Ganimedes, mi compañero de viaje, al que únicamente le dejaba la gloria de los triunfos amorosos. Y, dicho sea en verdad, desempeñé con tanta maestría y soltura mi nuevo oficio, que, compitiendo con los cocheros londinenses en las carreras que improvisan a la salida del Renelawgh y de los teatros, salí airoso de la prueba sin destrozar el vehículo ni estropear a los caballos. Alentado por mis éxitos, no tuve ya más diversión en el resto del invierno que la de pasear a caballo cuatro o cinco horas cada mañana y guiar un coche otras tantas por la tarde, cualquiera que, fuese el tiempo que hiciera. En abril mi querido compañero y yo hicimos una excursión a las provincias más importantes de Inglaterra, visitando Portsmouth, Salisbury, Bath y Bristol, volviendo a Londres por Oxford. El país me gustó muchísimo, y la armonía, de cosas tan diversas, que en la incomparable isla, tan ordenada para el máximo bienestar de todos, me encantó de tal manera, que de buena gana hubiera fijado allí mi residencia, no porque los individuos fuesen muy de mi agrado - aunque sí bastante más que los franceses, porque son más campechano-, sino por la topografía, la sencillez de costumbres, la belleza y modestia de las jóvenes y, sobre todo, por la rectitud, y equidad del gobierno y la verdadera libertad, hija de la justicia, que allí se disfrutaba, Todo esto hacía me olvidar lo desapacible del clima, la melancolía que en todas partes me acechaba y la ruinosa, carestía de la vida.

Mas, de regreso de aquella excursión, volví a sentir impaciencias por cambiar de lugar, y a duras penas pude diferir la partida hasta primeros de junio. Embarqué, pues, en Harwich rumbo a Holanda, y con viento favorable llegué a Helvoetlvys en unas doce horas de navegación.

Holanda es un país encantador en verano, pero hubiera preferido visitarle antes que a Inglaterra, porque todo lo que allí se admira: población, riqueza, hermosura, leyes sabias, industria y suma actividad, no es igual que en la rubia Albión. En efecto: después de varios viajes y de mucha experiencia, los únicos países de Europa que me han dejado deseoso de volver a ellos han sido Inglaterra e Italia: aquella, por lo que al arte se refiere, ha subyugado, por decirlo así, y transformado la Naturaleza; la otra, en cuanto a la Naturaleza, hace todo lo posible para tomar venganza de sus gobiernos, casi siempre malos y perpetuamente inactivos.



Durante mi estancia en La Haya, que se prolongó más de lo que yo había calculado, caí en los lazos del amor, que en vano habíame acechado hasta entonces. Una señora muy joven, que apenas llevaba un año de casada, llena de encantos naturales, de modesta belleza y de seductora ingenuidad, se adueñó de mi corazón; y como la población era pequeña y muy pocas las distracciones, acostumbrado a verla con más frecuencia de lo que al principio hubiera querido, acabé por no poder vivir sin su presencia. Me encontré, pues, casi sin darme cuenta, de tal modo atado, que llegué a pensar muy seriamente en no salir ni muerto ni vivo de La Haya, persuadido de que la vida me sería imposible sin el amor de aquella mujer. Abierto, al fin, mi endurecido corazón por los dardos de Cupido, dio cabida también a las dulces insinuaciones de la amistad. Fue mi nuevo amigo don José de Acunha, ministro de Portugal en Holanda, hombre de mucho ingenio y gran originalidad, de bastante cultura y férreo carácter, magnánimo corazón y espíritu ardiente y elevado. Sentíame, pues, dichoso en La Haya, sin desear nada que no fuesen mi amiga y mi amigo. Amante y amigo, correspondido con singular afecto por ambos, yo desahogaba mi corazón hablando de mi amada al amigo y al amigo de la amada, y experimentando con ello placeres vivísimos e incomparables, desconocidos para mí hasta entonces, aunque tácita y confusamente el corazón me los había ido pidiendo e indicando. Muchos y luminosos consejos me daba continuamente aquel dignísimo caballero, que con sumo tacto y eficacia hízome avergonzar de mi estúpida y ociosa vida, de no abrir jamás un libro y de ignorar tantas cosas útiles y necesarias, reprochándome dulcemente que no conociera nuestros sublimes poetas y nuestros prosistas y filósofos, no menos admirables, aunque en menor número que los primeros. Entre estos últimos me citó al inmortal Nicolás Maquiavelo, de quien yo no conocía más que el nombre obscuro y falseado, tal como en nuestros centros de educación suelen enseñarlo sus detractores, que tampoco lo han leído ni le conocen. El señor de Acunha me regaló un ejemplar de las obras de Maquiavelo, que aun conservo, las cuales leí entonces y apostillé muchos años después. Cosa rara, empero, que sólo noté algunos años más tarde, aunque sin comprenderla bien: no se despertaba en mi mente ni en mi corazón afición al estudio ni impulso alguno y efervescencia de ideas creadoras sino cuando estaba enamorado; porque si bien el amor me distraía de toda aplicación mental, me estimulaba al propio tiempo; yo no me consideraba tan capaz de triunfar en un género de literatura cuando no tenía un objeto amado a quien me pareciera que podía consagrar el fruto de mi inteligencia.

Mas la dicha que gocé en Holanda fue poco duradera. El marido de mi amante, que era muy rico, hijo de un gobernador de Betania, cambiaba con mucha frecuencia de domicilio, y habiendo comprado recientemente una baronía en Suiza, se dispuso a pasar el otoño en su nueva posesión. En agosto hizo con su mujer un viaje a Spa, y yo tuve la dicha de acompañarles, porque no se mostró nunca celoso; pero al regresar de Spa a Holanda tuvimos que separarnos en Maestrich, porque ella había de pasar una temporada al lado de su madre, mientras el marido arreglaría sus asuntos en Suiza. Yo no conocía a la madre de mi amante y no había pretexto plausible ni medio decoroso para introducirme en su casa. Aquella primera separación de la mujer amada me causó un pesar inmenso, pero quedábame la esperanza de volver a verla pronto. En efecto: a los pocos días de mi regreso a La Haya reapareció mi adorada en aquella ciudad, en tanto que su marido se dirigía a Suiza. Mi alegría fue tan grande como fugaz. Al cabo de diez días, durante los cuales me consideré el hombre más dichoso de la tierra, no atreviéndose ella a decirme que tenía que

volver al lado de su madre, y no teniendo yo valor para preguntárselo, una mañana recibí la inesperada visita de mi amigo Acunha, el cual, después de decirme que habíase visto obligada a marchar, me entregó una esquelita suya. La lectura de la cartita de mi amante fue para mí un golpe mortal, aunque de toda ella se exhalaba cariño e ingenuidad al anunciarme la imprescindible necesidad en que se encontraba de ausentarse, pues no podía, sin gran escándalo, diferir su partida para ir a reunirse con su marido, que la llamaba a su lado. Y mi amigo añadía con dulzura que no habiendo otro remedio, era preciso ceder ante la necesidad y la razón.

Quizá no se me creería si refiriese todos los frenesíes de mi alma dolorida y desesperada. Quería morir a toda costa y estaba resuelto a hacerlo, pero nada dije acerca de mi propósito. Fingiéndome enfermo, para que mi amigo me dejase solo, mandé llamar a un cirujano, a fin de que me hiciera una sangría; y en cuanto éste se hubo retirado, so pretexto de que quería dormir, corrí las colgaduras de la cama, y después de pensar unos instantes en lo que iba a hacer, comencé a quitarme la venda de la sangría, decidido a morir desangrado. Pero Elía, criado tan sagaz como fiel, que me vigilaba por haber sido prevenido por Acunha, fingiendo que yo le había llamado, separó de improviso las cortinas, y yo, sorprendido y avergonzado, o arrepentido quizá de mi poco firme propósito juvenil, le dije que se me había deshecho el vendaje. El excelente criado dio a entender que me creía y volvió a vendarme cuidadosamente la herida; pero ya no me perdió de vista. Más aún, mandó llamar a mi amigo, el cual no se hizo esperar, y entre ambos me obligaron a levantarme casi a viva fuerza. Acunha me llevó a su casa, donde me tuvo varios días, sin separarse apenas de mi lado. Mi dolor era sombrío y callado, no sé sí porque me avergonzaba de experimentarlo o por desconfianza; lo cierto es que no me atrevía a exteriorizarlo y que permanecía taciturno y lloraba en silencio. Pero el tiempo, los consejos de mi amigo, las distracciones que me procuraba, un rayo de esperanza al pensar que podría volver a verla si volvía a Holanda el año siguiente, y, sobre todo, la ligereza propia de los diez y nueve años, fue calmando mi pena y disipando mi tristeza. Y aunque la herida abierta en mi corazón no cicatrizó en mucho tiempo, la razón recobró su imperio en el término de pocos días.

Entonces resolví volver a Italia, porque resultaba muy triste para mí la estancia en un país donde todo me recordaba el bien que perdía casi al mismo tiempo que llegaba a poseerlo. Dolíame asimismo separarme de aquel amigo queridísimo; pero comprendiendo él que el movimiento, la variedad de objetos, la lejanía y las distracciones acabarían de curar mi llagado corazón, me alentó a emprender el viaje de regreso a mi patria.

A mediados de septiembre me separé del querido Acunha en Utrech, hasta donde quiso acompañarme, y por la vía de Bruselas, Lorena, Alsacia, Suiza y Saboya, sin detenerme más que para pernoctar, me dirigí al Piamonte, y en menos de tres semanas me encontré en Cumiana, la villa de mi hermana, de donde marché en seguida a Susa, sin pasar por Turín, huyendo de todo trato humano, porque tenía necesidad de estar enteramente solo hasta que desapareciese la fiebre que me devoraba. Había pasado por Nancy, Estrasburgo, Basilea y Ginebra, sin ver apenas más que las murallas de estas ciudades, y en todo el viaje no cambié palabra con mi fiel Elía, el cual, amoldándose a mi estado de ánimo, obedecía mis señas y se anticipaba a mis deseos.

## Capítulo VII

### Medio año dedicado a estudios filosóficos

Tal fue mi primer viaje, que duró dos años y algunos días. Al cabo de seis semanas de estancia en su quinta de recreo, mi hermana volvió a Turín y yo con ella. Nadie me conocía; tanto había crecido en aquellos dos años de ausencia y tan beneficiosa había sido para mi constitución física aquella vida variada, ociosa y agitada. Al pasar por Ginebra compré un baúl lleno de libros, entre los que estaban las obras de Rousseau, Montesquieu, Helvecio y otros por el estilo. Apenas estuve repatriado, rebosante el corazón de tristeza y de amor, sentí absoluta necesidad de dedicarme seriamente a algo que me distrajera; pero no sabía en qué ocupar mi mente, a causa de que mi descuidada educación, coronada después por seis años de ocio y diversiones, habíame incapacitado para todo estudio formal. Titubeando entre permanecer en mi patria y emprender nuevos viajes por el Extranjero, me instalé aquel invierno en casa de mi hermana, y pasé los días leyendo mucho, paseando poco y no viendo a nadie. No leía más que libros franceses. Intenté varias veces la lectura de la Eloísa, de Rousseau; mas, a despecho de mi carácter apasionado y de estar tan enamorado, a la sazón encontraba en aquel libro tal amaneramiento, tanto rebuscamiento, tanta afectación, tan poco sentimiento verdadero, tanto fuego en la cabeza y tanto frío en el corazón, que no pude acabar el libro. Algunas de sus obras políticas, como el Contrato social, no las entendía y, por consiguiente, las dejé. De Voltaire me gustaba su prosa tanto como me fastidiaban sus versos; así es que sólo leí trozos de La Henriada, muy poco de la Pomelle, porque la obscenidad me ha repugnado siempre, y algunas de sus tragedias. Por el contrario, leí varias con deleite, y quizá con provecho, de las obras de Montesquieu; y L'esprit, de Helvecio, me causó profunda pero desagradable impresión. El libro, empero, que en aquel invierno me hizo pasar horas deliciosas fue Vidas de los hombres ilustres, de Plutarco, algunas de las cuales, como la de Timoleón, César, Bruto, Pelópidas y Catón, entre otras, las leí cuatro o cinco veces, con tales transportes de entusiasmo y aun de furor, que me hacían prorrumper en gritos y en llanto, de tal manera, que se me hubiera podido tomar por loco. Al leer ciertos rasgos de aquellos hombres extraordinarios saltaba de mi asiento agitadísimo, realmente enloquecido, y derramaba lágrimas de dolor y de rabia por haber nacido en el Piamonte en tiempos y con gobiernos que impedían la realización de toda empresa elevada, en que nada se podía decir y en que inútilmente se tenían grandes ideas y profundos sentimientos. Durante aquel invierno estudié también con mucho afán el sistema planetario y las leyes y movimientos de los cuerpos celestes, hasta donde pude llegar sin el concurso de la Geometría, que nunca logré aprender; es decir, que estudié la parte histórica de una ciencia esencialmente matemática. No obstante, y a pesar de mi ignorancia, entendí lo suficiente para elevar mi inteligencia a la inmensidad de la creación, y seguramente ningún otro estudio me hubiese entusiasmado y llenado mi alma tanto como el de la astronomía, si hubiese poseído los conocimientos necesarios para proseguirlo.

En medio de estas dulces y nobles ocupaciones, que, si bien me deleitaban, aumentaban notablemente mi taciturnidad, melancolía y repugnancia por toda clase de distracciones, mi cuñado no cesaba de instarme a que me casara. Yo me sentía naturalmente inclinado a la vida de familia; pero el haber viajado por Inglaterra a los diez y nueve años de edad y el haber leído y sentido a Plutarco a los veinte hacíanme refractario al matrimonio y a procrear hijos en Turín. Con todo, la irreflexión propia de la edad me fue doblegando poco a poco a los consejos e insistencia de mi cuñado, y acabé por dar mi consentimiento para que gestionase mi boda con una rica heredera, de noble linaje, bastante agraciada y poseedora de unos ojazos negros que pronto me hubieran hecho olvidar a Plutarco, de la misma manera que éste fue borrando de mi corazón el recuerdo de la bella holandesa. Debo confesar, empero, para vergüenza mía, que en aquella ocasión deseé vilmente las riquezas de la muchacha más que su hermosura, pensando que, aumentadas mis rentas con la dote que ella aportaría al matrimonio, y que sería aproximadamente igual a lo que yo poseía, podría hacer mejor papel en nuestra sociedad. Afortunadamente, mi estrella me sirvió mejor que mi débil y frívolo juicio, hijo de un espíritu enfermo. La joven sentía cierta inclinación hacía mí; pero una tía suya le hizo cambiar de sentimientos y que diese la preferencia a un mozalbete perteneciente a distinguida familia, pero que, por tener demasiados hermanos y parientes, no era tan buen partido como yo. Sin embargo, la joven no perdía con el cambio, porque el mozo gozaba de gran favor en la corte del duque de Saboya, presunto heredero de la corona, de quien había sido paje y del cual obtuvo luego las gracias y privilegios que suelen dispensarse en las cortes. Además, mi rival era un joven de bellísimo carácter e irreprochables costumbres, mientras que yo era mirado con recelo y se me tachaba de extravagante en mal sentido, porque no me avenía con las ideas, usos e hipocresías del mundo en que vivía, ni quería servir a mi patria, ni me recataba de censurar y burlarme de todo aquello; lo cual, y con razón, no se perdona jamás. La muchacha, por lo tanto, hizo muy bien en darme calabazas, y los dos salimos ganando: ella, porque fue muy feliz en su matrimonio, y yo, porque las musas habríanse asustado de entrar en una casa donde hubiera mujer y chiquillos. El fracaso de mi boda me causó a la par pena y alegría; porque mientras se hacían las gestiones para concertarla, yo sentía remordimientos y vergüenza de mí mismo, aunque no lo exteriorizara: me avergonzaba de hacer por dinero una cosa que era tan contraria a mi manera de pensar. Pero una mezquindad trae otra y se van multiplicando. El móvil de mi codicia, que por cierto nada tenía de filosófica, era el deseo que empecé a sentir en Nápoles de ingresar en la diplomacia; deseo fomentado luego por mi cuñado, que era un cortesano inveterado, por lo que yo no vi en mi casamiento con la rica heredera nada más que la base de las futuras embajadas, en las que más se brilla cuanto de más dinero se dispone. Fue una dicha para mí que la proyectada boda se desbaratase, porque desvaneció mis aspiraciones diplomáticas y no di un paso para obtener un cargo en esa carrera. Y no tuve que avergonzarme delante de nadie de este estúpido y bajo deseo, porque sólo hablé de él a mi cuñado y nació y murió en mi pecho.

Apenas fracasados estos dos proyectos, volví a la manía de los viajes y determiné correr mundo por espacio de tres años, para ir pensando entretanto en lo que debía hacer: tenía entonces veinte años y demasiado tiempo por delante para tomar una resolución definitiva. Ya había ajustado cuentas con mi curador, porque en mi país se emancipa uno de toda tutela al cumplir los veinte años, y resultó que era yo más rico de lo que hasta entonces había creído y dádome a entender mi curador. Y ni puedo ni debo recriminarle por su

reserva, puesto que, habiéndome acostumbrado a lo menos y no a lo más, no fui nunca derrochador. Encontrándome, pues, dueño de una renta muy saneada que ascendía a 2.500 cequíes, podía gastar sin temor; aparte de que poseía una cantidad nada despreciable, ahorrada durante mi menor edad. Para un país como el mío y para un hombre solo, podía considerarme muy rico; y renunciando a toda idea de aumentar mi fortuna, dispuse mi segundo viaje, que quise hacer con mayores gastos y más comodidades.

## Capítulo VIII

### Segundo viaje por Alemania, Dinamarca y Suecia

Obtenido el indispensable y enojoso permiso del rey, salí en mayo de 1769 con dirección a Viena. Confiando a mi fiel Elía el molesto encargo de correr con los gastos, me di a reflexionar durante aquel segundo viaje sobre las cosas del mundo; y la melancolía fastidiosa, la ociosidad y la mera impaciencia por cambiar de lugar, que me habían atormentado constantemente en el primero, cedió su lugar a otra melancolía reflexiva y dulcísima, originada tanto por mi enamoramiento como por mi asidua aplicación durante seis meses en cosas serias y útiles. No contribuyeron poco a este resultado -y quizá debo a ello lo poco bueno que he hecho después- Los ensayos, de Montaigne, que tanto había leído, y que, distribuídos en diez tomitos, llenaban las bolsas de mi carruaje. Me deleitaban e instruían y halagaban también mi ignorancia y pereza, porque, abriendo un tomo cualquiera al azar, leía una página o dos, lo cerraba luego y con aquella lectura tenía materia bastante para meditar largas horas. Lo único que me molestaba de Montaigne eran sus frecuentes citas en latín, porque me obligaban a buscar la interpretación en las llamadas, puesto que no entendía, no ya las de los sublimes poetas, sino ni la más sencilla de los prosistas. Verdad es que tampoco hacía el menor esfuerzo para desentrañar su significado traducirlas, sino que me iba derecho a las notas. Peor aún: si tropezaba con algún párrafo o período de nuestros mejores escritores italianos, lo pasaba por alto, porque me habría costado algún trabajo entenderlo; tanta era mi primitiva ignorancia y la falta de costumbre de hablar y escribir esta divina lengua, que iba olvidando poco a poco.

Por Milán y Venecia, ciudades que quise visitar de nuevo, y por Trento, Insbruck, Augusta y Múnaco, sin detenerme en ellas, llegué a Viena, en la que me pareció encontrar las mismas pequeñeces de Turín, sin la belleza, empero, de la situación topográfica de esta última ciudad. Pasé allí el verano, sin ver casi nada, y en julio di una escapada a Budapest para conocer algo de Hungría. Volví a mi antigua ociosidad y no hacía más que asistir a una u otra tertulia, pero apercebido siempre contra las insidias del amor; y fue mi mejor coraza en aquella ocasión poner en práctica el remedio recomendado por Catón. En Viena hubiera podido conocer y tratar al célebre poeta Metastasio, en cuya casa pasaba muy agradables

veladas nuestro ministro, el dignísimo conde de Canale. Asistían a aquellas reuniones, en las que se solían leer trozos escogidos de clásicos griegos, latinos o italianos, distinguidos literatos, y el excelente conde, respetable anciano que me había tomado cariño y lamentaba que perdiese yo lastimosamente el tiempo, quiso presentarme a ellos; pero yo rehusé, no sólo a causa de mi carácter, sino también y principalmente porque estaba engolfado en la literatura francesa y desdeñaba todo libro de autor italiano. Por otra parte, una tertulia de literatos amantes de los clásicos parecíame que tenía que ser tan aburrida e insoportable como una asamblea de pedantes. Añádase a esto que en los jardines imperiales de Schoenbrunn yo había visto a Metastasio doblar el espinazo ante María Teresa con cara servilmente risueña y aduladora; y que yo, juvenilmente plutarquizando, exageraba de tal modo la verdad en abstracto, que no habría podido entablar relaciones de amistad ni intimar con una musa alquilada o vendida al poder despótico que aborrecía yo con toda mi alma. Así es que poco a poco me iba convirtiendo en hurraño pensador; lo cual, unido a las pasiones naturales de los veinte años y a sus naturalísimas consecuencias, hacía de mí un ente sobrado original y ridículo.

En septiembre proseguí mi viaje, visitando Praga y Dresde, donde me detuve un mes, y luego en Berlín, en el que permanecí otro tanto. Al entrar en los Estados de Federico el Grande, que me parecieron la prolongación de un solo cuerpo de guardia, sentí duplicarse y triplicarse mi horror por la infame profesión militar, base de la todavía más infame autoridad arbitraria, que es el fruto necesario de tantos millares de satélites asalariados. Fui presentado al rey, y al verlo no experimenté ningún movimiento de admiración ni de respeto, sino, por el contrario, de indignación y de rabia; movimientos que cada día se fortalecían y multiplicaban más y más en mí al ver tantas y tan diferentes cosas que no son como debieran ser, y que, siendo falsas, usurpan la apariencias y la fama de verdaderas. El conde de Fich, ministro del rey, que fue quien me presentó, preguntóme por qué no me había puesto el uniforme para aquella solemnidad, ya que estaba al servicio de mi rey. «Porque -le respondí- me parece que en esta corte lo que sobran son uniformes». El rey me dirigió las frases de costumbre en semejantes casos, y yo le examiné de pies a cabeza, mirándole irrespetuosamente de hito en hito sin pestañear, dando gracias al cielo por no haberme hecho nacer esclavo suyo. Salí de aquel cuartel general prusiano a mediados de noviembre, aborreciéndolo tanto como merecía, y pasando por Hamburgo, donde sólo me detuve tres días, continué hasta Dinamarca. Llegué a Copenhague a primeros de diciembre. Aquel país me gustó bastante, porque tenía cierta semejanza con Holanda y más actividad, industria y comercio de lo que suele haber en los Estados donde sus gobiernos son meramente monárquicos; lo cual dispone favorablemente el ánimo del viajero y hace un tácito elogio de quienes los mandan. No sucede lo mismo en los Estados Prusianos, aunque Federico el Grande mandase a las Letras, a las Artes y a la Prosperidad que florecieran bajo su sombra. La razón principal por que me gustaba Copenhague era la de no ser ésta Berlín ni Prusia, país que me dejó impresión tan desagradable y dolorosa como jamás he experimentado en ningún otro, a pesar de que encierra, sobre todo Berlín, muchos y admirables monumentos arquitectónicos. Aquellos soldados que encontraba a cada paso no los puedo recordar, al cabo de tantos años, sin sentir el mismo furor que en aquella ocasión me produjo su vista.

Aquel invierno me dediqué a chapurrar en italiano con el ministro de Nápoles en Dinamarca, el conde Catanti, pisano, cuñado del célebre primer ministro de Nápoles, el

marqués Tanucci, que había sido profesor de la Universidad de Pisa. El habla y pronunciación toscanas me agradaban sobremanera, mayormente si las comparaba con el plañido nasal y gutural del dialecto danés que veíame obligado a oír, aunque, a Dios gracias, sin entenderlo. A duras penas podía yo hacerme comprender del citado conde Catanti, porque desconocía la propiedad de los términos y faltaba la concisión y eficacia de las frases, peculiar de los toscanos; pero la pronunciación de mis palabras, bárbaramente italianizadas, era pura y toscana; porque habiéndome burlado siempre de las otras pronunciaciones, italianas, que verdaderamente ofenden el oído, habíame acostumbrado a pronunciar lo mejor posible la u, la z, las sílabas gi y ci demás toscanismos. Alentado por el susodicho conde Catanti, que no se cansaba de recomendarme el estudio y la práctica de tan hermoso idioma, el cual, al fin y al cabo, era el mío, ya que por nada del mundo hubiera yo querido ser francés, me dediqué a la lectura de libros italianos. Entre otros muchos, leí los Diálogos, de Aretino, los cuales, si bien me repugnaban por sus obscenidades, encantábanme por la originalidad, variedad y propiedad de la expresión. Y me entregué con mayor motivo a la lectura, porque aquel invierno me vi obligado a permanecer casi siempre en casa a causa de las molestias que me ocasionó el haber huido demasiado del amor sentimental. Volví a leer por tercera o cuarta vez a Plutarco y Montaigne, de manera que en mi cabeza había un revoltillo de filosofía, política y obscenidades. Cuando los achaques me permitían salir de casa, mi mayor diversión en aquel clima boreal era pasear en trineo; velocidad poética que me agitaba y recreaba a la vez mi no menos veloz fantasía.

Hacia fines de marzo salí para Suecia, y aunque encontré el paso del Sund libre de hielos y, por tanto, el Escania de nieves, luego que dejé atrás la ciudad de Norkoping, volví a hallar un invierno crudísimo, y tantos palmos de nieve y tantos lagos helados, que, no pudiendo continuar el viaje en vehículo de ruedas, me vi obligado a desmontar el carruaje y, según suele hacerse allí, colocarlo en dos trineos; así pude llegar a Estocolmo. La novedad del cuadro y la salvaje y majestuosa naturaleza de aquellas selvas inmensas, lagos y despeñaderos me transportaron; y aunque no había leído jamás el Ossian, muchas de sus imágenes se me representaban toscamente esculpidas y tal como las hallé descritas, muchos años después, leyendo y estudiando las notables poesías del célebre Cesarotti.

La configuración física de Suecia y hasta sus habitantes me agradaron sobremanera, bien porque siempre me han gustado los extremos, ya por otra razón cualquiera que ahora no se me alcanza; lo cierto es que si yo hubiese de vivir en el Norte, preferiría aquel país a todos los que he conocido. La forma de gobierno, mixta y equilibrada de tal modo que permite gozar de una semilibertad, me interesó bastante y quise conocerla a fondo; pero como yo era incapaz de toda aplicación seria y continuada, me limité a estudiarla superficialmente, lo cual bastó para que mi ligera cabecita formase el siguiente juicio: que, dada la pobreza de las cuatro clases electoras y la excesiva corrupción de la nobleza y de los ciudadanos, origen de las venales influencias de las dos naciones corruptoras, Rusia y Francia, que eran las que pagaban, no podía existir armonía entre los órdenes, ni eficacia en las determinaciones, ni justa y verdadera libertad. Continué divirtiéndome en correr locamente en trineo por aquellos bosques sombríos y aquellos lagos helados, hasta que en la segunda quincena de abril comenzó el deshielo, y en sólo cuatro días, gracias a la larga permanencia del Sol en el horizonte y a la acción de los vientos marinos, volvió todo a su primitivo estado. Y con la desaparición de las nieves, que formaban costras de diez capas

superpuestas, reaparecía la verde vegetación, espectáculo curioso que me hubiera resultado poético si entonces hubiese yo sabido hacer versos.

## Capítulo IX

Continuación de los viajes: Rusia, y otra vez a Prusia, Spa, Holanda e Inglaterra

Acuciado siempre por la manía de viajar, aunque me encontraba muy a gusto en Estocolmo, a mediados de mayo salí para Finlandia, con dirección a San Petersburgo. A últimos de abril había ido a Upsala, con objeto de visitar la famosa universidad, y en el trayecto tuve ocasión de ver algunas minas de hierro, en las que había cosas muy curiosas; pero como pasé de prisa, sin estudiar ni observar nada, fue lo mismo que si no las hubiese visto. Llegado a Grisselhamn, puertecillo de Suecia situado frente al golfo de Botnia, me encontré nuevamente con el invierno, tras del cual dijérase que me había propuesto correr. Estaba helada una gran parte del mar, y la travesía desde el continente hasta la primera isleta -pues por cinco isletas se llega a la entrada del susodicho golfo- era imposible hacerla en barco, a causa de los hielos. Tuve, pues, que esperar tres días en aquel tristísimo paraje, hasta que, al fin, soplaron otros vientos y la densísima costra de hielo comenzó a resquebrajarse, a hacer cric, como dice nuestro poeta, y, por consiguiente, las grandes planchas flotantes se fueron separando poco a poco, dejando abiertas algunas vías, aunque estrechas, por las que hubiera podido aventurarse una embarcación. En efecto: el día siguiente ancló en Grisselhamn un barco pesquero, procedente de la primera isla, que era precisamente a la que yo tenía que trasladarme para continuar mi viaje. El patrón de aquella barca nos dijo que se podía pasar, pero con mucho trabajo. Inmediatamente quise intentarlo, pues si bien mi embarcación era mucho mayor que la pesquera, e iba cargada con el carruaje, y, por lo tanto, habría que vencer mayores obstáculos, el peligro era menor, porque una nave de mayor porte debía necesariamente oponer más resistencia a los choques de las masas de hielo. Y así fue, en efecto. La infinidad de isletas flotantes daban un aspecto extraño a aquel horroroso mar, que más parecía extensión de tierra quebrada y ondulada de mil maneras que volumen de aguas; pero como, a Dios gracias, el viento era flojo, los choques contra los costados de mi nave resultaban ligeros roces; sin embargo, el gran número de masas flotantes y su constante movilidad hacían que, juntándose ante la proa, nos cerraran el paso, y atrayendo a otras, nos amenazaran con rechazarnos hacia el continente. Entonces era preciso recurrir al único y más eficaz remedio: al hacha, castigadora de tanta insolencia. Más de una vez mis marineros, y yo mismo, saltando de la barca sobre aquellas moles de hielo, a fuerza de hachazos las partíamos y separábamos de los costados de la nave, para que el paso quedara libre y pudieran jugar los remos, y el impulso mismo de la embarcación apartaba a tan molestos acompañantes. De este modo navegamos un trecho de siete millas suecas, empleando más de diez horas. La novedad de un viaje semejante me divirtió muchísimo;



pero la minuciosidad de detalles con que lo refiero no habrá divertido igualmente al lector. Me ha inducido a describirlo así el tratarse de algo desconocido para los italianos. Realizado de ese modo el primer trayecto, los otros seis pasos, que eran mucho más cortos y estaban más libres de hielo, resultaron muy fáciles. En su salvaje rusticidad, es aquél uno de los países de Europa que más me han gustado y que han despertado en mí ideas más fantásticas, tristes y grandiosas a la vez, por el vasto e indefinible silencio que reina en aquel ambiente, donde le parece a uno que vive fuera del mundo habitado.

Desembarqué, al fin, en Abo, capital de la Finlandia, y por magníficos caminos y con velocísimos caballos continué mi viaje hasta San Petersburgo, adonde llegué a últimos de marzo. Lo que no puedo decir es si fue de día o de noche, porque en esa estación del año no existen las tinieblas nocturnas en país tan boreal, y yo estaba tan cansado y molido de no haber podido dormir sino muy incómodamente en el carruaje durante varias noches, que confundanse mis ideas, y molestábame tanto aquella luz igual y triste, que no hubiera podido decir en qué día de la semana, ni en qué hora del día, ni en qué parte del mundo me encontraba; tanto más, cuanto que los trajes y usos y las luengas barbas de los moscovitas hacíanme pensar más en los tártaros que en europeos.

Yo había leído la historia de Pedro el Grande, escrita por Voltaire; en la academia de Turín había conocido y tratado a varios rusos, y oído hablar con elogio de aquel naciente Estado. Todo esto, agrandado desmesuradamente por mi fantasía, que no perdía ocasión de proporcionarme desengaños, alentó en mí un deseo vivísimo de visitar San Petersburgo. Mas, ¡ay!, apenas posé mi planta en aquel asiático campamento, de alineadas barracas, no pude por menos de soltar la carcajada, acordándome de Roma, de Génova, de Florencia y Venecia. Y todo lo que vi después en aquel desdichado país confirmó mi primera impresión de que allí no había nada que valiera la pena de ser visto. Fue tanto lo que me desagradó todo aquello -salvo las barbas de los moscovitas y los caballos-, que en las seis semanas que pasé entre esos bárbaros disfrazados de europeos no quise conocer ni ver a nadie, ni siquiera a dos o tres jóvenes, pertenecientes a las más distinguidas familias de la capital, que habían sido compañeros míos en la academia de Turín. Asimismo no quise ser presentado a la famosa autócrata Catalina II, ni ver la cara de una soberana que tanto ha dado que hablar en estos tiempos. Investigando después la causa de proceder tan salvaje e inútil he llegado a convencerme de que obedeció a la intolerancia de mi carácter inflexible y al odio purísimo que me inspiraba la tiranía en general, personificada entonces en una mujer acusada, y con razón, del más horrible delito: de haber sido la mandataria del premeditado asesinato de su marido. Me acordaba también de haber oído contar que entre los muchos pretextos a que recurrían los defensores de tamaño crimen se alegaba también el de que Catalina II, posesionándose del imperio, había querido poner remedio a los muchos males que su esposo había causado al Estado y restablecer en parte los derechos de la Humanidad, tan cruelmente lesionados por la esclavitud general y total de Rusia, dándole una Constitución. Pero habiendo encontrado yo aquella nación sumida en la misma esclavitud de antes, a pesar de haber transcurrido seis años desde que empezó a reinar aquella Clitemnestra filósofa, y viendo a la maldita casta militar sentada en el trono de San Petersburgo, más segura quizá que la de Berlín, no pude por menos de sentir desprecio hacia aquellos pueblos y odio invencible hacia sus inicuos gobernantes. Asqueado de todo lo que olía a moscovita, no quise ir a Moscú, según me había propuesto; desvivíame por volver a Europa, y a fines de junio emprendí el regreso, en dirección a Riga, pasando por

Narva y Revel, en cuyas llanuras desnudas y horribles expié con creces el intenso placer que habíanme producido las inmensas y épicas selvas de la abrupta Suecia. Continué por Koenisbarg y Danzig. Esta última ciudad, hasta entonces rica y libre, empezaba aquel año a ser molestada por su mal vecino el déspota prusiano, cuyos viles esbirros habían invadido ya a viva fuerza su territorio. Renegando de rusos y de prusianos, y de cuantos, conservando de hombres sólo las apariencias, dejan que sus amos los traten peor que a bestias, y teniendo que repetir a cada paso mi nombre, edad, condición y punto adonde me dirigía -pues no había aldehuela en que algún sargento no me sometiese a este interrogatorio al entrar, salir o pasar por ella-, me encontré de nuevo en Berlín, al cabo de un mes, aproximadamente, del viaje más molesto, fastidioso y deprimente que se pueda imaginar, a través de un país frío, inhospitalario y horrible cual ningún otro. Al pasar por Zorendorff visité el campo de batalla en que tantos miles de combatientes de los ejércitos ruso y prusiano libraronse con la muerte del yugo que los oprimía. El trigo, que crecía lozano y apretado en una vasta extensión de terreno, marcaba el lugar donde habían sido enterradas las víctimas del combate; alrededor, como aquella tierra es ingrata y estéril, crecía mísero y ralo. Entonces no pude por menos de hacerme la amarga reflexión de que los esclavos sólo nacen para servir de abono a las tierras de sus amos. Estas «prusianerías» hacíanme apreciar mejor y desear más vivamente a la feliz Inglaterra.

No me detuve en Berlín más que tres días, y no por mi gusto me detuve, sino porque estaba muy necesitado de descanso después de tan penoso viaje. A últimos de julio salí para Magdeburgo, Brunswick, Gotinga, Casel y Francfort. Al entrar en Gotinga, ciudad famosa por su universidad, tropecé con un borriquillo, al que acaricié con mucho gusto, pues no había visto ninguno en un año, es decir, desde que me interné en el extremo Septentrion, donde esa especie de animales no puede vivir ni reproducirse. El encuentro de un borriquillo alemán con un burro italiano, en universidad tan famosa, me hubiera proporcionado el asunto de una poesía muy jocosa, si el idioma y la pluma hubieran podido servir a mi mente; pero entonces era absoluta mi impotencia para escribir. Me contenté, por lo tanto, con dar rienda suelta a mi imaginación y pasé un día entero agradabilísimo, sin más compañía que la del borriquillo. Los días agradables eran muy raros para mí; por lo general, pasaba mi tiempo sin trato ni comunicación con nadie, sin leer apenas, sin hacer nada y sin despegar los labios.

Hastiado lo indecible de Alemania, y repugnándome todo lo que olía a alemán, abandoné a Francfort dos días después de mi llegada, me dirigí a Maguncia, me embarqué en el Rin y disfruté algo navegando hasta Colonia entre las amenísimas márgenes de aquel épico río. Desde Colonia volví por Aquisgrán a Spa, donde dos años antes había pasado varias semanas. Conservaba tan grato recuerdo de aquella ciudad, que deseaba volver a visitarla a mis anchas, libre de preocupaciones, porque me parecía que la vida que en ella se hacía era apropiada a mi temperamento, ya que allí hermanaban el ruido y la soledad y se podía pasar inadvertido en medio de los espectáculos públicos y de los festines. Y, en efecto, tanto me agradó, que pasé en Spa desde mediados de agosto hasta fines de septiembre; espacio de tiempo larguísimo para mí, que no podía estarme quieto en ninguna parte. Compré a un irlandés dos caballos, uno de ellos de bellísima estampa, por lo que me aficioné mucho a él. Así es que, cabalgando mañana y tarde, comiendo en compañía de ocho o diez extranjeros, de distintos países todos ellos, y viendo bailar cada noche a lindas muchachas y hermosas mujeres, pasaba, o, mejor dicho, malgastaba el tiempo. Pero los primeros fríos dejáronse

sentir muy pronto; comenzó la desbandada de bañistas, y yo también me decidí a marchar a Holanda, deseoso de abrazar a mi amigo Acunha y seguro de que no encontraría en La Haya a mi antigua amante, porque sabía que desde hacía más de un año residía con su marido en París. Mas como no quería deshacerme de mis caballos, que eran estupendos, mandé por delante a Elía con el carruaje, y haciendo el camino montado a ratos y a ratos a pie, me dirigí a Lieja. En esta ciudad, el ministro de Francia, que era conocido mío, se brindó a presentarme en la corte del obispo, y yo acepté, tanto por condescendencia como por curiosidad, pues ya que no había visto a Catalina II, no quería pasar de largo sin conocer al príncipe de Lieja. Durante mi estancia en Spa había sido presentado también a otro príncipe eclesiástico de un Estado más microscópico aún, el abad de Staveló, en las Ardenas. Fue el mismo ministro de Francia quien me introdujo en la corte de Staveló, donde comimos bastante bien alegremente. Pero no me repugnaron menos las cortes del pastoral que las del fusil y el tambor, porque hay que tener mucho cuidado con estos dos azotes de la Humanidad. De Lieja partí con mis caballos para Bruselas y Amberes, y, atravesando el paso de Mordick, continué hasta Rotterdam y La Haya. Mi amigo Acunha, con el que me había carteadado a menudo, me recibió con los brazos abiertos, y habiéndome encontrado un poquito más juicioso, siguió favoreciéndome con sus cariñosos y buenos consejos. Pasé a su lado un par de meses, y no pudiendo sobreponerme por más tiempo al ardiente deseo de volver a Inglaterra, y obligado también por los rigores de la estación, nos separamos a fines de noviembre. Siguiendo la misma ruta que dos años antes, desembarqué felizmente en Harwich y pocos días después llegaba a Londres, donde tuve la suerte de encontrar a los pocos amigos que dejara en mi primer viaje, entre ellos al príncipe de Masserano, embajador de España, y al marqués Caraccioli, ministro de Nápoles, hombre muy sagaz, dotado de gran inteligencia y de carácter campechano y alegre. Ambos personajes me trataron con cariño de padres y como tales se portaron conmigo en los siete meses, aproximadamente, que en aquella segunda visita permanecí en Londres, metido en un atolladero del que era muy difícil salir.

## Capítulo X

### Nuevo devaneo amoroso en Londres

En mi primer viaje a Londres conocí a una hermosa señora, de alto abolengo, y su imagen, que inadvertidamente habíase grabado profundamente en mi corazón, fue sin duda la que más contribuyó a hacerme agradable aquel país y a desear volver a verlo. No obstante, aunque desde el primer momento se me mostró muy amable e insinuante, mi carácter retraído y adusto me libró por entonces de sus seducciones. Mas como a mi regreso ya estaba algo civilizado, y, por razón de la edad, era más susceptible al amor, y aún no me hallaba curado por completo del primer acceso de esa infausta enfermedad, que tan funesta

me fue en La Haya, caí de nuevo en la red y me enamoré tan locamente, que, aun hoy, cuando ya empiezo a sentir el hielo del noveno lustro, me estremezco al recordarlo y escribirlo. Tenía yo frecuentes ocasiones de ver a la bella inglesa, especialmente en casa del príncipe de Masserano, con cuya señora solía asistir, en el mismo palco, a las funciones de ópera italiana. No la veía en su propia casa, porque aún no acostumbraban las damas inglesas recibir visitas, y menos de extranjeros. Además, su marido era tan celoso, como pueda serlo un habitante de aquel país. Estos pequeños, obstáculos encendían aún más mi loca pasión, y cada mañana, bien en el Hyde-Park, o en otro paseo público, me encontraba con ella; y cada noche nos veíamos igualmente en alguna tertulia o en el teatro, de manera que el cerco se iba estrechando. Y a tal extremo llegaron las cosas, que me consideraba tan dichoso de crearme correspondido, como desgraciado por no hallar medio posible de hacer más íntimas y duraderas aquellas relaciones. Pasaban allí los días volando; acercábase la primavera, y en el mes de junio, a más tirar, ella habría de ir, como de costumbre, a veranear a su casita de campo, donde solía permanecer siete u ocho meses..., y entonces sí que me sería imposible verla ni poco ni mucho. Yo veía, por lo tanto, acercarse el mes de junio como el término de mis días, pues ni mi corazón ni mi mente enferma admitían la posibilidad física de que sobreviviera yo a aquella separación, ya que en tan corto espacio de tiempo mi segunda pasión habíase hecho más fuerte que la primera. Y el funesto pensamiento de que irremisiblemente había yo de morir el día que no pudiera verla, me trastornó de tal modo que me comportaba como quien nada tiene ya que perder. A esto contribuía no poco el carácter de mi amada, que no era amiga de disimulos ni de medias tintas; así es con mis imprudencias y las tuyas dimos ocasión a que el marido sospechara algo y diera a entender que estaba dispuesto a hacer conmigo un escarmiento. Precisamente esto era lo que yo deseaba, que me provocara, pues si llegaba ese caso, lance podría abrirme un camino de salvación o de perdición total. En esa situación horrible pasé unos cinco meses, hasta que al fin estalló la bomba, del modo siguiente: Con grave riesgo para ambos, yo había sido introducido en el domicilio de mi amante varias veces, sin ser visto nunca, gracias a que las casas de Londres son pequeñas, las puertas están siempre cerradas y la servidumbre, por lo general, ocupa los sótanos; lo cual permite al que está dentro abrir sigilosamente la puerta de la calle e introducir a una persona en alguna pieza de la planta baja contigua a la misma puerta. Entraba yo, por lo tanto, sin tropiezo alguno en el domicilio de mi amante a las horas, naturalmente, en que se hallaba ausente el marido, y, por lo común, cuando los criados, estaban comiendo. Estos fáciles éxitos nos animaron a afrontar mayores riesgos. En el mes de mayo dispuso el marido, que su mujer se trasladase a una villa próxima, situada a unas diez y seis millas de Londres, donde habría de pasar ocho o diez días todo lo más, y al punto nos pusimos de acuerdo ella y yo para introducirme, también furtivamente, en la casa de recreo lo mismo que en la de la ciudad, conviniendo en que el engañado marido estaría de guardia, pues era oficial y tendría que pasar la noche en Londres.

Llegado el día de la cita, al atardecer monté a caballo, solo y confiado, pues mi amante habíame descrito fielmente la situación de la villa; dejé mi cabalgadura en una venta cercana a aquélla, y, cuando cerró la noche, me encaminé a pie a la puertecilla del jardín, donde me esperaba ella, y ambos entramos en el edificio, seguros de que no habíamos sido vistos por nadie. Pero como aquello era jugar con fuego, para mayor seguridad tomamos algunas medidas que nos permitiesen repetir con la mayor frecuencia posible nuestras citas durante la permanencia de mi amante en la villa, pensando con dolor y desesperación en

que pronto habríamos de separarnos por una temporada tan larga que había de parecernos una eternidad. De vuelta en Londres, a la mañana siguiente estremecíame enloquecido al pensar que estaría dos días sin verla, y contaba impaciente las horas y los minutos. Yo vivía en un continuo delirio, inexpresable e incomprensible para quien no haya estado enamorado, y de seguro muy pocos serán los que lo hayan estado tan locamente como yo. No encontraba paz ni sosiego sino en andar continuamente de un lugar a otro, sin rumbo ni objeto, y en cuanto tenía que permanecer quieto para descansar, comer o dormir, una fuerza irresistible, un dolor insoportable hacía me saltar del asiento o de la cama y dar vueltas por mi aposento como un loco en su celda cuando no era hora de salir. Poseía varios caballos, entre otros el que había comprado en Spa y conducido a Inglaterra, y montado en éste hacia tales disparates que hubieran estremecido de terror a los más temerarios jinetes del país, como, por ejemplo, saltar setos altísimos, fosos muy profundos y cuantos obstáculos interceptaban mi camino. Una de las mañanas que mediaron entre una y otra de mis visitas a la villa de mi amante, paseando en compañía del marqués Caraccioli, quise hacer ver a éste lo bien que saltaba aquel estupendo caballo, y eligiendo para la prueba una valla muy alta que separaba un vasto prado del camino, lo lancé al galope; pero, bien fuese porque yo no estaba en mi cabal juicio o porque no supe gobernar a tiempo las riendas, lo cierto es que el noble animal tocó con las manos la valla y, dando una voltereta, salimos ambos rodando por el prado. El caballo se levantó prontamente sin haber sufrido daño alguno, y a mí me pareció también que yo había resultado ileso de la caída. Verdad es que mi loco amor había centuplicado mi valor, y hubiérase dicho que buscaba sin cesar la ocasión de desnucarme. Caraccioli, que habíase quedado en medio del camino, al lado opuesto de la valla que tan mal había saltado yo, me decía a gritos que no repitiese la prueba y que buscara la salida natural del prado y fuese a reunirme con él; pero yo no le hice caso, y corriendo detrás del caballo, que se había espantado, logré asirle de las riendas, montar en él, y, clavándole las espuelas, lanzarle de nuevo al galope contra la valla, que pasó volando; con lo cual dejó muy bien sentado su pabellón y el mío. Pero, ¡ay!, mi juvenil orgullo saboreó muy poco aquel triunfo, pues apenas habíamos andado unos pasos, calmada la agitación del momento, empecé a sentir un agudo dolor en el hombro izquierdo, que se me había dislocado, rompiéndose además el hueso pequeño que lo une con el cuello. El dolor aumentaba y me pareció un siglo el tiempo que tardó mi caballo en llevarme a casa andando al paso. El cirujano, después de atormentarme lo indecible, dijo que la fractura era completa, me vendó cuidadosamente y se marchó, recomendándome mucho que no abandonara el lecho. Sólo el que haya estado tan enamorado como yo puede imaginarse lo que sufriría viéndome postrado en cama, precisamente la víspera del día fijado para la segunda cita con mi amante. El percance habíame acaecido el sábado por la mañana, y tuve paciencia el resto de aquel día y parte del siguiente, por lo cual recuperé algunas fuerzas y me sentí dispuesto a todo. A la caída de la tarde del domingo me levanté decidido, y, desoyendo las justas observaciones de Elía, tome un coche de postas y me dirigí a mi destino. Me era imposible montar a caballo, porque me lo impedían el dolor del brazo y el vendaje tan apretado; y como, por otra parte, no podía llegar hasta la puerta de la villa en carruaje y con postillón, dejé el vehículo a unas dos millas de distancia y continué a pie, llevando un brazo en cabestrillo y armado el otro de espada, puesto que iba a entrar de noche en el domicilio ajeno, y no precisamente como amigo.

Las sacudidas del coche agudizaron mi dolor y descompusieron el vendaje, por lo que no he podido curar completamente de aquella lesión: sin embargo, en aquellos momentos no

podía haber en el mundo un hombre más dichoso que yo, porque me acercaba al objeto de mis ansias amorosas. Llegué, al fin, y con no poco trabajo -pues no tenía quien me ayudase ni confidente alguno-, logré escalar la empalizada del parque, porque la puerta estaba cerrada y no hallé el medio de abrirla. El marido, como de costumbre, estaba de guardia y tenía que pasar la noche en Londres. Me acerqué cautelosamente a la puerta del edificio, donde me aguardaba mi amante, y sin que diésemos la menor importancia al hecho de que la puertecilla del parque estuviese cerrada, a pesar de que algunas horas antes habíala abierto ella misma, pasé a su lado toda la noche. Al amanecer salí de la quinta del mismo modo que había entrado, y, seguro de no haber sido visto por alma viviente, volví al lugar donde había dejado el carruaje y a las siete de la mañana me encontraba de nuevo en Londres experimentando dos atrocísimos dolores: el de haber tenido que separarme tan pronto de mi amante y el que me ocasionaba la fractura del hombro, que había empeorado. Pero estaba yo tan loco de atar, que no me cuidaba de nada de lo que pudiera sucederme, aunque preveía las consecuencias. Llamé al cirujano para que volviera a colocarme el vendaje, sin permitirle, empero, que me hiciera otra cura, y como el martes por la noche me sentí más aliviado, fui al teatro italiano, al palco del príncipe Masserano, donde mi presencia causó no poco estupor, pues suponían todos que no me hallaba en estado de abandonar el lecho ni salir de casa.

Aparentemente tranquilo, pero blanco como el mármol, escuchaba la música, que levantaba terribles tempestades en mi corazón, cuando, de improviso, me pareció oír que pronunciaba mi nombre alguien que discutía con otro a la puerta del palco. Me levanté maquinalmente, abrí la puerta, la volví a cerrar detrás de mí, todo esto en menos tiempo del que empleo en contarlo, y me encontré frente a frente con el marido de mi amante, el cual pretendía que el acomodador abriese la puerta del palco en que yo estaba, pues sabido es que en Inglaterra esos empleados permanecen con tal objeto en los corredores durante la representación. Tiempo hacía ya que deseaba yo ardientemente aquel encuentro; pero, como no podía provocarlo, tenía que armarme de paciencia y esperar. Cambiamos muy pocas palabras.

-Aquí estoy -dije, saliendo del palco como un rayo- ¿Quién me busca?

-Yo -me contestó el marido agraviado-. Tengo que decirle dos palabras.

-Estoy a su disposición -repuse-. Salgamos.

Y sin añadir nada más, abandonamos inmediatamente el teatro.

Eran, aproximadamente, las ocho de la tarde, pues en los larguísimos días de mayo las funciones de teatro empiezan en Londres a las siete.

Nos dirigimos hacia el parque de San Jaime, situado a buen trecho del teatro Haymarket, por una de cuyas cancelas se entraba a un vasto prado, llamado Green-Park. Allí, a la puesta del sol, en un apartado rincón, desenvainamos las espadas sin proferir palabra. Era entonces costumbre llevarla aun vestido de frac, y yo me había olvidado de mi espada; en cuanto a mi rival, habíase previsto de una en casa de un armero apenas regresé de su quinta. Durante el trayecto, en la calle de Pallmall, que conducía al parque, el marido de mi amante reprochóme con insistencia el haber entrado varias veces furtivamente en su domicilio, y

exigióme que le dijera el objeto de semejantes visitas. A pesar de la ira que hervía en mi pecho, yo conservaba toda mi presencia de ánimo, y haciéndome cargo de cuán justa y sacrosanta era la indignación de mi adversario, me limitaba a responder:

-Eso no es cierto; pero, ya que persiste en su error, me pongo por completo a su disposición,.

Sostenía él cuanto afirmaba, y como daba tan minuciosas particularidades acerca de la última cita, aunque yo repetía «No es cierto» comprendía que el agraviado marido estaba perfectamente informado. Finalmente, acabó por decirme:

-¿De qué sirve negarlo si ella misma me lo ha confesado todo?

-Siendo así, es inútil, en efecto, que yo lo niegue.

Proferí estas imprudentes palabras porque estaba ya harto de negar la evidencia y me repugnaba mentir a un enemigo a quien tan gravemente había ofendido; y si hasta entonces no había querido dar mi brazo a torcer, aunque para ello tuve que hacer un sobrehumano esfuerzo, fue con el mejor deseo de salvar a mi amante, si era posible.

Aquellas fueron las únicas palabras que cambiamos antes de llegar al sitio designado para el duelo. Mas en el momento de requerir los aceros notó mi adversario que yo llevaba el brazo en cabestrillo y tuvo la generosidad de preguntarme si aquello no me impediría batirme. Le di las gracias, asegurándole que no, y le atacué, en seguida.

Como siempre he sido pésimo espadachín, me aparté de todas las reglas del arte y acometí como un desesperado, aunque, a decir verdad, yo sólo buscaba que me matase. No sé, realmente, lo que hice; pero no hay duda de que el asalto, tuvo que ser furioso por mi parte, pues al comenzar, el Sol, que declinaba a su ocaso, me daba de cara, deslumbrándome o poco menos y al cabo de pocos minutos de adelantar yo y retroceder mi adversario, describió éste una curva tan perfecta, que cambiaron por completo nuestras posiciones respectivas. Yo no cesaba de tirarle mandobles y estocadas, que, él paraba siempre, y tengo para mí que no me tendió muerto porque no quiso y que yo no le maté porque no pude. Finalmente, cuando el asalto empezaba a cansarnos, al parar una estocada mía, tiróme mi enemigo otra, logrando tocar en el brazo derecho, entren la muñeca y el codo, y al punto exclamó que yo estaba herido. Yo no me había dado cuenta de ello, y, por lo tanto, la herida debía ser insignificante; pero como mi adversario bajó en seguida la espada diciendo que se daba por satisfecho y preguntándome si yo lo quedaba también, tuve que responder que, no siendo yo el ofendido, a él le tocaba decidir. Volvieron los aceros a su vaina, e inmediatamente se marchó mi adversario. Al quedarme solo quise examinar la importancia de mi herida; pero como ni la manga estaba rota ni sentía correr la sangre, supuse que no había sido más que un ligero rasguño. Además, como no podía valerme de la mano, izquierda ni quitarme la casaca sin auxilio ajeno, me limité a atarme un pañuelo, como mejor pude, con ayuda de los dientes para contener la hemorragia, si la había, y salí del parque, volviendo sobre mis pasos por la calle de Pall mall.

Al pasar por delante del teatro del que había salido tres cuartos de hora antes, observé a la luz de una tienda, que no tenía manchadas de sangre ni la manga ni la mano, y quitándome con los dientes el pañuelo que me había atado el brazo, en el que no sentía el más leve dolor, volví al palco del príncipe de Masserano.

El embajador se apresuró a preguntarme por qué había salido tan precipitadamente y adónde había ido; y como su pregunta demostraba que a breve escena del corredor no había trascendido, contesté que, habiendo visto a una persona con la que tenía que hablar de un asunto muy urgente, temí perderla de vista. Mas, pese a mis esfuerzos por mostrarme sereno y tranquilo, temía que se trasluciese la agitación que experimentaba al pensar en las terribles consecuencias que para mi amante adorada podía tener lo sucedido; así es que me retiré muy luego del palco, sin saber qué hacer ni adónde dirigirme. De pronto, al salir del teatro se me ocurrió la idea de visitar, ya que la herida no me impedía andar, a una cuñada de mi amante, que estaba en el secreto de nuestros amores, y en cuyo domicilio nos habíamos visto varias veces.

La idea no pudo ser más feliz, pues la primera persona que vi al entrar en la sala de aquella señora fue mi amante. Aquel encuentro, completamente inesperado, me produjo tal emoción, que estuve a punto de desfallecer. En pocas palabras me puso al corriente de lo que lógicamente hubiera debido ocurrir, pero no de lo que ocurrió en realidad; el destino había dispuesto que por otros medios muy distintos llegase yo al descubrimiento de la verdad. Según me dijo, su marido se enteró de nuestra primera cita por alguien de fuera de la villa que le habló de ella, sin poder decirle quién era el visitante furtivo. Averiguó que tal día y a tal hora un joven había dejado su caballo en cierta venta, que volvió a recogerlo al amanecer del día siguiente, que pagó con largueza y se marchó sin decir palabra. Puesto así sobre aviso, cuando tuvo que volver a Londres para hacer la segunda guardia dejó encargo a un fiel criado suyo para que por sí, y con ayuda de otros, vigilase con mucho cuidado para no perder detalle de lo que pudiese ocurrir en la villa; y cuando volvió al día siguiente el criado le informó con la mayor minuciosidad. El marido salió de su quinta el domingo por la tarde, casi a la misma hora que salía yo de Londres para su villa, adonde llegué al anochecer. El espía -o los espías, pues se suponía que había varios- me vio cruzar el cementerio del lugar, acercarme a la puertecilla del parque y, no pudiendo abrirla, escalar la empalizada. Asimismo me vieron salir de igual manera que había entrado al romper el alba y dirigirme a pie a Londres por la carretera. Nadie se atrevió a dejarse ver ni a cortarme el paso, quizá porque mi aire resuelto y la espada desnuda debajo del brazo les impuso respeto, o tal vez porque no estaban locos como los enamorados y no querían pendencias conmigo; lo cierto es que no me molestaron. Y fue una fortuna para mí, porque si al entrar o salir como un saltador de la villa me, hubiesen detenido -lo cual no hubiera sido difícil- habríame visto en un grave apuro, porque, huyendo, habría dado lugar a que me tomaran por ladrón; y si me atacaban y me defendía podían acusarme de asesinato; y como yo me hubiera dejado coger vivo, habría jugado la espada, y ese delito está severamente castigado en aquel país, donde las leyes no son letra muerta. Ahora, al escribirlo, me horrorizo; pero en aquel momento no hubiera titubeado en hacer lo que acabo de decir. Cuando el marido regresó a la quinta el lunes ya había sabido por el mismo postillón que me llevó, el cual se lo contó como un caso extraordinario, que había estado esperando toda la noche a dos millas de la quinta, y por el retrato que le hizo de mí y las señas que le dio de mi estatura,



color del polo y facciones, no le fue difícil adivinar quién era el nocturno visitante; y por el relato que le hiciera después su confidente tuvo la horrible certidumbre de su desgracia.

El lector italiano no podrá por menos de reír al leer la descripción de la escena de celos que voy a describir, pues tan diferentes son las pasiones según los diversos caracteres y países, sobre todo en los que imperan tan distintas leyes. El lector italiano espera, sin duda, una escena horrorosa de puñaladas, venenos, palizas tremendas, prisión de la adúltera y, otras lindezas por el estilo; pero se llevará chasco. Aunque aquel marido adoraba en su mujer, no perdió el tiempo en amenazas, invectivas ni rencillas, sino que, poniéndole delante testigos oculares de su falta, la convenció de que era inútil negar un hecho evidente, y declarando que desde aquel momento dejaba de considerarla como a esposa suya, le notificó que entablaría inmediatamente un proceso de divorcio, en reparación de su honra, añadiendo que, no bastándole el divorcio para vengar el ultraje recibido, iría a Londres para imponerme el merecido castigo. Temiendo mi amante por mi vida, envió sin pérdida de tiempo a un criado de su confianza con una carta en la que me ponía al corriente de lo que sucedía. El mensajero, que había sido recompensado con largueza, llegó a Londres en menos de dos horas, a riesgo de reventar el caballo, adelantándose al marido; pero, por mi suerte, ni éste ni aquél me encontraron en mi casa, y así, no pude enterarme de nada. Mi enemigo supuso que tal vez me hallaría en el teatro, y ya sabemos que no se engañó. En aquel trance la suerte me fue dos veces propicia: una, por haberme dislocado el brazo izquierdo y no el derecho; la otra, por no haber recibido la carta de mi amante hasta después de verificado el duelo. Si hubiera ocurrido una de estas dos cosas no sé si me habría portado peor de lo que me conduje. Apenas el marido salió de su casa de campo para ir a Londres en busca mía salió también mi amante con igual destino, pero por distinto camino; y al llegar a casa de su cuñada, situada cerca de la de su marido, supo que éste acababa de volver en un coche de plaza y se había encerrado en sus habitaciones, sin querer ver ni hablar a nadie; de lo cual dedujeron ambas señoras que el duelo se había realizado, quedando yo muerto sobre el terreno.

El relato que me hizo mi amante, interrumpido a cada instante por la agitación que tan distintas emociones nos ocasionaban a ambos, tenía para nosotros un desenlace tan feliz como inesperado, porque el inminente proceso de divorcio, que se fallaría de seguro a favor del demandante, imponíame la dulcísima y ansiada obligación de ligarme con los vínculos conyugales que por mi causa se iban a romper. Enajenado de gozo al pensar en esto, no me acordé siquiera de mi herida; pero, habiéndola examinado después, a instancia de mi amada, encontré rasgada la piel a lo largo del brazo y gran cantidad de sangre coagulada en los pliegues de la camisa. Una vez curada esta lesión lo mejor que se pudo, tuve la juvenil curiosidad de examinar también mi espada, y, con la sorpresa que es de suponer, vi que los golpes de mi adversario habían convertido su hoja en la de una sierra. La conservé durante varios años como un trofeo.

Aunque la noche había avanzado ya mucho cuando, al fin, me separé de mi amante, no quise volver a mi casa sin pasar antes por la de Caraccioli, con objeto de informar a éste de lo sucedido. El marqués, que ya sabía algo, aunque confusamente, me tenía por muerto o, por lo menos, herido y encerrado en el parque, pues solían cerrarlo media hora después de anochecido; así es que me acogió como a un resucitado, me abrazó efusivamente y en agradable charla pasamos varias horas; de manera que era ya casi de día cuando volví a mi

alojamiento. Me acosté en seguida y las peripecias de aquel día tan agitado proporcionáronme un sueño tranquilo y profundo, como pocas veces lo he disfrutado después.

## Capítulo XI

### Horrible desengaño

He aquí minuciosamente relatado lo que en realidad ocurrió el día anterior. Mi fiel criado Elía, sorprendido al ver llegar al mensajero de mi amante con el caballo cubierto de sudor y polvo, y alarmado por la ansiedad con que aquél le recomendaba que hiciera llegar a mis manos sin pérdida de tiempo la carta de que era portador, salió escapado en mi busca, y como no me encontrara en casa del príncipe Masserano, adonde supuso que yo había ido, corrió desalado a la del marqués Caraccioli, que habitaba a varias millas de distancia de la primera, en lo cual empleó bastantes horas. Volvía desalentado a nuestro albergue, situado en la calle de Suffolk, muy cerca del Haymarket, donde está el teatro de ópera italiana, y sospechó que me encontraría allí, aunque se resistía a creerlo, puesto que no era de presumir que con el brazo dislocado y en cabestrillo estuviese yo de humor para funciones teatrales. No obstante, entró, interrogó a los acomodadores, que me conocían muy bien; supo por ellos que diez minutos antes había salido del teatro en compañía de un caballero que había ido a buscarme al palco del embajador de España, y como Elía estaba enterado - no porque yo la hiciera ninguna confidencia de mi loca pasión-, al oír el nombre del caballero con quien yo había salido adivinó la procedencia de la carta y, atando cabos, se imaginó el resto. Sabiendo el excelente criado lo pésimo espadachín que yo era, y haciéndose cargo de lo apurada que debía ser mi situación en aquel lance con el brazo en cabestrillo, encaminóse volando más que corriendo al parque de San Jaime; pero como nosotros nos habíamos dirigido al Green-Park no pudo encontrarnos. Entretanto anocheció y, como todo el mundo, él también tuvo que abandonar el parque. No sabiendo cómo componérselas para averiguar lo que habla sido de mí, pensó que tal vez en caza de mi adversario podría descubrir algo, y allí se dirigió. Bien fuese porque los caballos que había enganchado a su coche eran más veloces que loa del marido de mi amante, o bien porque éste se entretuvo en alguna parte, lo cierto es que llegó en el preciso momento en que mi enemigo se apeaba a la puerta de su domicilio. Elía observó que llevaba espada y que, visiblemente agitado, daba orden de que cerraran inmediatamente la puerta. Esto acabó de dar cuerpo a su sospecha de que yo había muerto en el duelo, e hizo lo único que podía hacer: ir a casa del marqués de Caraccioli y contarle a éste lo que sabía y sus fundados temores.

Repuesto con un largo y apacible sueño de las emociones experimentadas la víspera, y curadas de cualquier manera mis dos lesiones, una de las cuales, la del hombro, me dolía cada vez más y la otra cada vez menos, volví a casa de mi amante y pasé a su lado el resto del día. Por conducto de los criados sabíamos todo lo que hacía el marido, que, como he dicho, tenía su domicilio muy cerca del provisional de mi coima. Mas aunque yo creía firmemente que todos mis sinsabores y disgustos terminarían con el divorcio, ya planteado, y aunque aquel mismo día, es decir, el miércoles, el padre de ella, a quien yo conocía desde hacía varios años, había ido a verla, alegrándose de que la desgracia de su hija se convirtiese en suerte, puesto que le permitiría contraer segundas nupcias con un caballero dignísimo -así tuvo la bondad de calificarme-, notaba yo en el bellissimo rostro de mi amante una nube muy sombría que presagiaba algo horroroso. Ella no cesaba de llorar y repetirme que no amaba en este mundo nada ni a nadie más que a mí y que se consideraría sobradamente recompensada de la pérdida de su honra, ocasionada por el escándalo de sus amores conmigo, con poder vivir siempre a mi lado, pero que estaba segura de que yo no le daría jamás mi mano de esposo. Esta insistente y extraña aserción me desesperaba realmente, pues sabiendo yo que ella no me tenía por falso ni embustero, no se me alcanzaba el motivo de su desconfianza. En estas funestas perplejidades, que aheleaban la dicha que experimentaba con poder verla a todas las horas del día y parte de la noche; y en medio de las angustias de un proceso ya incoado y en extremo desagradable para todo el que se precia de caballero pundonoroso, pasamos, o, mejor dicho, pasé tres días, desde el miércoles hasta el viernes; pero la noche de este último día apreté las clavijas, y como insistiera con empeño, que envolvía un mandato, una aclaración del enigma hombre de sus palabras, de su tristeza y de su desconfianza, al fin, tras de un penoso y largo esfuerzo, y previo un doloroso proemio, interrumpido por sollozos y suspiros amarguísimos, me fue diciendo que, desgraciadamente, no era digna de mí..., que yo no podía casarme con ella... porque... antes de conocerme..., antes de entregarse a mí... había sido de otro hombre..., de otro amante...

-¿De quién? -interrumpí yo con vehemencia.

-De un jockey -es decir, de un lacayo- que estaba al servicio de mi marido.

-¿Que estaba? ¿Cuándo? ¡Oh Dios mío, qué horrible sospecha! Pero ¿por qué me cuentas eso? ¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¡Más me hubiera valido que me hubieses matado!

De nuevo me interrumpió ella, y poco a poco me fue haciendo una confesión completa de aquellos repugnantes amores, cuyos increíbles pormenores escuché yo frío, inmóvil, insensible como estatua de mármol. Mi dignísimo antecesor estaba todavía al servicio del marido burlado; fue él quien espío las andanzas de su ama y amante; el que descubrió nuestra primera cita en la quinta y que yo había dejado mi caballo en la venta; el que, secundado por otros criados, me había visto y reconocido la noche del domingo, cuando por segunda vez me introduje en el domicilio conyugal; el que, en fin, habiendo oído hablar del duelo y de la demanda de divorcio, tuvo la osadía de presentarse a aquel marido tan, enamorado de su mujer, y, animado por el deseo de vengarse, castigando al propio tiempo al infiel y al nuevo rival, le refirió minuciosamente la historia de sus amores con la señora, amores que habían durado tres años, exhortándole a que, en lugar de desesperarse, se felicitará de haber tenido ocasión de librarse de esposa tan indigna.

Todos estos detalles los supe después; ella no me contó más que el hecho escueto, atenuándolo todo lo posible.

No hay frases para describir mi dolor y desesperación, las diversas resoluciones, todas falsas, funestas y vanas, que tomaba y rechazaba apenas formadas, maldiciendo, rugiendo y gimiendo a la vez, y, lo que es peor, amando con frenesí a una mujer que no merecía ser amada por nadie. Hoy mismo, a pesar de haber transcurrido veinte años, no puedo pensar en ello sin que me hierva la sangre en las venas.

Me separé de ella aquella noche diciéndole que, en efecto, debía conocerme muy bien cuando tan segura estaba de que yo no la tomaría jamás por esposa; y que si después de casados yo hubiese descubierto tamaña infamia la habría matado con mis propias manos, dándome yo muerte luego, en el supuesto de que la amara tanto como en aquel momento la amaba. Y añadí que, sin embargo, la despreciaba menos por haber tenido el valor y la lealtad de confesarme «espontáneamente» su falta; que, como amigo, no la abandonaría nunca, y que me hallaba dispuesto a vivir con ella en cualquier rincón de Europa o América, con tal que no pretendiese nunca ser ni querer pasar por esposa mía.

Así la dejé la noche del viernes, agitado por mil furias infernales. Cuando me levanté, con el alba del sábado, vi sobre mi mesita una de las muchas hojas impresas que solían publicarse en Londres. La ojeé distraídamente y, de improviso, tropecé con mi nombre, varias veces repetido. Se trataba de un artículo bastante largo, en el que, sin apartarse un ápice de la verdad, y con todo lujo de pormenores, se hablaba de mi aventura amorosa, poniéndome al corriente de las funestas particularidades de mi rival, el lacayo, del que se daban todas las señas personales, seguidas de un extenso relato de la confesión que había hecho a su amo. Aquella lectura me dejó estupefacto; sólo entonces volvió la luz a mi mente y comprendí que si aquella pérfida mujer me había confesado «espontáneamente» su falta la noche del viernes porque el gacetillero habíala revelado al público aquel mismo día por la mañana. Ciego de indignación, completamente enajenado, corrí a casa de la infame, y después de apostrofarla con las frases más duras y ofensivas, en las que traslucíanse no obstante un amor muy arraigado y un dolor mortal; después de amenazarla con las más extremas resoluciones, tuve la vil debilidad de volver a su lado a las pocas horas de jurarle que no volvería a verme jamás. Volví y no me separé de ella en todo el resto del día; y volví al siguiente, y al otro, y al otro, hasta que, habiéndose decidido mi amante a salir de Inglaterra, donde todo el mundo hablaba mal de ella, y retirarse por algún tiempo a un convento de Francia, quise acompañarla y juntos recorrimos varias provincias inglesas para retardar el momento de la separación, sin que por eso dejara yo de estremecerme de ira y de maldecir la debilidad que me impedía abandonarla. Pero, al fin, pudieron la vergüenza y la indignación más que el amor, y, plantándola en Rochester, desde donde se dirigió a Douvres, en Francia, en compañía de su cuñada, regresé a Londres.

A mi llegada supe que el marido llevaba adelante el proceso de divorcio, acusando a su esposa de adulterio conmigo, pues en esto me cedió la preferencia el lacayo, quien continuaba al servicio de nuestro común rival. ¡Tan generosos y evangélicos son los celos de los ingleses! Mas en realidad de verdad yo no tenía sino sobrados motivos para felicitarme del proceder que observó conmigo aquel marido ultrajado. No me mató, cuando

tan fácil le hubiera sido hacerlo, ni pidió que se me impusiera una multa, de conformidad con las leyes de aquel país, donde toda ofensa tiene su tarifa, y la correspondiente a la inferida por mí era tan elevada que, si en vez de obligarme a sacar la espada, el marido hubiera querido sacarme el dinero, seguramente me habría dejado arruinado o poco menos. Si la indemnización había de ser proporcionada al daño, el que mi enemigo sufrió fue gravísimo, porque amaba entrañablemente a su esposa y porque había que añadir el que le causó el lacayo, ya que, siendo éste insolvente, nada podía pagarle; de manera que si se me hubiese impuesto una pena pecuniaria no habría bajado ésta de diez mil o doce mil cequies. Así es que aquel caballeroso y moderado joven se portó conmigo mucho mejor de lo que yo merecía. Siguió su curso el proceso, y como se trataba de un hecho demasíadamente probado por las declaraciones de varios testigos y de diversos personajes, ni tuve que intervenir para nada ni se me impidió salir de Inglaterra; durante mi ausencia se dictó un fallo favorable a la demanda de divorcio presentada por el marido ultrajado.

Indiscretamente quizá, pero con deliberada intención, he referido con toda minuciosidad esta para mí extraordinaria e importante aventura; no sólo porque se habló mucho de ella entonces, sino también porque, habiendo sido aquélla una de las mejores ocasiones en que pude conocer y poner a prueba de distintas maneras a mí mismo, he creído que, analizando con verdad y minuciosidad el hecho, ofrezco así un medio de conocerme mejor y más íntimamente a quien tenga este deseo.

## Capítulo XII

### Viaje por Holanda, Francia, España y Portugal, y regreso a la patria

Escapé con suerte de tan terrible tempestad; pero no pudiendo hallar sosiego viendo constantemente los mismos lugares y objetos, dejéme convencer por los pocos amigos y conocidos que aún se mostraban compadecidos de mi violenta situación, y siguiendo sus consejos, me decidí a partir. Salí de Inglaterra a fines de junio, y como me sentía muy enfermo de espíritu y necesitado de ayuda y consuelo, pensé que sólo podría hallarlo en mi amigo Acunha y me dirigí a Holanda. En La Haya pasé varias semanas sin ver ni tratar a nadie más que a aquel excelente amigo, el cual me proporcionaba algún alivio en mis penas; pero mi herida era demasiado profunda para que pudiera cicatrizar fácilmente. Mi tristeza aumentaba de día en día, en vez de disminuir, y en la creencia de que el movimiento maquinal y las distracciones inherentes al cambio continuo de lugares y objetos me serían beneficiosos, reanudé mi viaje, para visitar España, que era casi el único país de Europa que no había visto todavía y que hubiera sentido no conocer. Me encaminé a Bruselas, y a través de lugares que volvían a abrir las heridas de mi lacerado corazón, sobre todo cuando comparaba a mi amante holandesa con la inglesa, fantaseando siempre,

delirando, gimiendo y callando, llegué sin tropiezo a París. La inmensa ciudad no me gustó más en mi segunda visita que en la primera, ni hallé en ella distracción alguna; sin embargo, me detuve allí cerca de un mes, a fin de que pasaran los grandes calores antes de internarme en España. Entonces tuve ocasión de conocer y tratar al célebre Juan Jacobo Rousseau, por medio de un italiano conocido mío, quien tenía, al parecer, cierta familiaridad con él y aseguraba que el famoso filósofo le distinguía con su amistad. Dicho italiano se empeñaba en presentarme porque, según decía, estaba seguro de que Rousseau y yo habíamos de simpatizar desde el primer momento; pero aun cuando yo admiraba a Rousseau -por su carácter recto y por su independiente e irreprochable conducta más que por sus libros, de los que había leído muy pocos, sin que me agradase ninguno, a causa de su afectación y alambicamiento-, como yo no era muy curioso por temperamento, y aunque con muchos menos motivos sentíame tan orgulloso e inflexible como él, me negué rotundamente a ser presentado a un hombre tan soberbio y gruñón, porque si me hubiera hecho alguna descortesía le habría devuelto yo diez, ya que por instinto e ímpetu natural he devuelto siempre con creces lo mismo el bien que el mal. Así es que no se volvió a hablar del particular.

Pero, ya que no con Rousseau, trabé relaciones, para mí mucho más importantes, con seis u ocho de los primeros hombres de Italia y del mundo entero. Compré en París una colección de los principales poetas y prosistas italianos, 36 tomitos muy bien impresos, de los cuales no habla llevado ninguno conmigo, en los dos años que duró aquel mi segundo viaje. Aquellos ilustres maestros me acompañaron desde entonces a todas partes, si bien en los dos o tres primeros años no les presté mucha atención. Verdad es que compré la citada colección más por el capricho de tenerla que por el deseo de leerla, puesto que ni quería ni podía ocupar mi mente en nada; y en cuanto a la lengua italiana, cada día la sabía menos; de modo que todo autor que no fuese tan claro como Metastasio resultaba para mí ininteligible. Sin embargo, ojeando, para distraer el ocio y ahuyentar el tedio, aquellos 36 tomitos, me admiré del gran número de poetas que figuraban al lado de nuestros cuatro genios de la poesía; poetas cuyo nombre, ¡tanta era mi ignorancia!, no había oído pronunciar siquiera: los autores de Torracchione, Morgante, Ricciardetto, Orlandino y Malmantile entre otros; poemas cuya trivial facilidad y fastidiosa extensión hube de deplorar muchos años después. Pero mi adquisición fue preciosísima, porque desde entonces tuve siempre en mi casa las cinco lumbreras de nuestra literatura en las que toda ella se compendia: Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso y Maquiavelo, de los cuales, por desgracia y vergüenza mía, no había leído más que algunos trozos de Ariosto en los primeros años que estuve en la academia, según creo haber dicho en otro lugar, empecé a conocerlos cuando rayaba en los veintidós años de edad.

Provisto de armas tan poderosas contra el tedio y la ociosidad -aunque de nada me sirvieron, pues ocioso continué y tan fastidioso para los demás como para mí mismo-, salí para España a mediados de agosto. Pasando por Orleáns, Tours, Poitiers, Burdeos y Tolosa, atravesé, sin verla, la parte más hermosa y risueña de Francia, y entrando en España por Perpiñán, fue Barcelona la primera ciudad donde me detuve algunos días desde que abandoné a París. En aquel largo viaje apenas hice otra cosa que suspirar, pensando en mis desdichas, solo siempre, en carruaje o a caballo; pero de vez en cuando tomaba algún tomito de Montaigne, de quien en el transcurso de un año no había vuelto a acordarme, y

aquella lectura calmaba un poquito mis agitaciones, proporcionándome algún consuelo y devolviendo la serenidad y juicio a mi espíritu.

Como al salir de Inglaterra había vendido mis caballos, excepto uno, magnífico, que dejé confiado a los cuidados y guarda del marqués Caraccioli, y sin caballos propios no podía yo estar, en cuanto llegué a Barcelona compré dos: uno de pura raza andaluza, de los cartujos de Jerez, estupendo animal castaño dorado, y otro, una jaca cordobesa, de menos alzada, pero excelente, preciosa. Desde que tuve uso de razón deseé ardientemente poseer caballos españoles, pero mi deseo, era muy difícil de realizar; así es que, al verme dueña de dos magníficos ejemplares, me olvidé en seguida de Montaigne. Con aquellos caballos me proponía recorrer España, puesto que en carruaje habría tenido que hacer jornadas muy cortas y a paso de buey, porque no existía servicio de postas, ni podía existir, a causa del pésimo estado de los caminos de aquel reino africanísimo.

Obligado por una ligera indisposición a permanecer en Barcelona hasta primeros de noviembre, me entretuve, con la ayuda de la Gramática y de un vocabulario, en estudiar la hermosísima lengua española, que no es muy difícil para los italianos; de manera que llegué a entender bastante bien y a saborear las bellezas del Don Quijote, para lo que me sirvió mucho el haberlo leído varias veces en francés.

Continuando el viaje por Zaragoza a Madrid, poco a poco me fui acostumbrando a aquella singular manera de atravesar desiertos, insoportable para quien no sea joven y no posea salud, dinero y tesoros de paciencia. Afortunadamente, yo me habitué en aquellos quince días de camino de Barcelona a Madrid; de suerte que no me era tan molesto el viajar, como el tener que detenerme en alguna de aquellas ciudades semibárbaras; aparte de que, por temperamento, para mí no había mayor placer que el andar siempre, ni mayor tormento que el estarme quieto en un sitio determinado. Hacía a pie una gran parte del camino, al lado de mi hermoso caballo andaluz, que me seguía como un perro y me entretenía bastante; por lo que, gustándome la soledad, en su compañía, de aquellos desiertos de Aragón, envié delante a mis criados con el coche y las mulas. Elfa, que me precedía también montado en un mulo y armado de escopeta, divertíase cazando conejos, liebres y pájaros de los que tanto abundan en España, y así encontraba yo siempre en las posadas algo con que matar el hambre.

Po desgracia mía y suerte quizá de otros, en aquel tiempo no tenía yo medios ni posibilidad de expresar en verso mis pensamientos y sensaciones, pues en aquellas soledades y en continuo movimiento habría derramado un diluvio de poesías; tantas eran las reflexiones melancólicas y morales y tantas las imágenes terribles o alegres, cuerdas y locas que se agolpaban a mi mente. Pero como no poseía bien ninguna lengua y no había pensado ni por soñación en escribir jamás en prosa ni en verso, me contentaba con rumiar mis ideas y llorar a veces como un chiquillo, sin saber por qué, y reír al mismo tiempo como un loco; cosas ambas que, si no son luego escritas, se consideran, con razón, como mera locura, y si se escriben, llámanse poesías, con razón también.

Así realicé mi primer viaje a Madrid; pero habíame aficionado de tal modo a aquella vida de gitano, que me aburrí en seguida en Madrid, donde sólo me detuve un mes escasamente, sin trabar amistad ni conocimiento más que con un joven relojero, español, que acababa de

regresar de Holanda, adonde habíanle llevado asuntos relacionados con su profesión. Aquel joven, que estaba dotado de gran talento natural y había corrido mundo, mostrábase apenadísimo conmigo del atraso en que se hallaba sumida su patria. Y aquí debo contar la barbaridad que hice con mi fiel Elía hallándose presente el joven español. Una noche que el relojero había cenado conmigo, estando aún de sobremesa entró Elía a arreglarme el pelo para acostarme y me dio involuntariamente un ligero tirón. Me levanté hecho una furia y, sin decir palabra, cogí un candelero y le asesté un golpe tan tremendo en la cabeza, que la sangre brotó como del caño de una fuente, bañando de arriba abajo a mi comensal, que estaba sentado al otro lado de la mesa, que era bastante ancha. El relojero, creyendo, y con razón, que me había vuelto loco de repente, pues no había observado nada ni podía suponer que un tirón del pelo fuese motivo suficiente para enfurecerme de aquella manera, se abalanzó a mí para sujetarme. Pero, entretanto, el valiente Elía, tan bárbaramente ofendido, habíaseme echado encima para pegarme, e hizo muy bien; pero yo, que era entonces muy flaco y ágil, logré escabullirme y tuve tiempo de desenvainar mi espada, que estaba sobre una cómoda. Elía, empero, ciego de ira, quería arremeter contra mí, y yo le apuntaba al pecho con la espada; el español no sabía a quién acudir, para evitar mayores desgracias; toda la posada se puso en movimiento; subieron los criados y allí terminó la riña tragicómica y escandalosa que yo había promovido. Calmados un tanto los ánimos, vinieron las explicaciones; yo dije que al sentir que me tiraban del pelo me puse tan furioso que no supe lo que hice; Elía rebatía que no era cierto lo del tirón, o que, por lo menos, él no lo había notado; y el español concluyó que si yo no estaba loco de remate, tampoco gozaba de mi cabal juicio. Tal fue el desenlace de una escena sangrienta, que me causó tanta pena como vergüenza y obligóme a decir a Elía que habría hecho muy bien en matarme. Y era muy capaz de hacerlo, porque, aunque yo soy muy alto, llevábame un palmo de estatura y su valor no desdecía de su aspecto. La herida que le causé en la frente no fue profunda, pero sangró mucho, y si le hubiese dado un poquito más arriba habría yo matado a un hombre a quien apreciaba muchísimo, y todo por un simple tirón del pelo. Me horroricé de tan brutal acceso de cólera, y aun cuando veía que Elía estaba calmado, pero no reconciliado conmigo, no quise mostrarme receloso ni abrigar desconfianza hacia él; y un par de horas después, vendada la herida y puestas las cosas en orden, me acosté, dejando abierta, como de costumbre, la puerta que ponía en comunicación mi cuarto con el de Elía, desdeñando los consejos del joven español, quien me decía que era una imprudencia invitar tan directamente a la venganza a un hombre ofendido, y cuya irritación no había pasado aún. Por el contrario, le contesté en voz alta, para que pudiera oírme Elía, que ya se había acostado, que si quería haría bien en matarme aquella noche, porque en realidad yo merecía la muerte. Empero el excelente criado era por lo menos tan heroico como yo, y la única venganza que se tomó fue conservar los dos pañuelos con los que habíase restañado la sangre de primera intención y mostrármelos de vez en cuando, pues no se separó de ellos en muchos años. No es fácil que comprenda esta mezcla de ferocidad y generosidad por parte de nosotros dos quien no conozca las costumbres y la sangre de los piamonteses.

Reflexionando después a solas para explicarme la causa de aquel mi horrible arrebató, me convencí de que, añadido a mi natural, excesivamente irascible, el mal humor ocasionado por la soledad y el ocio, aquel tirón del pelo colmó la medida haciéndome perder momentáneamente el juicio. Por otra parte, cuando he pegado a alguna persona que estuviese a mi servicio lo he hecho como si se tratara de un igual mío, es decir, sin emplear el palo ni el látigo ni arma alguna, sino a puñetazos, con una silla, con lo primero que se me



venía a las manos, como sucede cuando en la juventud otro joven nos provoca y hay que reñir con él. Y las pocas veces que he llegado a esos extremos he aprobado, y hasta me ha complacido, que el criado maltratado por mí me contestase de la misma manera, porque nunca he pensado en pelar al criado como amo suyo, sino en pelear de hombre a hombre.

Viviendo, pues, como un oso, di por terminada mi estancia en Madrid, donde no vi ninguna de las muchas cosas que podían excitar la curiosidad: ni el famosísimo monasterio de El Escorial, ni el palacio de Aranjuez, ni el Palacio Real, y mucho menos a su augusto morador. La causa principal de esta extraordinaria salvajez fue mi tirantez de relaciones con el embajador de Cerdeña, a quien conocí en 1768 con ocasión de mi primer viaje a Londres, donde entonces era él nuestro ministro, sin que pudiéramos simpatizar. Al llegar a Madrid supe que se hallaba con la corte en una de las residencias reales, y, aprovechando su ausencia, me presenté en la embajada para dejar mi tarjeta y la carta de recomendación de la Secretaría de Estado que, según costumbre, llevaba para él, como para todos nuestros representantes. Cuando regresó a Madrid fue a verme a mi alojamiento; pero ni yo le devolví la visita, ni él tampoco trató de buscarme. Todo esto contribuía, sin duda, a exacerbar más mi ya demasadamente agriado carácter. Dejé, pues, a Madrid a primeros de diciembre, y por Toledo y Badajoz me dirigí a Lisboa, adonde llegué la víspera de Navidad, después de veinte días de viaje.

La vista de aquella ciudad, que se presenta al viajero, que como yo llega de la otra orilla del Tajo, cual espléndida decoración de teatro, semejante a Génova, pero en mayor extensión, me arrebató, sobre todo mirada desde cierta distancia; pero a medida que me iba acercando a la ribera desvanecía el encanto, para convertirse en tristeza y palidez al desembarcar entre ingentes montones de escombros, vestigios del terremoto, y en calles de derruidos edificios, de los que se veían todavía muchísimos en la parte baja de la ciudad, a pesar de que habían transcurrido ya quince años desde que acaeció la tremenda catástrofe.

Mi estancia en Lisboa fue muy corta, pues no pasó de cinco semanas; pero conservaré gratísimo e imborrable recuerdo de ella, porque tuve ocasión de conocer y frecuentar el trato del abate Tomás de Caluso, hermano menor del conde Valperga de Masino, nuestro ministro a la sazón en Portugal. Aquel hombre, raro por su carácter, costumbres y doctrina, me hizo tan deliciosa la estancia en Lisboa, que cuando le veía, por lo común a mediodía, a la hora de la comida, en casa de su hermano, y a veces también en las largas veladas de invierno, prefería estar a su lado a todas las diversiones estúpidas del gran mundo. Con él siempre aprendía yo algo, y era tan bondadoso y tolerante el buen abate, que con exquisito tacto aligerábame de la vergüenza y el peso de mi crasísima ignorancia, que sin duda debía parecerle tanto más deplorable y repugnante cuanto inmenso era su saber. Y como esto no me había sucedido con los pocos literatos con quienes había tratado yo, la compañía de éstos me molestaba, puesto que en mí el orgullo corría parejas con la ignorancia. En una de aquellas agradabilísimas veladas fue cuando experimenté por vez primera en lo más íntimo de la mente y del corazón un entusiasmo fervorosísimo por el arte de la poesía; entusiasmo, empero, que tuvo la duración de un relámpago; apagado en seguida, durmió bajo cenizas muchos años todavía. El dignísimo y afabilísimo abate me leía, comentándola, la sublime oda a la Fortuna, de Guidi; poeta de quien ni siquiera había oído yo hablar hasta entonces. Algunas de las estancias de aquella composición, especialmente la hermosísima de Pompeyo, me encantaron de tal modo que el abate no pudo por menos de decirme que yo

había nacido poeta y que, si me aplicaba, llegaría a ser uno de los mejores; pero pasado aquel momentáneo entusiasmo, y atrofiadas como estaban todas mis facultades mentales, no lo creí posible y no volví a pensar en ello.

No obstante, la amistad y deliciosa compañía de aquel hombre único, que era un Montaigne viviente, me fueron muy beneficiosas, porque mi ánimo iba recobrando poco a poco la serenidad, y, aunque no curado del todo, me fui acostumbrando, poco a poco también, a leer y reflexionar; cosa que no había hecho en los diez y ocho meses últimos. En cuanto a Lisboa, me gustó tan poco esta ciudad que, a no haber sido por el abate, no habría permanecido en ella ni una semana. Lo único que me agradó fue la hermosura de sus mujeres, en general, en las que abunda el *lubricus adspici* de Horacio; pero como me importaba mis entonces la salud del ánimo que la del cuerpo, procuré, y lo conseguí, huir siempre de las más honestas.

A primeros de febrero salí para Sevilla y Cádiz, sin llevarme de Lisboa más que una gran estimación y amistad, por el susodicho abate, a quien esperaba volver a ver un día u otro en Turín. De Sevilla me gustó muchísimo su clima y el originalísimo aspecto español, que conserva esta ciudad mejor que todas las otras del reino. He preferido siempre el original, por malo que sea, a una magnífica copia. Las naciones española y portuguesa son quizá las únicas de Europa que conservan sus costumbres, sobre todo en las clases media y del pueblo; y aunque lo grande ha naufragado siempre en el mar de errores que allí lo invade todo, creo firmemente que esos, pueblos contienen la primera materia para realizar fácilmente las más grandiosas empresas, sobre todo militares, porque poseen en alto grado todos los elementos necesarios: valor, perseverancia, honor, sobriedad, obediencia, paciencia y elevación de ánimo.

En Cádiz pasé un Carnaval muy divertido; pero algunos días después de haber salido de aquella ciudad para Córdoba, advertí que me llevaba ciertas reliquias gaditanas, de las que no pude desprenderme en mucho tiempo. Aquellas heridas, poco gloriosas, me amargaron el larguísimo viaje de Cádiz a Turín, que quise hacer de un tirón, paso a paso, cruzando España de un extremo a otro hasta llegar al mismo punto de la frontera francesa por donde había entrado. Pero gracias a mi robustez, y a fuerza de paciencia y sufrimientos, a caballo unas veces a pie otras, y sobreponiéndome a obstáculos e incomodidades, llegué, molido y quebrantado, eso sí, a Perpiñán, donde pude continuar por la posta sin sufrir ya tanto. En aquel interminable trayecto los únicos lugares que me gustaron fueron Córdoba y Valencia, sobre todo el reino de Valencia, que, a pesar de haberlo recorrido a fines de marzo, disfruté en él de una primavera templada y deliciosa, una de esas primaveras dignas de ser cantadas por los poetas. Los alrededores, los paseos públicos, las limpísimas aguas, la situación topográfica, el hermosísimo cielo, del azul más puro; la atmósfera, en la que había algo elástico y amoroso; las mujeres, cuyos ojos seductores hacíanme maldecir a las gaditanas: todo, en fin, lo de Valencia y su reino me encantó de tal manera, que ninguna otra tierra me ha dejado tan vivo deseo de volver a verla ni recuerdo tan grato grabado en mi mente.

Llegué a Barcelona por segunda vez, pasando por Tortosa, y cansado de viajar tan lentamente, hube de deshacerme del caballo andaluz que en tanto aprecio tenía; el hermoso animal estaba rendido a causa del último viaje de Cádiz a Barcelona, en el que empleamos treinta días, y no quise acabarlo de estropear haciéndole correr detrás del coche, cuando

saliera de Perpiñán, a marchas dobles. El otro caballo, la jaca cordobesa, se estropeó una pata entre Córdoba y Valencia, y no queriendo detenerme el tiempo necesario para curarlo, lo regaló a una linda muchacha, hija de la dueña de la posada donde paré, recomendándole que lo cuidaran y no le hicieran trabajar algunos días, pues así podrían venderlo a buen precio, y no he vuelto a saber lo que hicieron de aquel precioso animal. Me quedé, pues, con un solo caballo, y no queriendo tampoco venderlo, porque siempre he sido enemigo de las ventas lo regalé a un banquero francés, domiciliado en Barcelona, a quien conocí en mi primera visita a esta ciudad. Y, a propósito, para definir y demostrar lo que es el corazón de un publicano, referiré el siguiente hecho: Habiéndome quedado unas trescientas onzas de oro en moneda española, cantidad que, dados los escrupulosos registros a que se sometía al viajero antes de atravesar la frontera, me hubiera sido muy difícil pasarla, por ser contrabando, pedí al susodicho banquero, después de haberle regalado el caballo, que diese una letra de cambio, pagadera a la vista, por la expresada cantidad contra algún banco de Montpellier, donde pensaba detenerme. El banquero, para demostrarme su gratitud, recibió mis onzas de oro y me libró la letra al precio que estaba el cambio aquel día; de suerte que cuando recibí en Montpellier la suma correspondiente en lises me encontré con que había perdido un siete por ciento más de lo que habría obtenido cambiando mis onzas por dinero contante y sonante. Pero yo no tenía necesidad de semejante prueba de cortesía para formar juicio de la gente de Banca, a la que siempre he considerado como a la clase más vil y perversa de la sociedad, tanto más, cuanto que se cubren con la máscara de señores, y mientras os dan un espléndido banquete por fastuosidad, os despluman por costumbre y codicia y están siempre dispuestos a sacar beneficio de las calamidades públicas. Corriendo cuanto permitía el tardo paso de las mulas, sobre las que, a fuerza de dinero, hacía caer una lluvia continua de palos, empleé sólo dos días en el viaje de Barcelona a Perpiñán, en vez de cuatro que me costó al venir. Tenía tanta prisa por llegar a mi patria, que desde Perpiñán a Antibes no hice parada en Narbona, ni en Montpellier, ni en Aix; corrí la posta sin descansar, y en Antibes embarqué en seguida para Génova, donde sólo me detuve tres días para reponerme de las fatigas de tan precipitado viaje; pasé otros dos días en Asti al lado de mi madre, y, finalmente, llegue a Turín el 5 de mayo de 1772, al cabo de tres años de ausencia. Al pasar por Montpellier consulté a un médico famoso acerca de la enfermedad que había contraído en Cádiz. El galeno quiso que me detuviera en la célebre ciudad francesa para someterme a tratamiento; pero yo, fiando en la experiencia que tenía ya en tales achaques, y siguiendo el parecer de Elía, que era muy entendido en ellos y que ya me había curado varias veces de lo mismo en Alemania y en otras partes, no hice caso al médico y proseguí mi camino con la mayor rapidez posible. Pero las molestias de tan largo viaje, en el que empleé dos meses, agravaron mi mal de tal modo que en Turín pasé casi todo el verano enfermo.

Aquel fue el fruto principal de tres años de viaje.

### Capítulo XIII

Poco después de haber regresado a mi patria caigo por tercera vez en las redes del amor.  
Primeros ensayos en poesía

Mas aunque a los ojos de todos y a los míos propios no habíanme reportado ningún beneficio aquellos cinco años de viajes, mis ideas habíanse ensanchado y mi modo de pensar también había cambiado bastante; así es que cuando mi cuñado volvió a hablarme de la carrera diplomática y de lo conveniente que sería el que solicitara algún cargo en la diplomacia, le contesté que, habiendo visto de cerca a los reyes y a los que los representan, y no pudiendo tener consideración ni estima por ninguno de ellos, por nada del mundo representaría yo, no digo al más pequeño de todos los soberanos de Europa, como era el nuestro, sino al mismísimo gran Mogol; y que a los que han tenido la desgracia de nacer en los países donde hay reyes no les queda otra compensación que la de vivir de sus rentas, si las tienen, o buscar una ocupación que les permita vivir, siempre, empero, bajo los auspicios de la bendita independencia. Estas palabras hicieron torcer el gesto a aquel excelente caballero, que era uno de los gentileshombres de cámara del rey; pero no volvió a hablarme del particular y yo me confirmé más en mi propósito.

Yo tenía entonces veintitrés años; era bastante rico para un país como el mío; tan libre como aquí se puede ser; experto, aunque no mucho, en las cosas y en la moral políticas, por haber visto sucesivamente tantos y tan diferentes países y tantos y tan diversos hombres; más pensador de lo que se podía exigir a mi edad y más presuntuoso que ignorante. Claro está que con semejantes dotes tenía que cometer necesariamente muchos yerros hasta que encontrara algo útil y laudable en que pudiera satisfacer el ardor y la impetuosidad de mi intolerante y orgulloso carácter.

Lo primero que hice fue procurarme una casa magnífica, situada en la hermosísima plaza de San Carlos, amueblada con lujo, originalidad y buen gusto, y me di luego a una vida de placeres en compañía de mis amigos, que, como es de suponer, no me faltaban. Mis antiguos condiscípulos y compañeros de escapatorias y calaveradillas de la adolescencia fueron mis íntimos, unos doce individuos en total, que nos reuníamos con mucha frecuencia, formando una especie de sociedad permanente, en la que se admitía o se excluía a los asociados por votación y sometiéndolos a ciertas reglas y ceremonias bufas que le daban el aspecto, aunque no lo era ni mucho menos, de una libre masonería. La expresada sociedad no tenía otro objeto que el de divertirnos, cenar juntos a menudo, pero sin promover escándalos de ninguna clase, y celebrar reuniones periódicas semanales para razonar o disparatar sobre todo lo habido o por haber. Las reuniones se verificaban en mi casa, porque era mejor y más espaciosa que las de mis compañeros y porque viviendo yo solo se podía hablar y obrar con entera libertad. Entre aquellos jóvenes, pertenecientes todos a honradas y distinguidas familias los había de todo género: ricos y pobres, listos y tontuelos, buenos y disipadillos, cultos e ignorantes; y de esa mezcla resultaba que yo no podía, ni aun cuando hubiera querido lo habría logrado tener la primacía, aunque había visto muchas más cosas que mis compañeros. Las leyes que establecíamos se discutían, no se dictaban, y eran imparciales, equitativas y justas, de modo que lo mismo hubiéramos podido fundar una república bien equilibrada que una asociación de bufones, ridícula, pero

muy bien equilibrada también. El destino y las circunstancias hicieron que resultara esta última en vez de aquélla. Habíamos construido un buzón bastante grande en el que depositábamos toda clase de escritos, que recogía nuestro presidente, elegido cada semana, para leerlos en la próxima reunión. Entre aquellos escritos había algunos muy divertidos y curiosos, anónimos todos, pero a la legua se adivinaba quiénes eran sus autores. Para común desgracia nuestra, y especialmente mía, todos los escritos estaban redactados en -no me atrevo a decir lengua- palabras francesas. Yo tuve la suerte de introducir en el buzón algunos que regocijaron mucho a la reunión; un revoltillo de asuntos filosóficos y de impertinencias, escrito en un francés que debía ser bastante malo, si no pésimo, pero que, sin embargo, resultaba inteligible y pasable para un auditorio que no estaba más instruido que yo en aquel idioma. Entre otros, deposité uno, que aún conservo, que simulaba una escena del Juicio Universal, en la que Dios pedía a las almas estrecha cuenta de sus actos y respondían varias pintando cada cual su propio carácter. Aquella composición tuya mucho éxito, porque estaba escrita con cierta gracia, y tan ajustada a la verdad, que los retratos de los diversos personajes, existentes todos, hombres y mujeres, en Turín, resultaban de tal modo exactos que el auditorio los iba nombrando a medida que yo los presentaba.

Este mi primer ensayo de trasladar al papel mis ideas tal como se presentaban a mi mente, y poder al hacerlo procurar algún deleite a quien lo leyere, me estimuló después durante cierto tiempo a escribir algo duradero; pero en vano ponía en prensa mi caletre para encontrar el asunto que había de tratar ni el género que debía escoger. Por temperamento me inclinaba a la sátira, a poner en ridículo las cosas y las personas; mas aunque reflexionado, y pensando mucho el pro y el contra, me parecía que no habían de faltarme disposiciones para cultivar este género, en el fondo de mi corazón lo rechazaba por falaz y porque su éxito, a menudo momentáneo, radica más en la malignidad y envidia natural de los hombres que disfrutan, cuando ven zaheridos a sus semejantes que en el mérito intrínseco del que zahiere.

Mas, entretanto, las distracciones continuas, la completa libertad, las mujeres, mis veinticuatro años, los caballos, de los que poseía ya más de una docena; todos estos obstáculos invencibles para hacer algo bueno y útil, acabaron bien pronto con mis deseos de ser autor. Vegetando en esta vida juvenil holgazana, sin disponer jamás de un momento libre y sin abrir nunca un libro, caí de nuevo, como era de esperar, en los lazos de otro funesto amor, del que, tras de muchas angustias, vergüenzas y dolores, escapé, finalmente con el verdadero, fortísimo y frenético amor del saber y del obrar, que ya no me abandonó jamás, y que, por lo menos, me sustrajo para siempre de los horrores del tedio, de la saciedad, del ocio y aun de la desesperación, hacia la cual me sentía arrastrar de tal manera, que si no hubiese hallado una ocupación constante y distraída, irremediabilmente habría muerto o enloquecido antes de los treinta años de edad.

Mi tercera embriaguez de amor fue verdaderamente desatinada y duró demasiado. Mi nuevo tormento fue una señora distinguida, pero que no gozaba de muy buena reputación en la sociedad a que pertenecía, y entradita ya en años, puesto que me llevaba lo menos nueve o diez.

Existía ya entre nosotros cierta amistad desde que empecé a dar mis primeros pasos por el mundo, cuando estaba ya todavía en el primer departamento de la academia. Seis años

después, o quizá más, viví yo en una casa situada frente a la suya, y sus insinuaciones, mi ociosidad, el ser yo tal vez una de esas almas de las que dice Petrarca:

So di che poco canape st allacia  
un anima gentil, quando ella è sola  
e non è chi per lei difesa faccia,

y, en fin, mi buen padre Apolo, que quizá quiso llamarme así por ese camino, lo cierto es que yo, que al principio no la amaba, ni después la estimé jamás, y a pesar de que su rara, belleza no me sedujera, creyendo como un mentecato en su mentido amor hacia mí, acabé por enamorarme locamente de ella. Desde entonces no hubo para mí diversiones ni amigos; todo lo olvidé, hasta los caballos, que eran mi pasión. Desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche estaba a su lado, descontento de aquella esclavitud, pero incapaz de dejarla; curioso e insoportable, en la que, no obstante, viví, o vegeté, mejor dicho, desde mediados del año 1773 hasta fines de febrero de 1775, sin contar la cola de aquel para mí funesto y a la par fausto cometa.

## Capítulo XIV

### Enfermedad. Arrepentimiento

Como en el largo tiempo que duraron estas relaciones yo no cesaba de rabiarse día y noche, era natural que se alterase mi salud. Y, en efecto, a fines del año 1773 tuve una enfermedad corta, pero tan grave y rara, que los maliciosos, que en Turín abundan, dijeron con mucha agudeza que la había inventado yo para mi uso particular. Empezó por un vómito continuo, que duró más de treinta y seis horas, y no quedándome ya nada líquido, que arrojar, se irritó de tal manera el diafragma que apenas podía tragar algunos sorbitos de agua. Para evitar la inflamación, los médicos me sangraron de un pie, con lo cual cesó aquel vómito seco; pero fui presa inmediatamente de tales convulsiones y de tal crisis nerviosa que, en medio de terribles sacudidas, hubiérame deshecho la cabeza contra la cabecera de la cama si no me la hubiesen sujetado, así como las manos y los brazos. No podían suministrarme alimento ni bebida por ningún conducto, pues en cuanto me acercaban un vaso o un instrumento a cualquier orificio de mi cuerpo acometíanme tan terribles convulsiones que no había fuerza humana capaz de sujetarme; y si empleaban la violencia era peor, porque, a pesar de los cuatro días que llevaba de dieta absoluta y de la

pérdida de energía subsiguiente, conservaba tal eretismo muscular que realizaba tan poderosos esfuerzos como jamás los hubiera podido hacer gozando de buena salud. Así pasé cinco eternos días, en los que, con gran trabajo, sólo me pudieron hacer ingerir unos veinte o treinta sorbos de agua, a menudo arrojados en seguida; pero, finalmente, al sexto cesaron las convulsiones, gracias al baño muy caliente de agua y aceite, por partes iguales, en que me tuvieron metido por espacio de seis horas. Abierto así el conducto del esófago, hiciéronme beber gran cantidad de suero, y en poco tiempo estuve restablecido. El prolongado ayuno y los esfuerzos de los vómitos dejáronme un hoyuelo, que nunca más desapareció, entre los dos huesecillos que forman la horquilla del estómago, en el que cabía holgadamente un huevo de regular tamaño. La rabia, la vergüenza y el dolor en que hacía me vivir aquel desdichado amor habíanme ocasionado aquella singular enfermedad. Y como yo no veía el medio de salir de aquel laberinto, llegué a desear y esperar la muerte. Al quinto día de enfermedad, cuando los médicos desconfiaban ya de salvarme, se me presentó un dignísimo caballero, amigo mío aunque me llevaba muchos años, el cual habla aceptado el difícil encargo de inducirme a hacer lo que la expresión de su rostro y los preámbulos de su conversación hiciéronme adivinar antes que se decidiera a decírmelo: que me confesara e hiciera testamento. Me anticipé a sus deseos, pidiendo confesor y un notario; pero ni esto turbó lo mas mínimo mi ánimo. Miré a la muerte bajo distintos, aspectos, y a pesar de mi juventud no me causó pavor. ¡Quién sabe si cuando se me vuelva a presentar inexorable la recibiré de la misma manera! Verdaderamente, es preciso que el hombre muera para que los demás, y aun él mismo, le puedan apreciar en su justo valor.

Restablecido de mi enfermedad, volví a tomar tristemente mis cadenas amorosas, y para librarme de algo decidí romper los lazos que me ataban a la milicia, con tanto mayor motivo cuanto que nunca me ha gustado; antes bien, he aborrecido siempre la infame profesión de las armas cuando se ejerce para sostener un poder absoluto, cualquiera que él sea, el cual excluye el sacrosanto nombre de patria. No negaré, empero que en aquella sazón no fuese tan oprobiosa, mi Venus como mi Marte. Me presenté, pues, al coronel, y, pretextando mi delicada salud, pedí que se me concediera la separación del servicio, aunque no lo había prestado jamás, puesto que de los ocho años aproximadamente que pertencí al ejército, cinco estuve fuera de mí patria y en los otros tres apenas pasé cinco revistas, ya que sólo se pasaban dos al año en los regimientos de milicias provinciales, a, que yo pertenecía. El coronel me instó a que lo pensara detenidamente antes de tomar semejante resolución, y accediendo, por cortesía, a sus instancias no volví a reiterar mi dimisión hasta quince días después, para dar a entender que lo había meditado mucho.

Y continué en el más vergonzoso servilismo, esclavo de aquella mujer, esquivando a conocidos y amigos, porque, en sus rostros leía yo claramente lo que no se atrevían a decirme para condenar mi oprobiosa condescendencia. En esto sucedió que aquella mi desdichada amante enfermó, a principios de enero de 1774, de cierto mal del que muy bien pude ser yo la causa, aunque no me atrevía a asegurarlo. Y como su estado exigía absoluto reposo y silencio, fielmente permanecía yo a la cabecera de su lecho, dispuesto a servirla de día y de noche, sin despegar los labios para que ella no tuviese que hablar, ya que esto le hubiera fatigado. En una de aquellas nada divertidas sesiones, impulsado por el tedio, tomé cinco o seis hojas de papel, que me vinieron a las manos no sé cómo, y empecé a escarabajar una escena de una no sé si llamarla tragedia o comedia, y si había de tener uno, cinco o diez actos, pues tampoco lo sabía; una serie de palabras en forma de diálogo y

remedando versos entre un tal Fontino y una mujer, a los que se unía, cuando ya llevaban un ratito charlando, una Cleopatra. Como era preciso que a la mujer le diese nombre, le puse el primero que me vino a la mente: el de Láquesis, sin acordarme que era el de una de las tres Parcas. Examinándola ahora paréceme aquella repentina empresa tanto más extraña cuanto que en cinco o seis años no había escrito jamás una palabra en italiano, y sólo muy pocas veces, a larguísimos intervalos, había leído algo escrito en mi lengua. Sin embargo, en un arranque repentino, y sin saber cómo ni por qué, tracé varias escenas en idioma italiano y en verso... Debo añadir la particularidad de que cuando empecé a emborronar aquellas cuartillas no tenía más motivo para hablar de Cleopatra con preferencia a Berenice, Zenobia u otra reina tragediable que el de haberme acostumbrado a ver en la antesala de mi amante unos tapices hermosísimos que representaban episodios de la vida de Cleopatra y Antonio.

Curó mi manceba de su enfermedad, y yo, sin acordarme ya de aquellas ridículas escenas de ensayo de tragedia, las deposité debajo de los cojines de la butaca en que aquélla se sentaba, y allí permanecieron olvidadas cerca de un año; de manera que fueron mi amante y los que se sentaban en la susodicha butaca los que empollaron mis primicias trágicas.

Mas, cansado al fin de aquella vergonzosa vida de esclavitud, en mayo de aquel mismo año 1774 tomé de improviso la determinación de ir a Roma, con la esperanza de que el viaje y la ausencia me curarían de aquella morbosa pasión. Me sirvió de pretexto una de las frecuentes rencillas que tuve con mi coima, y sin comunicarle mis propósitos volví por la noche a mi casa, hice al día siguiente los preparativos necesarios y, sin ir a despedirme siquiera, salí de madrugada con dirección a Milán. Enteróse, empero, de mi partida, tal vez por alguno de mis criados, y, como es costumbre en tales casos, me devolvió la vigilia por la noche mis cartas y retrato. Aquella devolución me trastornó un poquito, y por poco no dio al traste con mis propósitos; sin embargo, logré sobreponerme, no sin esfuerzo, a mis debilidades, y, como he dicho, tomé la posta de Milán. Llegado a Novara al caer de la tarde, atormentado sin cesar por aquella desdichadísima pasión, el arrepentimiento, el dolor y la vileza asaltaron de tal modo mi corazón que, ciego y sordo a la verdad y a la razón, cambié en un momento por completo. Ordené a mis criados y a un sacerdote francés que había comprometido para que me acompañase en aquel viaje que continuasen con mi carruaje hasta Milán, donde luego me reuniría con ellos, y a media noche monté a caballo, lo lanzó al galope, y al amanecer del día siguiente me encontré a las puertas de Turín. Mas para que nadie me viera, y por temor a ser blanco de las burlas y rechifla generales de amigos y conocidos, no quise entrar en la ciudad, y desde una venta de los alrededores escribí a mi airada manceba, suplicándole humildemente que me perdonase y se dignara recibirme para oír mis excusas. La contestación no se hizo esperar: me la llevó Elía, a quien había dejado yo en Turín para que cuidase de mi casa y de mis asuntos; Elía, que parecía destinado a curar o aliviar siempre mis heridas. Se me concedía la entrevista solicitada, y, en consecuencia, apenas cerró la noche entré en la ciudad como un prófugo, obtuve completo y vergonzoso perdón y a la mañana siguiente volví a tomar el camino de Milán, habiendo convenido antes que al cabo de cinco o seis semanas fingiríame enfermo para tener así un pretexto para regresar a Turín. Zarandeado de esta suerte por la razón y la insania, apenas firmada la paz, y cuando me encontré de nuevo en medio de la carretera a solas con mis pensamientos, volví a sentir toda la vergüenza de mi debilidad, y, atormentado por el remordimiento, llegué a Milán en un estado de ánimo que inspiraba a la vez compasión y



riza. Yo no lo sabía entonces, pero lo experimentaba, la gran verdad que encierra la hermosa frase de nuestro maestro en amor: Petrarca (soneto 41):

El que quiere vence al que discierne.

En Milán sólo me detuve dos días, pensando siempre en la manera de abreviar aquel maldito viaje y deseando al mismo tiempo hallar un medio plausible para prolongarlo y no tener que cumplir la palabra dada; yo quería verme libre, pero ni podía, ni sabía cómo. Y no hallando sosiego para mi alma más que en el continuo movimiento, en correr la posta, me dirigí rápidamente a Florencia, pasando como una exhalación por Parma, Módena y Bolonia; pero como tampoco hallé en la primera de las mencionadas ciudades la paz que buscaba, a los dos días de haber llegado volví a emprender el camino en dirección a Pisa y Liorna. En esta última población recibí las primeras cartas de mi amante, y no pudiendo soportar la ausencia, partí en seguida por la vía de Lericí y Génova, donde dejé el coche y al cura que me acompañaba para que descansara éste de las molestias del viaje y se repusieran los caballos, y regresé a Turín a galope tendido a los diez y ocho días de haber salido para un viaje que había de durar un año entero. Entré de noche, como la vez anterior, para evitar chanzas y burlas. ¡Viaje verdaderamente a propósito para hacer reír a los demás, pero que me costó muchas lágrimas!

La gravedad y palidez de mi rostro contuvieron a mis amigos y conocidos, los cuales, si bien me dispensaron de sus pullas y bromas, que forzosamente habíanme de resultar pesadas, tampoco se atrevieron a darme la bienvenida. Y con razón, porque yo no merecía sus saludos; era un ente tan despreciable aun a mis propios ojos, que el pensarlo y reconocerlo me sumió en tal abatimiento y en tan profunda tristeza, que si aquel estado hubiera durado mucho, de seguro habría perdido el seso o reventado; y por loco, efectivamente, me tomaron muchos.

Sin embargo, seguí arrastrando aquellas viles cadenas desde fines de junio de 1774, fecha de mi regreso del proyectado viaje, hasta enero del año siguiente, en que el hervor de mi contenida rabia llegó a un grado tan elevado que forzosamente me hizo estallar.

## Capítulo XV

Recobro por completo la libertad. El primer soneto

Una noche que volví de la Opera -insulsa y aburridísima división de toda Italia-, donde había pasado varias horas en el palco de mi odiada amante, me sentí hastiado de tal manera, que tomé la firmísima e inquebrantable determinación de romper de una vez aquellos lazos. Y como la experiencia habíame enseñado que el viajar y correr de una ciudad a otra, lejos de fortalecer mis propósitos, los había debilitado en seguida, haciéndome desistir de ellos después, decidí someterme a más dura prueba, seguro de que cuanto mayor y más difícil fuera el esfuerzo, mejor lo conseguiría, dada la obstinación natural de mi férreo carácter. Me prometí, pues, a mí mismo no salir de mi casa, que, como he dicho, era frontera a la de mi manceba; mirar cada día a sus ventanas, verla salir y entrar, oírla hablar, y, sin embargo, no ceder ante nada, ni a embajadas directas o indirectas, ni a súplicas ni amenazas, dispuesto, a morir, si era preciso, o a vencer a toda costa. Formado este propósito, con objeto de obligarme a cumplirlo por medio de un compromiso de honor, escribí una cartita a un amigo mío que me quería mucho y que a pesar de esto y no haber pasado juntos nuestra adolescencia hacía mucho tiempo que ni me veía ni visitaba, porque, no pudiéndome salvar del naufragio en aquel Caribdis, no quería dar a entender siquiera que aprobaba mis devaneos. En la cartita le daba cuenta con pocas palabras de mi inquebrantable resolución y le enviaba bien envuelta la larga y abundosa trenza de mis rojos cabellos, como prenda de garantía indiscutible, puesto que en aquel tiempo sólo los villanos y los marineros podían mostrarse al público sin ese adorno. Terminaban mi carta rogándole que me asistiese con su presencia y su valor para fortalecer el mío. Aislado así en mi casa, prohibido todo mensaje, rugiendo y pataleando pasé los primeros quince días de aquella extraña liberación. Visitábanme algunos amigos y creo que me compadecían, acaso porque yo no abría la boca para quejarme, aunque mi actitud y la expresión de mi rostro eran harto elocuentes. Trataba de leer algo, pero no entendía ni la gaceta, y mucho menos un libro; ocurriame que después de haber leído varias páginas con la vista, y aun en alta voz, no me había enterado de nada. Lo único que me procuraba algún alivio era pasear a caballo por los lugares más solitarios.

En este semifrenético estado pasé dos meses, hasta fines de marzo del 75, en que me asaltó una idea que poco a poco fue tomando cuerpo, apartando mi mente y mi corazón de aquel funesto amor. Pensando un día que tal vez estaba aún a tiempo de llegar a ser poeta, me puse a escarabajar en el papel y me salió una composición de catorce versos, que tomé por un soneto, y en esta creencia lo mandé al amable y docto padre Paciaudi, a quien vela de vez en cuando, el cual se me mostraba siempre muy amable y quejoso de que matara el tiempo y a mí mismo en la ociosidad. El excelente religioso no cesaba de recomendarme que leyese los autores italianos, y habiendo visto cierto día en un puesto de libros la tragedia Cleopatra, que él calificaba de «eminentísima» por haber sido escrita por el cardenal Delfino, la compró y me la regaló, porque habíame oído decir que me parecía un asunto muy a propósito para escribir una tragedia, aunque habíame guardado muy mucho de enseñarle mi primer aborto. En un momento de lucidez tuve la paciencia de leerla y apostillarla, y se la devolví luego, considerándola muy inferior, tanto por el plan como por la trama, a la mía, en el supuesto de que la terminase, según me proponía hacer. Paciaudi, para no desalentarme, me dio a entender que el soneto era bueno, aunque ni lo creía ni podía creerlo. A los pocos meses me engolfé en el estudio de nuestros mejores poetas y no tardé en poder apreciar todo el valor de aquel soneto, que realmente no valía la pena de

haber sido escrito. No obstante, debo eterno agradecimiento a quien me tributó tan inmerecidos elogios, porque me animaron a procurar hacerme digno de merecerlos.

Previendo el rompimiento con mi amante, pocos días antes de que se verificase tuve la precaución de recuperar el manuscrito de mi Cleopatra, que sin terminar aún, macerábase bajo los cojines de una butaca desde hacía cerca de un año. Llegó, al fin, un día en que, para distraer mi soledad, casi continua, le di un repaso, y dándome cuenta entonces de que el estado de mi corazón era exactamente igual al de Antonio, dije para mis adentros: «Es preciso que acabe esta obra, que la rehaga por completo, si es que no puede pasar así; desarrollar en esta tragedia los sentimientos que me embargan y hacerla representar esta primavera próxima por la farándula que venga a Turín». Y apenas me asaltó esta idea, como si de repente me hubiese curado de todos los males del alma que padecía, me puse a trabajar con afán, retocando, cambiando, suprimiendo, añadiendo, deshaciendo y volviendo a comenzar, a desatinar, en una palabra, acerca de aquella Cleopatra desventurada y en mal hora nacida. No tuve reparo en consultar con algunos amigos míos de mi misma edad que no habían abandonado como yo, durante tantos años, el estudio y ejercicio de la poesía y de la lengua italianas; buscaba y aburría sobremanera a todos los que me podían dar alguna luz en aquel arte de que tan a oscuras estaba yo; así es que, llevado de mi deseo de aprender y saber si podría salir airoso de aquella peligrosísima y temeraria empresa, fui convirtiendo poco a poco mi casa en una semiacademia de literatos. Mas como en aquella ocasión mi deseo de aprender y mi flexibilidad eran sólo circunstanciales, puesto que por temperamento, y en virtud de mi profunda ignorancia, era recalcitrante y rebelde a toda enseñanza, me desesperaba, hacía perder la paciencia a los demás también, y no podía sacar ningún provecho. Sin embargo, no fue pequeña, ventaja para mí que ese impulso fuera borrando de mi corazón el indigno amor que lo dominaba, y que poco a poco fuese despertando mi entendimiento, tantos años aletargado. No me encontraba ya en la dura y risible necesidad de hacerme atar a una silla, como había tenido que hacer varias veces para resistir a la tentación de abandonar mi casa y volver a la cárcel de que había escapado. Fue éste uno de los procedimientos que empleé para curarme a viva fuerza. Como las cuerdas estaban ocultas bajo la amplia capa en que me envolvía, y tenía las manos libres para leer, escribir o tirarme de los pelos, las personas que me visitaban no podían sospechar que yo estaba atado a la silla. Así pasaba bastantes horas. Elía, que era el único que estaba en el secreto, porque era el que me ataba, esperaba para desatarme a que yo, una vez pasado el acceso de furiosa imbecilidad, seguro de mí mismo y fortalecido en mi propósito, le mandara que me librara de aquellos lazos.

Recurrí a tantos medios para defenderme contra tan fieros asaltos, que no volví a caer en aquel infierno. Una de mis muchas extravagancias, y seguramente la más curiosa, fue la de presentarme disfrazado en un baile de máscaras que, se daba en el teatro en los últimos días de Carnaval. Vestido de Apolo, con bastante propiedad, tuve la osadía de presentarme en el baile rascando la lira y cantando unos versos míos, muy malos por cierto. Semejante desfachatez era impropia de mi carácter; pero se me podía dispensar en gracia a lo que lo motivaba, es decir, a mi debilidad para resistir a tan violenta pasión; que al fin y el cabo lo no cm más que una necesidad mía de interponer como obstáculo infranqueable la vergüenza de volver a caer en los lazos que públicamente habla vituperarlo yo mismo. De manera que, sin darme cuenta de ello, para no tener que avergonzarme de nuevo, perdía la vergüenza ante el público...

Con estas y otras parecidas burlas me iba realmente inflamando el para mí nuevo y hermosísimo amor a la gloria, hasta que al fin, después de consultar muchos poetas, de destrozarse muchas Gramáticas y vocabularios y de acumular desatinos, llegué a componer como Dios me dio a entender cinco cosas que denominé actos, poniéndoles el título de Cleopatra, tragedia. Cuando puse en limpio el primer acto, pero sin pulirlo, lo envié al amable padre Paciaudi, rogándole que limase y me diese su parecer sobre aquel escrito. Algunas de las notas marginales que puso eran tan divertidas y graciosas que me hicieron desternillar de risa, aunque no tenían nada de lisonjeras para mí, como, por ejemplo, la siguiente: «Verso 184: El ladrido del corazón. Esta metáfora es excesivamente canina. Le aconsejo que la quite». Las apostillas del primer acto y los consejos contenidos en la cariñosa carta que las acompañaba decidieronme a empezar de nuevo con mayor empeño y ejemplar paciencia, y el resultado de ello fue la llamada tragedia que se representó por primera vez en Turín el 16 de junio de 1775.

De la misma manera que molesté lo indecible al buen padre Paciaudi para que censurase mi segundo ensayo literario molesté a otras muchas personas, entre ellas al conde Agustín Tana, coetáneo y amigo mío, que había sido paje del rey durante el tiempo que yo estuve en la academia. Nuestra educación había sido poco más o menos la misma; pero el conde, desde que abandonó el servicio del rey, vivía dedicado al cultivo de las literaturas italiana y francesa y había alcanzado merecida fama en la crítica filosófica, aunque no en la gramatical. La agudeza y gracia de sus observaciones acerca de mi desdichada Cleopatra divertirían grandemente al lector si yo tuviera el valor de reproducirlas aquí; pero me abochornarían demasiado, aparte de que tal vez no las entendería, porque sólo conservo copia de las referentes a los cuarenta primeros versos de aquel mi segundo aborto.. Yo había escrito además una pequeña farsa, titulada Los poetas, que se había de representar a continuación de Cleopatra. No se crea, empero, que la tragedia y la farsa eran simplezas de un tonto de capirote, puesto que aquí y allá se traslucía algún rasgo de ingenio y su poquito de gracia. En Los poetas me retraté a mí mismo bajo el nombre de Zeusippo, burlándome de mi Cleopatra, cuyo espectro evocaba para que, saliendo del infierno, se presentara, en compañía de otras heroínas de tragedia, a criticar aquella obra mía, comparándola con otras chapucerías del mismo género originales de poetas rivales míos, a los que nada tenía yo que envidiar, con la diferencia de que las tragedias de éstos eran parto regular de una incapacidad erudita, mientras que la mía era parto prematuro de una ignorancia capaz.

Aquellas dos obras fueron representadas dos noches consecutivas con aplauso general. Se debía representar la tercera, a petición del público, que se mostraba demasiado indulgente conmigo; pero como yo estaba sinceramente arrepentido de tamaña temeridad, prohibí a los actores que volvieran a representarla. Pero desde aquel momento sentí tan vivísimos deseos de llegar a hacerme merecedor de aplausos por mis obras teatrales, que jamás habíame asaltado con tanta violencia una fiebre de amor. Así fue como me presenté al público por primera vez. Tal vez mis muchas, demasiadas composiciones dramáticas no han sido muy superiores a las dos primeras, pero es indudable que comencé mi incapacidad de un modo bastante loco y ridículo. Mas si, por el contrario, algún día se me llegase a contar entre los autores de tragedias y comedias menos malos, será indudable también que mi burlesco ingreso en el Parnaso con choclo y coturno a la vez resultó un acto bastante serio.

## Época cuarta

Vicisitudes: Y aquí pongo punto a esta época de mi juventud, porque la de mi edad viril no podría tener más fausto comienzo

### Capítulo I

Ideo y extiendo en prosa mis dos primeras tragedias, en francés, «Filippe» y «Polinice» y un diluvio de pésimas poesías

A los veintisiete años de edad, aproximadamente, contraí conmigo mismo y con el público el compromiso de hacerme autor trágico, y ved aquí cuáles eran los capitales de que disponía para llevar a cabo semejante temeridad: un ánimo resuelto, tenacísimo e indómito; un corazón rebosante de toda clase de afectos, entre los que predominaban, caprichosamente mezclados, el amor, con todos sus frenesíes, y profundo, ferocísimo e invencible odio a la tiranía. Añádase a esto, sensible talento natural y un débil y vago recuerde de las tragedias francesas que había visto representar muchos años atrás, sin haberlas leído, empero, y mucho menos meditado. Añádase también una ignorancia casi absoluta de las reglas del arte de la tragedia y una impericia casi completa -como sin duda habrá notado el lector por los pasajes citados- en el divino y necesarísimo arte de escribir bien y dominar el propio idioma. Todo esto envuelto por la endurecida corteza de una presunción, o, mejor dicho, de una petulancia increíble, unida a un carácter tan impetuoso que a duras penas y raras veces me dejaba conocer e investigar la verdad. Estos capitales, como comprenderá el lector, eran más apropiados para obtener con ellos un príncipe vulgar que un escritor insigne.

No obstante, una voz secreta, salida del fondo de mi corazón, amonestábame y me aconsejaba con más energía e interés que mis pocos y verdaderos amigos. «Es preciso que vuelvas atrás -me decía-, que te conviertas en niño y que como tal empieces a estudiar ex profeso la Gramática y todo lo que se necesita para saber escribir correctamente y con

arte». Y tanto gritó esa voz, que al fin me convenció y me apliqué al estudio. No acertaría a expresar lo penoso y mortificante que fue para mí, que pensaba y sentía como hombre, el tener que estudiar y hacer las tareas escolares como un chiquillo; pero el fuego de la gloria tenía, a mis ojos tan hermosos resplandores, y la vergüenza de la ignorancia acuciábame con tal fuerza, que, para librarme de ella, puse mis cinco sentidos en vencer obstáculos tan poderosos como repugnantes.

La representación de Cleopatra, según he dicho, habíame abierta los ojos no sobre la absoluta carencia de interés en un asunto por sí misino desdichado y poco tragediable no diré para un autor novel, como era yo, sino aun para los más expertos-, pero sí para abarcar de una ojeada la inmensidad del espacio que tendría que recorrer hacia atrás antes de poder, por decirlo así, situarme junto a la valla, penetrar en la pista y lanzarme con mayor o menor fortuna hacia la meta. Caída, al fin, de mis ojos la venda que hasta entonces habíame impedido ver, me juré a mí mismo no perdonar trabajo, molestia ni sacrificio hasta conocer a fondo la lengua italiana que era la mía. Me indujo a hacer este juramento la íntima convicción de que, si llegaba algún día a saber escribir con soltura, no había de faltarme inspiración para componer. Hecho, pues, el juramento antedicho, me lancé al remolino gramatical, como Curcio a la sima, armado y vigilante. Cuanto más me convencía de que hasta entonces todo lo había hecho mal, tanto más seguro estaba de que con el tiempo lo haría mejor; y de esto tenía una prueba evidente en mi papelera: las dos tragedias, Filippe y Polinice, que entre marzo y mayo de aquel mismo año, 1775, es decir, unos tres meses antes de la representación de Cleopatra, había escrito en prosa francesa y leído a varias personas, a las cuales me pareció que les había gustado. No me figuré esto porque hubiesen elogiado mis obras, sino por la atención no fingida ni obligada con que las escucharon desde el principio hasta el fin, y porque la expresión de sus rostros conmovidos hablaban, a mi manera de ver, con más elocuencia de lo que hubieran podido tener sus palabras. Mas, por mi desgracia, buenas o malas, aquellas tragedias, concebidas en francés y en francés nacidas, habían de recorrer muy largo y penoso camino antes de verse escritas en versos italianos. Las extendí en su mezquino y desagradable idioma originario, no porque yo lo conociese bien ni lo pretendiese siquiera, sino porque, no habiendo empleado ni oído hablar en cinco años de viaje otra, lengua que esa jerga, en ella expresaba algo mejor mis pensamientos; pues a causa de no saber bien ningún idioma, sucedíame con, frecuencia lo que seguramente sucedería a uno de los más rápidos volantes italianos que soñase en que corría con otros iguales o mejores que él y que para ganar la apuesta sólo le faltaban las piernas.

Era tal la imposibilidad de expresar o traducir mis propias ideas, no ya en verso, sino en prosa italiana, que cuando volvía a leer un acto o una escena de. los que habían gustado a mis oyentes, ninguno de ellos lo reconocía y me preguntaban por qué los había cambiado; los nuevos ropajes con que vestía la misma figura la desfiguraban de modo que no había medio de conocerla. Yo me desesperaba y gemía en vano; no me quedaba otro recurso que armarme de paciencia, volver a empezar y atracarme de las insulsas y antitrágicas lecturas de nuestros libros de texto, para grabar en mi mente los giros toscanos; es decir, ejercitar puramente la memoria para pensar después en la nueva forma que había de dar a mis escritos.

Sin embargo, el tener en mi papelería aquellas dos futuras tragedias alentábame a escuchar pacientemente los consejos pedagógicos que llovían sobre mí, y prestábame la fuerza necesaria para asistir a la representación de Cleopatra, a pesar de que cada verso que declamaba el actor sonaba a mis oídos y a mi corazón como la más acerba crítica de una obra que ya no tenía ningún valor para mí y sólo la consideraba como un estímulo para el porvenir. Así como no me desalentaron las críticas -quizá justas en parte, pero malignas y nada cultas desde luego- que se hicieron de la primera edición de mis tragedias -Siena, 1783-, así tampoco me envanecieron ni lograron persuadirme los injustos e inmerecidos aplausos que el público de Turín me tributó, compadecido, quizá, de mi juventud y atrevimiento. Luego el primer paso hacia la pureza toscana del lenguaje debía ser necesariamente el dar de lado a toda lectura de libros franceses. Desde el mes de julio no volví a proferir ni una palabra en ese idioma, y esquivaba toda persona o tertulia que lo emplease; pero, con todo, no lograba italianizarme. Tampoco podía sujetarme a un plan de estudios graduado y regular, y, desdeñando consejos y advertencias, esforzábame por volar con mis propias alas. En cuanto se presentaba a mi mente una idea trataba de expresarla en verso, y, ensayando todos los géneros y todos los metros, sufría los más crueles desencantos, sin que por eso perdiese mi obstinada esperanza en el triunfo final.

Entre las muchas aleluyas -no me atrevo a llamarlas poesías- que compuse se me ocurrió una que debía ser un capítulo alusivo a los instrumentos, grados y cargos de la bufonesca Masonería libre, en uno de cuyos banquetes la leí. Y aunque en mi primer soneto había robado a Petrarca algunos versos de sus capítulos, era tanta mi despreocupación e ignorancia, que comencé aquella composición poética sin acordarme, y quizá sin haberla estudiado bien, de la regla de los tercetos, hasta que al llegar al duodécimo me asaltó la duda; abrí el Dante y eché de ver mi error, que procuré evitar en los sucesivos, pero sin, tocar los primeros doce tercetos. Leí en el banquete mi producción literaria tal como había quedado, y como los masones libres estaban en poesía y métrica al mismo nivel que en el oficio de albañil, mi Capítulo fue muy aplaudido.

Considerando que la vida que llevaba en la ciudad distraíame demasiado de mis estudios, en agosto de aquel mismo año 1775 me retiré a los montes limítrofes del Piamonte y el Delfinado, a un lugarejo llamado Cezannes, al pie del Monginevro, por donde es fama que cruzó Aníbal los Alpes. Mas, aunque soy reflexivo por temperamento y sólo raras veces impulsivo por la vehemencia de mi carácter, no caí en la cuenta, al tomar aquella determinación, de que escogiendo mi retiro entre aquellos montes tendría que emplear para hacerme entender, y oír hablar, la maldecida lengua francesa, de la que con tan justa y necesaria nación habíame propuesto huir. Verdad es que habíame inducido a hacer tal elección el abate que, según he dicho en otro lugar, habíame acompañado en el ridículo viaje que el año anterior realicé a Florencia. Dicho abate, llamado Aillaud, era natural de Cezannes, estaba dotado de gran talento, su filosofía era muy alegre y poseía vasta cultura en las literaturas latina y francesa. Conocí y traté al abate Aillaud, cuando era preceptor de dos hermanos, amigos míos de la infancia, y de aquella época databan, nuestras relaciones. Como tributo a la verdad, debo añadir que desde el primer momento el abate hizo todo lo posible para inculcarme el amor a las letras, asegurándome que, si yo me lo proponía, podría llegar muy lejos; pero sus esfuerzos fueron infructuosos. A veces, el abate y yo hacíamos el siguiente convenio: él tenía que leerme, por espacio de una hora, la novela o cuentos de Las mil y una noches, a cambio de escuchar, durante diez minutos, la lectura

que yo daría de algunos trozos de las tragedias de Racine. Yo era todo oídos mientras duraba aquella insulsa lectura; pero la cadencia dulcísima de los versos del gran trágico hacíanme bostezar de sueño, lo cual enojaba al abate, que, sin poder contenerse, me reprendía con cierta acritud y sobrada razón. ¡Esas eran mis disposiciones para escribir tragedias cuando vivía en el primer departamento de la academia de Turín! Verdad es que ni después, ni ahora, ni nunca he podido ni podré con la metódica, fría y monótona cantilena de los versos franceses, que jamás me han parecido versos, ni cuando ignoraba por completo lo que era un verso, ni cuando he podido presumir de saberlo.

Volvamos a mi retiro veraniego de Cezannes, donde además del cura literato había otro cura citarista, el cual me daba lecciones de guitarra; instrumento que parecíame inspirador de poesías y para el cual tenía yo ciertas disposiciones, pero no una voluntad firme que correspondiese a los éxtasis que el sonido de la guitarra me producía. Así es que ni en este instrumento ni en el piano, que aprendí a tocar en mi niñez, he pasado de ser una medianía, a despecho de mi oído y de mi fantasía, enteramente musicales. Pasé, pues, el verano en compañía de aquellos dos sacerdotes, uno de los cuales aliviaba con los sonidos de su cítara la angustia para mí tan nueva de un estudio serio y constante, y el otro me daba a todos los diablos con su dichoso francés. Sin embargo, fueron para mí dulcísimos y en extremo útiles los momentos que podía recogerme y trabajar con tesón para desenmohecer mi pobre inteligencia y destapar con el estudio mis facultades, que estaban obstruidas completamente por el vituperable y letárgico ocio en que viví casi continuamente por espacio de unos diez años. Inmediatamente puse mano a traducir y refundir en prosa italiana Filipe y Polinice, nacidos con espurios ropajes; pero, por mucho que me esforzara, aquellas dos tragedias no perdían su condición de anfibias; eran a la vez francesas e italianas, pero no una cosa más que otra; algo así como lo que decía del papel quemado nuestro poeta:

...un color obscuro  
que aun no es negro y en que muere el blanco.

La angustia de hacer versos italianos con pensamientos franceses habíame atormentado también lo indecible cuando rehice Cleopatra, de tal suerte, que las mismas escenas escritas por mí en francés y leídas a mi censor trágico, que no gramático, el conde Agustín Tana, habíanle parecido hermosísimas y conmovedoras, y traducidas en rípidos versos italianos las hallaba bastante menos que medianas, y así me lo decía sin ambages. Y yo lo creía, porque decía la verdad. Tan cierto es que en poesía la forma es lo principal y en algunos géneros, el lírico, por ejemplo, lo es todo, hasta el punto de que versos

Con vanidad que parece de personas



valen más que muchos otros que hacen pensar en

Gemas montadas en anillo vil.

Y aquí debo hacer constar que tanto el padre Paciaudi como al conde Tana, especialmente a este último, les debo eterno agradecimiento, por las amargas verdades que me dijeron y por haberme alentado a seguir la buena senda de las sanas letras. Era tanta la confianza que yo tenía en estas dos bellísimas personas, que mi destino literario estaba enteramente en sus manos, y habría arrojado al fuego toda composición mía que no hubiera merecido su aprobación, como en efecto así lo hice con varias poesías que no merecían otra cosa. Por consiguiente, si de veras soy poeta, debo añadir a este título: «Por la gracia de Dios, de Paciaudi y de Tana». Estos fueron mis santos protectores en la feroz y continua batalla, que hube de librar durante todo el primer año de mi vida literaria, persiguiendo sin tregua ni cuartel apalabras y giros franceses, a fin de despojar mis ideas, por decirlo así, de su vestimenta y darles otra nueva; para fundir, en suma, el estudio de un hombre ya maduro con el de un muchacho que asiste a las clases de una escuela elemental. Tarea más penosa de lo que puede imaginarse, tan ingrata e insoportable, que sólo puede sobrellevar el que esté alentado por la misma pasión que yo sentía.

Traducidas pues, las dos tragedias en mala prosa italiana, como dejo dicho, empecé a leer y estudiar verso por verso, en el orden de antigüedad, a nuestros primeros poetas, apostillando, no con palabras marginales, sino con trazos perpendiculares, a los versos aquellos sobre los cuales deseaba llamar mi atención por los pensamientos que encerraban, por la frase y por la rima. Mas como, para comenzar, el Dante me resultaba muy difícil de entender, preferí a Tasso, da quien hasta entonces no había leído ni una sola línea. Leía con tan loco afán, queriendo abarcar de una vez tantas y tan diversas cosas, que a las diez estrofas no me acordaba ya de lo que habla leído antes, y me sentía más fatigado y rendido que si las hubiese compuesto yo mismo. Empero poco a poco fuí acostumbrando la vista y la mente a un género de lectura tan penoso, y así, estudié primero toda la Jerusalén libertada, de Tasso; luego, el Orlando furioso, de Ariosto; la Divina comedia, de Dante, sin notas ni comentarios, y, por último, Petrarca, etc., apostillándolos todos. En este estudio empleé cerca de un año.

Si las dificultades, que encontraba en Dante eran de carácter histórico, no me cuidaba de vencerlas; pero si eran de expresión, de modalidad, de giro, esforzábame por adivinarlas. A veces, no la conseguía; pero esto servía para que me envaneciera de las pocas que había podido superar. Con aquella lectura me metí en el cuerpo una indigestión más que la quintaesencia de aquellas cuatro lumbreras; pero fue una preparación efficacísima para entenderlos perfectamente en las sucesivas lecturas, desentrañarlos, gustarlos, saborearlos, y quién sabe si imitarlos también. Petrarca me resultó tan difícil como Dante, y desde el principio me gustó menos, porque la belleza de la poesía no se puede apreciar sin conocerla a fondo.

Mas como yo tenía que escribir también en verso suelto, quise proporcionarme algunos modelos. Aconsejaronme la traducción de Estacio hecha por Bentivoglio. La leí con avidez, la estudié y apostillé toda; pero la estructura del verso me pareció demasiado floja para adaptarla al diálogo trágico. Mis censores amigos proporcionaronme entonces el Ossian, de Cesarotti, y éstos fueron los versos sueltos que realmente me gustaron, por lo que decidí adoptarlos, pensando que con una ligera modificación serían un excelente modelo para el diálogo en verso. Algunas tragedias, de autores italianos o traducidas del francés que leí con la esperanza de aprender algo referente al estilo se me caían de las manos por la languidez, trivialidad y prolijidad de la forma y del verso, dejando aparte la poca sublimidad de los pensamientos. Las menos malas que leí y apostillé fueron las cuatro tragedias traducidas del francés por Paradisi, y la Mérope, original de Maffei. Esta última me gustaba bastante en ciertos pasajes por la forma, aunque, a mi juicio, dejaba mucho que desear respecto a la perfectibilidad verdadera o soñada que mi fantasía iba forjando. A veces preguntábame a mí mismo: «¿Por qué esta divina lengua, tan varonil, enérgica y feroz en Dante, es tan blanda y afeminada en el diálogo trágico? ¿Por qué Cesarotti, tan vibrante y pomposo en el Ossian, sermonea tan débilmente en Semíramis y el Mahoma, de Voltaire, traducidas por él? ¿Por qué Frugoni, que tanto sobresale en nuestra poesía, y que ha creado escuela propia, es en la traducción de Ramadisto, de Crevillon, inferior a éste y sí mismo? Indudablemente, esto es culpa de nuestro idioma flexible y proteiforme». Mis censores, a quienes expuse estas dudas, no supieron disiparlas.

Entre tanto, el excelente Paciaudi no cesaba de recomendarme que en mis laboriosas lecturas no descuidase la prosa, que, según decía muy acertadamente, era la nodriza del verso. Al efecto, un día me entregó el Galateo, de Casa, aconsejándome que estudiase con detenimiento el estilo y los giros puramente toscanos y exentos de galicismos. Yo, que en mi niñez había maldecido aquel tratado de urbanidad, como todos los muchachos que lo estudian sin entenderlo ni saborear sus bellezas literarias, me sentí ofendido, con tan pueril o pedantesco consejo; así es que abrí el Galateo con cierta prevención, y apenas tropecé con el primer conciossiacosaché, al que sigue un período tan largo como poco jugoso, tuve un ímpetu de cólera tan violento, que, arrojando el libro contra la pared, grité medio loco: «¡Es muy duro que para aprender a escribir tragedias, a los veintisiete años de edad, tenga uno que embucharse esas fábulas pueriles y secarse el cerebro con semejantes pedanterías!» Sonrióse Paciaudi de mi ineducado furor y me profetizó que leería el Galateo muchas veces. Y la profecía se cumplió, pero fue muchos años después, cuando el yugo gramatical, habíame encallecido los hombros y el cogote. Y no fue sólo el Galateo lo que leí y apostillé, sino todos nuestros prosistas del 300. No sé si eso fue o no provechoso para mí; pero es incontrovertible que quien lo haga, leyéndolos detenidamente y estudiando la forma como merece, y logre apropiarse con tino del oro de su ropaje, desdeñando los harapos de sus ideas, podrá después atar a sus obras, ya sean filosóficas, poéticas o históricas, riqueza, concisión y propiedad, y fuerza de colorido al estilo; cosas que no he encontrado aún reunidas en ningún escritor italiano, tal vez porque este trabajo es ímprobo, y quien tiene talento y capacidad no lo quiere hacer, y el que no posee esas cualidades lo hace en vano.

Fin del tomo I

Época cuarta

(Continuación)

Capítulo II

Tomo un maestro para estudiar a Horacio. Mi primer viaje literario a Toscana

A principio del año 1776, cuando hacía ya más de seis meses que estaba engolfado en los estudios italianos, sentí profunda vergüenza de no entender el latín lo suficiente siquiera para interpretar las citas más breves y comunes que se suelen encontrar en los libros, y que me veía obligado a saltarlas a pie juntillas para no perder tiempo en descifrarlas. Además, habiéndome prohibido a mí mismo el francés, y reducido escuetamente al italiano, veíame privado de las obras que hubieran debido servirme de modelo para mis producciones destinadas al teatro. Esta razón, unida al bochorno, me impulsó a emprender otro penoso trabajo, con objeto de poder leer las tragedias de Séneca, de las cuales conocía algunos fragmentos que me habían encantado, y las traducciones literales latinas de los trágicos griegos, que, por lo general, son mucho más fieles y menos soporíferas que las infinitas e inútiles versiones italianas que poseemos. Tomé, pues, un gran pedagogo, el cual empezó por darme a leer las fábulas de Fedro, y quedóse tan sorprendido, como yo avergonzado, al ver y tener que decirme que yo no las entendía, a pesar de haberlas estudiado cuando tenía diez años de edad; porque, en efecto, al traducirlas al italiano decía yo más disparates que palabras. Pero el excelente maestro, teniendo con ello una prueba de mi ignorancia, a la vez que de mi firme resolución de aprender, me animó cuánto pudo en lugar de desalentarme, y, substituyendo a Fedro por Horacio, me dijo afablemente: «De lo difícil se llega a lo fácil, lo cual será más digno de usted. Disparatemos traduciendo a este escabrosísimo príncipe de los líricos latinos, y así nos allanará el camino para descender a otros que no están a su altura.» Y así se hizo: tomé un Horacio sin notas ni comentarios, y disparatando, como dijo mi maestro, construyendo, adivinando y equivocándome a cada paso, traduje de viva, voz

todas las odas, desde principios de enero hasta fines de marzo. Ese estudio me fue muy beneficioso, porque me impuse en la gramática sin dejar la poesía.

Entre tanto, continuaba leyendo y apostillando autores italianos, añadiendo algunos modernos, como Poliriano y Casa, para volver nuevamente a los primeros; así es que en el transcurso de cuatro años leí y apostillé lo menos cinco veces a Dante y a Petrarca. A ratos perdidos cultivé también la poesía trágica, y puse en verso casi todo el Felipe; mas, aunque me resultó bastante mejor que la de Cleopatra, aquella versificación me parecía demasiado lánguida, prolija, fastidiosa, trivial. En efecto: aquel Felipe, que, impreso, se contentó con mil cuatrocientos versos, poco más o menos, para fastidiar al público en los dos primeros ensayos, se obstinó en fastidiar y desesperar al autor con más de dos mil versos, que decían bastante menos, y peor dicho, que los mil cuatrocientos a que quedó reducido.

La pesadez y flojedad del estilo, que al principio achacaba yo a mi pluma y no a mi mente, persuadiéronme de que yo no haría en italiano nada que valiera la pena mientras no hiciera más que traducirme a mí mismo del francés, y me decidí a hacer un viaje a Toscana para habituarme a oír, hablar, pensar y soñar en toscano y nada más que en toscano. Marché, pues, en abril de 1776, con la intención de permanecer allí unos seis meses, creyendo que bastaría ese tiempo para desfrancesarme; pero en seis meses no se pierde una costumbre de más de diez años. Me encaminé a Plasencia y Parma con lento paso, ora a caballo, ora en birlocho, sin más compañía que la de mis tomitos de poesías, muy poco equipaje, sólo tres caballos, dos criados, la guitarra y grandísima esperanza en la gloria. Gracias a las cartas de presentación que me dio Paciaudi, conocí en Parma, Módena, Bolonia y Toscana a casi todos los hombres de fama en el mundo literario. Y sentí entonces tanta curiosidad y deseos de conocer y tratar a los grandes, y aun a los medianos, como desdén me inspiraron antes. En Parma trabé relaciones con nuestro célebre compatriota el impresor Boldoni. Fue la suya la primera imprenta en que puse los pies, a pesar de haber estado en Madrid y Birmingham, donde existían entonces las mejores imprentas de Europa, después de la de Boldoni. ¡Yo no había visto jamás la letra de molde ni ninguno de aquellos artefactos que con el tiempo habían de contribuir a conquistarme la celebridad o el ridículo! Pero, indudablemente, en ningún otro taller hubiera yo podido caer por primera vez mejor, ni encontrar un expositor más amable, ingenioso y entendido en arte tan maravilloso como en el de Boldoni, que tanto lustre ha dado a la imprenta.

Así, poco a poco, aunque algo tarde, iba yo despertando de mi largo y profundo letargo y aprendiendo muchas cosas de las que no tenía la menor idea. Pero lo más importante para mí era que a la vez iba conociendo, pesando y aquilatando mis facultades intelectuales literarias, para no equivocarme, en cuanto fuese posible, en la elección del género. En este estudio de mí mismo no era yo tan novato como en los otros, puesto que, adelantándome a la edad, en vez de esperarla, muchos años atrás había procurado analizar de cuando en cuando mi ser moral, no sólo con el pensamiento, sino también con la pluma. Todavía conservo una especie de diario que tuve la constancia de llevar por espacio de algunos meses, y en el cual consignaba no sólo las pequeñeces ordinarias de cada día, sino además los pensamientos y las causas íntimas que me impulsaban a hablar o a obrar; y todo, con objeto de ver si mirándome después en ese espejo podría enmendarme o mejorar.

Comencé el diario en francés y lo, continué en italiano; pero en ninguno de estos dos idiomas estaba bien escrito: originalmente estaba mejor sentido y pensado. Mas pronto me cansé de llevar el diario, y no tengo por qué arrepentirme, ya que al día siguiente no me consideraba, ni lo era, mejor que el anterior. Sirva esto para demostrar que yo podía conocer y apreciar mi capacidad o incapacidad literaria bajo todos sus aspectos.

Pareciéndome, por lo tanto, que me era dado discernir qué era lo que me faltaba y qué lo que poseía gracias a mi naturaleza, utilizaba más y más para saber lo que, de todo lo que me faltaba, podría adquirir por completo, a medias solamente o nada en absoluto. A este estudio de mí mismo, debo quizá, si no el haber triunfado, al menos el no haber intentado cultivar un género, hacia el cual no me hubiese sentido irresistiblemente inclinado por un violento impulso natural; impulso que se descubre inmediatamente en una obra de arte cualquiera, por imperfecta que sea, y se distingue a la legua del impulso que no es espontáneo, aunque sí capaz de producir la obra más acabada.

En Pisa conocí a los más célebres profesores y fui cosechando lo que más convenía para mi arte. Lo más penoso para mí en el trato con aquellos prohombres era el preguntarles con todo el tino necesario para no descubrir al desnudo mi supina ignorancia o, dicho en términos frailecos, para hacerme pasar por profeso siendo todavía novicio. No porque yo tuviese la pretensión de dárme las de erudito, sino porque me avergonzaba de no saber ciertas cosas, y parecíame que, a medida que se iban disipando las tinieblas de mi mente, veía mucho más grande y bochornosa mi funesta y tenaz ignorancia. Pero no era menos gigantesca mi audacia. Así, al mismo tiempo que tributaba el debido homenaje al saber ajeno, no me arredraba poco ni mucho mi falta de sabiduría, porque estaba convencido de que para hacer tragedias no hay saber que valga lo que el sentir las, y esto no se aprende. Lo único que debía aprender -y no era por cierto cosa de poca monta- era el arte de conseguir que sintieran los demás lo que me parecía haber sentido yo mismo.

En las seis o siete semanas que permanecí en Pisa, extendí y casi dejé terminada la traducción en prosa bastante toscana de Antígona y versifiqué Polinice, algo mejor que Felipe. Sin pérdida de tiempo leí Polinice a varios profesores de la Universidad, a quienes gustó mucho la tragedia, puesto que no pusieron más que ligeros reparos a la forma, sin juzgarla con la severidad que merecía. La versificación no era mala del todo en ciertos pasajes; pero en el conjunto resultaba lánguida, prolija y trivial. Y, a juicio de los profesores, incorrecta a veces, pero fluida y armoniosa. Yo llamaba lánguida y trivial a lo que ellos consideraban fluido y armonioso; y en cuanto a la incorrección, como se trataba de cuestión de gustos, no cabía discusión alguna. Ni hubiera podido haber lugar a ella, porque yo manteníame tan firme en mi papel de dicente, como ellos en el suyo de docentes; es decir: que en cuanto al buen gusto, me bastaba con que me agradara a mí mismo. Me contentaba, pues, con aprender negativamente de aquellos señores lo que se debe hacer, confiando en que el tiempo, la práctica y mi tenacidad enseñaríanme lo que era preciso que hiciera. Si yo quisiera hacer reír al lector a costa de aquellos profesores, como ellos rieron entonces a costa mía, podría nombrar a uno, el más vanidoso por cierto, el cual me aconsejaba que tomase por modelo para los versos de mis tragedias la Tansia, de Buonarroti, de la que el buen profesor no se separaba jamás, porque, según decía, estaba encantado de la riqueza y propiedad de lenguaje de aquella obra. Lo cual hubiera sido lo mismo que recomendar a un pintor de Historia que estudiase las obras de Callott. Otro elogiaba el estilo de Metastasio, diciendo que era el más adecuado para la tragedia; otro me

proponía este o aquel autor, y resultaba que ninguno de aquellos sabios sabía verdaderamente lo que era la tragedia.

Durante mi estancia en Pisa, traduje también, en prosa, con toda claridad y sencillez, para aprender bien sus verídicos e ingeniosos preceptos, la Poética, de Horacio. Asimismo, leí con afán las tragedias de Séneca, aunque me daba cuenta cabal de que eran completamente opuestas a los preceptos de Horacio; pero algunos rasgos de sublime realidad me entusiasmaron, y traté de traducirlos en verso libre, a fin de que me sirviesen para mi doble estudio del latín y del italiano, y con objeto también de versificar y darme tono. Haciendo aquellos ensayos advertía la gran diferencia que existe entre el verso yámbico y el épico, cuyos distintos metros bastan para distinguir claramente la razón del diálogo de la de toda otra poesía, y al mismo tiempo comprendía que, no existiendo en la literatura poética italiana más verso que el decasílabo para toda composición heroica, era preciso crear una disposición especial de las palabras entre sí, un sonido variado, una fraseología breve y enérgica, para que se distinguiese con toda claridad el verso trágico de cualquier otro verso suelto o rimado, tan épico como lírico. Los yámbicos de Séneca me convencieron de esta verdad y quizá me proporcionaron los medios de llevarla a la práctica. En efecto, el que no tenga atrofiado el oído advertirá en seguida la enorme diferencia que hay entre estos dos versos, uno de Virgilio, que quiere deleitar y arrebatarse al lector:

Quadrupedante pudrem sonitu quatit ungula campum,

y el otro, de Séneca, que quiere asombrar y aterrar al auditorio y caracterizar con sólo dos palabras a dos personajes distintos:

-Concede mortem  
Sirecusaes, darení.

Por esta misma razón, un autor trágico italiano no debería poner en boca de los que dialogan apasionadamente versos que en cuanto al sonido no se asemejan a estos dos estuendos y sublimes de nuestro épico:

Chiama gli abitator dell'ombre eterno  
Il rauco suon della tartarea tromba.

Íntimamente convencido de lo necesario que era establecer la diferencia entre los dos estilos, diferencia tanto más difícil para nosotros los italianos, cuanto que era preciso crearla dentro de los límites de nuestra métrica, yo hacía muy poco caso de lo que me decían los sabios de Pisa acerca del arte dramático, si bien escuchaba con humildad y paciencia sus enseñanzas gramaticales y la correcta pronunciación de su lenguaje, cosas ambas a las que, según parece, los toscanos de ahora no dan gran importancia.

Vedme, pues, en menos de un año, a contar desde la representación de Cleopatra, poseedor de un pequeño patrimonio de tres tragedias, y aquí es de justicia confesar en qué fuentes bebí antes de escribirlas. Concebí a Felipe nacido en francés y con ropaje francés, recordando la novela Don Carlos, del abate de San Reale, que había leído algunos años atrás; Polinice, galo también, me lo inspiraron los Hermanos enemigos, de Racine. Antígona, la primera de mis tragedias que no tuvo origen exótico, me fue inspirada por la lectura del libro duodécimo de Estacio, en la ya mencionada traducción de Bentivoglio. Habiendo, copiado en Polinice algunos conceptos tomados de Racine y de Los Siete delante de Tebas, de Esquilo, que leí en la traducción francesa del padre Brumoy, hice voto de no leer ninguna tragedia ajena que tratase del mismo asunto antes de escribir yo la mía, a fin de que no se me pudiera tachar de ladrón y que todo lo bueno o malo, que hubiese en mis obras fuera enteramente mío. El que lee mucho antes de componer, roba sin darse cuenta de ello y pierde la originalidad, supuesto que la tuviera. Por esta razón interrumpí el año anterior la lectura de Shakespeare -al que, dicho de paso, hubiera tenido que leer en francés-; cuanto más me gustaba ese autor, cuyos defectos, empero, no se me escapaban, tanto más empeñábame en no leerlos.

Apenas terminada mi tragedia en prosa Antígona, la lectura de Séneca me entusiasmó tanto, que ideé en un solo parto de mi mente dos tragedias gemelas: Agamenón y Orestes. Sin embargo, cualquiera que sea el valor literario de esas dos hijas mías, me parece que nada deben a Séneca.

A fines de junio abandoné a Pisa y me trasladé a Florencia, donde permanecí hasta últimos de septiembre. Me dediqué con gran empeño a imponerme en la lengua hablada, y logré en parte mi intento conversando diariamente con los florentinos. Desde entonces, sólo pensé en ese riquísimo y elegante lenguaje, base indispensable para escribir bien. Durante mi estancia en Florencia volví a poner en verso mi Felipe, desde el principio hasta el fin, sin mirar siquiera la primera versificación, sino valiéndome del original en prosa. Empero, parecíame, no ya que adelantaba muy poco, sino que atrasaba en vez de mejorar. Cierta día del mes de agosto que me hallaba en una tertulia de literatos, oí contar la anécdota histórica de Don García, asesinado por su propio padre, Cosme I. Aquel suceso me impresionó, y como, no se había publicado en ningún libro, me procuré un relato manuscrito existente en los archivos públicos de Florencia, en el que hallé un asunto muy a propósito para la tragedia. Entre tanto, no cesaba de escribir versos y más versos, pero muy malos todos ellos. En Florencia no tenía amigos censores como Tana y Paciudi, pero sí el suficiente juicio y criterio para no dar a nadie copias, y hasta la prudente modestia de recitar muy poco aquellas poesías. El mal éxito de mis rimas no me desalentaba; por lo contrario, servíame admirablemente para convencerme de que era indispensable que leyese mucho a nuestros mejores poetas y aprendiese sus versos de memoria para atesorar formas poéticas; así es que aquel verano leí y estudié con afán a Petrarca, Dante, Tasso, y me aprendí de

memoria los tres primeros cantos de Ariosto, persuadido de que llegaría un día en que todos aquellos giros, frases y palabras ajenas saldrían de mi cerebro mezclados e identificados con mis propias ideas y sentimientos.

### Capítulo III

#### Obstinación en los estudios más ingratos

En octubre volví a Turín, porque no había tomado las medidas necesarias para permanecer más tiempo fuera de casa, y no porque presumiera de haberme toscanizado bastante. Aparte de que otras frívolas razones me impulsaron a regresar. Los caballos que había dejado en Turín me esperaban y llamaban sin cesar: pasión que me disputó mucho tiempo a las musas, que no pudieron vencer de veras hasta un año después. Mi amor por el estudio y la gloria no era todavía tan potente que pudiera quitarme las ganas de divertirme, y esto último no podía hacerlo en ninguna parte mejor que en Turín, donde poseía buena casa, medios de todas clases, bastantes caballos y más amigos de los necesarios. Mas, a pesar de todos estos obstáculos, no descuidé el estudio aquel invierno, sino que, por lo contrario, lo proseguí con más empeño. Además de Horacio, del que no perdoné ni una de sus obras, leí y estudié muy detenidamente las de otros autores, entre ellos Salustio. La concisión y elegancia de este historiador me transportaron de tal modo, que inmediatamente puse mano a traducirlo, y aquel mismo invierno dejé terminada mi labor. No acertaría a expresar lo muchísimo que debo a ese trabajo, que he rehecho, corregido y limado infinidad de veces, no sé si en beneficio de la obra, pero seguramente en el mío propio, por los conocimientos que adquirí en la lengua latina y en la italiana, que al fin logré dominar.

Entre tanto, había vuelto de Portugal el incomparable abate Tomás de Caluso, quien, habiéndome encontrado, con gran sorpresa suya, puesto que no podía imaginárselo siquiera, entregado por completo al estudio de la literatura y obstinado en el propósito, tan difícil de realizar, de hacerme autor trágico, me alentó, aconsejó y ayudó con sus luces, con amabilidad, paciencia y cariño indecibles. Lo propio hicieron el erudito conde de San Rafael, a quien conocí aquel mismo año, y varios cultísimos señores, mayores que yo en edad y saber y muy entendidos y prácticos en el arte a que yo quería dedicarme; unos y otros me ayudaron y alentaron de consuno, aunque de alientos no había yo menester; bastábame mi ardiente carácter. Pero de lo que sobré todo estoy y estaré siempre agradecido a los indicados personajes, es de que soportaran con tanta amabilidad mi petulancia. la cual, justo es decirlo iba desapareciendo de día en día a medida que se hacía la luz en mi inteligencia.



A fines de aquel mismo año 1776 tuve una grandísima alegría. Una mañana fui a ver al conde de Tana, a quien, anhelante y tembloroso, solía llevar mis poesías en cuanto las acababa de escribir, y le entregué un soneto al que, ¡por fin!, sólo puso muy pocos reparos y lo alabó mucho, diciéndome que era aquélla la primera de mis composiciones poéticas digna de este nombre. Al cabo de tantas fatigas y humillaciones como había tenido que experimentar cada vez que en el transcurso de un año le leía mis desaliñadas rimas -que el conde, como generoso y verdadero amigo, censuraba sin piedad, dándome razones que forzosamente habían de convencerme-, imagínese el lector si aquellas sinceras e insólitas alabanzas llegarían a mi alma como dulcísimo néctar. Era el soneto una descripción del rapto de Ganimedes, hecho a imitación del inimitable de Cassiani sobre el rapto de Proserpina. Cuando di a la stampa mis Rimas, lo puse a la cabeza de éstas. Avido de nuevas alabanzas, compuse en seguida dos sonetos tomando el asunto de la fábula e imitados también como el primero, al que siguen inmediatamente después en el mencionado libro de mis Rimas. Los tres adolecen demasiado del mismo defecto: de haber sido servilmente imitados; pero, si no me engaño, tienen, por lo menos, el mérito de estar escritos con cierta clarividencia y bastante elegancia y el de ser lo mejor que hasta entonces había compuesto. Y tales como me salieron los conservé retocándolos muy poco cuando los publiqué muchos años después, Como si aquellos sonetos hubiesen abierto para mí un nuevo manantial de inspiración, escribí aquel mismo año muchos otros, de carácter amatorio la mayor parte, aunque no me los inspiró el amor a ninguna mujer. Únicamente, para ejercitarme en el manejo del idioma y en la versificación, me entretuve en describir la hermosura indiscutible de una amabilísima y gentil señora de la que ni por soñación estaba enamorado, por lo cual esas composiciones parecerán más descriptivas que afectuosas. Sin embargo, como no estaban mal versificadas, las quise conservar y publicar con mis otras rimas. Por ellas podrán apreciar los entendidos en la materia los adelantos que gradualmente iba yo haciendo en el difícilísimo arte del bien decir, sin lo cual el soneto no puede tener vida, aunque haya sido admirablemente concebido y dado a luz.

Algunos evidentes adelantos en la versificación y la prosa de Salustio. traducida con mucha concisión y claridad -pero sin da variada armonía peculiar de obra tan bien concebida-, llenaron mi corazón de ardientes esperanzas. Pero como todo lo que yo hacía o intentaba no tenía entonces otro objeto que el formarme un estilo propio y adecuado para la tragedia, abandonaba de vez en cuando las tareas secundarias para continuar la principal. Así, en abril de 1777 puse en verso mi Antígona, que, según he dicho en otro lugar, ideé y extendí al mismo tiempo el año anterior, durante mi estancia en Pisa. La versifiqué en menos de tres semanas, y, pareciéndome que había adquirido cierta facilidad, llegué a creer que había hecho una obra maestra. Mas apenas la hube leído a una tertulia de literatos que se formaba casi todas las noches, vi con profundo dolor que, a pesar de los elogios que se me tributaron estaba muy lejos del modo de decir que tan profundamente grabado tenía yo en la mente, sin que lograra trasladarlo a la pluma. Las alabanzas de aquellos cultos amigos diéronme a entender, y aun me convencieron, que allí había tragedia en cuanto al desarrollo, y la fuerza emotiva; pero en lo tocante al estilo, el oído y el entendimiento me convencieron también de lo contrario. Nadie podía ser juez tan competente como yo; porque, por muy entendido que fuese el auditorio, la suspensión, la emoción y la curiosidad que produce una tragedia nueva le impiden, y deben impedirlo, que repare demasiado en la discusión, y de aquí que pase inadvertido o no desagrade lo que no es rematadamente malo. Pero yo, que la leía y la conocía muy bien, tenía que echar de ver en seguida sus defectos, es decir: si la expresión

traicionaba al pensamiento o al sentimiento por no ser bastante apropiada, vehemente, breve, enérgica o elevada.

Persuadido, por consiguiente, de que aun no estaba yo en sazón y de que en Turín no podría estarlo en mucho tiempo, porque tenía demasiadas distracciones y no me hallaba lo bastante solo con el arte, resolví volver a Toscana, donde podría italianizar mejor la modalidad. Pues aunque en Turín no hablaba el francés, nuestra jerga piamontesa, que era el lenguaje que empleaba yo y oía hablar constantemente, no favorecía mucho mi deseo de pensar y escribir en italiano.

#### Capítulo IV

Segundo viaje literario a Toscana, afeado por una estúpida ostentación de caballos. Contraigo amistad con Gandellini. Trabajos hechos o ideados en Siena

Partí a primeros de mayo, previo el indispensable permiso que era preciso obtener del rey para salir de sus felicísimos estados. El ministro a quien lo pedí me replicó que el año anterior había estado ya en Toscana. «Precisamente por eso quiero volver» -le contesté. Me concedieron la licencia solicitada; pero las palabras del ministro me hicieron concebir el proyecto que puse en ejecución antes de que transcurriera un año, y gracias al cual no tuve que volver jamás a pedir permiso. Como tenía la intención de permanecer en Toscana más tiempo que la vez anterior, y a mis delirios de gloria verdadera se mezclaban no pocos de vanagloria, llevé conmigo más caballos y servidumbre numerosa, con objeto de representar dos papeles que raramente hermanan: el de poeta y el de gran señor. Con un tren de ocho caballos y todo lo correspondiente a semejante boato, tomé el camino de Génova, donde me embarqué con mi equipaje y mi carruaje, enviando por tierra los caballos a Lerici y Sarzana. Estos llegaron felizmente antes que yo. Cuando nuestra barca se hallaba casi a la vista de Lerici, el viento contrario nos obligó a volver atrás y desembarcar en Raballo, a dos postas de distancia de Génova; y como no tuve paciencia para esperar a que cambiase el viento y nos permitiese llegar a Lerici, dejé en la embarcación todos mis efectos, salvo alguna ropa interior y mis manuscritos, de los que no me separaba jamás, y sin más compañía que la de un criado continué mi viaje a caballo por los abruptos caminos del pelado Apenino, hasta Sarzana, donde encontré mis caballos y tuve que aguardar más de ocho días la llegada de la barca.

Aunque los caballos me distraían mucho, la estancia en Sarzana me resultaba muy aburrida, porque no llevaba conmigo más libros que las ediciones de bolsillo de las obras de Horacio y de Petrarca. Pedí prestado a un sacerdote, hermano del maestro de postas, un Tito Livio, autor que no había vuelto a tener en mis manos desde que, abandoné el colegio, donde ni le

estudié ni hubiera podido entenderlo. A despecho de mi desmedido entusiasmo por la concisión salustiana, la sublimidad del asunto y la majestad del estilo de Tito Livio me impresionaron grandemente, y el episodio de Virginia y los inflamados discursos de Icilio me transportaron de tal modo, que al punto ideé una tragedia, y seguramente habríala extendido de un tirón de no haber estado preocupado por la maldecida barca, cuya arribada me habría obligado a interrumpirla.

Y aquí, para que el lector me comprenda mejor, debo explicar las palabras que con tanta frecuencia vengo repitiendo: idear, extender y versificar. Estas tres operaciones, con que siempre he dado el ser a mis tragedias, me proporcionaban la inapreciable ventaja de tener tiempo para meditar detenidamente una composición de esa importancia, la cual, si nace ya torcida, es muy difícil enderezarla. Llamo, pues, idear a distribuir el asunto en actos y escenas, determinar el número de personajes y hacer en pocas cuartillas un resumen de la obra, escena por escena, indicando lo que han de hacer y decir. Cuando digo extender quiero significar que, guiándome por aquel resumen, lo voy desarrollando en prosa, escribiendo el diálogo de toda la tragedia y poniendo orden en las ideas sin rechazar ni una, sea como sea y escribiendo con toda la rapidez posible y sin preocuparme por si saldrá bien o mal; y, finalmente, llamo versificar, no sólo a poner en verso aquella prosa, sino a examinar con todo detenimiento, libre ya la mente del trabajo de crear, recoger las mejores ideas y expresarlas con poesías claras y legibles. Naturalmente, después tengo que retocar, limar, quitar o añadir, como es necesario hacer en toda composición literaria; pero si la tragedia no sale ya completa de las dos primeras operaciones, no se conseguirá, ciertamente, en las posteriores. Este mecanismo lo he observado en todas mis producciones dramáticas, empezando por Felipe, y estoy convencido de que constituye por sí mismo los dos tercios de la obra. En efecto, si transcurrido el tiempo suficiente para haber olvidado la primera distribución de escenas tomaba el resumen, y la descripción de cada una de ellas hacía afluir a mi mente y a mi corazón un torrente de ideas y de sentimientos que me impulsaban a escribir, aceptábalo por bueno y desarrollaba rápidamente el asunto; pero si no experimentaba un entusiasmo mayor o igual que cuando ideé la tragedia, cambiaba por completo la distribución de la obra o destruía el esquema.

Si la primitiva idea me parecía buena, el desarrollo del argumento me resultaba facilísimo; en un solo día escribía un acto, a veces más, raramente menos, y al cabo de una semana la tragedia estaba completa, nacida, pero no hecha. Así que, no admitiendo otro juez que mi propia manera de sentir, todas las que no he podido escribir con la rapidez que acabo de indicar han quedado sin terminar o no las he puesto en verso. Esto fue lo que me sucedió con una tragedia que, con el título de Carlos I, empecé a escribir en francés cuando di por acabado Felipe; a mitad del acto tercero se me helaron de tal modo el corazón y la mano, que la pluma se negó a continuar; y lo mismo me acaeció con otra titulada Romeo y Julieta, que extendí por completo, pero con gran trabajo y a largos intervalos; por lo que, cuando algunos meses después volví a leer el manuscrito para versificar la obra, sentí tal frío en el alma, y a la vez tan encendido furor contra mí mismo, que la arrojé al fuego sin poder acabar tan fastidiosa lectura. Resultado de este método que acabo de explicar es el que, tomadas en conjunto mis tragedias, a pesar de los muchos defectos que descubro en ellas y de los no pocos que escapan a mi penetración, tienen, o parece que tienen, según la opinión general, el mérito de estar íntimamente enlazadas de modo que las palabras, pensamientos y acciones del quinto acto están estrechamente ligados al cuarto, y así se van remontando

hasta los versos con que empieza el primero, con lo cual no se distrae la atención del auditorio y la acción tiene más vida. Como quiera que, una vez extendida la tragedia, al autor no le queda más tarea que la de versificarla tranquilamente, separando el oro del plomo, el cuidado y atención que exigen los versos y la nunca satisfecha pasión por la elegancia del estilo no entorpecen el transporte y vehemencia a que es preciso obedecer ciegamente cuando se idean y se crean cosas apasionadas y conmovedoras. Si los que vendrán después de mí se persuaden de que con este método he logrado mi intento mejor que con ninguno otro, la presente digresión podrá ser beneficiosa para los que se dediquen a este arte; y si, por lo contrario, mi método se considera desacertado, servirá al menos para que se procure inventar otro mejor.

Reanudo el hilo de mi narración. Llegó, finalmente, a Lericci la tan deseada barca, y en cuanto recuperé mis objetos salí de Sarzana con dirección a Pisa, habiendo aumentado mi caudal poético con la tragedia Virginia, cuyo argumento me encantaba. No pensaba detenerme en Pisa más que dos días, porque, en primer lugar, suponía que en Siena podría adelantar más en el estudio práctico del italiano, puesto que allí se habla mejor y no hay tantos extranjeros, y en segundo término, porque durante mi estancia en la primera de las mencionadas ciudades, el año anterior, habíame enamorado de una muchacha muy linda y graciosa, perteneciente a rica y noble familia, que no hubiera tenido a menos emparentar conmigo. Desde que consentí en que mi cuñado pidiera para mí la mano de una joven que no me quiso, había adelantado yo mucho en estas cosas, y por nada del mundo hubiera permitido que pidieran la de otra que tal vez me hubiera sido concedida, aunque por las dotes personales de la elegida y por otras muchas razones me hubiera convenido y era muy digna de mi cariño. Los ocho años más que yo tenía; el haber visitado, bien o mal, toda Europa; el amor a la gloria, que me poseía por completo; mi pasión por el estudio y la necesidad de permanecer desligado de todo vínculo, para poder ser intrépido y verídico autor trágico, hacíanme pasar de largo, diciéndome sin cesar que en la tiranía basta y sobra con vivir solo, y que, pensándolo bien, no se debe desear ser padre ni marido. Por eso atravesé presuroso el Arno y no me detuve hasta llegar a Siena. Y siempre he bendecido el momento en que llegué a dicha ciudad, porque tuve la suerte inapreciable de encontrar un grupito de seis o siete individuos dotados de tan recto juicio, tan vasta cultura y tan refinado gusto en las artes como jamás hubiera podido ni imaginarme siquiera que pudiera existir en población tan pequeña.

Entre ellos sobresalía por muchos conceptos el dignísimo Francisco Gori Gandinelli, de quien he hablado en mis escritos repetidas veces y cuyo dulce y querido recuerdo no se borrará jamás de mi corazón. Cierta semejanza de caracteres, la misma manera de pensar y sentir -que era más rara y meritoria en él, puesto que sus circunstancias no tenían nada de común con las mías- y una mutua necesidad de desahogar nuestros corazones, rebosantes de las mismas pasiones, fueron los lazos que nos unieron en una santa y estrecha amistad. El vínculo de la amistad franca y leal era y sigue siendo para mí una necesidad imprescindible; pero mi carácter adusto, desabrido, despegado, raro y retraído me impedía, y me impedirá mientras viva, que inspire simpatías a los demás y que conceda fácilmente mi amistad. Por eso he tenido muy pocos amigos de verdad; pero esos pocos han sido mucho mejores y más estimables que yo. En la amistad sólo he buscado yo el recíproco desahogo de las humanas debilidades, a fin de que el sano juicio y el cariño del amigo atenuara y mejorara en mí las poco laudables, y fortaleciera y elevara las nobles y

plausibles que poseyera y pudieran ser honrosas para mí y provechosas para los otros. Y como unta de esas debilidades mías era el empeño de llegar a ser autor trágico, en los consejos alentadores y generosos de Gandinelli hallé no poca ayuda e impulso. El deseo vivísimo que de ser digno de aquel hombre se apoderó de mí, diome como por encanto tal elasticidad de mente y tal prontitud de inteligencia, que no me dejaba vivir el afán de crear alguna obra que fuese, o que me pareciera que lo era, digna de él. No he podido gozar jamás del dominio completo de mis facultades intelectivas e imaginativas, cuando mi corazón no ha estado pleno y satisfecho y mi espíritu apoyado o sostenido, por decir así, por otro agradable y merecedor de estimación. Al contrario: cuando me he visto privado de ese apoyo, casi solo en el mundo, considerándome inútil para todos y de nadie querido, los accesos de melancolía, de desdén o repugnancia por todo lo humano eran tan frecuentes y violentos, que me pasaba días enteros sin pensar en nada y semanas sin poder ni querer abrir un libro ni tomar la pluma.

Así, pues, para alcanzar y merecer los elogios de un hombre como Gori, que tan estimable era para mí, trabajé aquel verano con mucho más ardor que antes. El fue quien me aconsejó que escribiera la tragedia basada en la conjura de los Pazzi; y como yo no conocía ese hecho me recomendó que lo estudiase en Maquiavelo, con preferencia a cualquier otro historiador. Ved aquí cómo, por rara coincidencia, fue también un grande amigo mío, tan querido como Acunha, pero, mucho más erudito que éste, el que por segunda vez puso en mis manos las obras del divino autor que en adelante había de constituir una de mis mayores delicias. En efecto: aunque yo no era tierra abonada para recibir y hacer fructificar semejante semilla, aquel verano leí muchos trozos de las mencionadas obras; entre otros, la narración del hecho de la conjura; y no sólo ideé la tragedia, sino que me empape de su originalísimo y jugoso lenguaje de tal suerte, que a los pocos días me vi obligado a dejar toda otra clase de estudio y escribir sin tomar descanso los dos libros de La tiranía, poco más o menos tal como fueron publicados muchos años después, fue aquella obra el desahogo de un corazón rebosante de odio y lacerado desde la infancia por los dardos de la aborrecida y universal opresión. Si en la edad madura hubiera debido tratar ese tema, quizá lo habría hecho más doctamente, corroborando mi opinión con la historia; pero cuando di aquella obra a la estampa no quise amortiguar con el hielo de los años y la pedantería de mi poco saber, el fuego de juventud y de noble y justa indignación que, a mi juicio, resplandecía en cada página, sin deslucir el sereno y verdadero raciocinio que me parece domina en todas ellas. No perseguí segundos fines ni inspiró ese trabajo ninguna secreta venganza. Tal vez habré sentido mal, o falsamente, o con demasiada pasión; pero ¿cuándo ha sido excesiva la pasión por la verdad y la rectitud tratándose de infundirla a los demás? No he dicho más de lo que he sentido, sino más bien menos que más. En esa edad, que es toda fuego, el juzgar y raciocinar quizá no fue otra cosa que un generoso y puro sentimiento.

Un amor digno me aprisiona dulcemente para siempre

Aligerado así mi exacerbado ánimo del peso del odio ingénito y feroz que sentía contra la tiranía, volvió a atraerme la producción dramática; y después de haber leído aquel librito a mi amigo queridísimo y a pocas personas más, lo sellé y guardé en mi papelera y en muchos años no me acordé de él. Calzando de nuevo el coturno, extendí seguida y rápidamente las tragedias Agamenón, Orestes y Virginia. Acerca de Orestes me asaltó una duda antes de extenderla; pero era tan pequeña y desdeñable, que mi amigo no tuvo que hacer ningún esfuerzo para disiparla. Dicha tragedia habíala ideado el año anterior en Siena, y me sugirió el asunto la lectura del pésimo Agamenón, de Séneca. Mas cierto día del invierno siguiente que me hallaba en mi casa de Turín hojeando un libro de tragedias de Voltaire, cayó bajo mis ojos este título: Orestes. Cerré el libro, enojado por tener semejante competidor entre los escritores modernos, de quien no sospechaba siquiera que hubiera podido escribir aquella obra. Pregunté después acerca de ella a varios literatos, y como todos los consultados coincidieran en diputarla como una de las mejores tragedias de Voltaire, perdí todo entusiasmo y por el momento renuncié a escribir la que había ideado. Mas hallándome en Siena, como he dicho, y habiendo acabado de extender Agamenón, sin haber hojeado siquiera la de Séneca, para no caer en el plagio, le tocó el turno a Orestes; pero no quise poner mano a la obra sin consultar primero con mi amigo, a quien referí lo sucedido y le pedí prestado el Orestes de Voltaire, con objeto de darle un vistazo y decidirme a continuar o a renunciar por completo al mío. Gori no quiso prestarme la tragedia francesa. «Escriba la suya -me dijo-, y si realmente ha nacido para hacer tragedias, su Orestes resultará mejor, o peor, o igual que el de Voltaire, pero, al menos, será enteramente suyo.» Así lo hice; y desde entonces, tan noble y elevado consejo fue para mí una norma invariable; de modo que cuando he tenido que tratar un asunto que ya ha sido tratado por otros, no he leído jamás las producciones ajenas, antes de terminar la mía; y si, a pesar de esto, las recordaba por haberlas leído con anterioridad a la concepción de mi obra, procuraba hacer, si era posible, lo contrario, a fin de que no se me pudiera tachar de imitador o plagiarlo. Este procedimiento quizá no será bueno del todo, pero tiene la ventaja de que, observándolo, no hay temor de que se quite nada a nadie.

Permanecí en Siena unos cinco meses y esa breve estancia fue un verdadero bálsamo para mi inteligencia y para mi corazón al mismo tiempo. Además de las citadas composiciones, continué con tesón y provecho el estudio de los clásicos latinos, entre ellos Juvenal, que me gustó muchísimo, por lo que en lo sucesivo, lo leía tanto como a Horacio. Empero, como se echaba encima el invierno, que en Siena no es nada agradable, y aun no había perdido por completo la manía juvenil de cambiar de población, en octubre salí para Florencia, sin haber resuelto aún si pasaría allí el invierno o si regresaría a Turín. Cuando llegué a Florencia estaba, empero, decidido a no detenerme en ella más de un mes; pero un suceso imprevisto convirtió aquel mes en varios años; suceso que, por fortuna para mí, me indujo a expatriarme para siempre. En las áureas cadenas que acepté espontáneamente hallé por fin mi libertad literaria, sin la cual nada bueno hubiera podido hacer, supuesto que lo haya hecho.

El verano anterior, que, como he dicho, lo pasé en Florencia, tropecé varias veces con una elegante y hermosa señora que, por ser también extranjera y distinguidísima, era imposible no reparar en ella y mirarla con mucha atención, y más imposible aún mirarla y no sentirse uno atraído irresistiblemente hacia ella. Con todo, y a pesar de que los principales señores florentinos y los extranjeros de distinción frecuentaban sus salones y se disputaban su trato, yo, absorto en el estudio, dominado por la melancolía, adusto y huraño por temperamento y más decidido que nunca a huir del bello sexo, y sobre todo de las mujeres que me parecían más simpáticas y hermosas, no di un solo paso para ser presentado a aquélla; sin embargo, la veía muy a menudo en los teatros y en los paseos públicos. La impresión que me causó desde el primer momento fue agradabilísima. El suave fuego de sus ojos negrísimo, que destacaban en una tez blanquísima, sombreados por párpados y cejas dorados, como sus abundosos cabellos -cualidades que rara vez se hallan reunidas en una misma persona-, daban a su belleza un realce que cautivaba. Veinticinco años de edad, mucha inclinación hacia las letras y las bellas artes, carácter bellísimo y, a pesar de estar rodeada de lujo y comodidades, grandes disgustos de familia que le impedían ser dichosa.... todo esto eran demasiados atractivos para no contener al más osado.

Mas aquel otoño, cediendo a las instancias de un conocido mío, que se obstinó en presentarme a la aludida señora, y creyéndome bastante fuerte para no temer nada, me arriesgué a acercarme a ella y no tardé en quedar prisionero de sus encantos, sin darme apenas cuenta de ello. Mas, indeciso y luchando contra aquella nueva pasión, en diciembre di una escapada a Roma, corriendo la posta a caballo -viaje loco y penoso, del que no saqué más provecho que el haber escrito mi soneto a Roma durante la noche de insomnio que pasé en una mala posada-. Entre ir y venir empleé doce días, y al pasar por Siena volví a ver a mi amigo Gori, el cual no me aconsejó, sino todo lo contrario, que rompiese las cadenas que me tenían ya medio aherrojado; así es que, en cuanto estuve de regreso en Florencia, hice todo lo humanamente posible para remacharlas. Afortunadamente, la cuarta y última fiebre de amor que me invadió se manifestaba con síntomas muy distintos de las otras. En las primeras no me agitó una pasión del entendimiento que, entremezclándose y neutralizando la del corazón, viniese a formar, empleando las palabras del poeta, «un sentimiento desconocido e indistinto» menos impetuoso y menos ardiente, pero más profundo y duradero. La llama que fue abrasando mi corazón, poniéndose por encima de todos mis afectos y pensamientos, no podrá extinguirla más que la muerte.

Convencíme al cabo de dos meses de que aquélla era la única mujer que me convenía y necesitaba, porque en vez de ser, como suelen serlo las mujeres vulgares, un obstáculo a la gloria literaria, un estorbo y una distracción de ocupaciones útiles, era acicate, estímulo, ayuda, consuela y ejemplo para, realizar las obras más bellas; y yo, que supe apreciar el valor inmenso de semejante tesoro, la amé con toda mi alma. Y no he tenido que arrepentirme; más de doce años después, mientras escribo estas líneas, cuando he entrado ya en la edad de los desengaños, más enamorado estoy de ella, a pesar de que el tiempo, inexorable, va disminuyendo los encantos físicos de su no fugaz belleza. Este amor fortalece, suaviza y eleva más y más mi espíritu, y aun me atrevería a decir que a ella le sucede lo mismo, porque, sin duda, en el mío apoya y corrobora el suyo.

## Capítulo VI

### Donación de bienes a mi hermana. Tacañería

Comencé entonces a trabajar alegremente, es decir, con ánimo tranquilo y sereno, como todo el que al fin ve realizados sus deseos. Estaba firmemente resuelto a no moverme de Florencia mientras residiera en ella la mujer que se había adueñado de mi corazón, y para ello tuve que llevar a cabo un proyecto que desde hacía tiempo acariciaba y cuya ejecución era para mí inaplazable y necesaria, desde el momento que uní indisolublemente mi corazón al de una mujer tan digna de mi amor.

Habíanme parecido siempre demasiado pesadas y duras las cadenas que al nacer me impusieron, sobre todo el nada envidiable privilegio por el que únicamente los nobles feudatarios no pueden ausentarse del reino sin previa licencia del monarca; licencia que a veces deniega el ministro, o la concede a regañadientes, y es siempre limitada. Cuatro o cinco veces me vi precisado a solicitarla; y si bien nunca me fue negada, como la consideraba injusta puesto que ni los segundones ni ninguna clase de ciudadanos, a menos que desempeñasen cargos públicos, venían obligados a pedirla-, a medida que me iba creciendo la barba, mayor repugnancia me causaba. La última que solicité también me fue concedida, pero acompañada de una observación del ministro, que me molestó bastante. El número de mis obras aumentaba de día en día. La tragedia Virginia, que había escrito yo con toda la libertad y crudeza que exigía el asunto; el haber compuesto el libro de La Tiranía, como si yo hubiese nacido y viviera en un pueblo verdaderamente libre; el haber leído, gustado y sentido las obras de Tácito y de Maquiavelo y de otros independientes y sublimes autores; el haber reflexionado sobre la situación en que me hubiera encontrado en Turín, donde, o no hubiera podido imprimir mis obras, o, en el caso de poder publicarlas, no habría podido continuar viviendo; el estar plenamente convencido de que si daba a la estampa mis obras en el extranjero me acarrearía muchos disgustos y persecuciones, en virtud de una ley del reino que luego citaré, y, por añadidura, como si las razones expuestas no fueran bastante poderosas, la pasión que acababa de apoderarse de mí para labrar mi dicha y serme tan provechosa, decidieronme a trabajar con mayor ardor en la importantísima obra de «despíamontizarme» a toda costa, de abandonar para siempre, sucediera lo que sucediera, el malaventurado nido en que nací.

Se me ocurrían varios medios para lograrlo. El de ir prolongando la licencia, solicitando cada año una prórroga, era, sin duda, el más acertado, pero no el más seguro, puesto que no podía fiar mucho en él mientras dependiese del arbitrio ajeno. El valerme de subterfugios y enredos, simulando deudas, vendiendo clandestinamente, y otras cosas por el estilo para conseguir mi objeto y salvar al propio tiempo mis bienes, eran medios ruines e inseguros que me repugnaban, tal vez también porque no eran extremos. Por otra parte, como, yo me sentía naturalmente inclinado al pesimismo, quería resolver inmediatamente y con la mayor



seguridad posible aquel asunto y fijar la situación a que, más tarde o más temprano, habría de llegar, so pena de renunciar al arte y a la gloria de autor independiente y verídico. Decidido, pues, a aclarar las cosas y ver la manera de reservarme algo para vivir e imprimir mis obras en el extranjero, puse mano a la obra, y puedo gloriarme de haber procedido con mucho acierto, a pesar de mi juventud y de lo apasionado que era ya en todo. Si, dado el despótico gobierno de mi patria, no me hubiese prevenido a tiempo y hubiese editado en país extranjero alguna obra mía, por inocente e inofensiva que fuese, mi situación hubiera sido muy comprometida, mi sustento muy problemático, y mi gloria y mi libertad hubieran quedado a merced de aquella autoridad absoluta que, necesariamente ofendida por mi manera de pensar, escribir y obrar despectiva, generosa y libre, no me habría ayudado, ciertamente, a emanciparme de ella.

En aquel tiempo existía en el Piamonte una ley del tenor siguiente: «Queda absolutamente prohibido a quienquiera que sea imprimir libros y toda clase de escritos en nuestros estados sin previa licencia de los censores, bajo multa de sesenta o más ducados y de pena corporal, si por cualquier circunstancia fuera preciso imponer un castigo público.» Además existía esta otra: «Los vasallos que habitan en nuestros estados no podrán ausentarse de los mismos sin que les otorguemos permiso por escrito.» De manera que, puesto así entre la espada y la pared, yo no podía ser al mismo tiempo vasallo y autor, y opté por ser autor únicamente. Y como siempre he sido enemigo de vacilaciones y rodeos, decidí tomar el camino más corto y derecho para «desvasallarme»: hacer donación en vida de todos mis bienes, tanto enfeudados como libres, a mi heredera natural, que era mi hermana Julia, que estaba casada, como ya sabemos, con el conde de Cumiana. Y así lo hice de modo solemne e irrevocable, reservándome una pensión anual de 14.000 liras, o sea unos 1.400 cequies florentinos, que venían a ser la mitad de mis rentas. Cedía con muchísimo gusto la otra mitad, porque gracias a eso podría vivir independientemente donde quisiera y escribir con entera libertad. Mas, para llevar a feliz término aquel asunto, tuve que soportar infinitas molestias y disgustos, originados por los trámites legales y por tener que resolverlo mediante cartas que enviaba o recibía, con lo cual se perdió mucho tiempo. Ante todo, fue preciso obtener el permiso real, porque, como he dicho, en aquel dichoso país el rey se inmiscuye hasta en los más pequeños asuntos de familia; así es que mi cuñado tuvo que actuar en su nombre y en el mío para que el monarca le permitiese aceptar mis donación y lo autorizara para enviarme al punto donde yo me encontrase la pensión anual que me reservaba. No era preciso ser un lince para ver que la causa principal de mi donación era mi propósito de no volver a vivir en el Piamonte. Por lo tanto, había que alcanzar la autorización del Gobierno, pues de lo contrario hubiera podido oponerse a que me remitieran la pensión a un país extranjero.

Por fortuna, el soberano que reinaba a la sazón, conociendo, sin duda, mis ideas, de las que había dado yo no pocas muestras, prefería alejarme de mi patria a retenerme en ella, y sancionó en seguida mi espontánea expoliación. Y los dos quedamos contentísimos: él por perderme y yo por encontrarme.

Y aquí debo hablar de una debilidad mía bastante curiosa, para satisfacción de los que me quieren mal y regocijo de los que examinándose a sí mismo se consideran más sanos de espíritu y menos niños de lo que yo era. Esa debilidad, que tan poco se compadecía por las pruebas de fortaleza que estaba dando, dice claramente, al que sabe observar bien y

reflexionar, que a veces existen en el hombre, o al menos que existían en mí, el gigante y el enano al mismo tiempo. Ello fue que mientras escribía la tragedia Virginia y el libro La Tiranía, mientras sacudía tan vigorosamente, hasta lograr romperlas, mis originarias cadenas, continuaba vistiendo el uniforme militar del rey de Cerdeña en país extranjero y cuando hacia ya cerca de cuatro años que se me había concedido la separación del servicio. ¿Qué dirán los hombres sensatos cuando confiese cándidamente la razón que tenía para hacerlo? Esa razón no era otra sino la de que estaba convencido de que aquel uniforme hacía me parecer más delgado y elegante. Ríe, lector, que sobrados motivos tienes, y añade por tu cuenta que obrando así, pueril y tontamente, prefería parecer más guapo a los ojos de los demás que apreciable a los míos propios.

La tramitación de mi asunto se prolongó desde enero hasta noviembre de 1788, porque a última hora decidí permutar cinco mil liras de la pensión anual por un capital de cien mil liras piamontesas, que debía entregarme mi hermana. Al principio tropecé con algunas dificultades, pero al fin consintió el Rey en que se me enviase al extranjero dicha cantidad, que coloqué al punto en uno de los muchos e insidiosos bancos vitalicios de Francia, no porque me fiase mucho más del rey cristianísimo que del sardo, sino porque me pareció que teniendo colocada mi fortuna en dos tiranías distintas resultaría menos precaria mi situación económica y salvaría así, si no la bolsa, a lo menos la inteligencia y la pluma.

Del acto de donación -que marca para mí una época decisiva e importante, y de cuya idea y realización sólo he tenido siempre motivos para felicitarme-, no hablé a mi amada hasta que todo estuvo terminado. No quise poner su delicado espíritu en el trance de tener que censurar lo que yo hacía e impedir que lo llevara a cabo por considerarlo perjudicial para mí, o bien de verse obligada a elogiarlo y aprobarlo porque consolidaba sobre base más firme y duradera nuestro recíproco amor, ya que mi determinación no tenía otro objeto que el de ponerme en situación de no verme precisado a separarme de ella jamás. Cuando lo supo me reconvino con la cándida ingenuidad que le era peculiar; pero como lo hecho no tenía ya remedio, acabó por perdonarme que se lo hubiera ocultado, y quizá me amó más y no me estimó menos desde entonces.

Entre tanto que yo escribía carta tras carta a Turín contestando a las que de allí recibía y volviendo a escribir, para acabar de una vez y cuanto antes con tan fastidiosos requilorios reales, legales y familiares, como yo estaba firmemente decidido a no retroceder, sucediera lo que sucediera, ordené a Elía, a quien había dejado en Turín, que vendiese todos mis muebles y vajillas, y el fiel criado, trabajando activamente y defendiendo mis intereses como si fueran los suyos propios, al cabo de dos meses me anunció que había realizado la venta y tenía a mi disposición más de seis mil cequíes. Le ordené inmediatamente que me girase dicha cantidad en letras de cambio contra algún banquero de Florencia; pero, no sé por qué motivo, transcurrieron tres o cuatro semanas desde que di aquella orden sin que recibiera noticias de Elía ni aviso de ninguna casa de banca. Aunque yo no era desconfiado por temperamento, tenía motivos para abrigar temores por la tardanza en recibir contestación de un hombre tan activo y solícito como Elía, quien no ignoraba mi situación. La desconfianza se fue apoderando de mí, y la fantasía, que todo lo exagera cuando es tan ardiente como la mía, dio por segura una desgracia que, si bien era posible, estaba muy lejos de realizarse. Así es que durante quince días estuve convencido de que había perdido mis seis mil cequíes, junto con la buena opinión que tenía de mi criado. En este supuesto,

mi situación era muy crítica. El asunto de la donación no estaba todavía resuelto, y cada día recibía nuevas objeciones de mi cuñado, que me las hacía reservadamente en nombre del rey, hasta que, cansado ya de tanto mareo y tantas dilaciones, le escribí con ira y desprecio diciéndole que si les repugnaba la palabra donación que emplease la de expoliación; que no pensaba volver jamás al Piamonte, y que, por lo tanto, me importaban un bledo su dinero y su rey; que se quedaran con todos mis bienes y que me dejaran en paz. En efecto, yo estaba firmemente decidido a no repatriarme en mi vida, aunque tuviera que pedir limosna para mi sustento. Así, pues, no sabiendo cómo acabaría aquel asunto y qué había sido del producto de la venta de mis muebles, no estando seguro de nada, veíame ya sumido en la miseria, cuando, al fin, Elía me envió las letras, y con aquella pequeña cantidad me creí a cubierto de toda necesidad en lo futuro. En los delirios de mi fantasía, la única profesión que se me presentaba como la más apropiada y menos servil para mí era la de domador de caballos, en lo que llegué a ser un verdadero maestro. Y hasta me parecía la más conveniente para un poeta, porque en las cuadras se pueden escribir tragedias con más libertad que en los palacios reales.

Antes que me embargaran estas angustias, más imaginarias que reales, apenas hice donación de mis bienes, fui despidiendo a mis criados, quedándome sólo con dos, que también despedí luego: uno para el servicio de mi persona y el otro para que me preparase las comidas. Desde entonces, aunque yo era pareo en el comer y casi abstemio, adquirí la noble y saludable virtud de la sobriedad: me abstuve por completo del vino, del café y de toda clase de bebidas, y durante años enteros me alimenté invariablemente de arroz y carne cocida o asada. Mandé cuatro de mis caballos a Turín para que los vendieran junto con los que allí había dejado, y los otros cuatro los regalé a unos señores florentinos que eran no amigos, sino simples conocidos míos, los cuales, menos orgullosos que yo, aceptaron sin remilgos el presente que les hice. Asimismo regalé todos mis trajes a mi ayuda de cámara, sacrifiqué también el uniforme y adopté un traje negro para usarlo por la tarde y otro azul para por la mañana, colores que desde entonces he llevado siempre y con los cuales habrán de amortajarme. De manera que me reduje en todo a lo estrictamente necesario y fui al mismo tiempo dadivoso y avaro.

Resuelto a afrontar lo peor que pudiera sobrevenirme; no poseyendo otro capital que los seis mil cequíes remitidos por Elía y colocados en renta perpetua en Francia, y siendo, por temperamento, inclinado a los extremos, mi economía e independencia fueron tan lejos, que, imponiéndome cada día una nueva privación, casi llegué a caer en la sordidez. Digo casi porque seguí cambiándome diariamente de camisa y no descuidé mi aseo personal; pero si hubiera sido mi estómago el encargado de escribir mi vida, habría quitado el casi para decir que yo era el hombre más tacaño del mundo. Este fue el segundo, y espero que será el último, acceso de esa repugnante enfermedad que degrada el espíritu y oprime la inteligencia. Mas a la vez que no cesaba de cavilar para privarme de algo o disminuir mis gastos, compraba cuantos libros podía, y así llegué a poseer casi todos los publicados en nuestra lengua y gran cantidad de las mejores ediciones de clásicos latinos. Y todos los fui leyendo y releendo, pero precipitadamente, con demasiada avidez, para que el fruto fuera tal como sin duda lo habría recogido con una lectura reposada, sin excluir las notas. Estas últimas no las pude tragar hasta muchos años después, porque en mi juventud no tuve nunca paciencia para leer las citas y descifrar los pasajes que resultaban oscuros para mí;

prefería saltarlos bonitamente a interpretarlos por medio de la meditación y los comentarios.

En el transcurso del año de negocios de 1778 no abandoné mis tareas, pero resentíanse todas de las molestias y distracciones antiliterarias que la necesidad me impuso. Respecto al punto principal para mí, o sea el dominio del lenguaje toscano, se interpuso el obstáculo de que mi amada no sabía ni una palabra italiana, por lo cual veíame obligado a hablar y oír hablar constantemente el francés en su casa. El resto del día recurría, como a antídoto contra los galicismos, a la lectura de nuestros mejores prosistas del 300, y con esto me impuse un trabajo nada poético, pero sí abrumador. Me empeñé en que mi adorada aprendiese el italiano lo suficiente para hablarlo y leerlo, y lo conseguí muy pronto y tan bien, que ninguna extranjera hubiera podido hacerlo mejor que ella: lo habló con pronunciación más perfecta que todas las mujeres italianas no nacidas en Toscana - lombardas, venecianas, napolitanas y aun romanas-, porque éstas, de un modo u otro, hieren el oído acostumbrado al dulce y vibrante acento toscano. Empero, aunque hablando conmigo no emplease ella otro idioma que el mío, en su casa, que estaba siempre llena de extranjeros, mi toscanismo sufría un verdadero suplicio; de manera que a mis muchas contrariedades tuve que añadir la de oír sonidos franceses en vez de toscanos durante los tres años, aproximadamente, que permanecí en Florencia. Y lo peor del caso es que de entonces acá he vivido condenado a lo mismo; de suerte que si he logrado escribir correctamente y con sabor toscano -pero sin alambicamientos ni afectación-, mi mérito es mucho mayor, si se tienen en cuenta los obstáculos que tenía que vencer; y si, por lo contrario, no lo he conseguido, no se me puede tratar con excesivo rigor.

## Capítulo VII

### Fervorosos estudios en Florencia

En abril de 1778, después de haber puesto en verso Virginia y casi todo el Agamenón, padecí una corta pero grave enfermedad inflamatoria, acompañada de anginas, que obligó al médico a sangrarme, por lo cual la convalecencia fue larga y quedé muy débil por mucho tiempo. La agitación, las desazones, el estudio y el amor hicieronme enfermar; y si bien a fin de año cesaron por completo los disgustos que me ocasionaban los negocios de familia, el estudio y el amor, cada día más vehementes, bastaron para que en adelante no volviese a gozar de la robustez de idiota adquirida durante mis diez años de diversiones, ociosidad y viajes casi continuos. Sin embargo, a la entrada del verano me repuse bastante y trabajé con ardor. Es el verano mi estación favorita; cuanto más calor hace me siento mejor y compongo con mayor facilidad.

A fines de mayo de aquel año había comenzado un poemita en octavas sobre el asesinato del duque Alejandro, perpetrado por Lorenzino de Médicis. El asunto habíame gustado mucho; pero no considerándolo a propósito para una tragedia, compuse un poema. Lo iba haciendo a trozos, sin esquema alguno, a fin de acostumbrarme a rimar, de lo que poco a poco me apartaba cada día más el verso suelto de las tragedias. Al propio tiempo escribía algunas poesías amatorias, tanto para elogiar a mi amante como para desahogar mi corazón de las penas que por sus disgustos domésticos tenía que pasar cuando estaba a su lado. Empiezan mis poesías consagradas a ella con el soneto que dice:

Negros, vivaces, en dulce fuego ardientes.

Todos los versos de amor que escribí después, de ella y para ella fueron; únicamente para ella, porque no volverá a cantar en mi vida a ninguna otra mujer. Y en esos versos -peor o mejor concebidos y expresados- creo que se trasluce el inmenso cariño que me los inspiraba, el amor siempre creciente que siento por la dueña de mi corazón, y sobre todo se debe traslucir en los que compuse durante el mucho tiempo que estuve separado de ella.

Vuelvo a mis ocupaciones del 1778. En Junio escribí con frenética fiebre de libertad la tragedia La conjura de los Pazzi, e inmediatamente después la titulada Don García. Ideé luego y distribuí en capítulos los tres libros Del Príncipe y de las Letras y escribí los tres primeros capítulos; pero no hallando frases para expresar como hubiera querido mis pensamientos, los dejé para acabarlos en mejor ocasión, a fin de no tener que rehacerlos al corregirlos. En agosto del mismo año, por complacer a mi amada, que fue quien me inspiró el asunto, ideé la tragedia María Estuardo, y desde septiembre en adelante versifiqué el Orestes, con el que terminé aquel, año de tanto trabajo para mí.

Pasaban entonces mis días en una calma que hubiera sido completa sin la angustia de ver siempre angustiada a la mujer adorada por los disgustos que le ocasionaba incesantemente su quejoso, medio loco, viejo y borracho marido. Sus penas eran las mías, y he tenido que sufrir lo indecible. Yo sólo la podía ver durante las tertulias que se formaban en su casa por la noche y cuando me sentaba a su mesa, que no era con mucha frecuencia; pero siempre estaba presente su marido, no porque desconfiase de mí más que de los otros contertulios, sino por costumbre. En los nueve años que vivieron juntos aquellos esposos nunca salió él solo sin que le acompañase ella, ni ella sin la compañía de su marido; inseparabilidad que parecía chocante hasta en amantes -de la misma edad y perdidamente enamorados. Así, pues, yo me pasaba todo el día estudiando y trabajando en mi casa, después de haber dado por la mañana un largo paseo montando un flaco rocín de alquiler, porque ese ejercicio era muy conveniente para mi salud. Por la noche hallaba un gran alivio en la visita que hacía a mi amada; pero amargábame aquellos momentos dulcísimas el verla siempre angustiada y oprimida. Si no me hubiese aplicado con tanta tenacidad al estudio, seguramente no habría podido resignarme a verla tan poco y en tal situación de ánimo; pero no es menas cierto que si me hubiese faltado su presencia, que era el único consuelo que tenía en mi soledad, no habría podido resistir a trabajo tan continuo y desesperado, por decir así.

El año 1779 puse en verso La conjura de los Pazzi, ideé Rosmunda, Octavia y Timoleón, extendí Romunda y María Estuardo, versifiqué Don García, terminé el primer canto del poema y dejé muy adelantado el segundo.

En medio de tan fatigosas ocupaciones de la mente, desahogaba mi corazón en el de mi bella amada presente y en el de los dos amigos ausentes, a los que enviaba de vez en cuando algunas cartas. Uno de éstos era Gori, de Siena, que me hizo dos o tres visitas en Florencia, y el otro, el excelente abate Caluso, el cual, a mediados del 79, se trasladó a Florencia para gozar un añito de la bellísima habla toscana y de la compañía de un amigo tan querido como me preciaba de serlo yo para él y con objeto, y con objeto también de dedicarse a sus estudios con más tranquilidad y libertad completa, lo cual no podía hacerlo en Turín, donde, entre tantos hermanos, sobrinos, primos e indiscretos amigos, su natural amable y condescendiente le obligaba a ser más de los otros que de sí mismo. Permaneció en Florencia un año, y nos veíamos cada día, pagando muchas horas juntos después de la comida. Con su agradable y erudita conversación aprendí yo, casi sin darme cuenta de ello, mucho más que en los libros. Por muchos motivos debo eterna gratitud al sabio abate, y sobre todo, por haberme enseñado a saborear, sentir y conocer la hermosa e inmensa variedad de los versos de Virgilio, que hasta entonces yo no había hecho más que entenderlos; lo cual, tratándose de un poeta como aquél, y teniendo en cuenta los beneficios que puede reportar a quien lo lee, equivalía a no conocerlo. He intentado después, no sé si con fortuna, trasladar a los versos libres en el diálogo de la tragedia aquella incesante variedad de armonía, por la que raramente van juntos dos versos parecidos; aquellas oportunas interrupciones, y, en cuanto nuestro idioma lo permite, las transposiciones que hacen la manera de versificar de Virgilio diferente de la de Lucano, de Ovidio y de todos; diferencia difícil de expresar con palabras, y que escapa fácilmente al que no sea muy versado en el arte poético. Y yo tenía necesidad de la ayuda ajena para atesorar formas y modalidades que diesen al mecanismo de mi verso trágico un sello propio y se realizara por sí mismo, por la fuerza de la estructura, ya que en ese género de composición no se puede ayudar el verso, ni hincharlo con largos períodos, ni con muchas imágenes, ni con demasiadas transposiciones, ni con excesivo lujo de voces raras, ni con rebuscados epítetos; por lo contrario, la disposición sencilla y clara de las palabras entre sí infunde la esencia del verso, sin hacerle perder la naturalidad en el diálogo. Pero todo esto que tan confusamente expreso, y que desde entonces se fue grabando cada día más en mi mente, no lo pudo hacer mi pluma, supuesto que lo haya hecho, hasta muchos años después, cuando imprimí mis tragedias en París. Pues si el leer, estudiar, gustar, discernir y desentrañar las bellezas en el decir de Dante y Petrarca, pudieron quizá infundirme la capacidad de rimar bien, el arte del verso libre no podía encontrarlo más que en Virgilio, en Cesarotti o, en mí mismo, supuesto también que lo posea. Mas antes de llegar a descubrir en mí la esencia de este estilo que había de crearse, tuve que errar mucho tiempo tambaleándome y caer con frecuencia en lo enrevesado y obscuro, por querer huir demasiado de lo sencillo y trivial, según he indicado en otro lugar cuando he tenido que explicar la razón de mi manera de escribir.

El año siguiente, 1780, versifiqué la tragedia María Estuardo y escribí Octavia y Timoleón; esta última, fruto de la lectura de Plutarco, que había reanudado, y aquélla, inspirada, por la de Tácito, a quien yo leía y releía con indecible entusiasmo. Versifiqué también por tercera vez Felipe, suprimiendo muchos versos, sin que por eso dejara de resentirse esta obra de su

origen bastardo y desaparecieran por completo los modismos y giros extraños de que estaba plagada. Asimismo versifiqué Rosmunda y gran parte de Octavia, labor que a fines de año tuve que interrumpir a causa de las contrariedades amorosas que me sobrevinieron.

## Capítulo VIII

Vuelvo a Nápoles y después a Roma, donde fijo mi residencia

La vida de mi amante, según he dicho antes, era un continuo martirio, y los disgustos domésticos llegaron a tal extremo, que en la noche de San Andrés se desarrolló entre ella y su marido una escena tan violenta, que, para librarse de las vejaciones y malos tratos de que aquel borracho la hizo objeto, viose obligada a buscar un refugio contra aquella tiranía y salvar su salud y su vida. Y he aquí que, a pesar de la invencible repugnancia que ello me causaba, tuve que entenderme con los personajes influyentes sobre el Gobierno florentino y recurrir a la intriga para que favorecieran la liberación de aquella inocente víctima de yugo tan bárbaro e indigno. Satisfecho y convencido de que en este asunto no me guió el interés propio, sino el bien ajeno; tranquila mi conciencia por no haberle aconsejado jamás que recurriese a medios extremos hasta que su situación insoportable exigió que se lo recomendara -ya que esta máxima ha sido la que he practicado siempre en los asuntos ajenos y nunca en los míos propios-, y persuadido, finalmente., de que en aquel caso era imposible proceder de otra manera, no me rebajé entonces, ni me rebajaré en mi vida, a purgarme de las estúpidas y malignas imputaciones que en aquella ocasión se me hicieron. Basta decir que salvé a mi amada de la tiranía de un amo medio loco y borracho sin haber comprometido su honra ni herido el decoro de nadie. Lo cual no parecerá tan fácil de hacer y conseguir con tan buen éxito, al que conociera ya, o se enterara después, de las circunstancias especialísimas en que aquella señora moría lentamente en prisión tan dura de soportar.

Recluyóse primero en un convento de Florencia, adonde la acompañó su propio marido, bien ajeno de sospechar siquiera que allí habría de dejarla por orden de quien a la sazón gobernaba en Florencia. Pocos días después la llamó a Roma, donde residía su cuñado, y en aquella ciudad se retiró también a un convento. Los motivos del rompimiento entre ella y su marido eran tan poderosos, que no hubo quien desaprobara su separación.

Partió para Roma a fines de diciembre, y yo me quedé en Florencia como ciego abandonado. Me convencí entonces, desde lo íntimo, del corazón y la mente, de que sin ella no podía vivir ni hacer nada útil, pues, sentíame incapaz de aplicarme al estudio, de distraerme con alguna ocupación de emprender una obra cualquiera; llegué a olvidar hasta la gloria tan ardientemente deseada. Había trabajado denodadamente en beneficio suyo y

perjuicio mío, pues para mí no podía haber desgracia mayor que el no verla. Yo no podía decorosamente seguirla a Roma en seguida, y, por otra parte, la vida se me hacía imposible en Florencia. No obstante, permanecí en esta ciudad todo el mes de enero de 1781; pero esas semanas me parecieron siglos, y no pude proseguir mis tareas, ni leer ni escribir una línea. Tomé, pues, la determinación de trasladarme a Nápoles, prefiriendo esta ciudad a cualquiera otra, porque para ir a ella tenía forzosamente que pasar por Roma.

Hacía ya más de un año que renuncié a mi estúpida tacañería. En los Bancos de Florencia había colocado en dos veces más de 160.000 francos, y, por lo tanto, tenía lo suficiente para vivir con holgura, sin depender del Piamonte, y poseía nuevamente caballos, pero nada más que cuatro, que para un poeta ya eran bastantes. El querido abate Caluso había regresado a Turín seis meses antes; de manera que, privado del consuelo de la amistad y de la presencia de la mujer amada, monté a caballo el primero de febrero y me encaminé a Siena para abrazar al amigo Gori y desahogar un poco mi corazón contándole mis pesares. Proseguí inmediatamente mi viaje, y al acercarme a Roma me estremecí de placer: ¡tan cierto es que los ojos de los enamorados no ven las cosas como los demás! Aquellas comarcas áridas e insalubres, que tres años después me parecieron lo que eran en realidad, se me presentaban como el lugar más delicioso del mundo.

Llegué y la vi, ¡oh, todavía se me destroza el corazón al pensarlo!, la vi prisionera tras una grada, con mejor aspecto del que tenía en Florencia, pero no menos desgraciada, aunque por otras causas. ¡Estábamos separados y sin saber cuándo, podríamos volver a reunirnos! Sin embargo, yo estaba contento, en medio de mi hondísima pena, viendo que poco a poco iba recobrando la salud y pensando que allí podría ella respirar aires más puros, dormir tranquila, sin temor a ver aparecer borracho a su brutal marido; vivir, en una palabra. Por eso me parecieron menos crueles y ya no tan largos los horribles días de separación, a la que, por otra parte, era forzoso someterse.

Me detuve muy pocos días en Roma, y durante ellos tuve que apelar a infinitas tretas y doblegarme a realizar muchas cosas que no hubiera hecho ni aun para obtener el imperio del mundo; docilidad a la que me opuse resueltamente cuando, presentándome en los umbrales de la gloria y dudando muchísimo si podría transponerlos, me negué a lisonjear y adular a los que eran o creían ser sus guardianes. Me doblegué entonces a visitar con frecuencia y cortejar al cuñado de ella, de quien dependía únicamente su futura y total libertad, que tanto deseábamos ambos. Me abstengo de hablar extensamente de esos dos hermanos, conocidísimos en aquel tiempo y que, sin duda, han caído ya en el sepulcro del olvido, del que no debo sacarlos, porque ni puedo alabarlos ni quiero censurarlos; pero el hecho de que domeñase yo mi orgullo ante ellos demuestra la inmensidad de mi amor por aquella mujer.

Partí, pues, para Nápoles, según le había prometido y porque así había de hacerlo procediendo con delicadeza y cordura. La segunda separación fue aún más dolorosa que la primera en Florencia, pues en ésta, que duró cerca de cuarenta días, tuve un funesto presentimiento de las amarguras que me reservaba aquélla, que había de ser más larga e incierta.



Como no era la primera vez que veía aquellos hermosísimos parajes, y llevaba además tan honda herida en el corazón, no hallé en Nápoles el consuelo ni el alivio que esperaba. Los libros no tenían ya ningún atractivo para mí; los versos y las tragedias me salían mal cuando intentaba hacerlos; recibir y despachar correos era mi única ocupación, pues sólo pensaba en la ausente. Daba largos paseos a caballo, siempre solo, por las amenas playas de Posilipo y Bayas, llegando a veces a Capua, Caserta y aun más lejos, suspirando continuamente y de tal modo aniquilado, que a pesar de tener el corazón rebosante de afectos no sentía deseos de desahogarlo escribiendo versos. De esta suerte pasé el resto del mes de febrero y llegué a mediados de mayo.

No obstante, aprovechando los ratos en que estaba algo tranquilo y haciendo no pequeños esfuerzos, acabé de poner en verso la Octavia y volví a versificar casi la mitad del Polinice, que, a mi juicio, resultó bastante mejorada en cuanto al estilo. Habiendo terminado el año anterior el segundo canto del poema, quise componer el tercero; pero no pude pasar de la primera estrofa, porque era un tema demasiado alegre para el estado de ánimo en que yo me encontraba. Así es, que leer y releer cien veces las cartas que recibía de ella, fue casi mi única ocupación en aquellos cuatro meses. Los asuntos de mi amada se iban aclarando entre tanto, y en marzo obtuvo permiso del Papa para salir del convento y establecerse, como si tácitamente se le concediera la separación matrimonial, en las habitaciones que su cuñado, ausente casi siempre de Roma, le cedía en su palacio. Yo deseaba vivamente volver a Roma, pero comprendía que no debía hacerlo aún. La lucha que ha de sostener un corazón amante y honrado entre el amor y el deber es el más terrible y mortal suplicio que el hombre pueda soportar. Me contuve, pues, todo el mes de abril y proponíame hacer lo mismo en mayo; pero al mediar este mes me encontré en Roma sin saber cómo. Apenas llegado, aleccionado e inspirado por la necesidad y el amor, proseguí el camino emprendido de las humillaciones y astucias cortesanas, con tal de llegar hasta donde estaba la mujer que era mi vida. De suerte que, después de tantos trabajos y sacrificios para ser libre, me vi convertido en visitante humilde, adulador y pedigüeño, como aspirante a un alto cargo prelaticio. Todo lo hice y a todo me doblegué, y en Roma me establecí, tolerado por los hombres del Gobierno y ayudado por ciertos prelados que tenían o se tomaban alguna ingerencia en los asuntos de mi amada. Afortunadamente para ella, no dependía de su cuñado y de sus tristes acólitos más que en lo de mera conveniencia, y no en lo principal, para lo cual contaba con el apoyo de personas muy respetables y valiosas.

## Capítulo IX

Asiduos estudios en Roma. Acabo las catorce primeras tragedias

En cuanto me dejaron algún respiro aquellos ejercicios de semiservidumbre, y contentísimo de poder visitar a mi amada con honesta libertad cada noche, me consagré nuevamente al estudio, acabé de volver a poner en verso Polinice, y sin darme punto de reposo rehice Antígona, luego Virginia y sucesivamente Agamenón, Orestes, Pazzi y García; después, Timoleón, al que todavía no había puesto verso, y, finalmente, por cuarta vez, el renitente Felipe. Y para descansar de aquel incesante componer versos sueltos, continué el tercer canto del poema, y en diciembre de aquel mismo año dejé terminadas las cuatro primeras odas de la América libre. Me indujo a hacer estas últimas la lectura de algunas preciosas y nobles odas de Filicaja, que me gustaron muchísimo. Compuse las cuatro en siete días y la tercera en uno solo, y, salvo ligeras modificaciones, han quedado tal como las concebí. Tanta es la diferencia que existe -al menos, para mí!- entre versificar líricamente y hacer versos sueltos de diálogo.

Como a principios de 1782 tenía ya tan adelantadas las tragedias, concebí la esperanza de dejarlas completamente terminadas aquel mismo año. Desde que empecé la primera me propuse no hacer más que doce, y éstas las tenía ya ideadas, extendidas y versificadas, algunas varias veces; así es que me limitaba a corregirlas y pulirlas, sin alterar el orden en que habían sido concebidas y escritas.

Mas hacia el mes de febrero volví a tomar la Mérope, de Maffei, esperando en que podría aprender algo respecto al estilo; leyendo aquí y allá algunos trozos, sentí de improviso que la indignación y la cólera hacían hervir mi sangre al ver que era tanta la miseria y la ceguera de los italianos en lo referente a obras de teatro, que se tenía aquel engendro, no por la mejor tragedia que hasta entonces existiera, pues yo era de ese mismo parecer, sino de todas las que en lo sucesivo se pudieran escribir en Italia. E inmediatamente se me presentó a la mente otra tragedia sobre el mismo asunto e igual título, pero más sencilla, conmovedora e imponente que aquélla. Y de tal manera se me presentó, que estoy por decir que me hizo concebirla a la fuerza. Si resultó tal como he dicho, no es a mí a quien toca decirlo; pero si alguien que entienda en versos ha podido decir con razón *Est Deus in nobis*, ése alguien fui yo, puesto que ideé, escribí y versifiqué sin interrupción mi Mérope, la cual no me dio tregua ni descanso hasta que, después de ella, obtuvo de mí, una tras otra, tres creaciones diversas, contra mi costumbre, ya que en las demás dejé transcurrir largos intervalos entre cada una de aquellas tres operaciones.

Lo propio debo decir de Saúl. En marzo de aquel año me di a la lectura de, la Biblia, pero no ordenadamente, sino a saltos. Sin embargo, de tal modo me transportó la infinita poesía que encierra, que me obsesionó la idea de hacer una tragedia sobre un asunto bíblico. Ideé, pues, escribí y versifiqué seguidamente Saúl, que fue mi decimacuarta y, según mi propósito, la última tragedia que debía hacer por entonces. Era tan poderosa mi facultad inventiva aquel año, que si no hubiera frenado mi fantasía con aquel propósito, seguramente habría producido otras dos tragedias bíblicas, cuyo asunto se me presentaba a la mente con atracción irresistible; pero me mantuve firme en mi decisión, porque las catorce tragedias me parecían, no ya bastantes, sino demasiadas. Y como siempre he sido enemigo de lo excesivo, aunque en otro orden de cosas mi temperamento me suele llevar a lo extremo, al escribir Mérope y Saúl dolíame tanto haber pasado del número que me había prefijado, que me prometí a mí mismo ponerlas en verso hasta que todas las demás estuviesen completamente terminadas, y no continuar la versificación si al hacerlo no

experimentaba igual, o mayor impresión que cuando las escribía. Pero no valieron frenos, promesas ni propósitos; me fue imposible volver a las primeras sin haber terminado las últimas. Así, estas dos tragedias nacieron más espontáneamente que todas las demás; compartiré con ellas la gloria, si la alcanzan y merecen; pero no así la censura, si a ella son acreedoras, ya que por fuerza nacieron y se mezclaron con sus hermanas, ninguna de las cuales me costó menos trabajo y tiempo que aquéllas.

Entre tanto, a fines de septiembre del susodicho año 1782, las catorce tragedias habían sido dictadas, sacadas en limpio, corregidas, y añadiría que limadas también si no me hubiera dado cuenta pocos meses después de que todavía dejaban mucho que desear. Pero entonces creí que eran lo más acabado que podía hacerse y me tenía por el primer hombre del inundo, ya que en diez meses había puesto en verso siete tragedias, inventado, escrito y versificado dos y dictado y corregido catorce. Y en el mes de octubre, tan memorable para mí, tomé un descanso tan delicioso como necesario después de un trabajo tan penoso y prolongado, haciendo una excursión a caballo hasta Terni para ver la famosa cascada. Estaba henchido de vanidad; pero no lo decía a nadie sino a mí mismo, y muy quedo, con cierto velo de modestia, lo dejaba traslucir a la dueña de mi corazón; y pareciéndome que el cariño que me tenía inclinábala a creer que yo era verdaderamente un gran hombre, puse mi empeño en hacer todo lo posible para serlo. Así, al cabo de un par de meses de embriaguez de amor propio juvenil, reaccioné por mí mismo y traté de averiguar, por el examen de mis catorce tragedias, el camino que tenía todavía que recorrer para llegar a la deseada meta. Y como contaba a la sazón treinta y cuatro años de edad y sólo ocho de vida literaria, esperé con más fe que antes que alcanzaría la palma de la victoria. Y no dudo que esta esperanza se leía en mi rostro, pese al cuidado que yo ponía en que no se trasluciera de mis palabras.

En distintas ocasiones había ido leyendo poco a poco todas mis tragedias en varias tertulias, formadas siempre por señoras y caballeros, literatos e imbéciles, de personas delicadas y groseras. Con la lectura de mis producciones buscaba yo, y así debo confesarlo, el provecho más que la alabanza. Yo conocía a los hombres y a la alta sociedad lo bastante para no fiarme ni creer estúpidamente en elogios que sólo salen de los labios y que no suelen escatimarse a un autor que lee sus obras, sin pedir nada, a una reunión de personas bien educadas y corteses; así es que no daba a las alabanzas más valor del que en realidad tenían. Pero, en cambio, me interesaban y apreciaba mucho los elogios y censuras que, en contraposición a los de labios, llamaría del asiento, si la expresión pudiera pasar, pues me parece muy justa y verdadera. Me explicaré. Cada vez que se reúnen doce o catorce individuos, hombres y mujeres, el espíritu colectivo que se forma en esa reunión se acerca y semeja al del público de un teatro; y aunque aquéllos no asisten pagando, y la buena educación les exige que guarden mucha compostura, no puede ocultar el que escucha disimular el aburrimiento, y mucho menos aparentar profunda atención, vivo interés y gran curiosidad por conocer el desenlace de la obra. No pudiendo, pues, el que escucha mandar a su rostro, ni clavarse, por decir así, en una silla y permanecer sentado e inmóvil, el que lo haga puede servir de guía al lector para apreciar el efecto que produce en el auditorio. Y esto era casi exclusivamente lo que yo observaba mientras leía. Y parecíame -tal vez me engañaba- que durante la lectura de una tragedia, la mayor parte del tiempo me escuchaban inmóviles, con manifiesta atención y con gran ansiedad por llegar al desenlace; lo que me demostraba que, hasta en lo menos interesante de la tragedia, mis oyentes estaban pendientes de mis labios hasta el final. Mas asimismo debo confesar que ciertos pasajes,

demasiado fríos o pesados, y que a veces habíanme aburrido a mí mismo al leerlos a los demás, provocaban tácitas censuras que se manifestaban por bostezos, tosecillas involuntarias y removerse en los asientos, todo lo cual constituía un aviso que ni me pasaba inadvertido ni lo echaba en saco roto. Y tampoco debo ocultar que aquellas lecturas me proporcionaron muchos y atinadísimos consejos de literatos y de hombres de mundo y no pocas advertencias de las señoras en lo tocante a las pasiones del ánimo. Los literatos me hablaban de la elocución y de las reglas del arte; los hombres de mundo, de la invención, las situaciones y los caracteres; y hasta las observaciones de los que nada entendían de literatura trágica, todo, en fin, me parece que fue muy provechoso para mí, y escuchándolos a todos, recordándolo todo, no descuidando nada y no despreciando a nadie -aunque eran muy pocos los individuos a quienes apreciaba-, fui tomando lo que más convenía a mí mismo y al arte. Añadiré a estas confesiones, para terminar, que sabía muy bien que yendo de tertulia en tertulia leyendo mis tragedias a personas que por mi condición de extranjero no me mirarían con muy buenos ojos, no hacía más que ponerme en ridículo. Pero no me arrepiento de haberlo hecho si redundó en beneficio mío y del arte; y si no fue así, el ridículo de la lectura no sera nunca menor del haberlas hecho representar e imprimirlas.

## Capítulo X

Representación de «Antígona» en Roma. Impresión de las cuatro primeras tragedias. Separación dolorosísima. Viaje por Lombardía

Yo estaba, por lo tanto, en un período de semidescanso empollando mi fama de trágico, e indeciso entre si daría a la stampa mis obras o esperarí algún tiempo más, cuando se me ofreció una ocasión intermedia: la de representar una de mis tragedias por una compañía de distinguidos aficionados que había actuado repetidas veces en el teatro particular del embajador de España, que lo era a la sazón el duque de Grimaldi. Habían puesto en escena comedias y tragedias, traducciones deficientes del francés, entre otras, El conde de Essex, de Tomás Corneille, traducida en verso italiano, no sé por quién, en la que desempeñó el papel de Isabel, bastante mal por cierto, la duquesa de Zagarolo. Yo asistí a aquella representación, y a pesar de lo poco acertada que estuvo la duquesa, observando que esta señora era muy bella, de aspecto majestuoso y que sentía lo que representaba, deduje que con un poquito de buena escuela se podría sacar mucho partido de sus dotes de artista. Y así fue como se me ocurrió la idea de hacer representar a aquellos aficionados una de mis tragedias. Quería convencerme por mí mismo si podría alcanzar lo que ponía por encima de todo: sencillez de acción, pocos personajes y estructura del verso que impidiera la cantilena en la declamación. Escogí para este ensayo Antígona, que, a mi juicio, era la menos ardiente de mis tragedias, pensando que, si con ella obtenía el resultado apetecido, mucho mejor lo alcanzaría con las otras, en las que se desarrollaban las pasiones del ánimo con

más fuerza y vehemencia. Los nobles histriones aceptaron con entusiasmo mi proposición de recitar Antígona; y como de todos los actores sólo el duque de Ceri, hermano de la mencionada duquesa de Zagarolo, se sentía capaz de desempeñar uno de los principales papeles, me vi obligado a reservarme el de Creonte, dando el de Emón al duque de Ceri, y a su esposa el de Argía; el de la protagonista pertenecía por derecho propio a la majestuosa duquesa de Zagarolo. Con este reparto se puso en escena la obra; y nada diré aquí de aquellas representaciones, porque de ellas he hablado extensamente en otros escritos míos.

Engreído por el lisonjero éxito de la representación, a principios del año siguiente, 1783, me decidí a dar a la imprenta algunas de mis tragedias. Aunque siempre me pareció escabrosísimo este paso, nunca hubiera podido suponer que lo fuera tanto, hasta que la experiencia me enseñó lo que son las envidias y rivalidades literarias, la competencia de los librereros, el proceder de los periodistas, las críticas de los gacetilleros, todas las calamidades, en fin, que llueven sobre el que publica una obra. De tal modo ignoraba yo todo eso, que ni siquiera sabía que existían periódicos literarios que publicaban la biografía del autor junto con la crítica de su obra. ¡Tan novel era yo y tan pura tenía la conciencia respecto al arte de escribir para el público!

Decidí, pues, editar mis producciones, y en vista de que en Roma había que vencer demasiadas dificultades a causa de las censuras, especialmente la eclesiástica, escribí a mi amigo de Siena preguntándole si quería tomarse por mí esas molestias. Gori in capite y otros conocidos míos y amigos prometieronme cuidar con diligencia y esmero la edición a fin de que resultase perfecta y se hiciera en el menor tiempo posible. Para comenzar no quise aventurarme más que con cuatro tragedias, y envié a mi queridísimo amigo un original muy decentito en cuanto a la caligrafía únicamente, pues respecto a la claridad y elegancia de estilo era bastante defectuoso. Yo creía inocentemente que el trabajo del autor terminaba con la entrega del original a la imprenta; pero no tardé en saber por experiencia que es entonces cuando verdaderamente empieza.

Durante los dos o tres meses que se emplearon en la impresión de las cuatro tragedias yo estaba muy desasosegado en Roma, en extremo agitado y casi febril, y si no me hubiera contenido la vergüenza de volverme atrás habría retirado el manuscrito entregado al impresor. Al fin fui recibiendo, una a una, las cuatro tragedias, admirablemente corregidas, gracias a mi amigo; sucitamente impresas, como sabe todo el que las ha visto, gracias al tipógrafo, y bárbaramente versificadas, según eché de ver después, por obra y gracia del autor. La chiquillada de ir visitando a muchos de mis conocidos de Roma para regalarles ejemplares, muy bonitamente encuadernados, de mis primeras obras impresas, y mendigar sus elogios me tuvo atareadísimo varios días, sin dejar de comprender por eso que estaba haciendo el ridículo. Entre otros, regalé también un ejemplar al Sumo Pontífice Pío VI, que era el que a la sazón ocupaba la Sede apostólica, a quien había sido presentado el año anterior, cuando decidí fijar mi residencia en Roma. Y aquí, para vergüenza mía, debo confesar la feísima falta que cometí en aquella audiencia. Yo no estimaba gran cosa al Papa como tal, y mucho menos a Braschi como literato ni benemérito de las letras, porque no lo era. Sin embargo, después de una obsequiosa presentación de mi libro, que él mismo aceptó, hojeó y puso sobre la mesita que tenía al lado, colmándome de elogios y sin permitir que le besara el pie, antes bien, acariciándome paternalmente la mejilla en los brevísimos instantes que estuve postrado ante él, me obligó a levantarme; yo mismo, digo,

a pesar de lo antes expuesto y de haber escrito mi soneto a Roma, respondiendo con blandura y cortesanía a las alabanzas que me prodigaba Su Santidad por la representación y mérito de mi Antígona, de la que, según manifestó, había oído decir maravillas, aprovechando la ocasión de haberme preguntado si compondría otras tragedias, pues era admirador de un arte tan ingenioso y noble, le contesté que tenía ya terminadas otras, entre ellas una titulada Saúl, que, por ser de carácter religioso, tendría sumo gusto en dedicarla a Su Santidad, si se dignaba aceptar ese homenaje. El Papa se excusó diciendo que no podía aceptar dedicatorias de obras teatrales, cualquiera que fuese su género, y yo no insistí.

Mas no puedo ocultar que experimenté dos mortificaciones tan distintas como merecidas: una, el desprecio que espontáneamente mendigué; y la otra, el verme obligado, por el paso que acababa de dar, a reconocerme muy inferior al Papa, puesto que había tenido la vileza, la debilidad y la doblez (que una de estas tres cosas, si no todas a la vez, fue lo que me impulsó a obrar) de querer tributar como testimonio de homenaje y estimación una obra mía a un individuo que valía mucho menos que yo desde el punto de vista de verdadero mérito. Pero asimismo, justo es confesar (no para mi justificación, sino únicamente para explicar la contradicción aparente o real que existía entre mi manera de pensar y mi proceder) cuál fue la sola y verdadera causa que me indujo a prostituir el coturno a la tiara. Esa causa no fue otra que el haber circulado rumores en casa del cuñado de mi amada acerca de mis frecuentes visitas, las cuales disgustaban tanto al cardenal como a su corte; y como el descontento aumentaba sin cesar, traté, adulando al soberano de Roma, de ganarme su protección contra las persecuciones que mi corazón presentía, y que, en efecto, desencadenáronse un mes después. Creo que la representación de Antígona multiplicó el número de mis enemigos, porque dio lugar a que se hablase demasiado de mí.

Así, pues, en aquella ocasión fui disimulado y vil, forzado por el amor, y cada cual puede reír lo que quiera, pero pensando en lo que habría hecho de haberse encontrado en mi pellejo. He referido este episodio, en vez de dejarlo en las tinieblas del olvido en que estaba sepultado, porque lo considero provechoso para mí y para los demás. De viva voz no lo conté nunca, puesto que me faltó valor para hacerlo; sólo mi amada lo supo por mí algún tiempo después, y ahora lo escribo, en parte, para consuelo de los escritores presentes y futuros que por cualquier fatal consecuencia se encuentren o se encontraren vergonzosamente obligados a deshonorarse a sí mismos y a sus obras con mentidas dedicatorias, y en parte, para que mis detractores sepan y puedan decir con verdad que si yo no me envilecí con ese género de simulaciones fue únicamente por capricho del destino, que no me obligó a ser vil o a parecerlo.

En abril de 1783 enfermó gravemente en Florencia el marido de mi amante, y su hermano salió para aquella ciudad sin pérdida de tiempo, temeroso de encontrarle muerto; pero el mal hizo crisis favorable con igual rapidez, y el cardenal halló al paciente muy mejorado y enteramente fuera de peligro. Durante la convalecencia, el paciente habló largo y tendido con su hermano, que pasó a su lado quince días, y entre los curas que éste había llevado consigo de Roma y los que habían asistido al enfermo en Florencia convinieron en que era preciso que el marido convenciera al cardenal de que no podía consentir de ninguna de las maneras que su cuñada continuara habitando en su palacio si no cambiaba radicalmente de conducta. No trataré por cierto de hacer aquí la apología de la vida que suelen observar las mujeres casadas en Roma y en toda Italia; pero si diré que la conducta de aquella señora en

Roma, por lo que se refiere a sus relaciones conmigo, no traspasaba ni con mucho los límites de lo que se tolera en aquella ciudad a las de su clase. Añadiré que las faltas de su marido y los malos tratos de que le hacía objeto eran tan verdaderos y reales como conocidos en todo el mundo. Sin embargo, nobleza obliga a decir que tanto su marido como su cuñado y como los respectivos consejeros eclesiásticos de uno y otro tenían sobrada razón para no aprobar la demasiada frecuencia de mis visitas, aunque con ellas no ofendía la honra de mi amada. Pero sí me dolía muchísimo que el celo de aquellos curas, que fueron los únicos motores de toda la máquina, no tuviese nada de evangélico, ni puro y limpio de segundas miras, pues muchos de ellos hacían con su mal ejemplo el elogio de mi conducta y satirizaban la suya. En resumidas cuentas, que a su maquinación era ajena la religión verdadera y la virtud, y obedecía a espíritu de venganza y de ruin intriga. En cuanto el cardenal estuvo de regreso en Roma, intimó, por conducto de sus curas, a la señora, a que no volviera a recibir mis visitas, pues había convenido con su hermano que era indispensable acabar con unas asiduidades que, por su parte, no estaba dispuesto a tolerar ni un día más. Aquel personaje, impetuoso e irreflexivo en todos sus actos, creyendo que así resolvería la cuestión más decorosamente, levantó gran revuelo en toda la ciudad, que oía, escandalizada lo que por todas partes, iba contando, y acabó por quejarse al Papa.

Cundió entonces el rumor de que Su Santidad, para cortar las murmuraciones, procuraría convencerme de la conveniencia de que yo abandonase a Roma o me haría salir de ella por fuerza. El rumor no se confirmó, pero nada tenía de inverosímil, dada la libertad itálica. Pero yo, anticipándome -como hice muchos años en la academia cuando me quité la peluca antes que otros me la quitaran a viva fuerza-, evité la afrenta de que me obligasen a partir tomando la determinación de irme voluntariamente. Con tal objeto visité a nuestro ministro de Cerdeña para rogarle que comunicase al secretario de Estado que, enterado del escándalo que por mi causa habíase promovido, y que estimando sobre todas las cosas el decoro, la honra y la paz de aquella señora, había decidido ausentarme por algún tiempo, a fin de que cesara la murmuración, y que saldría de Roma a principios del próximo mes de mayo. Aplaudió el ministro y aprobaron el secretario de Estado, el Papa y todos los que estaban en el secreto mi espontánea y dolorosa resolución, y me dispuse para la cruelísima partida. Me impulsó a dar este paso la triste y horrible vida que hubiera tenido que llevar en Roma si allí me hubiese quedado, sin poder volver a verla en su casa, o exponiéndola a indecibles disgustos si nos encontrábamos en otros sitios con afectada publicidad, o si con inútil e indecoroso misterio la hubiese visitado. Pero, como el vivir ambos en Roma sin tener ocasión de vernos era para mí un suplicio insoportable, de acuerdo con ella elegí como mal menor el de la ausencia, en espera de mejores tiempos.

El 4 de mayo de 1783 -fecha de la que he conservado siempre tristísimo recuerdo- me separé de la mujer que era más que la mitad de mí mismo. Cuatro o cinco veces tuvimos que separarnos, pero aquella fue para mí la más terrible, porque la esperanza de volver a reunirnos era mucho más remota e incierta.

Aquel suceso me tuvo trastornado unos dos años e impidió, retardó y malogró bajo todos los aspectos mis estudios. La villa Strozzi, situada en las Termas de Diocleciano, fue para mí un retiro delicioso. Pasaba todas las mañanas estudiando, sin salir de casa más que un par de horas para dar un paseo por las inmensas soledades de aquel deshabitado barrio de Roma, que invitaban a reflexionar, gemir y poetizar. Por la tarde bajaba a la ciudad, y

restauradas mis fuerzas, debilitadas por trabajo tan intensivo, con la vista de la mujer para quien únicamente yo existía y estudiaba, volvía a mi ermita lo más tarde a las once de la noche. No era posible encontrar en el recinto de una gran ciudad lugar de permanencia más alegre, libre y rural y más en consonancia con mi temperamento, mi humor y mis ocupaciones. Lo recordaré y desearé mientras viva.

Dejando, pues, en Roma la única mujer que en el mundo existía para mí, mis libros, mi paz, mi villa y mi corazón, me fui alejando, embotado el cuerpo y el espíritu, con dirección a Siena, donde podría al menos llorar libremente algunos días en el seno de mi amigo. No sabía aún adónde iría, dónde fijaría mi residencia, ni lo que debía hacer fue para mí un gran consuelo el conversar con aquel hombre incomparable, bueno, compasivo y humanísimo, a pesar de la acritud y orgullo de su carácter. Sólo en el dolor se puede apreciar realmente lo que vale y lo útil que es un amigo verdadero; yo creo que, a no haber sido por él, habría perdido el juicio. Gori, viendo en mí un héroe neciamente acobardado, aunque conocía por experiencia los nombres y la esencia de la fortaleza y la virtud, no quiso oponer cruel e inoportunamente a mis delirios su fría y serena razón, sino que, por lo contrario, procuró y logró mitigar mis dolores haciéndose partícipe de ellos. ¡Rara y celestial dote, en verdad, la de saber razonar y sentir al mismo tiempo!

En tanto, menguadas o adormecidas todas mis facultades intelectuales, no podía hacer ni pensar en otra cosa que escribir cartas; durante aquella tercera separación, que fue la más larga, llegué a escribir lo suficiente para formar gruesos volúmenes, dando libre desahogo al dolor, a la amistad, al amor, a la ira, a todos los diferentes e indómitos sentimientos de un corazón rebosante y de un alma mortalmente herida. La pasión por la literatura habíase ido extinguiendo poco a poco en mí mente y en mi corazón, hasta el extremo de que algunas cartas que me habían enviado de Toscana a Roma, en las que se me mordía bastante con motivo de la publicación de mis primeras tragedias, hicieron en mi ánimo tanta mella como si se refiriese a obras ajenas. Algunas de aquellas cartas estaban escritas con ingenio y cortesía; otras, insulsa y groseramente; unas, firmadas, y anónimas las demás; pero todas coincidían en la censura de mi estilo, que calificaban de durísimo, obscurísimo y, sobre todo, estrambótico, pero sin que ninguna especificara claramente cómo, dónde y por qué. Cuando llegué a Toscana, el amigo Gori, para distraer mi pensamiento de lo que me obsesionaba, leyóme en unas hojas impresas de Florencia y de Pisa, llamadas Diarios, el comentario de las cartas que me habían sido dirigidas a Roma. Fueron aquéllos los primeros periódicos literarios que vi y oí leer en mi vida, y sólo entonces pude penetrar las reconditeces de ese arte respetable que censura o elogia los libros con igual discernimiento, equidad y doctrina, según que los autores hayan sido dadivosos o tacaños con el crítico, y según le hayan tratado con mimo o desdén. Mas, a decir verdad, aquellas venales censuras no me dieron ni frío ni calor, porque otros pensamientos muy distintos embargaban entonces mi ánimo.

Al cabo de tres semanas de estancia en Siena, donde no vi ni traté a nadie más que a mi amigo, el temor de molestarle excesivamente, la imposibilidad de ocuparme en algo y la impaciencia por cambiar de lugar que se apoderaba de mí en cuanto reaparecía el aburrimiento y caía en la ociosidad, determináronme a buscar distracción en los viajes. Se acercaban las fiestas de la Ascensión, y a Venecia me fui a presenciárlas, como había hecho muchos años antes. Pasé por Florencia volando; que eran demasiado dulces los recuerdos



que la vista de aquellos lugares despertaban en mi, alma, tan angustiada y oprimida en aquellos momentos. Las distracciones del viaje, y sobre todo el cabalgar continuamente, fueron muy beneficiosas para mi salud, que en tres meses de sufrimientos habíase resentido bastante. Desde Bolonia me desvié para visitar en Rávena el sepulcro del poeta, y allí pasé un día fantaseando, orando y gimiendo. En aquel viaje de Siena a Venecia me sentí de tal modo inspirado para las composiciones poéticas afectuosas, que no pasaba día sin que hiciera uno o varios sonetos. En Venecia, al saber que se había firmado la paz entre América del Norte e Inglaterra, por la que se reconocía la completa independencia de la primera, escribí la quinta oda a la América libre, con la que di por terminado ese poemita lírico. De Venecia pasé a Padua, sin olvidarme, como me había ocurrido en mis dos visitas anteriores, de la casa ni del sepulcro, en Arquá, de nuestro soberano maestro en amor. Allí dediqué también un día entero al llanto y la poesía, para desahogar un tanto mi corazón. En Padua tuve ocasión de conocer personalmente a Cesarotti, de cuyo trato afabilísimo y maneras tan vivas y corteses no quedé menos encantado que de los magistrales versos de Ossian, que releía siempre con verdadera fruición. De Padua volví a Bolonia, pasando por Ferrara, para realizar mi cuarta peregrinación poética visitando la tumba de Ariosto, y viendo los manuscritos de este poeta. La de Tasso habíala visitado varias veces en Roma, así como la casa en que nació en Sorrento, adonde fui con ese objeto durante mi último viaje a Nápoles. Esos cuatro poetas eran entonces, y lo serán siempre, los primeros, por no decir los únicos, de habla italiana; siempre me ha parecido que en los cuatro se compendia todo lo que puede dar la poesía, salvo el mecanismo del verso suelto de diálogo, el cual, sin embargo, se puede hallar tomándolos en conjunto y dando a sus modalidades nueva forma. Al cabo de diez y seis años de leerlos y estudiarlos diariamente, esos cuatro inmensos poetas me resultaban siempre nuevos, siempre mejores en lo muchísimo bueno que tienen y utilísimos hasta en lo defectuoso; que sólo un ciego fanatismo puede decir que las obras de los cuatro son perfectas y que no hay en ellas nada mediano, ni malo, ni pésimo; pero si sostengo que hasta en lo malo de ellos puede aprender muchísimo quien sepa penetrar sus motivos e intenciones, es decir, quien además de entenderlos perfectamente los siente muy hondo.

De Bolonia, gimiendo y rimando siempre, pasé a Milán, y hallándome tan cerca del queridísimo abate Caluso, que estaba de temporada con sus sobrinos en el magnífico castillo que poseían en Masino, a corta distancia de Vercelli, fui a pasar a su lado cinco o seis días. Y como desde allí me hallaba también tan cerca de Turín, consideré que hubiera sido una vergüenza no dar una escapada para abrazar a mi hermana. Fui, pues, acompañado de mi amigo, una noche, y la tarde del día siguiente regresé a Masino. Como el acto de la donación de mis bienes no tuvo otro objeto que el de verme libre para no residir en mi patria, no quería que me vieran en ella tan pronto, y mucho menos en la corte. Este fue el motivo de mi reaparición y desaparición repentina; así es que esta rápida visita, rara quizá para muchos, dejará de serlo cuando se sepa la razón de ella. Hacía ya más de seis años que había levantado mi domicilio de Turín; parecíame que no podría estar allí seguro, tranquilo ni libre, y no quería, ni debía, ni podía permanecer mucho tiempo en dicha ciudad.

Pronto abandoné a Masino para volver a Milán, donde pasé el mes de julio, viendo con mucha frecuencia al originalísimo autor de La mañana, verdadero precursor de la futura sátira italiana. Por medio de este célebre y culto escritor procuré indagar con la mayor docilidad y sincerísimos deseos de aprender en qué consistía principalmente el defecto de

mi estilo en la tragedia. Parini, amable y bondadoso, me fue señalando algunas cosas poco importantes, a decir verdad, y que todas juntas no podían constituir lo que se llama estilo defectuoso, y que si bien no podía discernirlo por mí mismo, tampoco me lo pudieron indicar, o no quisieron hacerlo, ni Parini, ni Cesarotti ni otros distinguidos literatos y vates famosos a quienes con fervor y humildad de novicio visité y supliqué en mi viaje por Lombardía. Así es que con el transcurso de los años tuve que ir descubriéndolo yo mismo a costa de no pocos trabajos y fatigas y procurar corregirme de ese defecto. Por lo demás, mis tragedias habían gustado más aquende el Apenino que en Toscana, y habíase censurado mi estilo con menos ensañamiento y más justicia. Lo mismo había sucedido en Roma y Nápoles, aunque fueron pocos los que tuvieron la bondad de leerlas. Es, por lo tanto, privilegio antiguo y exclusivo de Toscana desanimar a los autores italianos cuando no escriben tonterías.

## Capítulo XI

Impresión de otras seis tragedias. Crítica de las cuatro publicadas antes. Contestación a la carta de Casalbigi

A principios de agosto salí de Milán para volver a Toscana, siguiendo el nuevo, pintoresco y bellissimo camino de Módena a Pistoja. Durante ese viaje quise desahogar mi bilis poética con algunos epigramas. Yo estaba íntimamente persuadido de que si no teníamos epigramas satíricos, punzantes y mordientes no era por culpa de nuestro idioma, puesto que tiene tan buenas uñas, dardos, dientes y feroz concisión como cualquiera otro. Los pedantes florentinos, a los cuales me iba acercando a medida que acertaba la distancia que me separaba de Pistoja, me ofrecían sobrado asunto para ejercitarme un poco en aquel arte, nuevo para mí. Me detuve algunos días en Florencia y visité a varios de ellos, disfrazado de cordero, para que me iluminaran o me diesen motivo para mis sátiras; pero como lo primero era casi imposible, hube de contentarme con hacer acopio de la segundo. Modestamente, aquellos prohombres me dieron a entender, o, mejor dicho, no se anduvieron con rodeos para decirme con toda claridad que si antes de dar a la estampa mis obras hubiese hecho corregir por ellos el original habrían resultado perfectas. Estas y otras muchas impertinencias tuve que escuchar pacientemente; pero cuando les pregunté si respecto a la propiedad del lenguaje, a las reglas de la sacrosanta gramática, había faltado gravemente con solecismos, barbarismos y desmetrización, como también ignoraban lo que por razón de su oficio estaban obligados a saber, no pudieron señalar en mis libros ninguna de estas manchas, y no porque estuviesen limpios de ellas, que disparates gramaticales no les faltaban, sino porque no acertaban a descubrirlos. Limitáronse, por lo tanto, a tachar de anticuada alguna que otra palabra, y de insólitos, demasiado concisos, oscuros e ingratos al oído algunos conceptos y expresiones.

Enriquecido con semejante tesoro de noticias, adoctrinado e iluminado en el arte de la tragedia por tan conspicuos maestros, volví a Siena, con el propósito de cuidar yo mismo de la impresión de mis tragedias, tanto para tener una ocupación constante como para distraer mis dolorosos pensamientos. Cuando hablé a mi amigo de las luces y consejos que habíanme dado nuestros oráculos italianos, sobre todo de los pisanos y florentinos, reímos ambos de muy buena gana antes de disponernos a hacer reír de nuevo a aquéllos con nuestras ulteriores tragedias. Con mucho entusiasmo, pero con demasiada precipitación, me dediqué a la impresión de mis obras, de suerte que a fines de septiembre, es decir, en menos de dos meses, publiqué en dos tomos seis tragedias más, que, unidos al primero, que contenía cuatro, formaban el total de aquella primera edición. Así como pocos meses antes aprendí a conocer los periódicos y los periodistas, en aquella ocasión tuve que saber lo que eran censores de manuscritos, revisores de impresos, cajistas, impresores y regentes de talleres. Menos mal que a estos tres últimos se les podía amansar y dominar pagándoles bien; pero a los otros, a los censores y revisores, tanto temporales como espirituales, había que visitarlos, rogarles, lisonjearlos y soportarlos, lo cual no era pequeña carga. En la impresión de las primeras tragedias, el amigo Gori habíase tomado por mí estas molestias, y seguramente así lo habría continuado haciendo; pero como siempre me ha gustado saber un poco de todo, quise aprovechar la ocasión para ver el fruncimiento de cejas del censor y la petulancia y gravedad del revisor. ¡Y cuántos epigramas hubiera podido hacer a su costa si mi estado de ánimo no hubiese sido tan triste en aquellas circunstancias!

Por primera vez atendí por mí mismo a la corrección de las pruebas; pero como tenía el espíritu demasiado oprimido y ajeno a toda aplicación y estudio, no hice todas las enmiendas que hubiera podido y debido hacer entonces, como lo hice muchos años después, en la edición de París. Para ese trabajo de corrección son muy útiles las pruebas de imprenta, porque como se lee a trozos, aislados del cuerpo de la obra, se ve a primera vista lo que no está bien expresado, lo que resulta obscuro, los versos mal redondeados, todas esas pequeñeces que, multiplicándose y espesándose, forman una gran mancha. No obstante, aquellas seis tragedias resultaron, impresas, más acabadas que las cuatro primeras, según testimonio de mis propios detractores. Consideré prudente no añadir a las diez ya publicadas las cuatro que estaban inéditas, porque tanto la Conjura de los Pazzi como la María Estuardo, en aquellas circunstancias podrían acarrearne disgustos y molestias que alcanzarían a la persona a quien yo amaba más que a mí mismo. El asiduo y penoso trabajo de corregir pruebas, y, sobre todo, el hacerlo precipitadamente y después de haber comido, me produjo un acceso de podagra más que regular, que me tuvo unos quince días cojo y sufriendo lo indecible, porque no quise pasarlo en la cama. Aquél fue el segundo acceso; el primero lo tuve en Roma el año anterior, pero ligerísimo. La repetición del mismo mal fue para mí síntoma manifiesto de que no me faltaría con frecuencia en el resto de mi vida tan desagradable pasatiempo. La pasión de ánimo y el excesivo trabajo mental eran las causas de esa indisposición, que he combatido tan victoriosamente con la sobriedad en las comidas, que hasta ahora han sido pocos y de corta duración los asaltos de mi mal nutrida gota.

Cuando la impresión de las seis tragedias estaba a punto de terminar, recibí de Casalbigi, que residía en Nápoles, una carta larguísima y plagada de citas en todas las lenguas conocidas, pero muy razonada, acerca de mis cuatro primeras tragedias. Me apresuré a

contestarle, no sólo porque me pareció que aquel escrito era el único que había salido de una mente equilibrada y sanamente crítica, justa e iluminada, sino también porque me ofrecía ocasión para exponer mis razones; e investigando yo mismo el cómo y por qué había incurrido en error, podría enseñar a todos mis ineptos censores a criticar con fruto y discernimiento, o a callarse. Como estaba muy empapado en el asunto que había de tratar, no me costó gran trabajo aquel escrito, que con el tiempo podría servir de proemio a mis tragedias, cuando las imprimiera completas. No quise ponerlo al frente de la edición de Siena porque, como no constituía más que un simple ensayo, consideré que no debía precederla ninguna clase de excusas, a fin de que pudieran despacharse los críticos a su gusto, forjándome quizá la ilusión de que así se me causaría más provecho que daño, pues nada hay mejor para dar fama a un autor que la crítica de personas incompetentes. También hubiera debido dejar en el tintero este rasgo de orgullo; pero al empezar a escribir estas páginas me prometí a mí mismo ocultar lo menos posible referente a mi vida y no dar la razón de mi proceder sino cuando ésta fuese la verdad pura. Terminada la impresión a primeros de octubre, publiqué el segundo volumen, reservando el tercero para sostener una nueva guerra en cuanto se hubiera desahogado y resuelto la segunda.

Lo que más me acuciaba entonces era el deseo vehementísimo de volver a ver a mi amada; pero como esto era imposible en el invierno entrante, desesperado y no hallando paz ni sosiego en ninguna parte, resolví emprender un largo viaje por Francia e Inglaterra, no porque me hubieran quedado ganas de volver a visitar esas naciones, que sobradamente harto escapé de ellas en mi segundo viaje, sino simplemente por viajar, ya que ese ha sido siempre el único alivio y el solo consuelo que he podido hallar para los dolores de mi alma. Además, aquel viaje me servía de pretexto para comprar en Inglaterra todos los caballos que pudiese. Era ésta mi tercera pasión, pero tan prepotente, descarada y audaz, y con tanta frecuencia renacida apenas muerta, que en más de una ocasión los hermosos corceles han osado combatir, y a veces vencer, a los libros y a los versos: que cuando el corazón estaba descontento las musas tenían muy escaso dominio sobre mi mente. Así es que, dejando de ser poeta para volver a mi afición de caballista, salí para Londres con la fantasía llena de magníficas cabezas, hermosos pechos, altivos cuellos y anchas grupas, y sin acordarme, o acordándome muy poco, del éxito o fracaso de mis tragedias. Y así perdí lastimosamente más de ocho meses, sin hacer nada, sin estudiar nada, leyendo únicamente algún trozo de los libros de mis cuatro poetas, mis compañeros inseparables en las millas y millas que iba recorriendo, y no pensando más que en la amada ausente, a la que de vez en cuando dedicaba como mejor podía algunas rimas plañideras.

## Capítulo XII

Tercer viaje a Inglaterra, con el exclusivo objeto, de comprar caballos

Dejé, pues, a Siena a mediados de octubre, y por Pisa y Lerici me dirigí a Génova, hasta donde me acompañó mi querido amigo Gori. A los dos o tres días nos separamos: él volvió a Toscana y yo me embarqué para Antibes. Rápida y poco peligrosa resultó la travesía, puesto que la realizamos en poco más de diez y ocho horas; pero, con todo, durante la noche experimenté algún temor, porque la embarcación era pequeña, el peso del carruaje inclinaba una de sus bandas, la mar era gruesa y el viento fuerte. Apenas desembarcado, me puse en camino para Aix, sin detenerme hasta Aviñón, para visitar nuevamente con nuevo transporte la mágica soledad de Vallchiusa, y en Sorga, donde derramé muchas lágrimas no fingidas e imitativas, sino verdaderas, ardientes, salidas del corazón. Aquel día, que fue uno de los más felices y a la par más dolorosos de mi vida, compuse cuatro sonetos, entre el ir y venir de Aviñón a Vallchlusa. Continuando mi viaje, visité la cartuja de Grenoble, y sembrando lágrimas fui recogiendo abundantes rimas, hasta que por tercera vez entré en París. Aquella inmensa cloaca me causó la misma impresión que las veces anteriores, me produjo dolor y excitó mi cólera. Permanecí en ella un mes, que me pareció un siglo, y aunque llevaba cartas de presentación para varios literatos, en diciembre determiné marcharme a Inglaterra. Los literatos franceses, en general, están enteramente ayunos de literatura italiana y al mismo nivel intelectual que Metastasio; y como yo no quería trato con ellos, muy poco tuvimos que hablar. Al contrario, enojadísimo conmigo mismo, por haberme puesto en el caso de tener que oír y volver a emplear un lenguaje nasal tan opuesto al toscano, apresuré cuanto pude el momento de alejarme de Francia.

El fanatismo hebdomadario durante el poco tiempo que me detuve en París fue el globo dirigible. Presenció los dos distintos experimentos que se hicieron con dos distintos aeróstatos, uno lleno de aire rarefacto, y el otro de aire inflamable, y llevando cada uno dos hombres en la barquilla. Espectáculo grandioso y admirable, tenía mucho más poético que histórico, invento que para merecer el título de sublime no le faltaba, ni le falta aún, más que la posibilidad o la verosimilitud de poder ser aplicado a algo útil.

Antes que hubiesen transcurrido ocho días desde mi llegada a Londres empecé a comprar caballos: primero, uno de carreras; luego, dos de silla; otro después; más adelante, seis de tiro, y así, sucesivamente, todo el mes de marzo de 1784: por cada uno que se estropeaba o moría compraba dos; de manera que llegué a reunir catorce. Esta rabiosísima pasión, cuyo rescoldo habíase mantenido vivo durante seis años bajo sus cenizas, se reavivó en mí de tal modo, a causa de la privación total o parcial sufrida, que, en vista, de haber perdido en muy corto tiempo cinco caballos, de los diez que había comprado, no me di por satisfecho hasta que poseí catorce, de la misma manera que, no satisfecho con las doce tragedias compuestas, no cejé en mi empeño hasta que hube completado las catorce. Estas agotaron mi mente y aquéllas vaciaron mi bolsa; pero la distracción que me proporcionaron los caballos me restituyó la salud, poniéndome en condiciones de escribir otras comedias y otras obras. Luego fue muy bien empleado aquel dinero, porque recuperé con él las energías que rápidamente iba perdiendo. E hice bien en gastarlo, porque lo tenía en monedas tocantes y sonantes. Como quiera que desde que realicé la donación de mis bienes había llevado durante los tres primeros años verdadera vida de avaro, y los tres restantes de moderada economía, me encontré con una importante cantidad ahorrada de la renta de los capitales que tenía colocados en los Bancos de Francia, a los que no había tocado. La compra y traslado a Italia de aquellos catorce amigos se llevaron una gran parte de mis

ahorros, y el resto lo consumieron en cinco años consecutivos de manutención, pues en cuanto abandonaron donaron su isla nativa se empeñaron en no morir, y como yo les había cobrado cariño no quise vender ninguno.

Poseedor de tantos caballos y con el espíritu dolorido por la ausencia de la que era única causa motriz de mi sabio y elevado proceder, no trataba ni buscaba el trato con nadie: cuando no pasaba el tiempo en mis corceles, lo empleaba escribiendo largas cartas a mi amada. Así transcurrió mi estancia en Londres por espacio de unos cuatro meses, acordándome de mis tragedias tanto como si ni las hubiese ideado siquiera. Sólo de vez en cuando pensaba en la coincidencia del número, de caballos y de tragedias y entonces me decía: «Has ganado un caballo por cada tragedia», recordando lo que a fuerza de azotes nos hacían trotar nuestros domadores pedagogos cuando en la escuela nos salía mal alguna composición.

Así viví vergonzosamente, en un ocio vilísimo, varios meses, olvidando hasta la lectura de mis poetas favoritos, y agotada de tal modo mi vena poética, que en toda mi estancia en Londres no compuse más que un soneto, y dos más al partir. En abril me encaminé con numerosa caravana a Calais y París, y por Lyon y Turín regresé a Siena. Pero es más fácil de decir que de hacer ese viaje llevando tantas caballerías. Cada día y a cada paso tenía que sufrir disgustos y molestias continuas que amargaban el placer de verme poseedor de tan magnífico ganado; ora éste tosía, ora aquél no quería comer, ya uno cojeaba, ya al otro se le hinchaban las patas, o bien a esotro se le rompían los cascos; en fin, una infinidad de contratiempos, de los que yo era la primera víctima. Y aquella travesía marítima para transportarlos a Douvros, hacinados como ovejas, sirviendo de lastre a la nave, maltratados y tan sucios que no era posible distinguir el dorado brillo de su pelaje castaño; verlos a veces sin reparo alguno porque quitaban las maderas que las cobijaban; tener que soportar con paciencia que, ya en Calais, antes de desembarcar, sirviesen sus lomos de puente a los groseros marineros, que pasaban pisándolos como si no fueran cuerpos vivos, sino una vil prolongación del pavimento; ver cómo los izaban por medio de cuerdas, con las patas colgando y dejándolos caer al mar, porque, a causa de la marea, la nave no podía fondear hasta la mañana siguiente, y si no se desembarcaban de la manera habría habido que dejarlos toda la noche en la incómoda postura que debían conservar a bordo... En fin, que hube de sufrir lo indecible. No obstante, fue tanta mi solicitud y tantos mis cuidados, que, previendo y remediando los males, y venciendo con tesón peligros, contratiempos y dificultades, los conduje sanos y salvos a buen puerto.

En honor a la verdad, debo añadir que éste mi apasionamiento no estaba exento de vanidad, pues, como sucedió en Amiéns, en París, en Turín y en otras partes, cuando las personas entendidas elogiaban a mis caballos, yo me ponía tan ancho y orondo como si fueran obra de mis manos. Pero la más ardua y épica empresa con aquella caravana fue el paso de los Alpes entre Lansleburgo y el Novalesse. Me costó mucho trabajo ordenar y ejecutar su marcha de modo que no ocurriese ninguna desgracia a aquellos animales tan grandes y relativamente pesados a través de aquellos abruptos y estrechos senderos, rodeados de precipicios. Y así como me complacé en ordenarla, permita el lector que me complazca en describirla. Al que no le guste, que la pase por alto, y el que quiera, que la lea, y vea si estuve más acertado en la organización de la marcha de catorce caballos entre aquellas Termópilas que en los cinco actos de una tragedia.

Eran mis caballos, gracias a sus pocos años, a mis solícitos cuidados y a la descansada vida que hacían, excesivamente vivos y fogosos, por lo que no era nada fácil guiarlos bien para que no se despeñaran. Así, pues, en Lansleburgo alquilé un hombre para cada caballo, a fin de que lo guiase a pie, llevándolo bien corto de la brida. Y a cada tres caballos que a la desfilada subían por el monte seguía un lacayo mío, jinete en un mulillo, encargado de vigilar la marcha de las tres caballerías que le precedían, llevadas de la rienda por los hombres que con este objeto había alquilado, y así sucesivamente de tres en tres. En medio de la recua caminaba el albéitar de Lansleburgo, llevando clavos, martillos y todo lo necesario para herrar en seguida al caballo que perdiera alguna herradura, que era lo más peligroso en aquel paso tan difícil. Cerraba yo la marcha, como jefe de la expedición, montado sobre el más pequeño y ligero de mis caballos, «Frontino», y llevando a ambos estribos dos ayudantes de camino, peatones muy listos, a quienes mandaba a la cabeza, al centro o a la cola para que transmitieran mis órdenes. Llegados así felizmente a la cima del Monsenige, y en el momento de empezar a bajar a Italia, movimiento que suele alegrar a los caballeros y apresurar su paso, cambié de sitio, me apeé de «Frontino» y, puesto a la cabeza de la expedición, comencé a descender lentamente. Con objeto de evitar que las cabalgaduras corriesen montaña abajo, coloqué delante las más grandes y pesadas, encargando a mis ayudantes que cuidasen de que entre uno y otro caballo no mediase más distancia que la estrictamente necesaria. A pesar de tantas precauciones, varios caballos perdieron hasta tres herraduras cada uno; pero como para algo había yo llevado el albéitar, pronto quedaba remediado el daño, y todos llegaron sanos y salvos al Novalesa, con los cascos en muy buen estado y sin que cojeara ninguno. Esta charla podrá ser útil al que tenga que pasar los Alpes u otros lugares parecidos conduciendo muchos caballos. En cuanto a mí, por haber dirigido tan felizmente aquel paso estaba tan orgulloso como pudo estarlo Aníbal cuando, un poco más al Mediodía, logró pasar los Alpes con sus esclavos y elefantes. Con la única diferencia que, si a él le costó mucho vinagre, yo tuve que pagar todo el vino, y no fue poco, que trasegaron los guías, el albéitar, los ayudantes y palafrenero.

Con la cabeza llena de estas tonterías y vacía por completo de todo pensamiento útil y laudable, llegué a fines de mayo a Turín, donde me detuve unas tres semanas, al cabo de más de siete años de haber levantado de allí mi domicilio. Como los caballos empezaban a aburrirme a fuerza de no pensar ni cuidarme más que de ellos, seis u ocho días después de mi llegada los mandé por delante a Toscana, donde habría de reunirme con ellos. Quería descansar entre tanto de tantas molestias y puerilidades, impropias de un autor trágico de treinta y cinco años de edad, bien cumplidos. Sin embargo, aquella distracción, el movimiento, el ejercicio corporal y la total suspensión de toda labor intelectual fueron muy beneficiosas para mi salud; me sentía tan robustecido y rejuvenecido de cuerpo como de inteligencia y juicio, pues, ¡ay!, los caballos habían vuelto a convertirme en el burro de antes. De tal modo volvió a enmohecerse mi mente, que llegué a considerar imposible que pudiera idear y escribir algo en lo sucesivo.

## Capítulo XIII

Breve estancia en Turín. Asisto a una representación de «Virginia»

En Turín tuve algunas satisfacciones y disgustos. Era para mí agradabilísimo volver a ver mis amigos de la juventud, los primeros lugares que conocí, las plantas, las piedras, todo objeto, en fin, que evocaban mis recuerdos y pasiones primitivas; pero, al mismo tiempo, el notar que muchos de mis compañeros de la adolescencia echaban por otra calle si me veían venir de lejos, para no tropezarse conmigo, o, si no tenían otro remedio que pasar por mi lado, me saludaban con marcada frialdad o volvían la cabeza, a pesar de que nada les había hecho, ni podían estar resentidos de mi amistad y afecto, me causaba honda amargura, que hubiera sido mayor si los que se mostraban menos esquivos conmigo no me hubiesen dicho que unos me trataban así porque yo había escrito tragedias; otros, porque yo había viajado mucho; los demás, porque había vuelto a mi patria con demasiados caballos; pequeñeces, en suma, excusables, sobre todo para el que conoce al hombre examinándose imparcialmente a sí mismo, pero lo bastante molestas para desear evitarlas cuando no quiere uno habitar entre sus connacionales para no verse obligado a hacer lo que ellos hacen, cuando el paisa es pequeño y sus habitantes son holgazanes, cuando, en fin, se les ofende involuntariamente con sólo intentar ser menos vulgares que ellos y sobresalir más, de cualquiera manera que sea.

Otro traguito muy amargo que hube de pasar en Turín fue el de presentarme al rey, el cual estaba bastante resentido conmigo por haberme negado tácitamente a reconocerlo con mi expatriación perpetua. Sin embargo, teniendo en cuenta los usos del país y mi propia situación, no podía yo eximirme de prestarle homenaje sin exponerme a ser tachado, con razón, de extravagante, insolente y descortés. En cuanto llegué a Turín, mi excelente cuñado, que era a la sazón el primer gentilhombre de cámara, comenzó a tantear el terreno para saber si yo quería o no presentarme en la corte; pero le tranquilicé en seguida diciéndole claramente que sí; y como él insistiera para que no demorase aquella obligada visita, no quise diferirla. El día siguiente fui a ver al ministro. Mi cuñado había prevenido que las disposiciones del Gobierno para conmigo eran excelentes y que sería recibido con mucha afabilidad, añadiendo, que se proponían darme un elevado cargo. Este favor, tan inmerecido como inesperado, me hizo temblar; pero el aviso me sirvió bastante para mantenerme en una actitud conveniente y no decir una palabra que pudiera interpretarse en el sentido de que yo rehusaba ni en el de que aceptaba. Dije, pues, al ministro que, hallándome de paso en Turín, me consideraba obligado a hacerle una visita para tener el gusto de saludarle y rogarle al mismo tiempo que me facilitase los medios de poder presentar mis respetos al rey. El ministro me acogió con mucha amabilidad, y en el curso de nuestra conversación me dio a entender, con palabras ambiguas al principio y con toda claridad después, que al rey le gustaría que volviese yo a mi patria, donde Su Majestad podría utilizar mis servicios y yo distinguirme, y otras simplezas por el estilo; pero yo corté en seguida por lo sano, y contesté, sin ambages ni rodeos, que tenía que volver a Toscana para continuar la impresión de mis obras y de mis estudios literarios; que contaba ya treinta



y cinco años, y a esa edad no se cambia fácilmente de propósitos, y que habiendo abrazado el arte de las letras, ésa sería la única profesión que ejercería el resto de mi vida. Replicóme el ministro que, desde luego, la profesión de las letras era noble y bella, pero que existían otras ocupaciones más importantes y elevadas, para cuyo desempeño debía yo considerarme muy capaz. Le di las gracias, persistiendo en mi negativa, y aun tuve la moderación y generosidad de no imponer a aquel buen hombre la inútil mortificación que merecía, como hubiera sido el decirle que sus despachos y diplomacias me parecían, y lo eran realmente, menos importantes que mis tragedias o las de otro autor. Pero esa clase de gente es, y debe ser, inconcusable, y yo, por temperamento, no discuto sino con los que se dejan convencer; a los demás no les hago caso. Me limité, pues, a no acceder. Indudablemente, el rey tuvo conocimiento por conducto de su ministro de mi resistencia negativa, pues cuando al día siguiente me concedió audiencia no me dijo nada sobre el particular, si bien me acogió con la amabilidad y cortesía que le son propias. Era el rey Víctor Amadeo II, todavía reinante, hijo de Carlos Manuel, bajo cuyo reinado nací. Aunque no soy muy amigo de reyes en general, sobre todo de los arbitrarios, debo confesar ingenuamente que nuestros príncipes suelen ser óptimos, máxime si se les compara con los otros de Europa. En lo íntimo de mi corazón sentía yo hacia ellos más cariño que aversión, pues tanto este monarca como su antecesor están dotados de bellísimos sentimientos, son de muy buena índole y de ejemplares costumbres y hacen a su pueblo más beneficios que daños. No obstante, cuando se piensa que el hacer bien o mal sólo depende de su voluntad hay que echarse a temblar y huir de ellos. Y esto fue lo que hice yo al cabo de pocos días, estrictamente los necesarios para visitar a mis parientes y amigos de Turín y pasar unas cuantas horas agradabilísimas con mi incomparable amigo el abate Caluso, que me hizo sentir un poco el juicio y despertar del letargo en que los caballos, me habían sumido y sepultado.

Durante mi corta estancia tuve que asistir, casi sin quererlo, a una representación de mi tragedia Virginia, puesta en escena en el mismo teatro donde nueve años antes habíase estrenado mi Cleopatra, por actores que valían poco más o menos tanto como aquéllos. Un antiguo compañero mío de Academia había organizado la función mucho antes de mi llegada a Turín, donde nadie me esperaba. Dicho amigo me instó mucho para que dirigiese los ensayos; pero como yo tenía más experiencia y más orgullo, me negué rotundamente, pues conocía muy bien a nuestros actores y al público. No quise de ninguna de las maneras hacerme cómplice de su incapacidad, de la que no dudaba, a pesar de no haberles visto trabajar. Hubiera tenido que empezar por un imposible: enseñarles a hablar y pronunciar en italiano y no en veneciano; a que fueran ellos los que recitaran y no el apuntador; a entender -hubiera sido demasiada pretensión el querer que lo sintieran-, sencillamente a entender lo que querían hacer entender al auditorio. No estaba, pues, tan fuera de razón mi negativa, ni era indiscreto mi orgullo. Dejé, por lo tanto, a mi amigo que se las arreglara como pudiera, prometiéndole únicamente que asistiría a la representación. Y asistí, en efecto, pero íntimamente convencido de que en vida no había yo de cosechar aplausos ni censuras en ningún teatro de Italia. Virginia tuvo también el mismo éxito que Cleopatra, y se pidió la repetición para el día siguiente; pero huelga decir que no volví por el teatro. Mas desde aquel momento comenzó el desengaño de la gloria, en el que cada día que pasa me confirmo más y más, a pesar de lo cual no he renunciado a mi propósito de continuar escribiendo durante diez o quince años todavía, es decir, hasta cumplir los sesenta, cultivando otros géneros de literatura, aunque no sé si lo haré con mas cuidado y mejor,

para tener consuelo, cuando muera o llegue a la vejez, de haber satisfecho a mí mismo y al arte que había en mí. Respecto al juicio de los hombres actuales, dado el estado en que se encuentra el arte de la crítica en Italia, lo repito con pena, no se puede esperar ni alcanzar elogios ni censuras; pues no considero alabanza lo que no discierne, y fundándose en ella se anima al autor, ni llamo censura a la que no enseña a hacerlo mejor.

Con la representación de Virginia sufrí horriblemente, mucho más que con la de Cleopatra, por muy distintos motivos, de los que no quiero hablar aquí, pues de sobra los adivina y comprende el que tiene el gusto y el orgullo del arte; para quien no siente nada de eso, mis palabras resultarían inútiles e inconcebibles.

De Turín me trasladé a Asti, para pasar tres días al lado de mi buena y respetabilísima madre. Nos separamos llorando, porque ambos presentíamos que probablemente no nos volveríamos a ver. No sentía yo el cariño que hubiera podido y debido sentir hacia ella, pues desde la edad de nueve años pasé pocas horas en su compañía; pero mi estimación, gratitud y veneración por mi madre y por sus virtudes han sido siempre grandísimas y lo serán mientras yo aliente en el mundo. ¡Que el cielo le conceda larga vida, ya que tan bien sabe emplearla en edificar y favorecer a toda la ciudad! Además, mi madre me tenía un cariño mucho más acendrado y entrañable de lo que yo merecía, y por eso el hondo y verdadero dolor que le ocasionó mi separación me apenó muchísimo y me apena todavía.

Apenas salí del reino sardo, respiré a mis anchas, con verdadera satisfacción, pues aun pesaba tácitamente sobre mi cerviz el recuerdo del yugo nativo, a pesar de que lo había roto. Cada vez que tropezaba, durante mi breve estancia en Turín, con alguno de los personajes de la corte o del Gobierno me consideraba como liberto más que como hombre enteramente libre, acordándome de la hermosa frase de Pompeyo cuando, en Egipto, se entregó a discreción de Fotino: «El que entra en casa del tirano, si es libre se hace esclavo.» Así, quien por pereza, distracción o curiosidad vuelve a la prisión de que ha escapado corre riesgo de no poder salir de ella mientras queden carceleros.

A medida que me internaba en Módena, las noticias que iba recibiendo de mi amada llenábanme unas de tristeza, de esperanza otras, y todas de cruel incertidumbre. Pero, al fin, las que supe en Plasencia anunciábanme su definitiva liberación de Roma, lo cual me produjo indecible alegría, porque Roma era el único lugar donde no me hubiera sido posible verla; pero las conveniencias, aherrojándome con pesadísimas cadenas, me impedían seguirla en seguida. Con mil trabajos y no pequeños sacrificios pecuniarios realizados en favor de su marido había obtenido de su cuñado y del Papa el necesario permiso para ir a tomar las aguas de Baden, pues los disgustos habían alterado considerablemente su salud. Así, en junio de 1784 salió ella de Roma, y siguiendo el litoral del Adriático, por Bolonia, Mantua y Trento se dirigió al Tirol, al mismo tiempo que yo salía de Turín y por Plasencia, Módena y Pistoja regresaba a Siena. El pensar en que estaba tan cerca de ella y en que, no obstante, habíamos de permanecer todavía separados me causaba alegría y dolor al mismo tiempo. Naturalmente, yo habría podido ordenar que mi carruaje y mi gente prosiguiesen camino adelante hacia Toscana y, montando a caballo, tomar por los atajos e ir a reunirme con ella, o verla al menos. Deseaba, temía, esperaba, renunciaba a mis deseos, alternativas todas del corazón que verdaderamente ama; pero al fin triunfó el deber: por amor a ella y por su decoro más que por el mío propio, y aunque

renegando y gimiendo, no me aparté de mi camino. Y bajo el peso agobiador de mi dolorosa victoria, a los diez meses aproximadamente de viaje llegué a Siena, donde en la amistad del querido Gori hallé el consuelo y valor que necesitaba para ir tirando de la vida conservando la esperanza.

## Capítulo XIV

Viaje a Alsacia. Vuelvo a ver a mi amada. Plan de nuevas tragedias. Muerte inesperada de mi amigo Gori, en Siena

Entre tanto llegaron a Siena, pocos días después que yo, mis catorce caballos; el decimoquinto, mi hermoso bayo «Fido», el que varias veces había llevado en Roma el dulce peso de mi amada, y que por esto me era el más querido de todos, lo dejé a los cuidados de mi amigo. Los caballos teníanme distraído y en constante ociosidad, aparte que los pesares del corazón hacían vanos todos mis esfuerzos para reanudar mis tareas literarias. Pasé en Siena parte de junio y todo el mes de julio, sin que en todo ese tiempo, hiciera otra cosa que unos cuantos versos, algunas estrofas que me faltaban para terminar el canto tercero del poema y el principio del cuarto. Aquella obra, a pesar de que la hacía con tantas interrupciones, a trozos, sin plan preconcebido, fue una de las que más me apasionaron, y estaba decidido a no darle demasiada extensión, pues notaba que adolecía de este defecto; y segura mente lo habría conseguido de haber prescindido de detalles innecesarios y del excesivo floreo. Porque para que resultase verdaderamente original y darle un sabor agridulce, la primera condición necesaria era la brevedad. Por eso mi primitiva idea fue la de que sólo tuviese tres cantos; pero las observaciones de mis consejeros suprimieron casi un canto entero, y tuve que añadirle otro. Y no estoy muy seguro que tan frecuentes interrupciones no hayan influido para que el poema, en conjunto, resulte inconexo.

Entre tanto que procuraba continuar el cuarto canto, no cesaba de escribir y mandar cartas, que iban aumentando mis esperanzas y avivando más y más mi ardiente deseo de volver a reunir me con mi amada. Hasta que, al fin, no pudiendo resistir más, confiando únicamente a mi amigo Gori el verdadero objeto de mi viaje y el punto adonde me dirigía, so pretexto de una excursión a Venecia, tomé un día el camino de Alemania. ¡Día de amarguísimos recuerdos para mí! No podía yo imaginarme siquiera que al abrazar, enajenado de gozo, al amigo queridísimo, a quien pensaba volver a ver al cabo de pocas semanas, le daba el abrazo postrero. Han transcurrido muchos años desde su muerte, pero no puedo pensar en ella sin derramar ardientes lágrimas. Pero no hablaré aquí de mi dolor, porque en otros escritos lo he desahogado.

Vedme, pues, nuevamente de viaje. Por el acostumbrado, querido y poético camino de Pistoja o Módena voy rápidamente a Mantua, Trento, Inspruck, y de aquí, por Saboya, a Colmar, ciudad de la Alsacia superior, a la izquierda del Rin, donde, finalmente, hallé a la que tanto iba llamando y buscando, porque durante más de diez y seis meses había estado privado de la luz de sus ojos. Recorrí tan largo trayecto en doce días, que me parecieron siglos. Brotó de nuevo en mi mente, con más fuerza que nunca, la inspiración poética, y la que podía en mí más que yo mismo me hizo componer cada día varios sonetos, transportado por, la dicha de ir pisando las huellas que ella había dejado impresas en dos meses antes, pidiendo en todas partes noticias de ella e informándome de todos los detalles de su viaje. Y como la alegría rebosaba en mi corazón, me sentí animado a intentar la poesía jocosa en un largo capítulo que escribí al amigo Gori dándole instrucciones para el cuidado de mis caballos, que constituían mi tercera pasión, y no digo la segunda porque me avergonzaría de anteponer Pegaso a las Musas.

Más adelante di cabida a aquel capítulo, que resultó bastante largo, entre las rimas, por ser la primera y casi la única poesía que he escrito de género bufo, al que no me siento inclinado, pero cuyos resortes me parece que conozco bastante para cultivarlo si me lo propusiera. Pasaron volando los dos meses que permanecí al lado de mi amante. Como su presencia me devolvió la plenitud de mi espíritu y de mi mente, junto con las satisfacciones del corazón, no habían transcurrido quince días desde que volví a la vida; el mismo Alfieri, que dos años antes no habría soñado siquiera con escribir nuevas tragedias, sino que, por lo contrario, colgó el coturno cuando terminó el Saúl, decidido a no descolgarlo jamás, se encontró, casi sin darse cuenta de ello, con tres tragedias más, concebidas al mismo tiempo y nacidas en un solo parto: Agis, Sofonisba y Mirra. Las dos primeras habíanseme presentado a la mente en distintas ocasiones, pero siempre las había rechazado; pero en aquéllas, si quise librarme de ellas, tuve que trazar el plan, esperando y creyendo que no llegaría a extenderlas jamas.

En Mirra no había pensado nunca; es más: ni ésta, ni Biblis ni ningún amor incestuoso parecíanme asuntos dignos de una tragedia. Mas casualmente leí en las Metamorfosis, de Ovidio, la vehemente y admirable alocución de Mirra a su nodriza, y, hondamente conmovido, concebí al punto la idea de componer una tragedia, persuadido de que podría resultar tan interesante como conmovedora si el autor acertaba a exponer el asunto de modo que el espectador pudiese ir descubriendo por sí mismo y poco a poco las horribles tempestades del corazón apasionado y a la vez purísimo de Mirra, que fue más desgraciada que culpable, sin que ella hubiera de dejarlas entrever, sin confesar a sí misma, y mucho menos a los demás, un amor tan monstruoso. En una palabra: pensé que no se debía omitir nada de lo que Ovidio describía, pero de manera que fuera preciso adivinarlo por lo que se callase. Desde el primer momento me hice cargo de las dificultades que habría de encontrar para mantener esta escabrosísima fluctuación de Mirra durante los cinco actos, sin tener que añadir ni tomar nada de nadie. Aun después de haber ideado, escrito, versificado y publicado esta tragedia, comprendo y temo esa dificultad, que entonces me sirvió de acicate para tratar de vencerla, y no soy yo quien debe decir si lo conseguí en parte o en todo o si no me fue posible alcanzarlo.

Aquellas tres composiciones trágicas encendieron de nuevo mi amor a la gloria, gloria que deseaba merecer únicamente para ofrendarla a la mujer, que era para mí mucho más

querida que ella. Hacía, pues, un mes que estaba pasando los días más felices de mi vida, sin experimentar otra amargura que la de pensar que dentro de otro mes, todo lo más, sería preciso que nos separásemos nuevamente, cuando, como si este pensamiento no fuese ya bastante para ahelear la dulzura inefable de mi dicha actual, el destino cruel aumentó la dosis para hacerme pagar con creces el alivio pasajero que experimentaba. En el espacio de ocho días recibí cartas de Siena, en las que se me comunicaba, primero, la muerte del hermano menor de Gori y la gravedad de éste, y, por último, el fallecimiento del propio Gori, que sólo había sobrevivido seis días al primero. Si yo hubiese recibido tan tremendo e inesperado golpe en ocasión en que estuviese en compañía de mi amante, los efectos hubieran sido mucho menos fieros y terribles, porque el tener con quien llorar alivia la pena. Mi amante conocía y apreciaba muchísimo también a mi querido Francisco Gori, el cual, el año anterior, después de haberme acompañado hasta Génova, como he dicho en otro lugar, regresó a Toscana, y se trasladó luego a Roma, casi con el exclusivo objeto de conocerla; y como se detuvo allí varios meses, tuvo ocasión de tratarla y aun de acompañarla casi diariamente a ver los tesoros de arte que Roma encierra, y de los que era apasionado, por su competencia en bellas artes. Por lo tanto, llorándolo conmigo, no lo hubiese llorado solo por mí, sino por sí misma también, puesto que sabía por reciente experiencia lo mucho que valía el amigo que perdíamos.

Aquella desgracia turbó sobre manera la breve temporada que aun permanecimos juntos, haciendo que nos resultara más cruel y dolorosa nuestra segunda separación. Llegó el temido día, fue preciso someterse al destino y yo tuve que volver al dolor, separado esta vez de mi amada, sin saber por cuánto tiempo, y privado de los consuelos de mi amigo, de cuya eterna separación, ¡ay!, no podía quedarme la menor duda. Cada paso de aquel mismo camino que al venir había ido limpiando de tristezas y pesares me destrozaba el corazón. Abatido por el dolor, pocos versos pude hacer, y llorando sin cesar volví a Siena, adonde llegué, con el alma transida, a primeros de noviembre. Algunos amigos de Gori, que por haberlo sido suyos lo eran también míos y nos apreciábamos mutuamente, aumentaron mi pena de un modo atroz durante los primeros días de mi permanencia en aquella ciudad, satisfaciendo con excesiva minuciosidad mis deseos de conocer los detalles de tan funesto suceso; y aunque me destrozaban el corazón, lejos de rogarles que callasen, les alentaba a hablar sin omitir nada. Como es de suponer, no me hospedé en aquella mansión de llanto, en la que no volví a poner los pies. Desde que regresé de Milán el año anterior había ocupado en casa de mi amigo el cuartito alegre y solitario que había puesto a mi disposición, y allí vivíamos como hermanos.

La estancia en Siena sin mi amigo Gori se me hizo en seguida insoportable; y para mitigar mi dolor distrayendo mi mente, en cuanto fuese posible, de su recuerdo, me trasladé a Pisa, donde me proponía pasar el invierno, esperando que mejor suerte me restituyese a mí mismo, puesto que, privado de todo alimento mi corazón, no me podía considerar vivo.

Estancia en Pisa. Escribo el «Panegírico de Trajano» y otras cosas

Mi amada, entre tanto, había vuelto a entrar en Italia por los Alpes de Saboya, y, pasando por Turín y Génova, había fijado su residencia en Bolonia por todo el invierno, arreglo convenido para que, sin abandonar los Estados Pontificios no tuviera que volver a su cárcel de Roma. Así, pues, ella en Bolonia y yo en Pisa, sin que nos separara más que el Apenino, pasamos cinco meses muy cerca uno de otro, pero no juntos. Esto era para mí un consuelo y un martirio a la vez: recibía noticias frescas de ella cada tres o cuatro días, pero ni podía ni debía tratar de verla, dadas la mojigatería y las murmuraciones de todas las ciudades pequeñas de Italia, donde los desocupados y los chismosos observan hasta los actos más insignificantes de quien se sale un poquito del vulgo. Pasé, pues, aquel interminable invierno en Pisa, sin más alegrías que sus frecuentísimas cartas y perdiendo el tiempo con mis caballos, sin tocar apenas los libros.

No obstante, para ahuyentar el tedio en las horas en que no podía pasear a caballo o en carruaje, iba haciendo algunas cosillas, sobre todo por las mañanas, en cuanto me levantaba. Leí las Cartas de Plinio el Joven, que me gustaron bastante, no sólo por la elegancia de su estilo, sino por lo mucho que en ellas se podía aprender sobre los usos y costumbres romanos, aparte del purísimo ánimo y del hermoso y amable carácter que va desarrollando el autor. Terminadas las Epístolas, comencé la lectura del Panegírico de Trajano, obra que conocía mucho de oídas, pero sin haberlo leído jamás. Recorrí con la vista algunas páginas, y no encontrando en ella el mismo autor de las Cartas, y mucho menos al amigo de Tácito, de que tanto blasonaba, sentí un movimiento de ira, tiré el libro, salté de la cama, pues solía leer acostado, y, tomando la pluma, exclamé en voz alta e indignada: «Plinio, tú no eres verdaderamente amigo ni émulo de Tácito: ahora te enseñaré cómo debías haber hablado de Trajano.» Y sin pensarlo más, sin reflexionar, de un tirón, como fuera de mí dejando que la pluma se despachase a su gusto, escribí cerca de cuatro páginas con letra muy menuda, hasta que, cansado y desahogada así mi cólera, dejé el manuscrito, sin repararlo siquiera. A la mañana siguiente volví a tomar a Plinio, aquel mismo Plinio que la víspera había perdido mi favor, con ánimo de continuar la lectura del Panegírico. Haciendo un gran esfuerzo, leí unas páginas más, pero no pude continuar. Entonces se me ocurrió reparar el trozo del Panegírico, que la mañana anterior había escrito en medio de mi delirio, y habiéndolo encontrado mejor de lo que podía imaginarme, de una burla, o de lo que creí hacer una burla, me resultó una cosa muy seria: distribuí el asunto, planeé la obra, y sin tomar aliento, escribiendo todas las mañanas mientras los ojos me lo permitían -pues al cabo de un par de horas se me enturbiaba la vista-, y pensando el resto del día, como solía sucederme cuando me acometía la fiebre de concebir y componer, al quinto día, o sea del 13 al 17 de marzo, lo dejé terminado tal como después lo di a la estampa, con ligerísimas enmiendas.

Este trabajo despertó de nuevo mi inteligencia y dio alguna tregua a mis dolores. Entonces me convencí por experiencia que para sobrellevar las angustias de mi alma y llegar hasta el fin sin sucumbir a ellas era preciso que me violentara, que distrajera mi mente con alguna

ocupación seria. Pero como mi mente era más libre e independiente que mi voluntad, no quiso obedecerme; de suerte que si antes de leer a Plinio me hubiera propuesto escribir un panegírico de Trajano me hubiera sido imposible: coordinar mis ideas. Así, pues, para engañar a la vez el dolor y la mente, recurrí a una obra de paciencia, de benedictino, como suele decirse. Tomé el Salustio que unos diez años atrás, había traducido en Turín para ayuda de mis estudios, lo hice sacar en limpio, con el texto al lado, y me puse seriamente a corregirlo, con la intención y esperanza de que resultaría algo de aquello. Empero, mi espíritu no se hallaba capaz para una aplicación constante y tranquila, por lo que no obtuve el resultado que me esperaba de aquel pacífico trabajo, pues no mejoré gran cosa la primitiva traducción; me convencí, en cambio, de que en los delirios de un corazón preocupado y descontento es más fácil concebir y crear con ardor y prontitud que corregir y limar fríamente un trabajo ya hecho. La lima es muy aburrida y la imaginación se distrae fácilmente cuando se maneja, mientras que la creación es una fiebre, durante cuyo acceso nada se siente que no sea ella. Dejando, pues, a Salustio para mejores tiempos, reanudé mi interrumpido trabajo en prosa titulado *Del Príncipe y de las Letras*, ideado y planeado algunos años antes en Florencia, y escribí todo el libro primero y dos o tres capítulos del segundo.

El verano anterior, a mi regreso de Inglaterra, publiqué en Siena mi tercer volumen de tragedias, y, como de costumbre, envié algunos ejemplares a varios literatos italianos, entre ellos al ilustre Cesarotti, rogándoles que me dieran su parecer sobre el estilo y el conjunto de mis obras. En abril recibí de este último una carta-crítica de las tragedias que contenía el tercer volumen, a la que contesté entonces brevemente dándole las gracias y tocando únicamente los puntos que, a mi juicio, tenía que rebatir y rogándole de nuevo que me indicara o facilitara él mismo un modelo de verso trágico. Sobre este particular no debo pasar por alto que Cesarotti -el inmenso poeta que con singular maestría y en versos sublimes escribió el *Ossian*-, que cuando dos años antes le pedí que me indicase un buen modelo de verso suelto de diálogo, no tuvo reparo en hablarme de algunas de sus traducciones del francés -*Semíramis* y *Mahoma*, de Voltaire-, impresas mucho tiempo atrás, proponiéndomelas tácitamente como modelo. Dichas traducciones están al alcance de cuantos quieran leerlas, y, por lo tanto, es inútil que me detenga a hacer reflexiones acerca de ellas: el que guste puede juzgarlas y comparar aquellos versos trágicos con los míos, y aun éstos con los versos épicos del *Ossian*, del propio Cesarotti, y decir si son del mismo corte y si he tomado algo de ellos. Pero consigno el hecho porque demuestra cuán míseros somos los hombres en general, y en particular los escritores, que tenemos siempre en las manos la paleta y el pincel para retratar a los demás y nunca el espejo para mirarnos bien en él y conocernos mejor.

El crítico de Pisa tenía que hacer en su gaceta el juicio de mi tercer tomo de tragedias, y no halló nada más cómodo y sencillo que insertar la carta de Cesarotti y mi contestación. Permanecí en Pisa hasta fines de agosto de 1785, y, aparte la prosa de que ya he hablado, me limité a hacer copiar las diez tragedias impresas y anotar al margen algunas correcciones que entonces me parecieron excesivas y más tarde, cuando me decidí a reimprimirlas en París, hallé insuficientes, por lo cual hube de cuadruplicarlas, por lo menos. En mayo de aquel año disfruté mucho en Pisa con el llamado *Juego del puente*, magnífico espectáculo que tiene algo de antiguo y heroico. A este festejo añádase otro de distinto género, también muy bonito, la iluminación de toda la ciudad, que solía celebrarse

cada dos años, por la festividad de San Raniero. Aquel año, empero, se verificaron los dos festejos al mismo tiempo, con ocasión de la visita que los reyes de Nápoles hacían al gran duque Leopoldo, que era hermano de la reina. Quedó en aquellas fiestas satisfecha mi vanidad, porque me señalé muchísimo gracias a mis caballos ingleses, que en alzada, belleza y brío eran muy superiores a cuantos en parecidas circunstancias se habían visto en Pisa. Pero en medio de mí falaz y pueril triunfo adquirí el doloroso convencimiento de que en la muerta y putrefacta Italia es más fácil distinguirse como poseedor de magníficos caballos que como autor trágico.

## Capítulo XVI

Segundo viaje a Alsacia, donde me establezco. Ideo y extiendo los dos «Brutos» y «Abel». Vuelvo a trabajar con fervor

Entre tanto, mi amada había salido de Bolonia en el mes de abril, con dirección a París. No queriendo volver a Roma, en ninguna parte podía fijar su residencia mejor que en Francia, donde tenía parientes, relaciones e intereses. Se detuvo en París hasta mediados de agosto, y regresó a Alsacia, al mismo castillo donde nos habíamos visto el año precedente. Con indecible alegría y la mayor premura emprendí nuevamente el camino de los Alpes Tirolenses. Habiendo perdido a mi amigo de Siena y no residiendo ya mi amada en Italia, no quería seguir viviendo en mi patria. No entraba en mis cálculos ni era conveniente que fijara yo mi residencia en el mismo lugar donde mi señora habitaba; pero, como tampoco podía resignarme a vivir muy lejos, procuré salvar al menos la barrera de los Alpes. Hice, pues, trasladar a Alsacia mis caballos, que llegaron sin novedad, y todos los objetos de mi pertenencia, excepto los libros, que dejé en Roma. Pero la felicidad derivada de nuestra segunda reunión no podía durar más allá de dos meses, porque la dueña de mi corazón tenía que volver el invierno a París. En diciembre la acompañé hasta Estrasburgo, donde, obligado a dejarla, nos separamos por tercera vez, con gran dolor de mi alma; ella prosiguió viaje a París y yo volví sobre mis pasos, a la casita de campo que había alquilado.

Aunque, como era natural, estaba descontento, mi aflicción no era tanta como en el pasado, porque, hallándonos tan cerca, sin obstáculos que lo impidiesen y sin riesgo para su fama, podía dar una escapada a París, aparte de que ambos teníamos la seguridad de que el próximo verano volveríamos a reunirnos. Esta esperanza fue para mí un bálsamo tan consolador y despejó de tal modo mi inteligencia, que de nuevo me eché confiado en brazos de las Musas. En medio de la tranquila libertad que disfrutaba en mi casita de recreo, trabajé aquel invierno como nunca lo había hecho en tan corto espacio de tiempo que el pensar continuamente en la misma cosa y el no tener distracciones ni disgustos abrevian y a la vez multiplican nuestras horas. De vuelta en mi retiro, acabé de extender Agis, que en



diciembre del año anterior empecé en Pisa y no pude terminar porque, al contrario de lo que me sucedía cuando creaba, esa clase de trabajo me hastiaba en seguida. Y terminado felizmente, sin nuevas interrupciones, extendí -todo en el mes de diciembre- Sifonisba y Mirra. En enero acabé asimismo de extender los libros segundo y tercero Del Príncipe y de las Letras, ideé y extendí el diálogo de la Virtud desconocida -tributo que debía a la memoria queridísima de mi dignísimo amigo Gori y hubiera querido pagar antes-, y, por añadidura, ideé, extendí y versifiqué la parte lírica de la tramedogedia Abel, género del que tendré que hablar más adelante, si me quedan vida, ingenio y medios para llevar a cabo todo lo que me propongo ejecutar.

Una vez puesto a hacer versos, no dejé de mano el pequeño poema hasta que hube terminado el canto cuarto; y después dicté, corregí y limé los otros tres, pues a causa de haberla compuesto a trozos, en el transcurso de diez años, parecíame, y me parece aún, bastante inconexo, defecto que no suele ser frecuente en mis producciones, a pesar de los muchos de que adolecen. Apenas había terminado el poema, cuando recibí una de las gratísimas cartas de mi amada, en la que me decía que había asistido a una representación de Bruto, de Voltaire, y que dicha tragedia le había gustado muchísimo. Yo, que también la había visto representar, pero unos diez años atrás, por lo cual apenas si me acordaba de ella, sentí de improviso tan viva y desdeñosa emulación, que no pude por menos de exclamar: «¿Conque el Bruto, de Voltaire? ¡Bah! ¡Yo escribiré, no uno, sino dos Brutos, y ya veremos si esa clase de tragedias las hago o no mejor que ese francés plebeyo que durante más de sesenta años se ha firmado: Voltaire, gentilhombre del rey!» Y sin decir más ni hacer la más remota alusión al caso cuando contesté a mi amada, inmediatamente puse manos a la obra y tracé el plan de mis dos Brutos, tal como luego lo desarrollé. Y así, por tercera vez falté a la promesa hecha a mí mismo de no escribir más tragedias: de doce que tenían que ser, llegaron a las diez y nueve. Cuando acabé el segundo Bruto, renové a Apolo el juramento más solemne que he hecho en mi vida, y estoy seguro de que no lo quebrantaré fácilmente. Los años empiezan a pesarme y tengo muchas cosas que hacer, de distinto género, que no sé si las podré acabar.

Después de cinco o seis meses de plena e incesante actividad mental -pues me levantaba con el alba, escribía cartas de seis o siete carillas a mi amada, trabajaba hasta las dos o las tres de la tarde, salía después a pasear a caballo o en birlocho con ánimo de distraerme y descansar, pero sin lograrlo, porque el continuo pensar en este o aquel verso o en este o el otro personaje fatigaba mi mente en vez de aliviarla-, un nuevo ataque de podagra que me sobrevino en el mes de abril me tuvo postrado en cama durante quince días, sufriendo lo indecible, y me obligó a interrumpir los trabajos que con tanto ardor iba realizando. Habíame acostumbrado de tal modo a aquella vida laboriosa y solitaria, que, de no haber sido porque los caballos me invitaban a salir a tomar el aire, habría acabado por sucumbir a ella. Ni aun con la distracción de los caballos hubiera podido durar mucho la perpetua tensión de las fibras del cerebro; y si la gota, más cuerda que yo, no me hubiera impuesto una tregua, seguramente se me habría trastornado el juicio, o mis fuerzas físicas se habrían agotado por completo, puesto que dormía muy poco y comía menos. Sin embargo, en mayo, gracias al régimen dietético y al descanso absoluto, me encontré bastante fuerte y casi restablecido. Desgraciadamente, circunstancias imprevistas retrasaron la vuelta de mi amada a su quinta de Alsacia, y, privado del inefable placer de verla, que era mi único consuelo y la sola esperanza que me alentaba, caí en tal abatimiento de espíritu, que,

ofuscada mi mente, en dos o tres meses trabajé muy poco y mal, hasta que en agosto, con el regreso de la mujer que era mi vida, desaparecieron todos los males de mi ardiente y descontenta fantasía.

Y apenas restablecido el equilibrio de mi mente, recobradas mis fuerzas físicas y dadas al olvido las penas de la separación, que por mi fortuna fue la última, empecé nuevamente mis trabajos con más fervor que antes, con furia tal, que cuando a mediados de diciembre salimos juntos para París había puesto en verso Agis, Sofonisba y Mirra, extendido los dos Brutos y escrito la primera Sátira. Este nuevo género habíalo ensayado nueve años antes en Florencia; pero como entonces no conocía bien el idioma ni el arte de la poesía, resultaron vanos mis esfuerzos y tuve que renunciar a cultivarlo, convencido de que no lograría nunca dominarlo en lo referente al estilo y la versificación. Mas el rayo vivificante de mi dueña adorada me infundió el valor y atrevimiento necesarios para acometer la empresa, y creo que la voy realizando, con mayor o menor fortuna. Asimismo, antes de trasladarme había repasado mis poesías, dictando y puliendo muchas de ellas, por lo que me encontré poseedor de abundante o quizá excesivo bagaje literario.

## Capítulo XVII

Viaje a París. Regreso a la Alsacia después de, haber convenido con Didot la impresión de las diez y nueve tragedias. Gravísima enfermedad en Alsacia, adonde había ido el amigo Caluso a pasar el verano con nosotros

Al cabo de unos catorce meses de permanencia continua en Alsacia, salimos mi amante y yo, para París, ciudad que ni por su naturaleza ni la mía habíame gustado jamás, pero que me pareció un paraíso desde que habitaba en ella la mujer que era más que mi vida. No sabiendo con, certeza cuánto tiempo habríamos de residir en París, dejé en Alsacia mis caballos y sólo llevé conmigo algunos libros y todos mis manuscritos. Al principio, el ruido y el vaho de aquel caos, después de tan largo tiempo de vida campestre, me entristecieron bastante. Además, la circunstancia de estar situado mi albergue muy lejos del alojamiento de mi amante, y muchas otras cosas de aquella Babilonia que me disgustaban sobre manera, habríanme impulsado a salir de allí escapado si yo hubiese vivido entonces por mí y para mí; pero como no era así, desde hacía ya, muchos años, tuve que hacer de la necesidad virtud y tratar de sacar provecho de mi estancia en aquella ciudad aprendiendo algo nuevo. Desde luego no había que pensar siquiera en aprender ni adelantar nada en el arte de versificar, puesto que ningún literato de París conocía bien nuestro idioma; y en cuanto al arte dramático en general, aunque los franceses se otorgan a sí mismos la primacía, como mis principios y métodos eran muy diferentes de los observados por sus autores trágicos, se necesitaba paciencia y calma inauditas para oír impasible cómo dictaban en tono doctoral

sentencias y reglas, justas muchas de ellas, pero mal ejecutadas por los mismos que las encomiaban y trataban de imponerlas.

Afortunadamente, yo, que siempre he seguido la máxima de contradecir muy poco, no discutir nunca, escuchar siempre y no creer casi nada de lo que se dice, ya que otra no podía esperar de aquellos parlanchines, aprendí el sublime arte de callar.

Nuestra primera estancia en París, que duró más de seis meses, fue, por lo menos, beneficiosa para mi salud.

Estando allí puse en verso mi Bruto primero, y, debido a un caso bastante curioso, tuve que rehacer casi toda la Sofonisba. Quise leerla a un caballero francés a quien había conocido y tratado en Turín, donde residió varios años, persona muy entendida en el arte dramático, que en tiempo atrás habíame hecho muy atinadas observaciones acerca de mi Felipe. Cuando se lo leí en prosa francesa recomendéme que trasladara el Consejo del cuarto al tercer acto, como así lo hice, en efecto, convencido de que se favorecería más el desarrollo de la acción. Así, pues, leyendo mi Sofonisba a juez tan competente, procuraba identificarme con él todo lo posible, para deducir de su actitud más de lo que pudiera decirme el verdadero juicio que le merecía mi obra. El me escuchaba sin pestañear; pero yo, que también me escuchaba por dos, a mitad del segundo acto empecé a sentir cierta frialdad que, aumentando, aumentando sin cesar, no me dejó acabar la lectura del tercero, y, en un arranque desesperado, arrojé el manuscrito al fuego de la chimenea junto a la cual nos hallábamos sentados los dos solos y frente a frente. Aquel fuego crepitante parecía que me invitaba a ejecutar un acto de severa y pronta justicia. Sorprendido mi amigo de tan inesperada acción -pues yo no había dicho ni hecho nada que pudiera indicarla-, tendió rápidamente la mano para rescatar del fuego el cuaderno; pero, más rápido que él, cogí yo las tenazas, y sujetando a la desdichada Sofonisba entre dos pedazos de leña encendida la condené irremisiblemente a muerte horrible, pues, como experto verdugo, no solté las tenazas hasta que las llamas prendieron en ella y las pavesas empezaron a esparcirse y remontar por el cañón de la chimenea. Este arranque de loco fue hermano carnal del otro que tuve en Madrid, y del cual fue víctima mi fiel criado Elía; pero no me avergüenzo de él, porque, al fin y al cabo, me reportó algún beneficio. En efecto, me confirmé en la idea, repetidas veces concebida, de que aquel asunto de tragedia era ingrato y traidor, pues tomaba al principio un aspecto trágico que no sabía conservar hasta el fin; en consecuencia, prometí solemnemente a mí mismo no volver a pensar más en él. Pero las promesas de los autores son como los enfados de las madres; dos meses después vino a mis manos la prosa de la desventurada Sofonisba, que versificada pereció en la hoguera; la leí, me pareció que se podía sacar partido de ella, y de nuevo comencé a ponerla en verso, aligerándola bastante y procurando suplir y disimular con el estilo las deficiencias y falta de interés del asunto. Y aunque sabía, y sigo creyendo aún, que no era ni será jamás una tragedia de primer orden, no tuve valor para condenarla al olvido, porque sólo en ella podían reflejarse los altos sentimientos de las sublimes Cartago y Roma. Por eso me enorgullecen algunas escenas de esa tragedia, tan escasa de mérito.

Pareciéndome entonces que mis tragedias estaban lo bastante acabadas para darlas a la estampa, pensé que en nada mejor podría emplear el tiempo en París, donde había de fijar definitivamente mi residencia, que en hacer una edición completa y esmerada, sin

apresuramientos ni economía de trabajo y gastos. Pero antes de decidirme por este o por el otro establecimiento tipográfico quise hacer primero un ensayo para asegurarme de que lo harían bien, ya que se trataba de una composición en idioma extraño. Con este objeto empecé por el Panegírico de Trajano, que el año anterior había dictado y corregido. Como se trataba de un trabajo cortito, en cosa de un mes estuvo impreso. No tuve que arrepentirme sino todo lo contrario, de haber hecho aquella prueba, pues así pude escoger otro impresor, mucho mejor que el primero por todos conceptos. Puesto de acuerdo con el mayor de los hermanos Didot, hombre competentísimo en su arte, por el que sentía verdadera pasión, esmerado y solícito en el trabajo y conocedor de nuestro idioma, contraje con él el compromiso de imprimir mis tragedias en sus talleres, y en mayo de 1787 se empezó la tarea. Con aquel compromiso perseguía yo un doble fin. En junio tenía que volver a Alsacia para pasar allí el invierno, y sabía perfectamente que durante ese tiempo no podía adelantar mucho el trabajo, aunque se tomaran todas las medidas necesarias para que semanalmente recibiese yo las pruebas y las devolviese corregidas. Así, pues comenzando la impresión de mis obras en el susodicho mes, necesariamente tendría que volver a París, lo cual se me hacía muy cuesta arriba; por eso quería que me obligasen igualmente la gloria y el amor. Dejé, pues, a Didot el original en prosa que va a la cabeza de la edición y el de las tres primeras tragedias, que yo creía leído, corregido, retocado, impecable, a pesar de lo cual hube de dejarlo como nuevo en las pruebas de la reimpresión.

Aparte mi amar a la soledad y al silencio, la amenidad de la quinta, el vivir bajo el mismo techo que mi amada, y mis libros y mis caballos, eran alicientes poderosísimos para hacerme desear ardientemente el regreso a Alsacia. Y a todo esto añadíase otra circunstancia que contribuía a aumentar extraordinariamente mozo: la promesa que habíame hecho el abate Caluso de ir a pasar una temporadita con nosotros. El abate Caluso es uno de los hombres más buenos y dignos que he conocido en mi vida y el único amigo verdadero que me queda desde la muerte de Gori. Algunas semanas después de nuestro regreso a Alsacia, mi amada y yo salimos a su encuentro a Génova, recorrimos con él casi toda Suiza y juntos volvimos a nuestra quinta de Colmar, donde vi reunido todo lo que había en el mundo más querido para mí. La primera conversación que tuve con mi amigo versó sobre asuntos de familia. Mi buena madre habíale hecho un encargo bastante delicado y por demás extraño si se tenía en cuenta mi edad, mi situación, mis ocupaciones y mi manera de pensar: el de hacerme en su nombre una proposición de matrimonio. Caluso cumplió el encargo; riendo me hizo la indicada proposición y riendo la rechacé de plano, conviniendo ambos en escribir a mi amantísima madre en términos que nos excusasen por igual.

Solventado así el asunto matrimonial, desahogamos mutuamente nuestros corazones hablando de lo que tanto amábamos: de las letras. Yo sentía imperiosa necesidad de conversar sobre el arte, de hablar italiano y de cosas italianas, privaciones que había sufrido durante dos años y que no podían continuar sin grave perjuicio para mí, especialmente en lo que atañe al arte de versificar si los escritores franceses más famosos de aquel tiempo, Voltaire o Rousseau, hubieran tenido que pasar la mayor parte de su vida errando por distintas naciones donde su idioma fuese desconocido o desdeñado, y sin encontrar con quien hablarlo, tal vez no habrían tenido el valor y la constancia de escribir por verdadero amor al arte o por mero desahogo, como lo hacía yo y he seguido haciéndolo durante tantos años, a pesar de que los azares de la vida me han obligado a convivir y hablar siempre con

bárbaros, que así, por lo que a la literatura italiana se refiere, he de llamar a casi todos los europeos y a una gran parte de la propia Italia sui nescia. Pues aunque se pretende que los italianos escriban admirablemente y produzcan obras poéticas que respiren el arte de Petrarca y Dante, ¿cuántos son en Italia los que de veras saben leer, comprender, gustar y sentir a Dante y Petrarca? Uno por mil, todo lo más. Sin embargo, yo, firme e inquebrantable en mi amor a lo bello y a lo verdadero, prefiero -y no dejaré perder ocasión para repetir mi protesta- escribir en una lengua casi muerta y para un pueblo muerto, aunque me hayan de enterrar en vida, a hacerlo en las sordas y mudas lenguas francesa e inglesa, aunque sus cañones y sus ejércitos las vayan propagando por todas partes. Antes versos italianos -con tal que estén bien hechos-, aun cuando hayan de permanecer por ahora ignorados, incomprendidos y escarnecidos, que versos franceses, ingleses o en otra jerga cualquiera prepotente, aun cuando hubieran de ser leídos inmediatamente, aplaudidos y admirados por todo el mundo. Es mucha la diferencia que existe entre el pulsar el arpa, dulce y noble, aunque nadie escuche, y el sonar la vil cornamusa, aunque el vulgo entero aplauda.

Estos desahogos que tenía yo con mi amigo Caluso aligeraban de un gran peso mi corazón; pero esta dicha y la de pasar días tan felices en compañía de personas tan queridas y dignas, fueron muy cortas, como todas mis venturas. Un accidente desgraciado que ocurrió a mi amigo turbó nuestra tranquilidad. Cabalgando a mi lado, el pobre Caluso se cayó del caballo que montaba, y se dislocó una muñeca. De primera impresión creí que se había roto el brazo o que le había sucedido algo peor, y experimenté tan viva emoción, que caí gravemente enfermo. Dos días después me atacó la disentería con tal fuerza, que al decimoquinto día de enfermedad me di por muerto, pues si bien apenas tenía fiebre, en mi estómago no entraba más que algunos sorbos de agua helada, y, en cambio, las evacuaciones pestilentes pasaban de ochenta en las veinticuatro horas. La falta de calor natural era tan excesiva, que me aplicaban fomentos de vino aromático, tan calientes, que si los hubiera tocado con las manos se me habrían llagado, y, sin embargo, colocados sobre mi estómago y el bajo vientre, parecíanme tibios y me quejaba de que no los calentasen más. En mí no había vivo más que la cabeza, muy débil, desde luego, pero bastante despejada. Al cabo de quince días se inició la mejoría, que fue aumentando poco a poco, y al mes de enfermedad el número de evacuaciones no pasó de veinte en las veinticuatro horas.

Finalmente, a la sexta semana me vi libre de aquellas horribles molestias; pero quedé tan flaco y débil, que por espacio de otras cuatro semanas, cuando tenían que hacerme la cama, habían de llevarme en brazos a otra, porque no podía tenerme en pie. Verdaderamente, no creía yo que podría escapar de aquella enfermedad. Dolíame morir, por mi amada y por mi amigo y por tener que dejar apenas esbozada aquella gloria por la que tanto había luchado durante más de diez años, pues yo sabía muy bien que ninguno de mis escritos quedaría tan acabado y perfecto como hubiera podido dejarlos si viviese algunos años más. Por otra parte, consolábame el pensar que, al menos, moriría libre y rodeado de los dos seres más queridos que existían para mí en el mundo, y de cuyo cariño y estimación me consideraba digno, y que, además, moriría sin haber experimentado ninguno de los muchos dolores físicos y morales que acompañan inseparablemente a la vejez. Yo había comunicado al abate Caluso mis intenciones acerca de la impresión, ya comenzada, de mis tragedias, para que él la continuara. Más tarde, cuando estuve en condiciones de atender por mí mismo a la

edición, trabajo que duró unos tres años, me convencí, juzgando por lo larga y molesta que fue la tarea de corregir las pruebas, que si yo hubiese muerto dejando mis obras tal como estaban, de nada hubieran servido las fatigas que me había costado hacerlas, pues el colorido y la corrección son partes integrantes de todo género de poesía.

Plugo a Dios conservarme la vida para que yo pudiera dar a mis tragedias los muchos toques y retoques que necesitaban para ser menos imperfectas; y si no son desgraciadas, tal vez corresponderán a los cuidados de que les hice objeto, no permitiendo que mi nombre quede olvidado por completo.

Me restablecí, pero muy poco a poco y quedando tan débil de cuerpo como de mente, por lo cual no hice ni la décima parte de las enmiendas que hubiera debido hacer en las pruebas de las tres primeras tragedias, en cuya corrección empleé más de cuatro meses. Por esa razón, dos años después, cuando terminó la impresión de todas, comencé la reimpresión de aquéllas, porque sentía imperiosa necesidad de satisfacer al arte y a mí mismo, o quizá a mí mismo solamente, pues de seguro serán muy pocos los que querrán o podrán parar mientes en las modificaciones introducidas en lo tocante al estilo, porque consideradas separadamente son minucias, aunque en conjunto resulten importantísimas, si no de momento, para más adelante.

## Capítulo XVIII

Resido más de tres años en París. Impresión de todas mis tragedias. Edición de otras obras en Kehl

Las tareas literarias llamaban a mi amigo Caluso a Turín, de cuya Academia de Ciencias era secretario, y como estaba ya curado de la lesión sufrida, quiso hacer una excursión a Estrasburgo antes de regresar a Italia. Yo me encontraba bastante repuesto, pero débil y delicado aún; sin embargo, me empeñé en acompañarle, así como mi amada, para disfrutar unos días más de la presencia de amigo tan querido. Emprendimos el viaje en el mes de octubre, y visitamos la famosa tipografía que Beaumarchais había montado en Kehl, con los materiales comprados a Baskerville, exclusivamente para editar las obras de Voltaire. La belleza de los tipos, la pericia de los operarios y mis estrechas relaciones con Beaumarchais, que residía en París, hicieronme entrar ganas de imprimir en aquel establecimiento el resto, de mis obras, aparte de que allí no tropezaría con los muchos inconvenientes que la censura oponía entonces en Francia.

Me ha sublevado siempre el tener que someter mis obras a la censura antes de darlas a la estampa, no porque yo crea que se debe imprimir todo lo que se escribe, ni lo quiera

tampoco, sino porque he adoptado por completo la ley de Inglaterra y a ella me atengo; no he escrito nunca nada que no se pudiese publicar libremente y sin censuras para el autor en la verdaderamente libre Inglaterra. Opiniones, todas las que se quieran; ofensas a las personas, ninguna; respeto a la moral y a las buenas costumbres, siempre. Estas han sido y serán mis únicas leyes; ninguna otra se puede admitir ni se debe respetar.

Obtenido previamente el permiso de Beaumarchais, que me lo concedió en París, para editar mis obras en sus talleres tipográficos, aproveché nuestra visita para entregar al regente el manuscrito de mis cinco obras tituladas La América libre, a fin de que dicha obrita sirviese de prueba. Y la prueba fue tan satisfactoria, tan acabada y bonita resultó la impresión, que durante más de dos años consecutivos fui enviando original, hasta que se acabó el de las obras ya conocidas y el de otras no publicadas aún. Cada semana me remitían a París las pruebas, en las que hacía yo muchísimas correcciones, cambiando a veces estrofas y poesías enteras, sin que por eso promovieran la menor queja los tipógrafos de Kehl, cuya pericia y singular complacencia nunca podré alabar bastantemente. Lo contrario, por cierto, de lo que me sucedía con los operarios y encargados del establecimiento de Didot, en París, que me encendían la sangre y exprimían mi bolsa, haciéndome pagar arbitrariamente y cuantas veces querían, a peso de oro, cada línea que tenían que tocar o recorrer a causa de alguna corrección hecha por mí; de manera que, al contrario de lo que a veces suele ocurrir en la vida, que se recompensa al que se enmienda, yo tenía que pagar con creces para enmendar o eliminar mis errores.

Volvimos desde la Argentina a nuestra quinta de Colmar, y pocos días después, a fines de octubre, mi amigo regresó a Turín, dejándome un deseo vivísimo de volver a verle y disfrutar de su agradable y docta compañía. Nosotros pasamos aún en la quinta todo el mes de noviembre y parte de diciembre, a fin de que pudiera yo restablecerme por completo de la afección intestinal que había padecido, y a pesar de mi delicado estado de salud aprovechó aquel tiempo para poner en verso; de cualquier manera, mi Bruto segundo -que debía ser mi última tragedia-, ya que tenía tiempo sobrado para corregirla y limarla convenientemente antes de darla a la imprenta.

De vuelta en París, como yo había contraído el compromiso de atender a la impresión de mis tragedias, era indispensable que fijara allí mi residencia, y, por lo tanto, que buscara casa. Tuve la suerte de encontrar una vivienda alegre y tranquila, aislada, en los baluartes del nuevo barrio de San Germán, en lo alto de una calle llamada del Monte Parnaso; una casa de magníficas vistas, muy bien ventilada y solitaria, que me recordaba la villa que por espacio de dos años había yo ocupado junto a las Termas de Roma. Llevamos con nosotros a París todos mis caballos, la mitad de los cuales cedí a mi señora, no sólo por gusto de que se sirviera de ellos, sino también para reducir mis gastos y que no me distrajeran tanto. Establecido cómodamente en aquella linda casita, pude dedicarme al difícil y fastidioso trabajo de cuidar de la impresión de mis tragedias, que me tuvo ocupado cerca de tres años consecutivos.

En febrero de 1788, mi amada recibió la noticia de la muerte de su marido, acaecida en Roma, adonde habíase retirado dos años antes, levantando su domicilio de Florencia. Aun cuando aquella muerte era de esperar de un momento a otro, a causa de los graves y repetidos ataques que había tenido en el espacio de pocos meses, y dejase a la viuda

enteramente libre y dueña de sus actos, y a pesar de que la pérdida de su marido no implicaba para ella la de un amigo, con gran sorpresa mía fui testigo ocular de su pena, de su dolor, verdadero y no exagerado, pues en aquel carácter hermosísimo, franco e incomparable no cabía el fingimiento. A despecho de la diferencia de edad, aquel marido hubiera podido hacer de su mujer una excelente compañera y una amiga cariñosa, ya que no una esposa enamorada, si la hubiese tratado con los miramientos debidos, en vez de portarse como un marido borracho, brutal y grosero.

Así debo decirlo, como tributo a la verdad.

Continué atareadísimo todo el año 1788 en la impresión de mis obras, y como la del tomo IV tocaba a su fin, escribí mi Parecer sobre todas las tragedias, que debía cerrar la edición. El mismo año se terminó en Kehl la impresión de las Odas, el Diálogo, Etruria y las Rimas; y deseando dar mayor impulso a aquel trabajo para acabar cuanto antes, el año siguiente no me tomé un momento de descanso; de manera que en agosto estaba terminada en París la edición de los seis tomos de Tragedias, y en Kehl la de las dos obras en prosa Del Príncipe y de las Letras y La tiranía, que fue lo último que publiqué. Repasé también el Panegírico, que el año anterior había dado a la estampa; y echando de ver que en la corrección se me habían escapado muchas cosas que era preciso enmendar, ordené su reimpresión, que se llevó a cabo en los mismos talleres de Didot, añadiéndole la oda París, desbastillado -por haber sido yo testigo ocular de los primeros disturbios- y una fabulilla alusiva a los sucesos de aquellos días. Vaciado así el saco, me callé. Todas mis obras habían sido publicadas, excepto la tramedia Abel, porque me proponía escribir otras del mismo género, y la traducción de Salustio, porque nunca pensé siquiera en entrar en el desastroso e inextricable laberinto de traductor...

## Capítulo XIX

Empiezan los disturbios en Francia y, molestándome de mil maneras, me convierten de autor en charlatán. Opinión sobre el presente y el porvenir de este reino

Desde abril de 1789 en adelante viví en continuo sobresalto, temiendo constantemente que cualquiera de los tumultos que producíanse cada día en París desde la convocación de los Estados generales entorpeciera la marcha de la edición de mis obras, y tras de tantas fatigas, trabajos y gastos naufragara a la vista del puerto. Yo me apresuraba todo lo posible, pero no así los operarios de la imprenta Didot, que, convertidos de improviso en políticos y ciudadanos libres, se pasaban el día leyendo periódicos, discutiendo y legislando, en vez de componer, corregir e imprimir libros. Creí volverme loco; pero, afortunadamente, con alegría que no es para decirla, vi terminadas, embaladas y expedidas a Italia y a otros



puntos las tragedias que tantos sudores me habían costado. Mas no fue duradera aquella satisfacción, pues las cosas iban de mal en peor en aquella Babilonia; la seguridad y el sosiego disminuían a medida que aumentaban la duda y los siniestros presagios para el porvenir, y los que, como sucedía a mi amada y a mí, teníamos que vivir y habérnoslas con aquella gente, no podíamos por menos que temblar ante lo que sucedía, porque no podía acabar bien.

Pasé, pues, un año viendo y observando en silencio el progreso de los lamentables resultados de la docta impericia de aquella nación, que podía hablar muy bien de todo, pero sin ser capaz de realizar nada debidamente, por carecer de hombres prácticos, como ingeniosamente observó y dijo nuestro profeta político Maquiavelo. Hondamente afligido de ver la sagrada y sublime causa de la libertad continuamente vendida, cambiada, escarnecida y desacreditada por aquellos seudofilósofos; asqueado de ver cada día tantas medias tintas, tantas medias luces y tantos medios crímenes, pero nada entero, a no ser la impericia en todo y en todas partes; horrorizado, en fin, de ver la prepotencia militar y la insolencia y licencia de la toga, colocadas estúpidamente como base de la libertad, no deseo otra cosa que salir cuanto antes de este pestilente hospital de incurables y locos. Y tiempo ha que lo habría abandonado si desgraciadas circunstancias no nos retuviesen en él. Un año hace ya que se terminó la edición de mis tragedias, y aquí sigo vegetando, más que viviendo, dudando y temiendo siempre y esterilizado el cerebro por los tres años consecutivos de asiduo trabajo de corrección de mis obras, sin tener nada en qué ocuparme y sin poder dedicarme a algo bueno y útil. Entre tanto, voy recibiendo noticias de todos los puntos adonde envié ejemplares de mis tragedias asegurándome que tenían bastante aceptación y que han gustado. Pero como estas buenas nuevas proceden de amigos o de personas demasiado benévolas conmigo, no me forjo ilusiones y estoy decidido a no admitir elogios ni censuras que no vengan acompañados de sus respectivos porqués, de razones luminosas que redunden en beneficio de mi arte y de mí mismo. Pero estas razones son difíciles de dar, y hasta la fecha no he recibido ninguna; de manera que todo lo demás, como si nada me hubieran dicho. Aunque yo sabía de antemano que estas cosas habían de ocurrir, no dejaré por eso de trabajar con ahínco, sin economizar fatigas ni tiempo para perfeccionarme, y así quizá se tributarán más alabanzas a mi memoria; pues a pesar de los desengaños sufridos sigo obstinado en preferir hacer las cosas bien a hacerlas pronto y no tener de mira nada más que la verdad.

Respecto a mis otras seis obras editadas en Kehl, no quiero publicar por ahora más que las dos primeras, la América libre y La virtud desconocida, reservando para tiempos menos borrascosos, en que no se me pueda tachar vilmente cosa que no creo haber merecido de formar en el coro de los rebeldes, diciendo lo que ellos dicen y que no harán jamás, porque ni sabrán ni podrán hacerlo. Imprimí dichas obras, según he indicado antes, porque se me ofreció ocasión de darlas a la estampa y porque estoy convencido de que quien deja manuscritos no deja nunca libros, ya que ningún libro puede considerarse acabado si el propio autor no cuida de su impresión, lo repasa y corrige, por decir así, en la misma prensa. Claro está que ni aun así resulta el libro perfecto; pero menos lo será sin esos cuidados.

El no tener otras cosas en qué ocuparme, los tristes presentimientos que me invaden y el creer -lo confesaré ingenuamente- haber hecho algo útil en los últimos catorce años me han

determinado a escribir mi vida, a la que pongo punto final en París, a la edad de cuarenta y un años y algunos meses, terminando este período, que sin duda es el más largo, el 17 de mayo de 1790. No pienso repasar, ni mirar siquiera, estas charlas hasta que haya cumplido los sesenta años, en el supuesto de que llegue a esa edad, en la que seguramente habrá acabado mi vida literaria. Entonces, con la frialdad propia de la vejez, leeré este escrito y añadiré, lo que haya realizado en esos diez o quince años, que emplearé, sin duda, estudiando y produciendo nuevas obras. Si logro triunfar en los dos o tres géneros literarios que me propongo ensayar, agregaré los años que emplearé en esos trabajos a esta cuarta época de mi vida; y si no lo consigo, continuaré esta mi confesión general, añadiendo, si conservo despejada la inteligencia, una parte más, la quinta, referente a los años estériles de la vejez y de la nueva infancia, pero muy brevemente, que no merecerá más una cosa tan inútil bajo todos los aspectos.

Mas si entre tanto muriese, que es lo más verisímil, ruego desde ahora al amigo benévolo a cuyas manos vaya a parar este escrito que haga de él lo que mejor le parezca. Si lo diera a la estampa tal como lo dejo, se verá, así lo creo y lo espero, el ímpetu de la verdad y, a la vez, de la precipitación, cosas ambas que llevan en sí la sencillez y la inelegancia del estilo. Asimismo, ruego a ese amigo que si añade a esta mi Vida algo por su cuenta se limite a consignar la fecha y lugar de mi fallecimiento. Y en cuanto al estado de mi ánimo en ese supremo momento, mi amigo podrá asegurar sin temor al lector que, sabiendo yo cuán falaz y huero es este mundo, no sentí abandonarlo nada más que por tener que separarme de la mujer amada; de la misma manera que mientras vivo, como en ella y por ella sólo puedo vivir, ninguna idea me agita y llena de terror tanto como la de perderla, por lo que pido a Dios que me haga desaparecer antes de este mundo miserable.

Y si el amigo a cuyas manos fuera a parar este escrito creyese que lo más conveniente sería quemarlo, hágalo en buen hora. Lo único que le ruego es que, si quisiera publicarlo reformado, haga en él todas las enmiendas que quiera, pero solamente en lo tocante a la elegancia del estilo; en cuanto a los hechos, no debe añadir ni alterar lo más mínimo los que dejo descritos. Si al escribir mi vida no me hubiese propuesto exclusivamente la empresa nada vulgar de hablar de mí conmigo mismo, de presentarme tal como soy, de mostrarme casi desnudo a los pocos que querían o querrán verdaderamente conocerme, habría sabido sacar el jugo, si alguno tienen, a mis cuarenta y dos años de vida, en dos o tres páginas todo lo más, con estudiada concisión y orgulloso y fingido desprecio a mí mismo, callando ciertas cosas. Pero eso no habría sido más que ostentación de mi ingenio, en vez de poner de manifiesto mi corazón y mis costumbres. Y como a mi ingenio, verdadero o supuesto, he dado ya libre desahogo en otras obras mías, en ésta me he complacido en dar otro más sencillo, pero no menos importante, a mi corazón, charlando difusamente, como un viejo, de mí mismo, y de rechazo de los hombres, tal como suelen mostrarse en privado.

París-Leído por primera vez a mi amada en marzo de 1798.

## Época cuarta

(Continuación)

### Pequeño proemio

Habiendo vuelto a leer, unos trece años después, en Florencia, todo lo que había escrito en París referente a mi vida hasta la edad de cuarenta y un años, poco a poco lo fui copiando y puliendo para que el estilo resulte claro y sencillo. Después de haberlo copiado, puesto que me hallaba engolfado en hablar de mí mismo, resolví continuar y describir esos trece años, en los que me parece que he hecho algo digno de ser conocido. Y como a medida que aumentan los años disminuyen las fuerzas físicas y morales, y probablemente mi obra ha terminado, esta segunda parte, mucho más corta que la primera, será la última, puesto que he llegado a la vejez, en cuyos umbrales me han colocado mis cincuenta y cinco años; y teniendo en cuenta el agotamiento de mi cuerpo y de mi mente, a causa, del excesivo trabajo, aun cuando viviera mucho tiempo más, muy poco o nada podría hacer que valiera la pena de ser contado.

## Capítulo XX

Terminado el envío de los ejemplares de mis obras impresas, me dedico a traducir a Virgilio y Terencio, y con qué fin

Continuando, pues, la cuarta época, digo que, hallándome en París, según dejé consignado, ocioso y angustiado e incapaz de crear nada de lo mucho que tenía en proyecto, en junio de 1790 empecé, por puro pasatiempo, a traducir los pasajes de la Eneida que más me gustaban; pero observando que el pasatiempo resultaba un estudio tan útil como agradable, volví a comenzar desde el principio, para no perder la costumbre de escribir el verso suelto. Mas, como me aburriese y cansase el hacer siempre lo mismo, con objeto de variar y distraerme, y, sobre todo, con el de aprender bien el latín, emprendí la traducción de Terencio, a fin de intentar, teniendo tan purísimo modelo, la creación de un verso cómico, para cultivar después -como desde hacía tiempo deseaba -la comedia, y dar a este nuevo género un sello propio, según me parecía haber hecho con las tragedias.

Así, alternando la Eneida con Terencio, desde el 1790 hasta abril del 92, que salí de París, traduje los primeros cuatro libros de la primera y Andria, Eunuco y Eautontimoromeno, de Terencio. Además, y sólo para distraerme de las funestas ideas que las circunstancias me infundían, quise desmenuar también la memoria, que con el componer y el imprimir había descuidado por completo, y me aprendí de corrido millares de versos de Horacio, Virgilio, Juvenal, Dante, Petrarca, Tasso y Ariosto. Estas ocupaciones secundarias esterilizaron mi ingenio y no pude crear nada. Tanto es así que, a pesar de mi firme propósito de componer por lo menos seis tramedias, no pude añadir una palabra a la primera, Abel. Desviado por tantas causas de ese camino, perdí el tiempo, la juventud y el entusiasmo necesario para semejantes creaciones, entusiasmo que nunca jamás he podido recobrar. Así es que durante el último año que forzosamente hube de permanecer en París y los dos siguientes que pasé en otros lugares no hice más composiciones originales que algunos epigramas y sonetos para desahogar mi justísima ira contra los amos esclavos y alimentar mi tristeza. Intenté escribir un drama mixto, titulado El conde Ugolino, para unirlo a las tramedias, si las hubiese hecho; pero, después de ideado, no quise extenderle ni pensar siquiera en él. Abel estaba terminado, pero no corregido. En octubre del mismo año 90 hice, en compañía de mi amante, un viajecito de quince días por Normandía hasta Caen, El Havre y Ruán, hermosa y rica provincia que no conocía aún, y de la cual quedé encantado. Aquella excursión me alivió bastante y fue muy beneficiosa para mí, porque los disgustos y sobresaltos y el trabajo incesante de tres años de corrección e impresión de mis obras habían debilitado mi cuerpo y mi inteligencia. En abril, visto que las cosas se enredaban cada día más en Francia, quise buscar en otro país la paz y seguridad que allí no podía encontrar, y como mi mujer suspiraba por conocer Inglaterra, única parte del mundo verdaderamente libre y tan diferente de las demás naciones, a Inglaterra fuimos.

## Capítulo XXI

Cuarto viaje a Inglaterra y Holanda. Regreso a París, donde tenemos que permanecer, obligados por las circunstancias

Partimos en abril del 91, y, como nos proponíamos estar fuera bastante tiempo, levantamos nuestra casa de París, llevándonos nuestras caballos. Llegamos en pocos días. El país gustó a mi amada por unos conceptos y le desagradó por otros. Yo, que había envejecido mucho desde mis dos primeros viajes, lo admiré todavía -aunque algo menos- por los efectos morales de su gobierno; pero me disgustó muchísimo, más aún que en mi tercer viaje, tanto por el clima como por la manera de vivir, pues se comía siempre y se velaba hasta las dos o las tres de la mañana, vida enteramente opuesta a las letras, al ingenio y a la salud. Pasada la novedad de los objetos para mi mujer, y atormentado yo por la gota, que dijérase es indígena de aquella bendita isla, pronto nos aburrió Inglaterra. En junio de aquel año tuvo

lugar la famosa fuga de los reyes de Francia, que, como todos caben, fueron detenidos en Varennes y conducidos a París como verdaderos prisioneros. Este suceso ennegreció aún más, si cabe, el horizonte de Francia, y nuestra situación económica empezaba a preocuparnos seriamente, porque ambos teníamos colocados dos tercios de nuestras respectivas fortunas en Francia. donde la moneda había desaparecido, reemplazándola con papel imaginario y cada día más desacreditado, por lo que uno veía cada semana cómo disminuían sus rentas, primero un tercio y luego la mitad, amenazando con la pérdida completa. Preocupados, como he dicho, y con razón, por el desastre financiero que se cernía sobre nosotros, decidimos someternos a la dura necesidad de regresar a Francia, donde con el papel que poseíamos podríamos ir tirando, pero en la expectativa de algo peor. En el mes de agosto, antes de abandonar a Inglaterra, hicimos una corta excursión por la isla, visitando Bath, Bristol y Oxford, y regresando a Londres, donde permanecemos algunos días antes de embarcar en Douvres.

Desembarcamos en Calais, pero antes de ir a encerrarnos en París dimos una vuelta por Holanda, a fin de que mi mujer viese aquel raro emporio de la industria, ya que quizá no se le volviera a presentar ocasión tan propicia como aquélla. En unas tres semanas, siguiendo la costa, visitamos Brujas y Ostende, Amberes y Rotterdam, Amsterdam, La Haya y North-Holland; en septiembre llegamos a Bruselas, donde mi amada pasó unos días con su madre y sus hermanas, y a fines de octubre volvimos a entrar en la cloaca máxima, adonde las circunstancias nos arrastraban a nuestro pesar y donde nos vimos obligados a fijar nuevamente nuestra residencia.

## Capítulo XXII

Huimos de París y a través de Alemania regresamos a Italia, fijando nuestro domicilio en Florencia

Empleados o perdidos cerca de dos meses en buscar y amueblar casa a principios del 1792 nos instalamos en una muy cómoda. Esperábamos que un día u otro se restablecería la normalidad, pero con más frecuencia desesperábamos de que eso sucediese. En semejante estado de temores y vacilaciones, mi mujer y yo -como todos los que nos encontrábamos en París y en Francia retenidos por la defensa de nuestros intereses- no hacíamos otra cosa que matar el tiempo, como suele decirse. Dos o tres años antes habíame hecho enviar de Roma todos los libros que dejara allí en 1783, y desde entonces había aumentado mucho mi biblioteca con los volúmenes adquiridos en París mismo y en Inglaterra y Holanda durante mi último viaje; así es, que no me faltaba ninguna clase de libros que me pudieran ser útiles o necesarios en aquel estrecho círculo literario. Y entre mis libros y mi amadísima compañera, no me faltaba ninguna alegría doméstica, aunque si nos faltaba a ella y a mí la

esperanza de que pudiera durar, y era muy fundado el temor de que acaeciese lo contrario. Esta idea fija me impedía dedicarme a todo trabajo. original, y a duras penas pude continuar las traducciones de Virgilio y Terencio. Por otra parte, ni en esta última ni en mi estancia anterior en París quise tratar, ni conocer siquiera de vista, a ninguno de aquellos hacedores de falsa libertad, por los que sentía la más viva repugnancia y no merecían más que desprecio. Por lo tanto, hasta el momento en que escribo estas líneas -y hace ya más de catorce años que dura esa farsa trágica-, me puedo gloriarse de ser virgen de lengua, de oídos y aun de ojos, puesto que jamás he visto, ni oído ni hablado a ninguno de los esclavos dominantes franceses ni a ninguno de sus esclavos servidores.

En marzo de aquel año recibí las últimas cartas de mi madre, que se expresaba con doloroso y cristiano afecto, apesadumbrada de que estuviese yo -decía- en un país donde hay tantos disturbios, donde no se permite ya el libre ejercicio de la religión católica, donde todos tiemblan siempre, esperando continuos desórdenes y desgracias. Por desdicha, tenía razón; pronto se realizaron sus presentimientos; pero cuando volví a Italia, la dignísima y venerable matrona no existía ya: había pasado a mejor vida el 23 de abril de 1792, a los setenta años de edad cumplidos.

Entre tanto, había empezado la guerra contra el emperador, que después fue general y funesta. En junio se trató de borrar por completo el nombre del rey, que era lo único que quedaba de la antigua monarquía; y como fracasara la conjura del 20 de junio, los ánimos se fueron excitando más y más, hasta que por fin estalló el 10 de agosto lo que se venía preparando, como todos saben.

Desde aquel momento no vacilé ya, y como mi único pensamiento y mi solo deseo era poner a mi amada a cubierto de todo peligro, el día 12 hice precipitadamente los preparativos necesarios para nuestra partida. La mayor dificultad consistía en procurarnos pasaportes para poder salir de París y del reino; pero tanto nos ingeniamos aquellos dos o tres días, que, como extranjeros, el 15 lo obtuve yo por conducto del ministro de Venecia y el 16 se lo facilitó a ella el ministro de Dinamarca, que eran casi los únicos diplomáticos que habían quedado en aquel remedo de corte real. Más trabajo nos costaron, pero al fin los conseguimos, los pasaportes individuales que debía extender nuestra sección de policía llamada del Montblanch, tanto para nosotros dos como para los criados y doncellas, en los que constaban todas nuestras señas personales, estatura, pelo, edad, sexo y no sé cuantas cosas más. Provistos de estas patentes de esclavitud, fijamos nuestra partida para el 20 de agosto; pero como todo lo teníamos ya listo, no pudiendo sobreponerme al siniestro presentimiento que me embargaba, la anticipé y emprendimos la marcha el día 18, que era sábado, después de haber comido. En la Barriere Blanche, que era la salida más próxima para tomar el camino de San Dionisio a Calais, adonde nos dirigíamos para abandonar cuanto antes aquel desgraciado país, tres o cuatro guardias nacionales y un oficial revisaron nuestros pasaportes, y disponíanse a abrirnos la puerta de aquella cárcel inmensa, cuando de un tabernucho situado junto a la barrera salieron unos treinta bribones de la más baja plebe, descamisados, borrachos y furiosos, los cuales, al ver dos carruajes con las imperiales cargadas de baúles y ocupados por nosotros con dos doncellas y tres criados, prorrumpieron en desaforados gritos y amenazas, diciendo que todos los ricos querían huir de París llevándose sus tesoros para dejar a los pobres sumidos en la miseria y en la desesperación. Salté vivamente de vehículo, con los pasaportes en la mano, y rodeado de

aquella chusma me puse a chillar, a disputar y armar más ruido que todos aquellos energúmenos juntos, pues en Francia el que más grita es el que vale más. Uno a uno iban leyendo, o se hacían leer los que no sabían, las señas personales que constaban en nuestros pasaportes respectivos. Yo, ciego de ira, sin darme cuenta del peligro que corría, o arrostrándolo con temerario desprecio, pues había perdido por completo la serenidad, por tres veces les arrebaté de las manos los pasaportes, gritando con todas las fuerzas de mis pulmones: «¡Sí, ya lo oís; me llamo Alfieri y no soy francés, sino italiano! ¿Acaso no coinciden las señas? Alto, flaco, tez blanca, pelo rubio; ¡miradme bien! ¡Tengo mis pasaportes en regla, puedo salir libremente y saldré, ¡vive Dios!, pese a quien pese!» Más de media hora duró aquella escena, que no tuvo malas consecuencias gracias a la entereza que demostré. Alrededor de nuestros carruajes hablase congregado un gentío inmenso, del que salían algunos gritos de: «¡Hay que apedrearlos!» «¡Son nobles que se escapan!» «¡Llevémosles a la Municipalidad y que se haga justicia!» Pero al fin, con la débil ayuda que nos prestaban los guardias nacionales, que de vez en cuando aventuraban alguna palabra a favor nuestro, y mis gritos de pregonero mostrando en alto los pasaportes, al cabo de media hora larga de disputar, como he dicho, se fue calmando la furia de aquellos monos-tigres, los guardias hiciéronme señas de que volviese a montar en el carruaje, donde continuaba mi señora, en la situación de ánimo que es de suponer; los postillones ocuparon sus puestos, abrióse la barrera y salimos al galope de nuestros caballos, acompañados de los silbidos y maldiciones de aquella chusma. Fue no pequeña fortuna para nosotros que no prevaleciese el criterio de conducirnos a la Municipalidad, pues al ver llegar dos carruajes cargados de equipaje y rodeados de una plebe furiosa que nos tachaba de fugitivos, los esbirros del Municipio nos hubieran impedido salir de París, encerrándonos en las mismas cárceles donde quince días después, el 2 de septiembre, ocurrieron las horribles escenas en que tantas dignísimas personas fueron bárbaramente asesinadas. Escapado de aquel infierno, en dos días y medio de camino llegamos a Calais, habiendo tenido que enseñar nuestros pasaportes más de cuarenta veces. Según supimos después, fuimos nosotros los primeros extranjeros que abandonamos París y el reino, a consecuencia de la catástrofe del 10 de agosto. En cada pueblo por donde pasábamos teníamos que presentarnos ante el Municipio para visar los pasaportes, y aquellos individuos ponían ojos como platos al ver que en los documentos, que estaban impresos, había sido suprimido el nombre del rey. Todos estaban poco y mal informados de lo que sucedía en París, y temblaban. Bajo estos auspicios salí finalmente de París, con la esperanza y el propósito de no volver jamás a él. Llegados a Calais, donde no encontramos dificultades para continuar hasta la frontera de Flandes por Gravelinas, preferimos embarcarnos e ir directamente a Bruselas. Habíamos escogido Calais porque, como los revolucionarios estaban todavía en paz con los ingleses, era preferible dirigirnos a Inglaterra que a Flandes, donde ardía ya la guerra. En Bruselas quiso mi señora reponerse de los sustos y penalidades sufridas pasando un mes en compañía de su hermana y su dignísimo cuñado. Allí recibimos cartas en las que la servidumbre que habíamos dejado en París nos avisaban que el mismo lunes, 20 de agosto, fecha que habíamos señalado para partir, y que tan afortunadamente había yo anticipado, habíase presentado corporativamente en nuestro domicilio la misma sección que nos había expedido los pasaportes -¿cabe mayor estupidez?-, para prender a la señora, por el horrible delito de ser noble, rica y honrada. A mí no me dispensaban semejante honor, porque siempre he valido menos que ella. No nos encontraron, pero desquitáronse confiscando nuestros caballos, muebles, libros y cuanto hallaron en nuestra casa que valiera algo, declarándonos emigrados a entrambos. Luego nos enteramos por el mismo conducto de la

horrible matanza del 2 de septiembre, y dimos fervorosas gracias a la Providencia por habernos librado de tan espantosos acontecimientos.

Y en vista de que cada día aturbonábase más y más el horizonte de la desventurada Francia y que la República nacía en el terror y la sangre, considerándonos felices con todos los males que pudieran sobrevenirnos en cualquiera otra parte, pues ne podían ser tantos ni tan terribles, emprendimos el regreso a Italia, y por Aquisgrán, Francfort, Augusta e Inspruck llegamos a los Alpes; los pasamos felizmente, y nos pareció que renacíamos el día que nos encontramos en el hermoso país «donde el sí suena». El placer de vernos fuera de aquella cárcel y de recorrer en compañía de mi amada el mismo camino que tantas veces había hecho yo solo para ir a reunirme con ella; la satisfacción de poder gozar libremente y a todas horas de su presencia y, bajo la sombra de su cariño, reanudar mis queridos estudios, tranquilizaron mi espíritu y despejaron mi mente de tal modo, que desde Augusta a Toscana abrióse nuevamente para mí el manantial de las rimas, y las fui sembrando y recogiendo en abundancia. Finalmente, el 5 de noviembre llegamos a Florencia, de donde no nos hemos movido hasta la fecha y donde encontré el vivo tesoro de la lengua italiana, que me compensó con creces de las pérdidas que había sufrido en Francia.

### Capítulo XXIII

Poco a poco voy continuando mis trabajos. Termino las traducciones y empiezo a escribir algunas cosillas originales. Encuentro en Florencia agradabilísima vivienda y me dedico a recitar

Aunque transcurrió cerca de un año sin que pudiera encontrar en Florencia casa a mi gusto, el placer de oír hablar nuevamente tan hermosa y para mí tan preciosa lengua, el tropezar con personas que me hablaban de mis tragedias y el verlas representar mejor o peor, pero con frecuencia, despertó mi espíritu literario, que en los dos últimos años había permanecido en profundo letargo. Lo primero que se me ocurrió -al cabo de tres años de no haber compuesto más que unos cuantos versos- fue la Apología de Luis XVI, que escribí en diciembre de aquel año. Sucesivamente fui continuando con ardor las traducciones de Terencio y la Eneida, que a fines del 93 dejé terminadas, pero no repasadas y corregidas. Salustio fue lo único a que atendí algo durante mi último viaje por Inglaterra y Holanda - aparte las obras de Cicerón, que había vuelto a leer y releer con entusiasmo-, corrigiendo mucho y limando bastante, y lo puse en limpio aquel mismo año, dándole los últimos toques. Escribí también en prosa un resumen histórico-satírico de los sucesos de Francia, y como poco después me encontrase con un rimero de composiciones poéticas, sonetos y epigramas, referentes a aquellos dolorosos y ridículos acontecimientos, reuní todos aquellos miembros dispersos para darles cuerpo y vida, utilizando el antedicho resumen en prosa a



modo de introducción de la obra, que titularía Misogallo, que título más apropiado no podía encontrar.

Entregado de nuevo a mis tareas literarias, teniendo asegurado un cómodo vivir, a pesar de la mernia que habían sufrido mi fortuna y la de mi señora, amándola yo cada día más y considerándola más sagrada y querida cuanto más la perseguía la suerte adversa, mi espíritu se iba calmando y mi ardiente amor por el saber hervía en mi mente. Mas para emprender los estudios que yo hubiera querido realizar me faltaban libros. Los míos habíanmelos quitado en París -salvo unos ciento cincuenta tomitos de ediciones de bolsillo que al huir pude llevarme conmigo- y no había medio de recuperarlos, por lo que me limité a reclamarlos en son de broma, a un conocido mío italiano, agente de negocios en París, a quien envié un epigrama pidiéndole mis libros. El epigrama, la respuesta y el recibo mío se encuentran en una larga nota que puse al final de mi segunda prosa del Misogallo. En cuanto a componer no me fue posible lograrlo, pues aunque tenía trazado el plan de cinco tramelogedias, sin contar el Abel, las angustias pasadas y presentes habían apagado la juvenil inventiva, la fantasía nada me decía, y los disgustos, unidos al trabajo que me acarreó la corrección y edición de mis obras, que duraron tanto tiempo, habían, por decirlo así, despuntado y truncado los últimos y preciosos años de la juventud. Y tuve que abandonar aquella idea porque me faltaba el fuego e inspiración que exige ese género literario. Entonces me dediqué a la sátira. Había hecho ya una que sirvió de prólogo a las que siguieron, y en el Misogallo habíame ejercitado bastante en este género, cuyas dificultades esperaba vencer. Escribí la segunda y parte de la tercera; pero como aun no estaba suficientemente recogido en mí mismo, carecía de libros y nuestro albergue no reunía buenas condiciones, no tenía humor ni gusto para nada.

Esto me indujo a buscar un nuevo pasatiempo, el de recitar mis tragedias. En Florencia había varios jóvenes y una señora que demostraban felices disposiciones para ello; estudiaron y ensayaron el Saúl, y en la primavera del 93 se dio una representación de esa tragedia en un salón sin escenario, alcanzando lisonjero éxito. Por último, encontramos junto al puente de la Santísima Trinidad una casita preciosa, quizá demasiado pequeña, situada al mediodía del Lung'Arno, la casita Gianfigliuzzi, en la que nos instalamos en noviembre y donde, si otra cosa no dispone el cielo, acabaré mis días. El aire, las vistas y las comodidades de mi nueva vivienda restituyéronme gran parte de mis facultades intelectuales y creadoras, pero no para las tramelogedias, que no pude jamás llevar a cabo. Sin embargo, llevado de la manía que me había acometido el año anterior, perdí más de tres meses la primavera del 94 dedicado a la representación de mis obras. Pusimos nuevamente en escena, en mi propia casa, el Saúl, tomando yo parte en la obra, y luego Bruto primero, en el que también desempeñé un papel. Todos decían, y llegó a parecérmelo a mí también, que hacía grandes progresos en el difícilísimo arte de representar; y si hubiese tenido menos anos y nada más en qué pensar, creo que a él habríame dedicado, pues cada vez que recitaba alguna obra sentía aumentar en mí la capacidad, el atrevimiento, la reflexión, la gradación de sonidos y la importantísima y continua variedad del rápido y despacio, alto y a media voz vehemente y tranquilo, que alternado según lo exige la frase da color y vida a ésta, esculpen, por decir así, el personaje y graban en bronce sus palabras. Asimismo, la compañía, dirigida por mí, adelantaba mucho, y estoy seguro de que si hubiera tenido dinero, tiempo y salud que gastar, en tres o cuatro años habría podido formar una compañía

de actores trágicos, si no óptimos, desde luego muchísimo mejores que todos los que usurpando ese nombre recorren los teatros de Italia.

Semejante entretenimiento me distrajo de mis tareas literarias todo aquel año y parte del siguiente, 1795, en que puse fin a mi vida de histrión representando en mi casa la tragedia Felipe, en la que desempeñé el doble papel de Felipe II y de Carlos, y después Saúl, que era mi papel favorito, porque en él hay todo, absolutamente todo, lo que necesita un actor para lucirse. Otra compañía de aficionados que en unos salones particulares de Pisa representaba también mi Saúl me invitó para la luminara, y tuve la pueril vanagloria de ir y desempeñar por última vez el papel de Saúl, muriendo allí definitivamente como actor.

Entre tanto, durante los dos años que llevaba residiendo en Toscana había ido comprando poco a poco bastantes libros, y así adquirí nuevamente todos los publicados en lengua toscana que había perdido, gran parte de clásicos latinos y no pocos clásicos griegos, en magníficas ediciones grecolatinas, estos últimos por el capricho de tenerlos y el deseo de conocerlos siquiera de nombre.

## Capítulo XXIV

La curiosidad y la vergüenza me impulsan a leer a Homero y a los trágicos griegos en las traducciones literales. Prosigo con tibieza las sátiras y otras cosillas

Más vale tarde que nunca. Pasada ya la raya de los cuarenta y seis años de edad y después de haber ejercido, mejor o peor, la profesión de autor lírico y trágico, sin haber leído jamás los trágicos griegos, ni a Homero, ni a Píndaro, nada, en fin, experimenté cierta vergüenza de mi ignorancia y, al mismo tiempo, laudable curiosidad por saber lo que habían dicho los padres del arte. Y con tanta más voluntad cedí a esa vergüenza y curiosidad, cuanto que en muchos años de viajes, caballos, impresión y corrección de obras, angustias de ánimo y trabajos de traducción habíame empequeñecido de tal suerte, que podía aspirar a pasar por erudito, para lo que, en resumidas cuentas, no se necesita más que buena memoria y saber apropiarse de lo ajeno. Desgraciadamente, hasta la memoria, que tan vigorosa había sido, se me debilitaba también. Sin embargo, para distraer el ocio, acabar con mi vida de histrión y desasnarme un poquitín, puse manos a la obra, y sucesivamente leí y estudié detenidamente a Homero, Hesíodo, Aristófanes y Anacreonte en las traducciones literarias latinas que suelen ponerse en columna junto al texto griego. En cuanto a Píndaro, comprendí que no haría más que perder el tiempo, porque sus admirables poesías líricas resultaban detestables traducidas literalmente; y como no podía leerlas en su texto original, tuve que dejarlas. En este asiduo e ingratisimo estudio, que ningún provecho podía reportarme ya, porque traducía muy poco, empleé más de año y medio.

No por eso dejé de escribir algunas cosillas, y mis sátiras pasaron de siete en el 1796. Ese año, tan funesto para Italia, que al fin fue invadida por los franceses al cabo de tres años de tentativas, me anubló el entendimiento al ver que se cernía sobre nosotros la miseria y la esclavitud.

El Piamonte estaba ya destrozado, y era evidente que perdería lo poco que me quedaba para mi sustento. No obstante, estaba preparado para todo y firmemente resuelto a no acatar jamás al invasor, y mucho menos a servirle; esto era lo único que no hubiera podido soportar; lo demás no me acobardaba, y para distraerme de tan desagradables pensamientos, me dediqué con mayor ahínco al estudio. En el Misogallo, que aumentaba de día en día, enriquecido con nuevas prosas, quise vengar a mi querida Italia, y abrigó la esperanza de que, con el tiempo, ese librito será tan útil a mi patria como perjudicial a Francia. Sueños y ridiculeces de autor hasta que se convierten en realidades; profecías de vate inspirado cuando se cumplen.

## Capítulo XXV

Por qué motivo de qué modo y con qué objeto me decidí a estudiar por mí mismo y a fondo la lengua griega

En 1778, cuando estaba conmigo en Florencia el queridísimo amigo Caluso, por distracción y un poco de curiosidad, había escrito en una hoja de papel el alfabeto griego, mayúsculas y minúsculas, y así aprendí a conocer las letras y sus nombres, pero nada más, y en mucho tiempo no volví a acordarme siquiera del griego. Mas cuando me dediqué a estudiar las traducciones literarias busqué entre mis papeles el alfabeto de que he hecho mención y me esforcé por recordar lo que de él sabía, sin otro objeto que el de echar de vez en vez una ojeada al original y ver si podía dar con el sonido de alguna de aquellas palabras que, por ser compuestas o extraordinarias, de la traducción literal, me inducían a consultar el texto. En efecto, de vez en cuando dirigía a la columna del latín una mirada codiciosa y atravesada, como la zorra de la fábula miraba el racimo de uvas que no podía alcanzar. Por desgracia, la vista no me ayudaba a descifrar aquellos maldecidos caracteres, y sólo a costa de mucho trabajo, porque las letras me bailaban delante, lograba leer una que otra palabra de las más cortas; que un verso entero no llegaba a leerlo completo, ni pronunciarlo, y mucho menos aprenderlo de memoria.

Por añadidura, había perdido la costumbre, tan opuesta a mi carácter, de fijar mi vista y mi mente en la gramática, y no tenía disposición para aprender las lenguas extranjeras -puesto que dos o tres veces habíame empeñado inútilmente en conocer el inglés, y, por último, el

año 90, en París, antes de ir a Inglaterra, resultó vano también mi postrer esfuerzo con la traducción de Wíndsor y el Ensayo sobre el hombre, de Pope, que no terminé-. No obstante, a pesar de mis años y de mi ignorancia en gramática, pues no sabía nada de ninguna, ni aun de la italiana -ya que si no he disparatado demasiado en esta lengua lo debo a la costumbre de leer y escribir en ella, y no al conocimiento de las reglas-; no obstante, repito, y pese a tantos obstáculos físicos y morales, cansado de leer traducciones, me propuse aprender el griego sin maestro, pero sin decir nada a nadie, ni siquiera a mi mujer, que fue el colmo de la reserva. Llevaba ya dos años en los confines de Grecia, sin poder traspasarlos más que con el rabillo del ojo; me enojé sobre manera y quise pasar de la otra parte.

Compré gramáticas en abundancia, primero grecolatinas y después griegas sólo, para hacer dos estudios al mismo tiempo, entendiendo unas cosas y quedándome a oscuras en las más, repitiendo diariamente el tupto, los verbos circunflejos y los acabados en mi -con lo cual no tuve más remedio que revelar el secreto a mi señora, porque viéndome siempre hablar entre dientes quiso saber la causa, y la supo-; obstinándome cada día más, forzando, la vista, la mente y la lengua, a fines del año 1797 pude leer alguna página entera sin que me bailaran las letras y entender el texto griego, haciendo respecto a la traducción lo contrario de lo que hasta entonces había hecho, es decir, dando una rápida mirada a la palabra latina correspondiente a la griega, si ésta era nueva para mí o no me acordaba de su significado; y, finalmente, llegué a leer en alta voz con soltura y claridad, pronunciando bien, respetando las aspiraciones, los acentos y los diptongos tal como está escrito y no como estúpidamente pronuncian los griegos modernos, que, sin darse cuenta, se han creado un alfabeto con cinco jotas, por lo que su lenguaje es un continuo jotismo, un relinchar de caballos, más que el habla del pueblo más armónico que ha existido. Vencí la dificultad de leer y pronunciar declamando en voz alta, no sólo la lección diaria del clásico, que estudiaba, sino también otras extraordinarias durante dos horas consecutivas, pero sin entender casi nada a causa de la rapidez de la lectura y la sonoridad, de la pronunciación de Heródoto, Tucídides, que leí dos veces, Jenofonte, todos los oradores menores, y menos aún el comentario sobre el Timeo, de Platón escrito por Proclo, porque las excesivas abreviaturas hacen muy dificultoso su estudio.

Tan penoso e ímprobo trabajo no debilitó mi inteligencia, como llegué a creer y temer, sino que, por lo contrario, me despertó del prolongado letargo que tanto tiempo había durado. Aquel año terminé las Sátiras, que son diez y siete, y revisé y corregí, después de haberlas hecho copiar, muchas de mis poesías. Finalmente, enamorado del griego cada vez más, a medida que me iba pareciendo que lo entendía mejor, comencé a traducir: primero, la Alcestes, de Eurípides; luego, Filoctetes, de Sófocles; después, Los persas, de Esquilo, y, por último, para ensayarlo todo, Las ranas, de Aristófanes. El estudio del griego no me hizo olvidar el del latín, pues aquel mismo año 1797 estudié a Lucrecio y Plauto y leí a Terencio, cuyas seis comedias había traducido fielmente sin haber leído ninguna entera, por lo que, dando por supuesto que las traduje, podría decir, sin apartarme de la verdad, que lo hice antes de leerlas o sin haberlas leído.

Aprendí además los diversos metros de Horacio, avergonzado de haberlo leído, estudiado y aprendido de memoria, sin entender su métrica, e igualmente adquirí una idea bastante aproximada del metro griego en los coros, sobre todo de Píndaro y Anacreonte. En resumidas cuentas: que el 1797 recorté lo menos un palmo cada una de las orejas de burro

que por derecho propio llevaba; que el objeto de tanto trabajo no fue otro que el de satisfacer una curiosidad y al propio tiempo desasarme y olvidarme hasta de que existían los galos; es decir, «desceltizarme».

## Capítulo XXVI

Inesperado fruto de mi tardío estudio de la lengua griega: escribo -faltando por última vez al juramento hecho a Apolo- «Alcestes Segunda»

No esperaba ni deseaba yo otros frutos que los arriba apuntados; pero el buen padre Apolo me concedió espontáneamente otro, y no pequeño, a mi modo de ver. En 1796, que, como he dicho, lo dediqué a leer las traducciones literales, terminadas las de Homero, Esquilo y Sólocles y cinco tragedias de Eurípides, le tocó el turno a Alcestes, obra de la que yo no tenía la menor noticia; y fue tal la impresión que me causó su lectura, que, encantado de la sublimidad del asunto, tomó una hoja de papel, que conservo todavía, y escribí en ella lo siguiente:

«Florencia, 18 de enero de 1796

Si no hubiese jurado a mí mismo no componer mis tragedias, la lectura de Alcestes, de Eurípides, que tan honda emoción me ha causado, me impulsaría a escribir una Alcestes nueva, aprovechando todo lo bueno que hay en la griega, mejorándolo, si me fuese posible, y descartando todo lo inútil y malo que hay en el texto, y que no es poco. Empezaría por disminuir el número de personajes, creando otros.»

Y a continuación escribí los nombres de los personajes, que son los mismos que figuran en mi tragedia.

Proseguí la lectura de las tragedias de Eurípides, pero ninguna me gustó tanto como aquella. Cuando, siguiendo mi costumbre, volví a leer las tragedias de Eurípides, Alcestes me produjo la misma emoción que la primera vez, el mismo transporte, igual deseo, y en septiembre de 1796 tracé el plan y distribuí las escenas, pero sin ánimos de componer la tragedia. Entre tanto, había comenzado la versión de la primera de Eurípides, y el 97 la terminé; pero como entonces no entendía el griego, hube de valerme de la traducción latina. Al llegar a Alcestes, que habíase convertido para mí en una verdadera obsesión, no pude resistir más a la tentación de hacerla original en vez de traducirla, y cierto día del mes de mayo de 1798, cuando volví a casa después del paseo de costumbre, durante el cual no pensé más que en el asunto de dicha tragedia, empecé a extenderla, y sin levantar cabeza escribí todo el primer acto, poniendo esta nota marginal: «Extendida con loco furor y

muchas lágrimas.» En los días sucesivos extendí con igual ardor los otros cuatro actos, el borrador de los coros y las líneas en prosa que sirven de aclaración, y el 26 de mayo la dejé terminada. Aquel laborioso parto me dejó al fin tranquilo, pero sin ánimos de poner en verso la tragedia ni volver a tocarla.

Pero, habiendo continuado el estudio del griego con verdadero fervor, en septiembre del 98 se me ocurrió cotejar con el texto original mi traducción de la Alceste Primera, para rectificarla y aprender al mismo tiempo algo de aquella lengua, pues nada enseña tanto como el traducir al que quiere y se obstina en conocer y desentrañar el significado verdadero de cada palabra y de cada concepto para reproducirlos con toda fidelidad. Repasando, pues, la Alceste Primera sentí por cuarta vez el deseo vehementísimo de terminar la mía; la tomé, la leí detenidamente, me gustó; el 30 de septiembre del 98 comencé a ponerla en verso y el 21 de octubre la dejé completamente acabada, incluso los coros. Así fue como, al cabo de diez años de silencio, falté a mi juramento. Pero no queriendo pasar por plagiario ni ingrato, y reconociendo que dicha tragedia era más de Eurípides que mía, la he colocado entre las traducciones, y allí debe seguir, con el título de Alceste Segunda, inseparablemente al lado de Alceste Primera, su madre. No hablé a nadie, ni aun a mi adorada mitad, de mi perjurio; y queriendo divertirme un poco, en diciembre invité a varias personas, y leí mi Alceste, como traducción de la de Eurípides. Los que tenían presente la tragedia original cayeron fácilmente en el engaño; pero los que la conocían siguieron la broma hasta el tercer acto y descubrieron el secreto en medio de grandes risas. La tragedia fue del agrado de mis oyentes y a mí no me disgustó, como obra «póstuma», aunque advertí desde luego que tendría que corregirla y modificarla bastante. He referido tan minuciosamente este hecho por que si con el tiempo se considera buena mi Alceste se vea la natural espontaneidad del poeta verdaderamente inspirado, y que aquellos que a veces quieren hacer una cosa no lo consiguen, mientras que otros que no quisieran lo alcanzan si se lo proponen, porque obedecen a un hermoso impulso natural. Y si, por lo contrario, mi tragedia se reputa mala, el lector hallará ocasión de reír doblemente a mi costa, en mi Vida y en mi Alceste, y tendrá este capítulo como una prueba de que esta época no es continuación de la cuarta, que abarca mi edad viril, sino que constituye la quinta, que debiera titular: Vejez.

Las dos Alceste, de las que se habló mucho en Florencia, fueron causa de que desapareciera el secreto de mis estudios del griego, que yo había guardado tan cuidadosamente, que ni mi amigo Caluso pudo descubrirlo; pero éste lo supo del modo siguiente: En mayo de aquel año envié a mi hermana un retrato mío -obra acabadísima del pintor Javier Fabre, nacido en Montpellier, pero que no tenía nada de francés- y a modo de dedicatoria escribí al dorso dos versos de Píndaro. Mi hermana agradeció mucho el recuerdo y contentísima lo miraba por todos lados, sin poder, como es de suponer, descifrar los garabatos que yo había escrito, por lo que llamó al abate Caluso para que satisficiera su curiosidad. Por aquellas líneas dedujo el abate que yo tenía que haber aprendido algo más que a escribir en caracteres griegos, pues no podía admitir la necia pedantería ni la impostura de que yo escribiese un epígrafe sin entenderlo. En consecuencia, me escribió sin pérdida de tiempo tachándome de disimulado, por no haberle dicho una palabra de los nuevos estudios a que me había dedicado. Le contesté con una cartita escrita en griego, como Dios me dio a entender, cartita que, según dijo, no estaba mal para un estudiante de cincuenta años que sólo llevaba uno y medio de estudio. Acompañé la carta de algunos

trozos de mis cuatro traducciones para que pudiera apreciar los adelantos que yo había hecho en la lengua griega. Los elogios que tuvo la bondad de tributarme fueron acicate para que con más tesón prosiguiera yo mis estudios, imponiéndome el ejercicio, que tan buen resultado me había dado en los del latín y el italiano, de aprender de memoria centenares de versos de distintos autores.

Mas en aquel mismo año 1798 tuve que recibir y contestar cartas de individuos muy diferentes del amigo Caluso. Según he dicho, y como todo el mundo sabe, los franceses habían invadido la Lombardía en 1796; el Piamonte se tambaleaba; habíase firmado una desdichada tregua, llamada paz de Campo-Formio, con el dictador francés; el solio del Papa vacilaba también, y Roma estaba ocupada y esclavo democratizada; todo en nuestro derredor respiraba miseria, indignación y horror. A la sazón era embajador de Francia en Turín un tal Guinguené, de la clase u oficio de los literatos de París, el cual trabajaba sordamente en Turín por la sublime y heroica empresa de derribar a un rey vencido y desarmado. Aquel desdichado me dirigió una larga carta, que leí con tanta sorpresa como indignación.

Por lo visto, había recibido orden de sus déspotas de que el Piamonte sirviera a la libertad francesa; y como para tamaña iniquidad necesitaba ministros viles, quería tantear el terreno para ver si me podrían deshonorar de la misma manera que habíanme empobrecido. Pero si los bienes mundanos están a merced de la tiranía, el honor no lo está más que a la de quien lo posee. Contesté como merecían aquellas cartas, y no insistió el embajador; pero creo que se valió de la noticia que le dio el abate Caluso de la pérdida de mis libros para recuperarlos y valerse de ella, como luego se verá. La nota de los libros, que, según dijo, quería restituirme, haría reír si la reprodujese aquí: comprendía un centenar de tomos de los peores italianos, que era todo lo que quedaba de la biblioteca que dejé en París, compuesta de unos 1.600 volúmenes de clásicos italianos y latinos. Pero a nadie sorprendería esa nota sabiendo que se trataba de una restitución francesa.

## Capítulo XXVII

«Misogallo», terminado. Cierro las «Rimas» con la «Teleutodia» «Abel» y las dos «Alcestes» refundidas, así como la «Amonestación». Distribución hebdomadaria de estudios. Preparado así y provisto de lápidas sepulcrales, espero la invasión de los franceses, verificada en marzo de 1798.

Aumentaba cada día más el peligro que corría Toscana, dada la leal amistad que le profesaban los franceses. En diciembre del 98 habían realizado la espléndida conquista de Lucca y desde allí amenazaban continuamente a Florencia, y a principios del 99 parecía

inminente la ocupación. Yo preparé todas mis cosas, por lo que pudiera suceder. El año anterior di por terminado el Misogallo, cerrándolo con la ocupación de Roma, que me pareció la más gloriosa empresa de aquellos esclavizadores; y a fin de salvar aquella obra, que era para mí tan querida e importante, hice sacar diez copias de ella, que oculté en distintos sitios con objeto de que no se perdiese y saliera a la luz a su debido tiempo. Como no había disimulado jamás el odio y desprecio que sentía por aquellos esclavos malnacidos, esperaba de ellos toda clase de violencias y vejaciones, y sólo pensé, por lo tanto, en procurar los medios de escapar a ellas. Si no se me provocaba, callaría; de lo contrario, daría señales de vida y de hombre libre. Dispuse, pues, todo lo necesario para vivir incontaminado, libre y respetado, o para morir vengado, si llegaba el caso. La misma razón que me indujo a escribir mi Vida, es decir, la de evitar que otros la escribiesen peor que yo, me indujo también a hacerme mi epitafio y el de mi amada.

Dispuesto así para la fama, o para la no infamia, quise también proveer a mis trabajos, limando, separando lo que estaba acabado de lo que no lo estaba y terminando lo que la edad y mi propósito querían. Por eso, al cumplir los cincuenta años, reduje la excesiva y fastidiosa producción de versos y formé con ellos otro tomito de setenta sonetos, un capítulo y treinta y nueve epigramas, que habían de añadirse a las poesías que ya habían sido impresas en Kehl; sellé la lira y se la devolví a quien le correspondía, acompañada de una oda al estilo de Píndaro, a la que, para darme tono de griego, titulé Teleutodia. Con ella cerré para siempre la tienda; y si después he concebido algún sonetillo o algún epigramita, no lo he escrito, y si lo he escrito no lo he conservado, y no sé adónde han ido a parar ni los reconozco por míos. Es preciso acabar de una vez, a tiempo y espontáneamente, antes que uno tenga que hacerlo por fuerza. La ocasión que me ofrecían los diez lustros cumplidos y la invasión de los bárbaros antilíricos, que se venían encima, no podía ser más oportuna, y la cogí por los cabellos.

En cuanto a las traducciones, copié la de Virgilio, la corregí en los dos últimos años y la dejé, pero no por acabada. La de Salustio me parecía que estaba bien, y no la toqué; pero no así la de Terencio, pues sólo la hice una vez y no he vuelto a leerla ni a copiarla. Respecto a las cuatro traducciones del griego, dolíame condenarlas al fuego; pero como tampoco podía dejarlas como estaban, por lo que pudiera suceder, empecé a copiarlas, tanto el texto como la traducción, en primer lugar las Alcestes, para traducirlas directamente del griego, a fin de que no resultase una traducción de otra. Las tres restantes, mal o bien, habíalas vertido del griego, y, por lo tanto, me costaría menos tiempo y trabajo corregirlas. Abel estaba destinada a ser, no diré única, sino sola, pues sus compañeras, concebidas habían sido, pero no nacidas; la hice copiar, la corregí y me pareció que quedaba bien.

En los años precedentes había añadido a mis obras originales una produccioncilla política, en prosa, titulada Amonestación a las potencias italianas, y también la hice copiar y la dejé corregida. No fue la estúpida vanagloria de querer dárme las de político -que Dios no me llama por ese camino- lo que me impulsó a escribir aquella advertencia, sino la justa indignación que habíanme causado políticas mucho más necias que la mía, adoptadas por la impotencia del emperador y las impotencias italianas. Finalmente, las Sátiras, que había ido haciendo poco a poco, hasta diez y siete, número del que me he propuesto no pasar, también quedaron corregidas, retocadas y sacadas en limpio.



Dispuesto así mi segundo patrimonio poético, con el corazón tranquilo esperé los acontecimientos, y a fin de que en lo sucesivo se compadeciera más mi vida, en el supuesto de que hubiera de continuar Viviendo, con mi edad y con el plan que desde tiempo atrás venía madurando, desde principios del 99 distribuí mis estudios por semanas, y desde entonces no he traspasado los límites que me tracé ni he alterado el orden. Destiné las tres primeras horas de las mañanas de los lunes y martes a la lectura y estudio de la Sagrada Escritura, porque me avergonzaba de no conocer a fondo ese libro y de no haberlo leído apenas antes de llegar a la edad madura. Los miércoles y los jueves los dedicaba a Homero, segunda fuente para todo género de literatura; los viernes, sábados y domingos los consagré aquel año a los estudios de Píndaro, por ser el más difícil de todos los autores griegos y de todos los poetas líricos habidos y por haber en el mundo, sin exceptuar a Job y a los profetas. Habíame, empero, propuesto, y así lo he hecho después, dedicar estos tres días últimos de la semana, sucesivamente, a los tres trágicos, a Teócrito, Aristófanes y a otros poetas y prosistas, con objeto de ver si me sería posible profundizar en esta lengua, no para saberla bien, que éste sería un sueño irrealizable, sino para entenderla siquiera como el latín. El método que poco a poco me fui formando me pareció muy útil, y quiero describirlo para que pueda utilizarlo también, o lo rectifique, el que quiera consagrarse a esa clase de estudios. Leía la Biblia primero en griego, versión de los Setenta, texto Vaticano, y después la cotejaba con el Alejandrino. Los dos o tres capítulos que leía cada mañana, volvía a leerlos en nuestros Diosdados italianos, que se ajustan mucho al texto hebreo; luego, en la Vulgata latina, y, por último en la fidelísima traducción latina interlineal del texto hebraico. Aprendí el alfabeto hebreo, y a fuerza de paciencia llegué a leer materialmente dais palabras, articular los sonidos, que no tienen nada de agradables, y aun a descifrar algo de aquellas voces y giros tan raros para nosotros y que participan de lo sublime y de lo bárbaro.

En cuanto a Homero, leíalo en griego en voz alta y lo traducía luego literalmente al latín, sin detenerme por muchos que fueran los disparates que escribiese en la versión de los sesenta, ochenta y aun cien versos que estudiaba cada mañana. Leía luego en alta voz y prosódicamente aquellos versos en griego; después, el escoliador griego y las notas latinas de Barnes, Clarch y Ernesto, y tomando, por último, la traducción literal latina impresa, la cotejaba con la que acababa yo de hacer, compulsando la columna de aquélla para descubrir en qué y por qué habíame equivocado. Después anotaba al margen de mi texto griego, aclarándolo, con otras palabras griegas equivalentes lo que hubiera escapado al escoliador, para lo cual me sirvió mucho Exiquio, el Etimasógico y Favonino. Hecho esto, anotaba y aclaraba en columna aparte las voces, los giros y los conceptos raros. Finalmente, leía el comentario de Eustasio sobre aquellos versos, que así pasaban unas cincuenta veces bajo mis ojos, con todas sus interpretaciones y figuras. Tal vez parecerá fastidioso y algo duro este método; pero téngase en cuenta que más duro de mollera era yo y que la corteza de los cincuenta años exige escalpelo muy distinto que la corteza de los veinte.

Sobre Píndaro había hecho yo en los años precedentes un estudio más pesado aún que el arriba indicado. Conservo, un ejemplar de este autor en que no hay palabra que no esté marcada con un número -el 1, el 2, el 3 y a veces el 40, y aun más-, indicador del lugar que aquella palabra reconstruida ha de ocupar en sus eternos y laberínticos períodos. Pero esto no bastaba, y los tres días que consagré a este estudio tomaba un Píndaro en griego -edición antigua, mal cuidada y peor puntuada, la de Calliergi, de Roma, la primera que se hizo con

escolios-, lo leía con la vista, como hacía con Homero; luego, en la versión latina, y después, literalmente y en voz alta, en griego, siguiendo la misma progresión que observaba en el estudio de Homero, y terminando con notas marginales en mi edición griega, que aclaraban la intención del autor; es decir, su pensamiento despojado de figuras retóricas. Lo propio hice con Esquilo y Sófocles cuando les tocó el turno, después de Píndaro; y como estos sudores y locos empeños debilitaron bastante mi memoria, confieso que he podido aprender muy poco, y que, aun leyendo, se me escapan no pocos disparates. Pero me he aficionado de tal modo a ese estudio, que constituye para mí una necesidad, y desde el 96, por ninguna razón lo he interrumpido ni dejado de consagrarle tres horas cada mañana; pues si bien he hecho algún trabajo original, como mi *Alceste*, las *Sátiras* y las *Rimas* y alguna traducción, ha sido en horas extraordinarias, dedicando a lo mío lo poco que quedaba de mi tiempo en lugar de las primicias del día; en la alternativa de tener que dejar mis propias producciones o el estudio, opto por éste sin vacilar.

Establecido así el método de vida que me proponía seguir, embalé todos mis libros, dejando fuera únicamente los necesarios, y los envié a una casa de campo de los alrededores de Florencia para salvarlos, si era posible, de la esperada y odiosa invasión francesa, que se verificó, como es sabido, el 96, con todas las particularidades conocidas y las que no merecen que se conozcan, porque todas las operaciones de esos esclavos son de un mismo color e igual esencia. Aquel mismo día, pocas horas antes que entrasen los franceses en Florencia, mi señora y yo nos retiramos a una quinta situada fuera de la Puerta de San Galo, junto a Montughi, habiendo desamueblado previamente la casa que ocupábamos en la ciudad, para que sirviera de alojamiento a los opresores militares.

## Capítulo XXVIII

Ocupaciones en la quinta. Salida de los franceses. Nuestro regreso a Florencia. Me entero con infinito pesar de que se prepara en París la reimpresión de mis obras editadas en Kehl, que aun no había publicado

Apenado y oprimido por la común tiranía, pero no subyugado, me instalé en la quinta con poca servidumbre y, mi dulce mitad, y nos dedicamos ambos a cultivar las letras, pues ella conoce bastante bien el inglés, el alemán, el francés, el italiano y la literatura moderna de estas cuatro naciones, y la antigua por medio de las traducciones que existen en esos idiomas. Pudiendo, por lo tanto, hablar de todo con ella, y satisfecho el corazón, lo mismo que en la mente, no había para mí horas más felices que las que pasábamos solos, y apartados de las miserias y dolores del mundo, en aquella retirada casita de campo, donde sólo recibíamos las visitas de contados amigos y conocidos de Florencia y muy raras veces, para no infundir sospechas a la tiranía militar y abogadesca, que es la más monstruosa,

repugnante, ridícula e insoportable de todas las alianzas políticas, y me hace pensar en un tigre que se dejare guiar por un conejo.

En cuanto nos instalamos en la quinta puse mano a la obra de copiar y corregir las dos Alcestes, sin quitar ni un minuto a las horas que por la mañana dedicaba al estudio; y como estaba continuamente ocupado en algo, no tenía mucho tiempo para pensar en nuestras desazones y en los peligros que nos amenazaban. Los peligros eran muchos, y no cabía disimularlo ni forjarse la ilusión de que no existían, pues a cada instante teníamos nueva prueba de ellos; más a pesar de llevar esta espina clavada en el corazón, y teniendo que temer por dos, me armaba de valor y trabajaba. No pasaba día o, mejor dicho, noche sin que muchos individuos fuesen detenidos arbitrariamente, que era la única manera como podía proceder aquel desgobierno; las pobres víctimas eran arrancadas del lecho, donde reposaban al lado de sus esposas, y enviados a Liorna como esclavos, si no los deportaban a la isla de Santa Margarita. Yo era extranjero, pero no por eso debía abrigar menos temor de que me sucediese algo parecido, pues los franceses sabían, sin duda, que les despreciaba y era enemigo de ellos. De un momento a otro podían, pues, encarcelarme; pero yo había tomado mis medidas, en cuanto era posible, para no dejarme sorprender ni maltratar, y entre tanto que, se proclamaban en Florencia las mismas libertades que en Francia, y los viles y los miserables triunfaban, continué versificando, estudiando el griego y dando ánimos a mi mujer.

Esta situación desgraciada duró desde el 25 de marzo, fecha de la entrada de los franceses en Florencia, hasta el 5 de julio, en que, derrotados y habiendo perdido toda la Lombardía, huyeron de la ciudad, de madrugada, llevándose, como es de suponer, todos los objetos de valor que hallaron a mano. Ni mi señora ni yo habíamos puesto los pies en Florencia durante la ocupación francesa; de manera que no contaminamos nuestros ojos viendo siquiera un francés en todo ese tiempo. Sería imposible describir el júbilo de los florentinos la mañana que los invasores evacuaron su querida ciudad y el que se desbordó algunos días después, con motivo de la entrada de doscientos húsares austriacos.

Acostumbrados a la paz y quietud de la quinta, quisimos permanecer en ella otro mes, antes de volver a Florencia con nuestros muebles y libros. Cuando regresamos a la ciudad, el cambio de residencia no me hizo cambiar de régimen de vida ni interrumpir ni alterar el orden de mis estudios, sino que, por lo contrario, los continué con más ardor y mayor esperanza; porque, derrotados por completo los franceses en el resto del año 99, resurgía la esperanza de la salvación de Italia, y con ella la que yo abrigaba de poder acabar mis obras, que tan amenazadas habían estado de quedar incompletas. Aquel año, a raíz de la batalla de Novi, recibí una carta del marqués de Colli, sobrino mío, es decir, marido de una hija de mi hermana, a quien yo no conocía siquiera de vista, pero sí por la fama de sus hazañas, pues habíase distinguido mucho en aquellos cinco años largos de guerra como oficial al servicio del rey de Cerdeña, su soberano natural, puesto que había nacido en Alejandría. Decíame el marqués Colli en su carta que estando gravemente herido fue hecho prisionero y que había pasado al servicio de los franceses, después de haber sido expulsado de sus Estados, en enero del 99, el rey de Cerdeña. Y a propósito, habíame olvidado de decir que antes de la invasión francesa el rey de Cerdeña había estado en Florencia, donde yo le saludé y presenté mis respetos, doblemente obligado porque era mi rey y desgraciado entonces. El monarca me acogió muy afablemente y su vista me conmovió hasta el extremo de que

experimenté lo que jamás había sentido en mi vida: un deseo vehementísimo de servirle al verle perseguido y rodeado de tan pocos e ineptos servidores, y seguramente lo habría hecho si hubiese creído que podía serle útil; pero mi capacidad política era nula y, por otra parte, llegaba demasiado tarde. El rey marchó a Cerdeña; pero las cosas habían variado tanto, que tuvo que regresar a Florencia, donde hubo de permanecer varios meses en Poggio Imperial. Los austriacos ocupaban la Toscana en nombre del Gran Duque; pero, mal aconsejado, como siempre, nuestro monarca no hizo nada de lo mucho que debía y podía hacer en beneficio del Piamonte; por lo que las cosas fueron de mal en peor, y cuando quiso reaccionar ya no era tiempo. Volví a presentarle mis homenajes a su regreso de Cerdeña, y como le vi más esperanzado, no me apenó tanto el no poder serle útil.

Mas apenas las victorias de los defensores del orden y de la propiedad habían calmado un poco mi espíritu, tuve que experimentar otro dolor acerbísimo, aunque no me cogió de sorpresa. Cayó en mis manos una circular del librero Molini Italiano, de París, en la que decía que había emprendido la impresión de mis obras -filosóficas, tanto en prosa como en verso, según las clasificaba la circular-, y a continuación daba una lista de ellas..., ¡de las que yo había editado en Kehl y que aun no habían sido publicadas! Semejante golpe me tuvo aterrado durante varios días, no porque me hubiese forjado la ilusión de que los fardos que contenían la primera edición de mis cuatro obras Rimas, Etruria, Tiranía y Príncipe hubieran podido escapar a la rapacidad de los que me despojaron de mis libros y de todos los objetos de mi propiedad que dejé en París, sino porque, habiendo transcurrido tantos años, esperaba alguna dilación. Ya en 1793, hallándome en Florencia, convencido de que no lograría recuperar mis libros, hice publicar en todas las gacetas de Italia un aviso, en el que decía que, habiendo sido robados, confiscados y vendidos mis libros y papeles, declaraba que no reconocía por mías más que tales o cuáles obras, que habían sido publicadas por mí, y que, por lo tanto, repudiaba todas las que a mi nombre pudieran aparecer. Ahora bien: al leer la circular de Molini, fechada en 1799, en la que prometía para el año entrante la publicación de mis obras, el medio más eficaz para justificarme a los ojos de los buenos y estimables hubiera sido el lanzar otra circular manifestando que aquellos libros eran de mi exclusiva propiedad, y que me los habían robado antes de que pudiera yo publicarlas, y, para mayor disculpa, dar a luz el Misogallo, que bastaba para que se conociera mi manera de sentir y pensar. Pero yo no era libre, ni lo soy, puesto que resido en Italia, amo y temo, por otros más que por mí mismo; así es que no hice lo que seguramente habría hecho en otras circunstancias para exentarme de una vez para siempre de la casta vil de los esclavos presentes, que, no pudiendo limpiarse a sí mismos, tratan de manchar a los demás, dando a entender que pertenecen a su número. Por haber hablado siempre en favor de la libertad, corro el riesgo de ser tenido por uno de esos tantos miserables; pero el Misogallo me justificará ampliamente, aun a los ojos de los malignos y de los estúpidos, únicos que pueden confundirme con semejante canalla. Desgraciadamente, estas dos categorías constituyen los dos tercios de la humanidad. No pudiendo, pues, hacer lo que hubiera sabido y podido, me limité a lo único que me era dado en aquellas circunstancias: a reproducir en todas las gacetas mi aviso del 93, añadiendo que, habiendo llegado a mí noticia de que en París se anunciaba la publicación de unas obras en prosa y verso que llevarían mi nombre, renovaba la protesta formulada seis años antes.

Lo cierto es que el honrado literato y embajador Ginguené, que me había escrito las cartas que he hecho referencia en lugar, y a quien Yo había hecho decir de viva voz, por conducto

del abate Caluso, ya que parecía tan dispuesto a servirme, que yo no podía la restitución de mis libros ni de lo que me había sido confiscado en París; sino únicamente que se pusieran en lugar seguro los cinco fardos que contenían la edición de mis obras todavía no publicadas, a fin de impedir su circulación; lo cierto es, repito -o, al menos así lo supongo-, que, de regreso en París, Ginguené revolvió mis libros, halló entre ellos un paquetito formado con cuatro ejemplares de cada una de aquellas cuatro obras y se las apropió; vendió a Molini un ejemplar para que lo reimprimiese tradujo al francés los trabajos en prosa para contraer méritos, regaló a la Biblioteca Nacional los restantes ejemplares, que no eran suyos. Así se desprende del prólogo que aparece en el cuarto tomo de la reimpresión de Melini, en el que se dice que de la primera edición no se han podido encontrar más que cuatro ejemplares, que cita, y que coinciden con los del paquetito que había dejado yo entre mis libros.

Respecto a las fardos, que contenían más de quinientos ejemplares de cada una de las expresadas obras, no he podido averiguar qué ha sido de ellos. Si se hubiesen encontrado, es indudable que los libros se habrían puesto a la venta, en lugar de reimprimirlos, puesto que la edición era esmeradísima y hecha en buen papel y con tomos muy bonitos. Todo hace suponer que los fardos no han sido abiertos, y que se están pudriendo en uno de los muchos sepulcros de libros que existen en París, puesto que en el exterior de aquéllos había hecho yo poner el rótulo de «Tragedias italianas». Sea como fuere, lo cierto es que he sufrido doble daño: el de la pérdida de dinero, trabajo y propiedad de los que fueron editados por mí, y el de acarrearle, no diré la infamia, pero sí la desaprobación y la tacha de formar en el coro de aquellos bribones al verlas publicadas por otros.

## Capítulo XXIX

Segunda invasión. Insistencia fastidiosa del general literato. Una especie de paz que calma un tanto mis angustias. Seis comedias ideadas a la vez

Hacía muy pocos meses que Italia respiraba libre del yugo y del latrocinio francés, cuando la famosa batalla de Marengo, en junio de 1800, la entregó en pocas horas, y Dios sabe por cuánto tiempo, en poder del mismo invasor. Yo lo sentía tanto o más que los otros; pero doblando la cerviz ante lo irremediable procuré terminar mis asuntos, sin cuidarme poco ni mucho, de un peligro del que no me había desacostumbrado y no podré desacostumbrarme jamás, dada la inestabilidad de las situaciones políticas. Pasaba el tiempo, por lo tanto, trabajando asiduamente en la revisión y corrección de mis cuatro traducciones del griego y prosiguiendo con ardor unos estudios demasiado tarde emprendidas. Llegó el 15 de octubre, e inopinadamente, pues aun duraba la tregua pactada con el emperador, los franceses invadieron de nuevo a Toscana, que aquél ocupaba en nombre del Gran Duque, con el cual

no estaba Francia en guerra. No tuve tiempo de retirarme, como la primera vez, a una casa de campo, y hube de soportar su presencia, pero sólo en la calle, pues mi calidad de extranjero y el poseer una casa demasiado pequeña e incómoda indujo al Municipio de Florencia a eximirme de la obligación de dar alojamiento a los soldados. Tranquilizado por esta parte, ya que semejante molestia hubiera sido para mí insoportable, me resigné a todo lo que pudiera sobrevenirme. Me encerré, pues, como suele decirse, entre cuatro paredes, y excepto las dos horas de paseo por las mañanas, tan necesario para mi salud, solo y por lugares apartados, no me dejaba ver en todo el día, que consagraba al estudio.

Empero, mientras yo huía de los franceses, éstos procuraban acercarse a mí, y, por desgracia mía, su general, gobernador de Florencia, que tenía ribetes de literato, quiso conocerme. Estuvo dos o tres veces en mi casa; pero no me encontró, porque yo había tomado las medidas necesarias para que no me encontrase. Entonces, el general, adivinándome la jugada, algunos días después envió a un ordenanza suyo a preguntar a qué hora estaría yo visible. En vista de su insistencia, y no queriendo dar de viva voz la respuesta, puesto que podía ser mal entendida o tergiversada, tomé una hoja de papel, en la que escribí: que Víctor Alfieri, para que no se pudiera dar torcida interpretación a lo que el criado pudiera decir al general, contestaba por escrito; que si el general, en su condición de gobernador de Florencia, le intimaba que se presentase sería obedecido inmediatamente, porque nunca ha resistido al poder constituido, cualquiera que éste fuese; pero que si únicamente deseaba satisfacer una curiosidad, Víctor Alfieri era por, temperamento adusto y salvaje, refractario a toda clase de relaciones, y que, por lo tanto, le rogaba que me dispensara. El general me contestó con dos líneas, diciéndome que mis obras habíanle hecho nacer el deseo de conocerme personalmente, pero que, dado mi carácter tan retraído y huraño, no insistiría. Y así lo hizo, librándome del mayor suplicio que se me hubiera podido imponer.

Entre tanto, el que fue Piamonte, celtizado también e imitando todo lo de sus semi-amos, trocó su Real Academia de Ciencias en un Instituto Nacional, por el estilo del de Francia, donde tenían cabida las Letras y las Artes. Plugo a sus fundadores no sé a quién, pues el abate Caluso había dimitido el cargo de secretario de la Academia- nombrarme miembro del flamante Instituto y comunicármelo directamente por oficio; pero como yo había sido ya prevenido por el abate, devolví el oficio sin abrirlo, encargando a mi amigo Caluso que dijese de palabra que no aceptaba el nombramiento; que no quería pertenecer a ninguna clase de asociación, y mucho menos a una de la que recientemente habían sido, excluidos, con rencorosa desconsideración, tres personajes tan dignos como el cardenal Gerdil, el conde Balbo y el caballero Morozzo, sin más motivo que el de ser demasiado realistas. Yo no he sido nunca, ni soy, realista, pero tampoco formaré jamás en las filas de esa ralea; mi república no es la de ellos, y tendré siempre a gala ser precisamente lo que ellos no son ni serán nunca. Me vengué del ultraje recibido rimando catorce versos sobre el mismo y enviándolos a mi amigo; pero como no me quedé con copia de aquéllos ni de otros muchos versos del mismo género que la indignación arrancó a mi pluma, no puedo incluirlos en mis ya excesivas poesías.

No tuve el mismo valor para resistir en septiembre del año siguiente a un nuevo o, mejor dicho, a un renovado y fortísimo impulso natural que me obsesionó durante varios días, hasta que al fin me venció y tuve que ceder. Ideé y escribí seis comedias casi al mismo

tiempo. Siempre había estado en mi ánimo probar mis fuerzas en esta nueva lid escribiendo doce comedias, numero que no quería rebasar; pero los contratiempos, las angustias y desazones y, sobre todo, el trabajo agobiador del estudio incesante de idioma tan inmensamente rico como es el griego habíanme desviado de aquel camino y agotado de tal modo, que, considerando imposible que pudiese concebir ninguna obra, no volví a pensar en las comedias. Mas, no sé cómo, en los momentos más tristes de esclavitud, sin probabilidad ni esperanzas de triunfar y sin tiempo ni medios para llevar nada a cabo, de pronto levantóse mi espíritu y brotaron en mi mente chispas creadoras. Las primeras cuatro comedias que más propiamente debería llamar una dividida en cuatro, puesto que es uno solo el objeto, aunque los medios de conseguirlo sean distintos las ideé mientras daba mi paseo matinal de costumbre, y de vuelta en mi casa tracé inmediatamente el esquema, Al día siguiente, cavilando sobre el particular, quise probar si lograría hacer algo en otro género, ensayándome con una siquiera, e ideé dos más, la primera de las cuales debía ser un género nuevo también para Italia y distinto del de las cuatro precedentes, y la sexta, una comedia de costumbres actuales italiana, a fin de que no se dijera que no sabía describirlas. Mas como las costumbres cambian, el que quiera que sus comedias sobrevivan debe ridiculizar y corregir al hombre, pero no al hombre de Italia con preferencia al de Francia o, Persia, ni al de 1800 más que al del 1500 o del 2000, pues de lo contrario parece con esos hombres y esas costumbres la gracia de la comedia y el nombre de su autor. Así, con seis obras de esa clase he procurado dar tres géneros distintos de comedias. Las cuatro primeras se adaptan a todos los tiempos, lugares y costumbres; la quinta es fantástica, poética y hasta de amplios límites, y la sexta es del corte de las comedias modernas, de las que se pueden hacer docenas con sólo mojar la pluma en el cieno que diariamente se tiene ante la vista; pero la frivolidad de estas últimas es mucha; poco, a mi juicio, el deleite que proporcionan, y ninguna su utilidad. Mi siglo, pareo en inventos, ha querido tomar la tragedia de la comedia practicando el drama urbano, que viene a ser lo que pudiéramos llamar la epopeya de las ranas. Yo, que, por lo contrario, no me atengo más que a la verdad y a la realidad, he querido sacar -y creo que con mayor verosimilitud- la comedia de la tragedia, lo cual me parece más útil, divertido y verdadero, puesto que grandes y poderosos que nos hagan reír se encuentran a cada paso, y, en cambio, escasean los medianos, es decir, banqueros, abogados y otros por el estilo, y el coturno no se adapta bien a pies cubiertos de fango. Sea como fuere, yo lo he intentado; ahora estoy repasando esas comedias, Y ya veré si las debo dejar vivir o condenar al fuego.

## Capítulo XXX

Extiendo, un año después de haberlas ideado, la prosa de las seis comedias, y al año siguiente las pongo en verso; ambos trabajos perjudican notablemente mi salud. Vuelvo a ver en Florencia al abate Caluso

Pasó también aquel interminable año 1800, cuya segunda mitad fue tan funesta y terrible para todos los hombres de bien; y como en los primeros meses del 801 los aliados no habían hecho más que disparates, se hubo de llegar a la llamada paz, que todavía dura, y tiene a toda Europa sobre las armas, esclava y llena de temor, incluso la misma Francia, pues a pesar de dictar sus leyes a todos los pueblos no tiene más ley que la dura e infame que le impone su cónsul vitalicio.

Pero, a fuerza de oír hablar demasiado de las calamidades públicas que sufría Italia, me hice poco menos que insensible a ellas, y sólo pensé en terminar mi larga y fecunda carrera literaria. En julio de ese mismo año quise probar mis últimas fuerzas con las seis comedias, y trabajando ahincadamente las extendí sin levantar cabeza, como había hecho cuando las ideé, dispuesto a no emplear en cada una más allá de cinco o seis días; pero fue tal el esfuerzo mental y la tensión nerviosa, que no pude acabar la quinta, y enfermé gravemente de congestión cerebral y acceso de gota al pecho, que me hizo esputar sangre. Tuve, pues, que suspender aquel trabajo. Afortunadamente, el mal, aunque grave, fue de corta duración; más larga fue la convalecencia, a causa de la debilidad, y hasta septiembre no estuve en disposición de terminar la quinta comedia y empezar a extender la sexta; pero en octubre las seis estaban acabadas y me vi al fin libre de aquella tremenda pesadilla.

A fines de año recibí de Turín una triste noticia: la del fallecimiento de mi único sobrino, de hermana de doble vínculo, el conde Cuminana, que a los tres días de enfermedad, y a los treinta años no cumplidos había muerto, sin dejar esposa ni hijos. Aunque yo apenas le había conocido, su muerte me afligió mucho, porque hacía cargo del dolor de mi hermana -que había quedado viuda dos años antes-, y porque, justo es que lo confiese, dolíame que todos los bienes de que yo había hecho donación a mi hermana pasaran a manos extrañas. Los herederos naturales de ésta y de mi cuñado eran las tres hijas que quedaban del matrimonio, casadas, una, como he dicho, con el marqués Colli, de Alejandría; otra, con un Ferreri, de Génova, y la tercera, con el conde Callano, de Aosta. Podría y debería pasar por alto este alarde de vanidad, pero no se desarraiga fácilmente del corazón del que ha nacido de noble linaje el deseo de que se perpetúe su nombre o, al menos, el de la familia; y por más que yo creyese lo contrario, ese deseo estaba muy arraigado en mi pecho, mucho más de lo que yo hubiese querido; lo cual demuestra que para conocerse uno bien a sí mismo se necesita mucha experiencia y hallarse en determinadas circunstancias para poder decir con verdad lo que se siente y lo que uno es realmente. La muerte del heredero varón me indujo a buscar amigablemente con mi hermana los medios de asegurar la pensión que había de recibir del Piamonte, para el caso, poco probable, de que yo le sobreviviera, y no verme obligado a depender del capricho o la buena o mala voluntad de mis sobrinas y sus respectivos maridos, a quienes ni siquiera conocía de vista.

Entre tanto, el simulacro de paz que disfrutábamos había devuelto un tanto la tranquilidad a Italia, y habiendo sido anuladas las cédulas monetarias impuestas por el despotismo francés, lo mismo en Roma que en el Piamonte, volvió a circular el oro, y tanto mi señora como yo recibimos, ella de Roma y yo del Piamonte, lo suficiente para considerarnos a cubierto de apuros y libres de las desazones que nos ocasionaba el temor de quedar en la ruina, pues nuestros gastos superaban a los ingresos. Así, a fines del 1801 pudimos volver a



comprar caballos, pero sólo cuatro, de ellos uno de silla para mí, pues desde que salimos de París no había tenido yo caballos ni más carruaje que uno, muy malo, de alquiler. Los años, las desgracias públicas y tantos ejemplos de peor suerte que la nuestra habíanme hecho moderado y discreto, y los cuatro caballos resultaban excesivos para mí, que pocos años antes no me hubiera contentado con diez o quince.

Por otra parte, hastiado y desengañado de las cosas del mundo, pareo en la comida, abstemio, vistiendo siempre de negro y no gastando más que en libras, me considero muy rico y tengo a mucho orgullo el morir la mitad más, pobre, por lo menos, de lo que nací. Por eso desdeñé los ofrecimientos que por conducto de mi hermana me hizo mi sobrino Colli de interesar a sus amigos de París, adonde iba a fijar su residencia -amigos que tuvo la poca vergüenza de nombrarme en la segunda carta que me dirigió-, para que me fuesen devueltos mis libros, mis muebles y todo lo que me había sido confiscado en Francia. De los ladrones no acepto nada, y de una risible tiranía, que concede por gracia lo que es de justicia, no quiero ni una cosa ni otra. Por eso no quise que dijese a Colli ni una palabra de mi parte acerca de su ofrecimiento, y no contesté a su segunda carta, en la que no me acusaba recibo de la primera y única que le envié. Era muy natural que, siendo él general francés, ocultase que la había recibido. De la misma manera que yo, italiano puro y hombre libre, no debía contestar a su segunda ni aceptar nada de él, cualquiera que fuese, el medio de que se valiera para hacer llegar a mí sus ofrecimientos.

En cuanto llegó el verano de 1802 -como las cigarras, yo canto siempre en verano-, puse mano a la obra de versificar las seis comedias, y lo hice con el mismo ardor e igual afán con que las ideé y extendí. Y ese año experimenté también, pero, de distinta manera, los funestos efectos del excesivo trabajo, pues, como he dicho, estas tareas hacíalas en horas extraordinarias, para respetar el tiempo que venía dedicando por las mañanas a mis estudios del griego. Había versificado ya dos comedias y estaba a la mitad de la tercera, en plena canícula, cuando nuevamente la sangre fluyó hirviendo a mi cabeza, y todo el cuerpo se me llenó de granos y diviesos, de los que sin duda me hubiera reído, si uno de éstos, el rey de todos ellos, no hubiera sentado sus reales en mi pie izquierdo, entre la cara externa de la canilla y el tendón, teniéndome postrado en cama más de quince días con dolores espasmódicos, y erisipela por añadidura, que fue el mayor sufrimiento que he experimentado en mi vida. No hubo otro remedio que dejar los versos para mejor ocasión y permanecer en el lecho. Y sufrí tanto más, cuanto que el querido Caluso, que desde hacía varios años nos venía repitiendo su promesa de hacernos una visita en Toscana, llegó al fin por aquellos días y no podía detenerse más allá de un mes, porque iba de paso para recoger a su hermano mayor, el cual, huyendo de la esclavitud del Turín celtizado, habíase refugiado en Pisa. Aquel mismo año habíase dado una ley, propia de la libertad francesa, obligando a todos los piemonteses a volver a su jaula, so pena de confiscación de sus bienes y expulsión perpetua de los felicísimos Estados de aquella increíble república. Llegó, pues, el queridísimo abate, y me encontró postrado en cama, lo mismo que cuando se separó de nosotros en Alsacia quince años antes -que ése era el tiempo que hacía que no nos habíamos vuelto a ver-, y su visita me llenó de alegría y de pena a la vez, porque no podía levantarme, ni moverme de la cama, ni ocuparme de nada. Le di, empero, a leer mis traducciones del griego, las Sátiras, el Terencio, Virgilio; en fin, todo lo que había hecho, excepto las comedias, que no he leído todavía a nadie ni las he mencionado siquiera, ni diré una palabra acerca de ellas hasta que las haya terminado. Mi amigo mostróse muy

satisfecho de mis trabajos y de viva voz y por escrito me dio fraternales y luminosos consejos respecto a las traducciones del griego, enseñanzas que he tenido siempre muy presentes y que no olvidaré cuando me disponga a dar el último toque a esas obras. A los veintisiete días perdí tan gratísima compañía, y quedé sumido en tan profunda pena, que no sé si la habría soportado de haberme faltado el cariño y el consuelo de la mujer incomparable que me compensaba con creces, de todas las privaciones que sufría. En octubre me restablecí de aquellas dolencias, y reanudando en seguida la tarea de poner en verso las comedias, a primeros de diciembre las dejé terminadas, a falta únicamente de algún repaso y corrección.

## Capítulo XXXI

Mis intenciones acerca de esta segunda hornada de obras inéditas. Cansado, agotado, pongo fin a toda empresa; más apto para deshacer que para hacer, salgo espontáneamente de la Cuarta Época viril, y a la edad de cincuenta y cuatro años y medio me doy por viejo, después de veintiocho años casi consecutivos de inventar, versificar, traducir y estudiar, y envanecido puerilmente de haber vencido las dificultades del idioma griego, creo la orden de Homero y me nombro Caballero.

Heme aquí, si no me engaño, al final de esta larga y fastidiosa charla. Conveníame decir si he hecho bien o mal todo lo que he referido. La causa de la minuciosidad con que lo he contado no es, otra que el haber sido demasiado fecundo en el obrar. Ahora las dos últimas enfermedades que he padecido me advierten que ha llegado el momento de cesar de hablar, y hacer, y, por consiguiente, pongo punto final a la Época Cuarta, seguro de que no he de crear nada más, porque no podría hacerlo aun cuando lo quisiera. Mis propósitos son los de continuar puliendo y corrigiendo mis trabajos originales y las traducciones en los cinco años y meses que me faltan para cumplir los sesenta, si Dios quiere que llegue a esa edad. En este último caso, me propongo y ordeno a mí mismo no hacer otra cosa que proseguir - pues esto no podría dejarlo mientras viva- los estudios emprendidos. Y si por casualidad volviera a tocar mis obras, sería para deshacer o rehacer, en lo referente a la elegancia de estilo, no para añadir ni una palabra. Cumplidos los sesenta años, lo único que haré será traducir el áureo Tratado de la vejez, de Cicerón, obra adaptada a la edad, que dedicaré a mi inseparable compañera, con la que he compartido todos los bienes y males de esta vida durante más de veinticinco años y los seguiré compartiendo.

En cuanto a dar a la estampa lo que tengo ya terminado y lo que terminaré antes de cumplir los sesenta años, me parece que no lo haré jamás, no sólo porque supone mucho trabajo, sino porque, hallándome en un país donde no existe verdadera libertad, tendrían que pasar mis obras por la censura gubernativa, y a esto no quiero someterme. Dejaré, pues,

corregidos y limados lo mejor posible los originales de las obras que considero dignas de ser publicadas y quemaré las demás. Lo propio haré con el manuscrito de mi Vida: revisarlo y corregirlo, o quemarlo. Y para terminar alegremente estas serias frivolidades, y demostrar que he dado ya el primer paso de la Época Quinta volviéndome niño, referiré, para regocijo del lector, mi última debilidad en el presente año, 1803. Una vez terminado el trabajo de poner en verso las seis comedias y de darle los últimos toques, me he considerado como un verdadero personaje, cuyo nombre ha de pasar a la posteridad. El estudio tan asiduo e intenso del griego me permite, o al menos así me lo parece, interpretar a simple vista no sólo Píndaro y a los trágicos, sino también, y sobre todo, al divino Homero, tanto en la traducción literal latina como en la sensata traducción italiana, y me siento orgulloso de haber alcanzado esta victoria después de haber luchado con tesón desde los cuarenta y siete hasta los cincuenta y cuatro años de edad. Y como todo trabajo merece recompensa, he creído que debía concedérmela a mí mismo y que ésta recompensa debía significar honor y no lucro. En consecuencia, he inventado un collar, que lleva grabados los nombres de veintitrés poetas, antiguos y modernos, del cual pende un camafeo que en el anverso ostenta el retrato de Homero y en el reverso -¡ríe, lector!- un dístico mío griego. He enseñado al abate Caluso el dístico, para evitar barbarismos, solecismos y errores de prosodia, y su traducción italiana, para que vea si he atemperado en la lengua vulgar la excesiva impertinencia del griego, pues sabido es que el autor puede hablar con más desenfado de sí mismo en idiomas poco conocidos que en los vulgares. En cuanto al collar definitivo, lo haré construir pronto en oro y piedras preciosas. Luciré en el ojal el distintivo de esta Orden, que, la merezca o no, será, por lo menos, creación mía, y la posteridad imparcial, al negármela a mí, la concederá a quien sea más digno de ella que yo. ¡Hasta la vista, lector, supuesto que nos volvamos a ver cuando, a pesar de la chochez, hablaré con más cordura que en este último capítulo de mi agonizante virilidad.

Florenca, 14 de mayo de 1803.

VICTOR ALFIERI

Carta del abate Caluso

.....  
...

sus últimas líneas fueron escritas en 14 de mayo de 1803. Continuaré, a partir de esta fecha, la narración, repitiendo lo que usted, señora condesa, me ha contado por escrito, y que tiene

tan presente, porque siempre tuvo atentos ojos, oídos, mente y corazón a todo lo que a él atañía.

Estaba, pues, en aquel tiempo el conde Alfieri dedicado a terminar sus comedias y, para alivio suyo y pasatiempo, pensando en el dibujo, lema y ejecución del collar que quería hacerse de caballero de Homero. Pero la podagra sobrevinole en la primavera, como solía sucederle con el cambio de estación, más molesta que nunca, porque, a causa de su asiduo estudio, le encontró casi exhausto de fuerzas y vigor que la rechazasen, fijándola en alguna parte externa. Para combatirla, o debilitarla al menos, discurrió que no había mejor medio que el de mermar su alimento, a pesar de que era ya asaz escaso el que tomaba, tanto más, cuanto que desde hacía algunos años digería penosamente. Creía que la falta de nutrición obligaría a la podagra a ceder y que el estómago vacío dejaríale la mente libre y despejada para consagrarse más ahincadamente a tan obstinada aplicación al estudio. En vano la señora condesa le reconvenía cariñosamente e instábale a que comiese más, pues cada día era más evidente la necesidad que tenía de mayor alimento; él, firme en su propósito, pasó aquel verano en excesiva abstinencia; y trabajando afanosamente en sus comedias, temeroso de que la muerte le sorprendiera antes de haberlas perfeccionado y sin dejar un solo día de dedicar algunas horas al estudio de otros libros para adquirir nuevos conocimientos. De esta suerte, destruyéndose poco a poco a sí mismo, redoblando sus esfuerzos a medida que más se debilitaba, y hastiado de todo lo que no fuera el estudio, única dulzura ya de su cansada y penosa vida, llegó al 3 de octubre. Este día se levantó más aliviado al parecer y de más alegre humor que en mucho tiempo atrás, y salió después de su acostumbrado trabajo matinal a dar un paseo en faetón. Mas al poco rato cogió un frío intensísimo, y para entrar en calor quiso andar a pie; pero se lo impidieron agudísimos dolores de vientre. Cuando regresó a su casa tenía una fiebre altísima, que remitió bastante al anochecer; y aunque al principio los vómitos le molestaron bastante, pasó la noche relativamente bien. El día siguiente se vistió y aun bajó al comedor; pero, no pudo probar bocado entonces ni después; en cambio, durmió la mayor parte del día, por lo cual pasó la noche desvelado, y molesto. La mañana del 5, después de afeitarse, quiso salir a dar un paseo, pero se lo impidió la lluvia, y por la tarde tomó con gusto el chocolate, como tenía por costumbre; pero al amanecer del día 5 acometiéronle fortísimos dolores de vientre. El médico ordenó que le pusieran sinapismos en los pies, y cuando empezaban a producir su efecto se los quitó el propio conde, temiendo que se le llagasen las piernas y le impidiesen andar durante unos días. En la tarde del día siguiente parecía que estaba mejor y no quiso acostarse, porque había cobrado horror a la cama. La mañana del 7, el médico de cabecera pidió consulta, y su colega prescribió pediluvios y vejigatorios en las piernas, a lo cual se opuso resueltamente el enfermo, para no verse privado de andar. Le suministraron opio, que calmó sus dolores y le permitió pasar una noche bastante tranquila. Pero tampoco se acostó, y el sosiego que le proporcionó el opio no le libró de la agitación que le ocasionaban las imágenes de los recuerdos y de las cosas que más vivamente le impresionaban en las velas involuntarias y la atormentaban en sueños. Así es que hablaba sin cesar de los trabajos y estudios realizados durante treinta años, y, cosa sorprendente en verdad, repetía sin equivocarse buen número de versos griegos del principio de Hesíodo, que sólo había leído una vez. Así lo decía él a usted, señora condesa, que estaba sentada a su lado. No creo que la pasase por la mente que estaba tan próxima la muerte, que desde mucho tiempo atrás le acechaba y él esperaba. Sea como fuere, lo cierto es que nada dijo a usted, a pesar de haber permanecido junto a él hasta las seis de la mañana, hora en que, contra el parecer de los

médicos, tomó aceite y magnesia, lo cual tuvo que perjudicarle muchísimo, embarazándole los intestinos, puesto que, hacia las ocho, sintiéndose morir, mandó llamar a la señora condesa. Le encontró usted presa de mortal angustia y pudiendo respirar a duras penas. El enfermo se levantó del sillón, acercóse a la cama y aun llegó a acostarse; pero en seguida se le anubló la vista, estremeciósse y expiró. No se olvidaron los auxilios y deberes de la religión; pero como nadie creía en un desenlace tan rápido, el sacerdote, que fue llamado apresuradamente, no pudo llegar a tiempo. No por esto se ha de suponer que el conde no estaba preparado para el supremo tránsito, pues tenía siempre tan presente, que hablaba de él con muchísima frecuencia. Así, en la mañana del sábado 8 de octubre de 1803 murió el hombre insigne, cuando se hallaba a la mitad del quincuagésimo quinto año de su edad.

Fue enterrado donde yacen tantos hombres ilustres, en la iglesia de Santa Cruz, junto al altar del Espíritu Santo, bajo una sencilla losa sepulcral, donde descansarán sus restos hasta que esté terminado el mausoleo que la señora condesa de Albany ha mandado levantar cerca del sepulcro de Miguel Ángel. El señor Canova ha puesto ya mano a la obra, que será, indudablemente, digna de tan gran escultor.

TOMAS VALPERGA CALUSO.

Florenca, 21 de julio de 1804.

(N. del T.)

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

